

Sin Mar

4



Hasta que el
mundo vuelva a
creer en la
magia

de Cherry Chic

Lectulandia

Amelia ha tenido muchos deseos a lo largo de su vida. Algunos se han cumplido y otros no, pero solo uno le agujerea el cuerpo despertando su anhelo desde que tiene memoria: descubrir que la magia existe. Una tontería, si tenemos en cuenta que tiene treinta y un años y su trabajo consiste en tratar cada día con personas que, por diversas razones, lo pasan mal en la vida.

Pero cuando se tumba en el césped de su casa, observando las nubes entre briznas de hierba, no puede evitar pensar qué pasaría si un día su sueño se hiciera realidad. A lo mejor, con un poquito de suerte, podría encontrar a alguien que estuviese tan dispuesto como ella a buscar y encontrar la magia que tanto ansía. Quizá todavía no es tarde para perder la esperanza...

Lectulandia

Cherry Chic

**Hasta que el mundo vuelva a creer
en la magia**

Sin Mar - 4

ePub r1.0

Titivillus 01.11.2018

Título original: *Hasta que el mundo vuelva a creer en la magia*
Cherry Chic, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Dedicado a las personas soñadoras,
a las lloronas,
a las que ven una estrella fugaz, cierran los ojos
y piden un deseo.
A las que aún creen en la magia.
Dedicado a esas personas que son catalogadas de
«demasiado sensibles»,
porque en esa sensibilidad, que otros verán como un signo
de debilidad,
encontrarán la fuerza necesaria para levantarse una y mil
veces.
Porque esa sensibilidad os hará invencibles.

Ama
a quien te mire
como si fueras
magia.

Frida Kahlo

Prólogo

El día hoy está resultando agotador. Es la tercera vez que tengo que correr detrás de mi hermano Álex y estoy tan cansada que, después de unos minutos, me paro y me siento en la acera, aburrida de este juego.

—¡Venga, Amelia! —exclama cuando se da cuenta de que no voy a seguirlo más—. ¡Tienes que pillarme!

Le ignoro y me fijo en el bultito marrón que he visto esconderse detrás de un arbusto de casa de los Sanz. Me acerco despacito, para no asustarla, y sonrío cuando llego a donde está, aunque, cuando me doy cuenta de que tiene una patita mal, hago una mueca de tristeza, porque es un peligro que vaya así. Sus depredadores se aprovecharán de que no está al cien por cien y morirá de una forma cruel y sanguinaria. Empiezo a respirar más fuerte, mi pecho sube y baja por culpa de la penita que me da el futuro que le espera y me acuerdo de que papá siempre me dice que, cuando me pase esto, tengo que parar y respirar con mucha fuerza y muy lentito, para poder calmarme. Lo hago y funciona, como siempre, porque mi padre es un genio, aunque a veces se enfada con nosotros.

Álex se acerca a mí y se acuclilla a mi lado, olvidando que yo debería pillarlo. Si fuese una mala persona, aprovecharía este momento para bloquearlo y hacer que me devuelva los pendientes que me ha robado para hacerme jugar al pilla-pilla, pero es que este tema es mucho más importante.

—¡Mola mucho, Amelia! ¿Quieres que la coja? —Asiento de inmediato y él me sonrío y la acaricia antes de cogerla en brazos—. Vamos a enseñársela a Esme y Julieta, corre.

Hago una mueca porque odio correr, sobre todo ahora que soy mujer y me duele tanto la barriga. Álex odia que diga que ahora soy mujer y me grita que siempre lo he sido, pero no comprende que ahora lo soy más, porque me ha bajado el periodo y papá dice que eso significa que ya soy una mujer completa. Yo la verdad es que no pensaba que antes estuviera incompleta, pero si papá lo dice, pues será verdad. Julieta y Esme aún no son mujeres completas y están muy enfadadas por este tema, porque Julieta dice que ella también quiere desangrarse cada mes, porque la sangre mola. Yo no lo creo, pero ella es así de rara. Esme no está enfadada porque quiera desangrarse, sino porque odia no ser la primera en algo; se cree supermayor solo porque ella nació primero y le molesta mucho que yo me haya convertido en mujer antes. En realidad, todos tenemos once años y ella solo es unos minutos mayor que nosotros, porque somos cuatrillizos. La gente se sorprende cuando se entera de esto y no me extraña, porque es algo superespecial. Todo el mundo conoce a gemelos, o mellizos, pero no mucha gente puede decir que conoce a cuatrillizos. Además, yo estoy segura de que mis hermanos y yo tenemos algo que nos conecta, porque cuando están mal siempre

puedo detectarlo y sé que al revés pasa lo mismo, aunque Julieta se ría y Esme diga que eso es imposible. Solo Álex me da la razón, a veces, pero creo que es porque le doy pena.

El caso es que ahora ya soy mujer y papá me ha comprado unas compresas que tengo que ponerme y que Álex usa para pegar en la espalda de sus muñecos, como si fueran capas de superhéroes, por mucho que yo le grite, pero lo más importante es que, si antes no me gustaba correr, ahora, cuando me pongo así y me duele la tripa, todavía menos.

Llegamos a nuestra casa y la atravesamos para llegar al jardín trasero, donde pasamos las tardes. Esme y Julieta están sentadas discutiendo sobre algo, como siempre, pero cuando ven a Álex abren los ojos de par en par y se levantan superrápido.

—¿Qué haces con una rata, Álex? —pregunta Esme enfadada—. ¿Es que no sabes que tienen un montón de enfermedades que pueden transmitirse?

—¡Cómo mola! —exclama Julieta entusiasmada, ignorando a Esme.

—Tiene una patita mal —digo con cara de pena—. Tenemos que curarla antes de soltarla otra vez, porque tal y como está, sus presas la matarán de una forma cruel para comérsela y no podrá defenderse.

—Es una rata sucia y asquerosa —vuelve a decir Esme—. ¿Quién iba a querer matarla?

—A lo mejor Chinlú. —Álex abre mucho los ojos antes de seguir—. Conchi dice que los chinos comen ratas y gatos, aunque Chinlú se enfada cada vez que la oye.

—Igual podemos llevársela para que la cocine y nos haga un plato rico rico. — Cuando miro a Julieta con los ojos de par en par, horrorizada, ella se encoge de hombros—. ¡Le falla una pata! Lisiada como está, lo mejor que puede pasarle es que nos la comamos.

—No vamos a comérsela, Julieta, es un ser vivo. ¿Te gustaría que viniera alguien, te capturara, te alejara de tu familia y te matara para comerte? ¿Eh?

Ella frunce el ceño y me mira mal, porque no entiende lo grave que es lo que acaba de decir. En mi familia eso pasa mucho, que hablan y hablan sin pensar, yo también lo hago, la verdad, así que no voy a ponerme de santa, pero esta vez me ha molestado que ella diga algo tan feo.

—Nos comemos los filetes de pollo y de cerdo que trae papá del súper y no pasa nada. ¿Por qué esto es distinto? —pregunta Esme—. O sea, yo no voy a comer, porque me da asco, pero entiendo que es lo mismo.

En eso tiene razón. Cada vez que papá nos hace de comer carne o pescado yo tengo que aguantarme las ganas de vomitar. Si no pienso en lo que estoy comiendo, todo va bien, pero cuando me doy cuenta de lo que he hecho me siento muy mal. Esme me explicó que eso es porque soy vegetariana, pero yo no estoy segura, porque el jamón me encanta. Aun así, no voy a permitir que maten a la rata para cocinarla.

—Nadie va a ponerle una mano encima, ¿me oís? Si matáis a la rata, no os perdonaré en la vida.

—¡Pues tú me dirás para qué queremos una rata coja! —exclama Julieta.

—Vamos a darle de comer, vendarle la patita y ponerla en forma para que pueda irse a correr y jugar con sus amigas.

—Amelia, tú sabes que los bichos estos viven en alcantarillas, ¿no? —dice Álex antes de que yo lo mire mal—. Es que hablas como si viniera de un prado y no es así, solo quería que lo supieras.

—Sé dónde viven las ratas, Álex, no soy tonta.

—Si tú lo dices...

Entrecierro los ojos, pero no le hago caso, porque discutir con él es imposible. ¡Discutir con cualquiera de mis hermanos es imposible! Son unos cabezotas que se creen que siempre tienen razón, aunque sea mentira.

Cojo la rata de sus brazos, entro en casa y subo a mi dormitorio. Le pongo un poquito de mi colonia de frambuesa por encima, porque la verdad es que sí huele un pelín a alcantarilla, pero no importa, nadie es perfecto.

—Te voy a llamar Chocolate, porque eres marrón y, según mis hermanos, comestible, pero no te preocupes, que no voy a dejar que Chinlú te haga filetes.

Ella me mira y mueve el hocico, como dándome las gracias, y yo sonrío, feliz de la vida. Ahora solo necesito una caja de cartón y que papá no sepa nunca que en mi cuarto vive una rata, porque se pone muy nervioso cuando traigo animalitos a vivir aquí. Dice que el día menos pensado vamos a pillar todos la rabia o vete tú a saber y que él tiene una casa, no un zoo. Yo antes le discutía, pero un día Julieta me explicó que, con papá, lo mejor es escucharle en silencio y luego hacer lo que nos dé la gana, porque si él no sabe lo que pasa, no puede enfadarse, y si no se enfada, no sufre, y si no sufre, todos felices.

Julieta está un poco loca, pero tengo que reconocer que, a veces, dice cosas muy geniales.

Pongo a Chocolate en una cajita de zapatos después de vendarle la patita con papel higiénico, pero me doy cuenta de que no se está quieta dentro, así que pienso que lo mejor es que la meta en el armario y así, ni papá podrá verla, ni ella podrá escaparse.

Una semana después mi ropa está roída, papá ha tenido que contratar a un señor para que limpie mi cuarto, porque resulta que Chocolate estaba a punto de ser mamá y ha tenido nueve ratitas dentro de mi armario, y yo estoy castigada durante un mes sin tele y sin salir del jardín de nuestra casa, más que para ir al cole.

—No llores más, tonta, piensa que has librado a Chocolate y a sus bebés de acabar hechos filetes en el almacén de Chinlú —dice Álex mientras me abraza.

—Además, nosotros vamos a quedarnos contigo cada día dentro del jardín para que no te sientas sola —sigue Julieta.

—Eso, pero tienes que prometer que no vas a traer más ratas a casa, ¿vale?

—No puedo, Esme. ¿Y si el día de mañana me encuentro con una que me necesite? No quiero romper una promesa y no quiero dejar de ayudar animales en peligro.

—Ay, Amelia... —Julieta hace una mueca y niega con la cabeza—. Eres demasiado buena para tu propio bien.

Álex y Esme asienten, pero yo solo me encojo de hombros y suspiro pensando que, en días como hoy, me vendría genial descubrir que el césped de casa está lleno de hadas, duendes, elfos, unicornios y miles de criaturas más, como he creído siempre, porque así, al menos, tendría algo para animarme.

No lo digo en voz alta, claro, porque mis hermanos se reirían de mí, pero algún día encontraré un mundo lleno de fantasía en el jardín trasero y entonces tendrán que callarse la boca y reconocer que soy la mejor de los cuatro. Después de todo, soy la única mujer completa de la familia, aunque odien pensar en ello.

Sonrío y me tumbo en el césped para mirar al cielo y buscar nubes con forma de chuches mientras pienso en lo bonita que será mi vida cuando, por fin, encuentre un unicornio y pueda pasear con él mientras mis hermanos me miran muertos de envidia.

—Ya se ha ido a su mundo otra vez —murmura Julieta desde algún lugar del césped.

—Dejadla en paz, ella es feliz así —me defiende Esme.

—Por lo menos su cuarto dejará de oler a mierda —acaba diciendo Álex.

Mi padre vuelve a gritar desde dentro de casa, pero yo ni siquiera me muevo del sitio, porque sé que mis hermanos me defenderán si sale a ampliar mi castigo.

Y es que, en realidad, tener tres hermanos de mi edad que me protejan cuando lo necesito es la cosa más guay del mundo.

—¡Dame a mi gato! Ya no te lo digo más.

Nacho me mira con los ojos de par en par y no me extraña, porque yo no soy dada a gritar ni a enfadarme así, tampoco, pero es que estoy más nerviosa de lo que he estado en mucho tiempo y él ha pasado un límite que, para muchas personas, estaría tan alto como las estrellas.

—¿De verdad vas a ponerte así por un minino?

Veo a Retazos maullar, asustado, cuando lo alza en alto, y me siento como si tuviera cinco años y el abusón del cole volviese a reírse de mí, quitándome mi muñeco máspreciado. La diferencia es que este no es un abusón, sino mi novio, y dudo mucho que mi hermano Álex, o mis hermanas Esme y Julieta, aparezcan por aquí para defenderme. Por suerte, hace mucho que aprendí a hacerlo por mí misma, o eso me gusta pensar.

—¡No es un minino! ¡Se llama Retazos y es mi gato! Bájalo, Nacho, le estás asustando.

—Todavía no puedo creer que te hayan regalado un gato tan feo por Navidad.

Aprieto la mandíbula y miro a mi gatito. Su parche se ha movido un poco, así que puedo ver la cicatriz que tiene donde debería haber un ojo. Aparte de eso está cojo y, si se pone muy nervioso, se hace pis, así que es cuestión de segundos que ponga a Nacho chorreando. Podría parecer gracioso, pero tengo una mínima sospecha de que, si Retazos se hace pis encima de Nacho, este va a hacerle algo feo, muy feo. Él se jacta de ser perfecto y superempático con todo ser vivo, pero en la realidad y cuando le dan estos arranques, la cosa cambia...

Sé bien que, *a priori*, Retazos puede parecer un gato feo, porque no es bonito, estamos de acuerdo en eso, pero es especial. Puede que le falte un ojo, sí, y puede que su cojera haga que sea lentito y no se mueva mucho, pero, aun así, para mí es el gato más perfecto y precioso del mundo. Es, además, el motivo de que mi relación con Nacho acabe hoy, porque jamás voy a poder perdonarle esto, y mira que le he perdonado cosas a este impresentable, solo porque me daba pena y no quería hacerle daño. Por eso y porque él ha jugado muy bien sus cartas y ha conseguido ser una persona con tendencia a hacerse la víctima y depender totalmente de mí de puertas para dentro y controlador de puertas para afuera. Llevo meses deseando dejarlo, pero primero me dio pena y, al final, lo usé para escudarme, pensando que así sería más fácil no enfrentarme a mis sentimientos.

¡Qué equivocada estaba! Ahora, viendo a mi gato con cara de pánico, no dejo de culparme por no haber cortado esta insana relación mucho antes.

—No te lo voy a repetir más. Baja a Retazos y dámelo ahora mismo para que pueda marcharme.

—No vas a marcharte. No puedes dejarme por un gato de mierda.

—No voy a dejarte por un gato de mierda —replico en tono cortante—. Voy a dejarte por mi gato, porque eres una mala persona, un manipulador y porque, sinceramente, bastante he aguantado ya tu actitud.

—¿Y si tan malo soy, por qué seguías conmigo? —Su sonrisa maliciosa me pone los vellos de punta—. ¿Por sexo?

Si fuera Julieta, soltaría una carcajada estruendosa. ¿Sexo? El sexo con Nacho es lo más cutre que hay, la verdad. Carente de cariño y pasión, era un acto tan mecánico que lo hacíamos solo cada cierto tiempo, cada mucho tiempo, en realidad, para poder decir que seguíamos siendo pareja, cuando los dos hemos sido conscientes de que esto ha sido una pantomima que he llevado demasiado lejos.

—O me das a mi gato, o llamo a mi cuñado Diego —suelto en tono amenazante.

—¿Al poli? ¿Y qué vas a decirle? ¿Que me detenga por jugar con tu minino?

Entrecierro los ojos, doy un paso hacia él y pongo los brazos en jarras, aunque soy consciente de que no soy muy intimidante. Mis rasgos, dulces en teoría, no son capaces de convertirse en hielo, como los de mi hermana Esme.

¡Ojalá!

Tampoco puedo ponerme soberbia y altanera como Julieta, porque no es mi estilo, pero puedo mantener la calma en las peores situaciones y eso, en este momento, es algo de agradecer.

—No, no voy a decirle que te detenga. —Sonrío con dulzura y prosigo—. Voy a decirle que se traiga a Nate, a mi hermano Álex y a Marco y te den la paliza del siglo si no bajas ahora mismo a mi gato y me lo das. Los conoces, Nacho, sabes perfectamente que no dudarían a la hora de ponerte en tu sitio. —A él la cara se le desencaja y yo sigo sonriendo como si fuese un angelito recién caído del cielo—. ¿Quieres acabar sin dientes? —Entrecierra los ojos con rabia, pero niega con la cabeza—. Pues dame a mi gato. Ahora.

Él resopla, hace un gesto de desdén y estampa a Retazos contra mi pecho, que, asustado, me clava las uñas e intenta esconderse en la curva de mi cuello. Hago un gesto de dolor, pero no me importa, porque por fin lo tengo en brazos. Ahora solo necesito salir de aquí de una vez.

—Amelia, si te vas, no vuelvas llorando.

—Ese no es mi estilo, Nacho, sino el tuyo. Sabes muy bien que, si no hemos roto antes, ha sido porque tienes tendencia a llorar en cuanto te das cuenta de que estás a punto de perderme.

—Esta vez no será así, me tienes hartos con tus tonterías. Vas de santita y ni siquiera eres tan buena como dices.

—Ah, ¿no?

—No, y si no, mírate, estás aquí haciéndome daño, mirándome con odio por coger en alto a tu gato, ¿y todo por qué? ¿Eh? Porque te lo ha regalado el único imbécil de tu círculo al que no has nombrado. No sueles hacerlo mucho, en realidad,

pero eso no quiere decir que no pienses en él, ¿verdad? —Aprieto los dientes y agunto su odio con valentía—. Lo haces más de lo que te gustaría, pequeña zorra.

Trago saliva, porque el insulto me ha golpeado con fuerza. Nacho suele soltar cosas durísimas cuando se enfada, aunque luego prometa que no lo piensa y que se arrepiente mucho. Me recoloco las gafas que llevo puestas, porque se me resbalan debido al peso y a que son grandes para mi cara, aunque ese sea el motivo de que me gusten tanto, y me encojo de hombros.

—No sé de qué me hablas y, por favor, no me insultes.

—¿No? Hablo de ese mastodonte que ni siquiera sabe hablar. —Aprieto la mandíbula con fuerza, otra vez, y él se ríe con malicia—. Parece retrasado y, ahora que lo pienso, es lógico que te haya regalado un gato así; casi diría que parece su gemelo.

Me trago las ganas de decirle que Einar le da cien mil patadas a él y a cualquiera, pero este terreno es pantanoso y prefiero no pisarlo demasiado, y mucho menos con Nacho, así que cojo mi bolso del sofá y le miro con compasión, sabiendo de antemano que eso va a enervarlo todavía más.

—Es tan triste que te las des de salvador de la humanidad y sin embargo no seas capaz de sentir empatía o cariño por nadie... ¿Sabes cuál es tu problema, Nacho? Que da igual que participes en mil ONG, porque a ti te mueve la necesidad de aparentar, no la de ayudar, y eso solo demuestra lo negro que tienes el corazón.

No es ninguna mentira. Nacho colabora en tantas ONG que, en algún momento, empezó a hacerme sentir mal, como si mi labor como trabajadora social y voluntaria en varias asociaciones no fuera suficiente. Él convertía cualquier acto de buena fe en una competición y me obligaba a aceptar el reto, porque yo me engañé una y otra vez pensando que, mientras hiciera el bien, no importaba la motivación. Ay, qué equivocada estuve. Pronto descubrí que, de puertas para adentro, la empatía no existía, ni la compasión, ni siquiera las buenas palabras.

—Eres tan cursi que no sé cómo he tenido el valor de follarte alguna vez. —Arrugo el gesto, dolida, y él aprovecha para hundir con más fuerza el puñal—. Te crees superguay porque ayudas a la gente en tu trabajo, pero no eres mejor que yo. De hecho, yo lo hago en mi tiempo libre, que tiene más mérito. —Y ahí está otra vez, el reto, la comparación constante—. Y, encima, solo eres capaz de sentir algo cuando ayudas a desconocidos, porque en la cama, sin ir más lejos, eres una frígida de mierda. Follarte era igual de placentero que follarse a una muñeca hinchable.

Me giro, porque no estoy dispuesta a seguir escuchando estas cosas, y oigo su risa malvada a mi espalda. No quiero contestarle; no puedo. Una parte de mí, la insegura y con tendencia a tener poca autoestima, ha creído de inmediato en sus palabras, pero intento ser racional y repetirme a mí misma que Nacho está dolido y, cuando se enfada, es capaz de decir cosas horribles, así que, simplemente, abandono el piso con sus gritos de fondo.

Mis mejillas arden, Retazos tiembla y, cuando llegamos al ascensor, se hace pis en mi jersey, demostrándome que solo quería verse lejos de Nacho para dejar ir su estrés. Le acaricio con fuerza y le aseguro que no pasa nada, que puedo lavar este jersey mil veces más, y ni siquiera me esfuerzo en reñirle, porque solo llevamos juntos unas horas y comprendo lo difícil que está siendo su nueva vida, al menos hasta ahora.

De camino al coche me pregunto cómo es posible que el día de los Reyes Magos se haya torcido tanto y, entonces, recuerdo todo lo acontecido desde esta mañana.

Unas horas antes...

Miro el reloj de mi mesita de noche y reprimo las ganas de sentirme mal. Son las diez de la mañana, puede parecer un dato sin importancia, pero hoy es el día de los Reyes Magos y la casa está en completo silencio.

Lo entiendo, de verdad. Esme y Nate estarán con Noah, su hijo, en casa, disfrutando de abrir primero sus regalos, igual que Julieta, Diego, Marco y las gemelas; o Álex, Eli, su chica y Óscar, el hijo de ambos, aunque Eli fuese mamá soltera hasta que el pequeño tuvo seis años, cuando empezó a salir con mi hermano.

Es una mañana para estar en familia, levantarse, abrir los regalos y gritar de alegría. El problema es que en esta casa ya nadie grita al amanecer; de hecho, sé que es probable que mi padre y Sara también estén dormidos, porque anoche todos estuvieron aquí tomando algo.

Me siento en la cama y pienso que no debería quejarme. Total, van a venir en un rato para que abramos juntos los regalos. Anoche me hicieron prometer que esperaríamos que vinieran para abrir los nuestros y aceptamos de inmediato. Creo que mi padre es el primero que sufre cuando se da cuenta de que sus hijos comienzan a tener sus propias familias. No es malo, al contrario, es ley de vida y yo me alegro muchísimo por todos ellos, pero eso no quiere decir que no me duela un poco estar aquí, esperando que vengan y sintiéndome, en parte, el segundo plato. Sé que no es así, que, como he dicho, es ley de vida, pero los sentimientos, a veces, son egoístas por naturaleza.

Salgo del dormitorio y miro las habitaciones de Esme, Julieta y Álex. Este último todavía no ha anunciado que vive con Eli, pero creo que no hay nada que anunciar, porque su armario ya está casi vacío. De hecho, según Julieta, Eli y él están buscando un bebé. Ella lo sabe porque oyó una conversación privada que tuvieron hace unos días y, como no es capaz de guardar un secreto, ya todos somos conscientes de que la sonrisa diaria que tienen se debe al buen sexo. Eso, y que a veces dejan a Óscar con nosotros un rato para hacer recados, que ya todos sabemos que los recados son... Bueno, buscar a la cigüeña.

Bajo las escaleras y sonrío al recordar lo mucho que ha pasado Álex para llegar a este punto con su chica. Pienso en cómo se ha fraguado su historia y no puedo evitar acordarme del *camping*... Pero no, no voy a caer en el error de rememorar esas vacaciones. Otra vez. Se me ha dado de maravilla reprimir cada recuerdo y sentimiento durante meses y no voy a estropearlo hoy solo porque estoy más sentimental de la cuenta, que ya es decir.

Entro en la cocina y me preparo una infusión de manzanilla, me sirvo una taza enorme y vuelvo al salón para sentarme en el sofá, mirar el enorme árbol de navidad, con los regalos adornando el pie y sentirme nostálgica, porque si cierro los ojos puedo vernos de pequeños gritando, bajando las escaleras a toda prisa y dándonos patadas para quedarnos con las cajas más grandes, aunque no llevaran nuestro nombre. Pienso en las guirnaldas de palomitas que solíamos hacer. Lo vimos en una peli y me pareció tan bonito que conseguí que mis hermanos las hicieran un año y, desde entonces, repetíamos siempre. Este año no hay guirnaldas, pero es que todos estamos tan ocupados... Es normal que no se hayan acordado de venir a hacerlas. Y no pasa nada, si es una tontería, pero duele. Ay, cómo duele echarlos de menos y necesitarlos siempre más de lo que ellos me necesitan a mí...

Creo que ese es el verdadero problema, que necesito a mis hermanos más de lo que me necesitan ellos a mí y no estoy acostumbrada.

En la asociación suele ser al revés. Soy trabajadora social y, por lo general, mi día a día se desarrolla entre menores en riesgo de exclusión social y sus familias, sin contar las asociaciones con las que colaboro, claro. A diario me enfrento a situaciones complicadas que viven niños, adolescentes o adultos; situaciones que, cuando tienes una vida cómoda y sencilla, ni siquiera imaginas, y lo hago con sumo gusto, deseando conseguir un mínimo cambio en la actitud de críos que tienen un futuro negro y retorcido, intentando que entiendan que la vida es más que sus barrios conflictivos, las drogas o los mil problemas diarios que tienen en casa y en la calle. Vivo preocupada por ellos y sus vidas desde que abro los ojos y los únicos momentos en los que puedo desconectar de todo ese dolor, incertidumbre y rechazo, en muchas ocasiones, llegan cuando estoy con mis hermanos. Aprendí hace mucho que ellos no me necesitan y no son mi responsabilidad, aunque siempre me preocupe por ellos, pero cuando estamos juntos yo no siento la presión de tener que intentar arreglar sus vidas, y es un alivio increíble. Quizá por eso, ahora que Álex no está, me siento tan sola.

Cuando Julieta se fue con Diego, su chico, me lo tomé mucho mejor. Aún tenía a Esme y a Álex, así que no tenía de qué preocuparme, pero es que en cuestión de tres años mis tres hermanos han salido de casa con sus parejas para empezar a formar sus propias familias y, aunque intento no pensarlo, no puedo evitar sentir, a veces, que yo no encajo en sus vidas.

Dios, solo pensar en ello hace que sienta ganas de llorar. Si Julieta estuviera aquí ahora mismo me diría que no comprende cómo puedo enfrentarme a un niño maltratado sin pestañear, por ejemplo, y llorar por cosas que no son reales; que solo están en mi cabeza, o en mi corazón, pero es que no puedo evitarlo. A veces me siento en la cama, imagino cómo sería la vida de mi familia sin mí y lloro, porque sí, porque necesito desahogarme, supongo, y es la alternativa que busca mi mente, pero es agotador estar convenciéndome a mí misma todo el tiempo de que soy tan imprescindible como el resto de mis hermanos. Y no solo me cansa, además, me da

rabia, porque no quiero ser el tipo de persona que necesita a nadie para subsistir, siempre he conseguido mantenerme en pie, a pesar de haber visto todo tipo de atrocidades en mi trabajo. Julieta, Esme y Álex son una parte vital de mi vida, pero no pueden ser mi vida entera y es lo lógico, así que más me vale reponerme de esta morriña navideña y animarme un poco, si no quiero pasar el día de Reyes amargada.

Además, que ya mismo vendrán, lo que pasa es que tiendo a la exageración emotiva desde pequeña. Era el tipo de niña que quedaba con mi padre en que me recogería de casa de una amiga y luego, si se retrasaba veinte minutos, creía firmemente que me habían abandonado y hasta me imaginaba en la calle pidiendo un poco de leche y pan para subsistir.

En serio, he superado tantos dramas imaginarios a lo largo de mi vida que debería tener algún tipo de reconocimiento por parte de mi familia, tanto sufrimiento se merece un premio, aunque sea en forma de comida y bebida.

—Buenos días, cariño —dice Sara desde las escaleras.

Le sonrío de inmediato, porque adoro a esta mujer. Es lo más parecido a una madre que hemos tenido nunca y... No, espera, no es lo más parecido a una madre, es una madre, punto. Puede que no nos pariera y llegara a nuestras vidas cuando ya éramos personas adultas, pero sin ella ya no seríamos la misma familia.

—Hola, ¿quieres una infusión?

—Prefiero café —dice sin perder la sonrisa—. ¿Me acompañas a la cocina? Así charlamos mientras lo preparo.

Asiento y la sigo dando sorbitos a mi taza y rodeándola con las dos manos para sentir el calor en mis dedos. Me encanta hacer esto, creo que es un placer que supera incluso al que da tomar el contenido. Para mí, un plan inmejorable es meterme en una cama con un buen libro, una taza enorme y calentita entre las manos y la lluvia golpeando el cristal. Sería feliz si todos mis días fueran así.

—¿Oyes eso, pequeña? —pregunta Sara.

S sonrío, porque me gusta que me llame «pequeña», aunque tenga treinta y un años. Es como si, al habernos descubierto ya de adultos, tuviera la necesidad de pasar por todas las fases, incluida esta de tratarnos como si fuéramos niños, a veces.

—¿El qué?

—Silencio —dice—. Un silencio envolvente y maravilloso. Disfrútalo, porque durará poco. —Nos reímos y continúa—. Me encanta tener a toda la familia aquí, pero reconozco que también me siento cómoda cuando la casa está en calma.

—Sí, te entiendo —contesto, siendo consciente de que la entiendo, pero no me siento igual de cómoda con la soledad.

—¿Estás bien? —pregunta sin medias tintas.

Suspiro, porque otro de mis grandes problemas es que mi cara tiene la mala costumbre de reflejar todo lo que siento, sea bueno o malo, así que, en este momento, supongo que las enormes gafas de pasta que uso en casa no pueden ocultar que me siento triste, aunque no quiera.

—Pensaba en los Reyes Magos y en cómo va cambiándonos la visión a las personas conforme crecemos. Es una pena que la magia se extinga.

No es la completa verdad, lo sé, pero se acerca mucho, a su manera, y no quiero preocupar a Sara, así que es lo único que estoy dispuesta a contarle.

—Bueno, en mi caso es mucho mejor ahora. Principalmente porque antes no celebraba este día —dice riendo, porque es estadounidense y allí los Reyes no llegan, claro—. Lo pasaba mal el día de Navidad, ¿sabes? Me veía sola, no tenía hijos, mis sobrinos estaban lejos y pensaba que estas fechas no tenían sentido si no había un puñado de niños adornando cada casa del mundo. —Sonríe y niega con la cabeza—. Cuando conocí a tu padre y entré en vuestra vida sabía que erais adultos, así que no esperaba encontrar esos sentimientos que ya creía perdidos, pero me equivoqué, porque puedo vivir día a día el alboroto que supone tener una familia numerosa. Puede que ya seáis adultos, pero a veces es tan fácil veros como a niños... Llenáis con creces todas las navidades que pasé sola y triste.

Intento no llorar, pero me resulta imposible, porque es increíble cómo una misma escena puede ser vivida y sentida de distintos modos. Aquí estaba yo, sintiéndome sola porque mis hermanos van a venir más tarde y, sin embargo, ahí está Sara, disfrutando por la misma razón. Y es que la casa va a llenarse de gente, así que, ¿qué más da que lo haga más tarde? Lo importante es que vienen, no voy a tener que estar sola todo el día, como tanta otra gente en el mundo, y eso es motivo suficiente para que mis ánimos vuelvan a crecer.

—Eres genial, Sara —le digo levantándome y abrazándola—. Y estoy muy contenta de que hayas llegado a esta casa de locos.

—Cómo me gusta ver a mis chicas abrazadas —dice mi padre entrando en la cocina y sonriendo—. Buenos días. Dios, necesito un café. —Se acerca para besarme en la frente y rozar los labios de Sara antes de lanzarse hacia la cafetera—. ¿Estáis nerviosas por abrir los regalos de Reyes?

Sara se ríe y yo me encojo de hombros, consciente de que, a estas alturas, pocas cosas pueden sorprenderme. Sé que me regalarán perfumes o geles frutales, porque saben que me encantan, algún pijama, calcetines... En fin, lo típico. A mí lo que más ilusión me hace es ver a Óscar, las gemelas y Noah abrir sus regalos. Tres son bebés, pero estoy segura de que alborotarán de lo lindo cuando vean sus nuevos juguetes.

—¿Crees que este año los Reyes se habrán acordado de comprarme un perro?

—Creo que los Reyes te han dejado claro a lo largo de todos los años de tu vida, que no vas a meter un perro en esta casa. No de manera constante, al menos.

Me río y me vuelvo a sentar en la silla para tomarme el resto de mi infusión sin querer pensar en lo mucho que me gustaría tener una mascota. Papá nunca me lo permitió oficialmente y de manera permanente, porque de manera extraoficial en esta casa se han recuperado tantos animales callejeros que no sé cómo no acabamos montando un zoo.

Desayunamos los tres juntos charlando y rememorando navidades pasadas, así que, cuando Esme y Nate llegan con el pequeño Noah, mi bajón ha pasado a la historia y solo quiero disfrutar de ellos y, sobre todo, del pequeño.

—Ven con la tía Amelia —le digo sacándolo del carro y besando su carita mientras él se ríe y palmea mi mejilla.

—¿Cómo se han portado Los Reyes? —pregunta mi padre a mi hermana y a su recién estrenado marido.

Ellos sonrían y se encogen de hombros diciendo que bien, muy bien, y yo doy por hecho que el regalo que se han hecho es sexual o algo todavía más vergonzoso que no van a compartir con la familia, por suerte.

Nos vamos al salón y, pasados unos minutos, Álex, Eli y Óscar entran por la puerta principal. El último trae una bicicleta nueva que se niega a dejar fuera, así que nos reímos y le permitimos meterla en casa, siempre que no la use aquí dentro.

—¿A que es genial? ¡Los Reyes se han portado de maravilla este año! —exclama loco de contento—. ¡Y papá dice que seguro que aquí se han acordado de mí también!

—No lo dudes —dice mi padre—. De hecho, ven, fíjate, yo creo que de todos estos paquetes, al menos, dos son tuyos.

Óscar se baja de la bici tan rápido que se me escapa una carcajada, porque este niño es genial y, por lo general, muy maduro para su edad, pero hoy es un día para que, incluso los adultos, nos volvamos niños pequeños con una ilusión desbordante.

—¡Hala! ¡Mira, abuelo, es verdad! —grita el niño haciendo que mi padre carraspee y se emocione por cómo le ha llamado.

Creo que Óscar ha asumido tan pronto y tan bien que esta familia ahora es la suya porque lleva toda la vida deseándolo en secreto. Apenas mi hermano y Eli formalizaron la relación, el niño comenzó a llamar a Sara y a mi padre «abuelo» y «abuela». Nosotros hemos pasado a ser los titos todos, incluso Einar y Marco, pero no verás a nadie quejarse, porque su carita de ilusión cada vez que nos llama así es tal que todo lo que podemos sentir es orgullo por haber adoptado a un crío tan especial en esta familia.

—Eh, eh, nada de abrirlo. —Elizabeth se acerca a él y deja el paquete en el suelo—. Tenemos que esperar que vengan todos.

—Pero, ¡mamá...!

—No protestes, Óscar —dice mi hermano interviniendo como todo un padre en funciones—. Haz caso a tu madre y tráeme un batido de la nevera, así haces tiempo en lo que llegan tus tíos.

—Jo...

Resopla y sale del salón mientras nosotros nos reímos y Álex se deja caer en el sofá, a mi lado.

—¿Cómo estás?

Pongo los ojos en blanco, porque es una pregunta que me hace cada vez que me ve, pero desde hace unos meses, además, sé que siempre siempre siempre, va con segundas intenciones.

—Estoy bien, Álex.

—¿Y tu novio? —pregunta con retintín—. ¿No viene hoy?

—Eh... no, está ocupado.

Álex frunce el ceño, pero yo consigo escabullirme y ponerme a hablar con Eli del último parto que ha presenciado como matrona. No es que sea mi tema favorito, pero cualquier cosa es mejor que someterme a un interrogatorio de Álex.

Julieta, Diego y Marco llegan poco después, aunque el último nos avisa de que se irá cuando coma, ya que tiene que trabajar en el restaurante familiar, propiedad de los padres de Diego. Mi cuñado también suele trabajar allí para echar una mano a la familia, pero cada vez menos, la verdad. Él en realidad es policía y, cuando acaba sus turnos, solo quiere estar con mi hermana y sus niñas, así que hace un tiempo que empezó a trabajar en el restaurante solo cuando necesitan extras con urgencia.

Victoria y Emily gritan y botan en el carro para que las suelten mientras yo me río, pero empiezo a temer por la integridad del árbol. Harán un año el mes que viene, pero ya caminan a la perfección y es como intentar contener un tsunami entre las manos. Corren, tiran cosas, gritan y se ríen a carcajadas con una facilidad que enamora y horroriza a partes iguales.

En cuanto su madre las pone en el suelo, tal como predije, se lanzan hacia el árbol y los paquetes a la desesperada.

—¿Dónde está Einar? —pregunta Nate—. No vamos a poder aguantar mucho más sin abrir regalos.

—Me ha llamado cuando veníamos de camino y me ha pedido que vayamos abriéndolos nosotros —dice Diego encogiéndose de hombros.

Yo frunzo el ceño, porque vale que nuestra relación ha menguado desde que llegamos del *camping*, pero no entiendo dónde puede estar un día tan importante como hoy, si aquí no tiene más familia que nosotros.

Puede que tenga una cita con una mujer, pero descarto de inmediato la idea, no porque lo vea imposible, sino porque no soporto imaginarlo con otra y no quiero acabar de los nervios en un día tan especial.

Abrimos los regalos, miramos a los niños jugar y flipar y nos sonreímos con cordialidad fingida cuando desenvolvemos los calcetines, bragas y pijamas. En esta familia la originalidad a la hora de regalar es que no se estila mucho. Julieta nos dice que ya podíamos habernos dejado un poquito más en ella, nosotros le contestamos prácticamente lo mismo y, pasada una hora, todos disfrutamos de lo que de verdad importa, que es el roscón de Reyes y el chocolate caliente.

Bueno, decir que lo disfrutamos es un eufemismo, porque yo no hago más que mirar a la puerta, esperando que él llegue de una maldita vez.

Sé que es curioso que piense más en él que en mi novio, pero es que Einar es tan... Y Nacho es tan... Pues eso.

A la hora de comer la puerta se abre y contengo la respiración deseando que sea él, claro que no puede ser nadie más, porque es el único que falta, pero con mi suerte, es capaz de pasarse el barrio entero a ver nuestros regalos antes que Einar.

Su cuerpo enorme, altísimo y perfecto entra en el salón, ocupándolo todo de inmediato. Su sonrisa fácil, sus ojos azules, su pelo rubio... maldita sea, es tan guapo que me resulta imposible no quedarme embobada, aunque sea una experta en disimular. De hecho, creo que esto que siento es lo único que he conseguido disimular en toda mi vida, y estoy batiendo records, teniendo en cuenta que hace años que me muero por él en secreto.

—¡Vikingo molón ya está aquí!

—Vikingo molón llega tarde —dice mi padre—. ¿Dónde has estado?

—Recogiendo regalos puta madre, Javi.

Pongo los ojos en blanco y me río, porque este hombre el español lo lleva regular, aunque vuelva a mejorarlo ahora que vive aquí, pero lo que son los insultos españoles los lleva de maravilla.

—¿Tienes algo para mí? —pregunta Diego abrazándolo y señalando su mochila.

Einar asiente y no tiene tiempo de decir más, porque todos se arremolinan para coger sus regalos. Más perfumes, pañuelos, juguetes, botellas de alcohol que arrancan alguna exclamación de alegría, pantalones de deporte y, cuando todos se calman, Einar me mira, esperando que busque el mío.

Tengo que hacerlo, lo sé, pero es tan difícil verlo, hablar con él y hacer como si nada hubiese pasado...

—¿Y para mí, hay algo?

Él sonrío y sale de casa haciéndome fruncir el ceño.

Cuando vuelve a entrar lo hace con una caja en las manos, me la da y sonrío por respuesta, antes de abrirlo.

Me siento en el sofá y pienso que ojalá no sea muy caro, porque yo le he cogido un jersey. No sabía qué otra cosa comprarle sin parecer que me implicaba demasiado, o me quedaba corta, así que...

—¡Ay, Dios! —grito cuando abro la caja y veo el interior.

Todos se arremolinan a mi alrededor mientras a mí se me llenan los ojos de lágrimas. ¡Es un gatito! Un gatito real de carne y hueso que ha hecho que mi padre maldiga por lo bajo, pero me da igual, porque Einar lo ha traído y sería una crueldad devolvérselo. Además, ¡es tan bonito!

—¿Por qué tiene un parche en el ojo? —pregunta Esme con el ceño fruncido.

Lo saco de la caja y sonrío, porque es verdad que tiene un parche, pero ni siquiera me había fijado en el detalle. O sea, lo había visto, pero estoy tan nerviosa que no me importaría ni que fuera azul. No lo es, claro, es gris, con vetas blancas o negras en según qué partes del cuerpo, tiene el pelo un poco áspero, pero no me importa.

—Solo tiene un ojo —dice Einar—. También es cojo y, si está nervioso, mea, cuidado.

Ha hecho la advertencia demasiado tarde, porque ha sido cogerlo en brazos y sentir que se hacía pis encima, pero ni siquiera eso me importa, porque tengo un gato y es un momento genial.

—No jodas —dice Julieta—. ¿No lo había con más defectos?

—¡No tiene defectos! —le grito a mi hermana, muy seria—. A mí me encanta, Einar, muchísimas gracias.

—Lo de regalar una mascota sin consultárselo al dueño de la casa ha sido una cagada, vikingo —dice mi padre.

—Bueno... —Einar se ríe entre dientes y habla en inglés, para explicarse mejor—. Lo encontré hace unos días en el callejón que hay al lado de mi estudio. Estaba herido y casi no podía moverse, así que lo llevé al veterinario para que le atendieran y, cuando le dieron el alta, pensé que sería una lástima llevarlo a una protectora, porque nadie va a querer adoptar un gato tuerto y cojo.

—Y con incontinencia urinaria —recuerda Diego.

—Sí, eso. Pensé que necesitaba a alguien que pudiera quererlo sin fijarse en esos pequeños detalles; que fuera capaz de ver más allá. —Me mira y sonrío con dulzura—. Te necesitaba, Amelia, y los Reyes estaban a la vuelta de la esquina, así que lo tomé como una señal. Si no lo quieres...

—¡Lo quiero! —exclamo de inmediato, con las lágrimas rodando por mis mejillas—. Claro que lo quiero, es perfecto.

Einar sonrío y asiente mientras yo me contengo al máximo para no correr hacia él y abrazarle, porque creo que es el mejor regalo que me han hecho nunca. Dios, es que es bueno, atento y me conoce tan bien que me resulta imposible dejar de sentir esto que siento. Él se acerca un poco, acaricia al gatito y, cuando se da cuenta de cómo lo miro, besa mi frente de una forma fraternal que me devuelve a la realidad, porque puede que yo esté loca de amor por él, pero decidí hace meses, cuando tuve la oportunidad de iniciar algo, que lo mejor era hacer como si no pasara nada y, aunque Einar insistió en hablar conmigo varias veces, acabó por entender, después de un tiempo, que eso no iba a pasar.

Ahora él me trata como si fuera su hermana pequeña, yo me muero de anhelo cada vez que me toca y tengo un novio que ni quiero, ni necesito, solo porque me sirve de excusa para no aceptar que llevo meses, o más bien años, haciendo las cosas mal.

—La verdad es que es un gato genial —dice Óscar tocándolo con cuidado—. Qué suerte tienes, tita Amelia, yo no tengo perro, ni gato. —Hace un puchero adorable y Eli suelta una carcajada.

—Ni tienes, ni vas a tener, no seas zalamero y lastimoso, que no cuela.

—¡Pero es tan genial!

—Tú tendrás un hermano, o una hermana, que es mejor —dice Álex.

—¿Cuándo?

—No lo sé, pero yo le escribo a la cigüeña a diario para que no se olvide — contesta mi hermano haciendo reír a la familia y confirmándonos a todos que están manos a la obra.

Yo me dedico a acariciar a mi nuevo mejor amigo y observar a Einar, que me devuelve una mirada cargada de ternura que me gusta y detesto a partes iguales, porque no es la mirada que un hombre dedica a una mujer que desea, estoy casi segura.

A veces me gustaría tanto saber qué piensa él de todo esto... De mí, de mi cobardía, de lo que estuvo a punto de ser y no fue.

A veces, simplemente, me gustaría meterme un ratito en su cabeza y saber qué piensa y siente Einar acerca de todo, en general.

El deseo y la fuerza de este solo demuestra lo bajo que he caído y lo mucho que aún tengo que luchar para superar estos absurdos sentimientos.

—Pero si es que parece que estuviera hecho de retazos. —Julieta me devuelve al presente con sus palabras.

Entrecierro los ojos ofendida al máximo.

—¡No digas eso!

—¡Es verdad! Es gris con vetas, pero de una forma rara, Amelia, como si estuviera hecho a cachos, y luego está su cojera, y su ojo de menos, y...

—Retazos —dice Einar cortando la diatriba de mi hermana—. Retazos es buen nombre.

—Retazos... —susurro mirándolo. Pienso en ello unos segundos, no muchos, porque creo que es el mejor nombre del mundo, así que sonrío y asiento—. Retazos es un gran nombre, Einar. —Alzo al gatito para mirarlo de frente y me centro en su ojito bueno—. ¿Qué te parece? ¿Te gusta?

Retazos se mea en mi regazo, demostrando que las alturas, por mínimas que sean, tampoco son lo suyo. O quizá aún está nervioso por todo lo acontecido. Lo aprieto contra mi pecho y beso su cabecita para que se calme. Huele un poco mal, pero no importa, ya tendremos tiempo de arreglar ese detalle.

—Amelia, lo mejor será que subas a darte una ducha rápida y cambiarte —dice mi padre—. Vamos a salir a comer y preferiría que no fueras con la ropa llena de pis de gato.

—Retazos viene.

—No, ni hablar, vamos a un restaurante. Retazos se queda en casa, lo pones en tu cuarto para que esté cómodo y ya.

—Papá, te quiero, pero no me gusta que seas tan cruel. ¿Te gustaría a ti que un desconocido te encerrara en un cuarto que tampoco conoces y se fuera durante horas? Sin comida, sin bebida y sin posibilidad de...

—Para el carro, Amelia —contesta mi padre suspirando—. Oye, vamos a comer a lo de Giu y Teresa, así que llámalos y pregúntales si no les importa que Retazos

venga, pero si dicen que no, el gato se queda.

—Si dicen que no, nos quedamos los dos, porque no pienso dejarlo solo.

Mi padre resopla mientras yo llamo por teléfono y, cuando acabo, le veo mirar mal a Einar.

—¿Te he dicho ya que la has cagado? —Él asiente y mi padre frunce el ceño—. Pues la has cagado y mucho. Amelia va a vivir tan pendiente de ese gato que se olvidará de su propia existencia.

Einar se queda muy serio unos instantes, pero al final se ríe, palmea el hombro de mi padre y habla.

—Vikingo invita comida para todos y así te ríes otra vez, Javi.

Y mi padre, que en el fondo es un blando y adora a Einar, acaba riéndose entre dientes y metiéndonos prisa para que nos marchemos de una vez.

La comida es un caos, como todas las comidas con mi familia y, cuando llegamos al postre y miro el reloj, suspiro con cansancio, porque tengo que ir a casa de Nacho; le prometí pasar la tarde con él y, aunque me apetece tanto como arrancarme la piel a tiras, no puedo faltar a mi palabra.

Al menos, tengo a Retazos, así que lo cojo en brazos, me despido de todos y me marcho a casa de mi novio preguntándome si será hoy el día que saque valor para dejarle de una vez.

Entro en casa con la cabeza gacha, así que es normal que, de primeras, no me dé cuenta de que el salón está lleno de gente.

—¡Cariño! ¿Ya estás aquí? Qué prontito, ¿no? —pregunta mi padre.

La familia al completo se arremolina en sofá, sillones y cojines en el suelo. Están viendo una peli y, por un momento, me veo tentada de mentir, decir que Nacho está enfermo y sentarme, fingiendo que todo va como siempre. El problema es que yo no sé fingir con mi familia, así que me encojo de hombros y alzo la barbilla, intentando adoptar una actitud digna. Complicado, teniendo en cuenta que Retazos sigue pegado a mi pecho, huelo a su pis y me ha arañado el cuello.

—He dejado a Nacho.

Lo suelto en un tono bajo, casi en un susurro, no por miedo, sino porque es la primera vez que hago real el pensamiento, poniéndole palabras, y no sabía cómo sonaría.

Las bocas y los ojos de mi familia se han abierto de par en par y yo sonrío y me subo las gafas, incómoda y pensando que ojalá reaccionen pronto.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Sara con contención.

Miro a mi hermana Julieta y me sorprende que esté callada, pero ella me observa con sus enormes ojos marrones y una patata a medio camino de su boca; creo que intenta no moverse siquiera, por si me arrepiento y me desdigo. O quizá es que no se lo cree del todo. Teniendo en cuenta todo lo que he soportado a mi exnovio, no me extrañaría que fuese esto último. He sido la demostración de que, incluso la compasión, debe tener unos límites bien marcados.

—Ha pasado que se ha metido con Retazos, y con mi gato no se mete nadie.

Sigo observando a Julieta, que eleva las cejas, mira a Diego, su marido, después a su otro lado, a Einar, y suelta una estruendosa carcajada.

—Si llego a saber que necesitabas un gato feo para dejar a ese imbécil, hago que el vikingo te lo consiga antes.

La familia entera se echa a reír y yo frunzo el ceño, pero reconozco que, en el fondo, tiene un poco de razón. Todos, y cuando digo todos, digo que, hasta Óscar, me han intentado hacer ver en algún momento que Nacho no era para mí. Y lo peor no es eso, no, lo peor es que yo también lo sabía, no lo negaba, pero seguía con él porque, aunque me trataba fatal cuando discutíamos, me daba pena lo mal que se ponía después. Chantaje emocional de toda la vida. Eso y que mi relación con él me servía para olvidarme, o intentar olvidarme, de cierto rubio grandullón que ahora me mira con una sonrisa que me encantaría robar y guardar en una caja que uso solo para meter cosas bonitas que no quiero perder ni olvidar nunca.

Nacho era, aunque esté mal decirlo, mi muro de contención. Mientras estuve con él fui consciente de que no podía dejar ir mis sentimientos por Einar. Tenía una excusa, una motivación para olvidarle. Ahora que ya no está, porque estoy segura de que esta ruptura ha sido definitiva, me toca enfrentarme a un montón de cosas que llevo postergando desde hace mucho tiempo.

—Me alegra que Retazos te haya ayudado a dar el paso —dice él en inglés.

¡En inglés! Einar solo habla en ese idioma cuando quiere hacerlo con seriedad o no está seguro de poder acabar su discurso en español. Ha querido que le entienda sin dudas y asiento, porque no me da para decir nada más. No puedo, es que no... No sé, siquiera, qué podría decirle. ¿Qué me muero por él? ¿Que desde hace años sueño con que un día venga y me diga que soy la única que consigue despertar ciertas emociones en él? ¿Qué odio profundamente que haya salido con mi hermana Julieta? Dios, cómo odio eso. No puedo ni pensar en ello, porque me siento una persona pésima por desear que nunca, jamás, la hubiese conocido. Una paradoja, porque, de no haber sido así, él no habría llegado a mi vida, pero pensar que un día sus labios se unieron, que mi hermana lo ha desnudado, besado y disfrutado de la forma en que yo llevo años añorando, me mata. Me vuelve envidiosa, y es un sentimiento al que no estoy acostumbrada, así que reniego de él tanto como de lo que pasó en el *camping*.

Ay, el *camping*...

Las vacaciones de verano pasadas nos fuimos a un *camping* al sur del país. Mi hermana Julieta y Diego decidieron casarse en la playa, disfrazados de personajes de películas de Tim Burton. Muy ella, toda la idea. Estuvimos allí nueve días en los que Nacho me hizo la vida casi imposible, pero también sentí, por primera vez, que Einar podía querer algo de mí. Una lástima que no sea capaz de creerme del todo lo que pasó. Aun así, a menudo me pregunto qué habría pasado si hubiese sido un poquito más valiente. ¿Y si le hubiese dado a Einar una oportunidad real aquella noche? O todas las veces que se acercó a mí durante esas vacaciones. ¿Y si le hubiese permitido hablar conmigo después de todo lo que pasó?

No lo hice, me negué en rotundo porque lo fácil para mí fue huir, obviar la realidad y obligar a Einar, y a Álex, como único testigo, a obviarla conmigo, aunque ninguno de los dos estuviese contento con la decisión.

Ahora que por fin he dejado a Nacho, no puedo dejar de pensar en aquellos días y en lo distinto que habría sido todo con un poco más de valentía y menos dudas en la cabeza.

Agosto pasado
Camping Acosta

No me puedo creer que haya sido capaz de dejar a Nacho plantado para irme a hacer surf. O sea, sí me lo puedo creer, claro, estoy aquí, después de todo, pero es que esta semana está siendo tan frustrante, larga y deprimente que me parece mentira que vaya a disfrutar, aunque sea un rato.

Mi relación con Nacho no va bien, eso es algo que cualquiera que me conozca puede ver. No iba bien antes de venir aquí y no ha mejorado con este viaje, como yo esperaba. Mi novio es un hombre recto, estricto y de ideas muy fijas, no al estilo de Diego, el chico de mi hermana, que también lo es, pero, al menos, sabe ser educado y simpático, sin contar con que pierde el mundo de vista por ella. Nacho no es así, él no pierde el mundo de vista por nadie; o lo pierde por todo el mundo, menos por la gente que tiene a su lado luchando día a día.

El caso es que creo que traerlo de vacaciones con toda mi familia ha sido un error estratosférico, porque no ha dejado de agobiarme, recriminarme cualquier comportamiento y cohibirme desde que pusimos un pie en este *camping*. No quiero armar un escándalo y dejarle, principalmente porque mi hermana se casa mañana y ya está bastante nerviosa. A ver, que sé bien que si le dijera a Julieta que estoy hasta las narices de Nacho me diría las palabras exactas con las que tengo que mandarlo a paseo, pero no quiero que tenga esa preocupación extra. El día de su boda tiene que ser perfecto y estas vacaciones, también, aunque eso signifique que yo tenga que callarme y aguantar un poquito más.

—A ver quién es capaz de coger más olas —dice mi hermano Álex, que camina a mi lado—. El que coja menos pierde y tiene que invitar a una ronda luego.

Einar y yo asentimos y sonreímos mientras nos adentramos en el mar y pienso que es la primera vez que me permito bañarme obligándome a no sentirme culpable. Mi novio es una de esas personas que se preocupan por el planeta, cosa que está muy bien, yo también lo hago, el problema es que Nacho ve mal hacer casi cualquier cosa que implique moverse, porque afecta de alguna forma a la naturaleza. Ayer me dijo que no se mete en el agua porque los peces que hay en el mar se pueden sentir estresados con tanta gente, pero los humanos somos expertos en anteponer nuestro propio bienestar al de otros seres vivos. Imagino que tiene razón, si algo he aprendido a su lado es que no soy tan buena como pensaba, porque siempre se puede hacer más para ayudar a la madre tierra, pero empiezo a pensar que Nacho gasta toda su empatía con la naturaleza y luego, para los humanos, no le queda nada. De lo que le queda para su novia ya ni hablamos...

La cosa es que hoy, después de comer en familia, no he podido aguantar más las ganas de hacer un poco de surf y, pese a las miradas asesinas de Nacho, me he venido con Einar y mi hermano Álex a la playa, dispuesta a meterme en el mar sin pensar en los pobres peces que voy a estresar con mi presencia. O bueno, intento no pensarlo, al menos.

—Está bien, pero no vale robar olas —les digo mientras meto los pies en el agua—. Os conozco y sé que sois dados a quedaros las mejores.

—No es que nos las quedemos, es que se vienen con nosotros —contesta Álex haciéndome reír y poner los ojos en blanco.

—Lo que tú digas.

—¡Vikingo al agua! —grita Einar mientras se tira en plancha en la orilla.

El movimiento en sí ha sido limpio, el problema es que no ha calculado bien la profundidad del agua y lo grande que es él, así que ha dado el planchazo de su vida en la orilla mientras Álex llora de la risa y yo corro a ayudarlo. Pobrecito, parece una orca varada en la orilla. Podría haber dicho delfín, pero Einar es tan grande que no le pega.

—¿Estás bien?

—¡Sí, sí! —grita él levantándose de inmediato y, a juzgar por su pecho al rojo vivo, yo creo que bien, lo que se dice bien, no está, pero supongo que su hombría es más importante que el golpe—. He metido hostia puta. No pasa nada. Soy fuerte como acero.

En eso tengo que darle la razón. Einar es altísimo, de hecho, es el más alto de nuestro grupo/familia, mide casi dos metros y además está musculado y bastante fuerte, así que, si no lo conoces, es un hombre que puede imponer. Tiene el pelo rubio, igual que la barba, los ojos azules y una sonrisa rápida y constante que hace que caiga bien de inmediato. Que sea islandés es el detalle que hizo que entrara a formar parte de nuestras vidas, porque mi hermana Julieta adora a los vikingos y, cuando lo conoció, hace años ya, no dejó pasar la oportunidad de tener un lío con él. Luego resultó que uno de los mejores amigos de Einar y, además, compañero de piso, acabó enamorado de Julieta y ella cayó rendida ante él. Tan rendida que mañana se casan, y todo gracias a Einar, que metió a Nate y a Diego en nuestras vidas.

La situación con él no es rara, creo que en casa nadie recuerda ya que alguna vez estuvo liado con Julieta.

Bueno, yo sí.

Yo siempre lo recuerdo.

El caso es que estuvieron liados y Einar es un gran amigo de esta familia; diría que es parte de ella, en realidad, porque además será el padrino de mi sobrino Noah.

—¿Puedes surfear o quieres descansar un rato? Porque tendrás los pezones al rojo vivo —dice Álex.

—Pezones bien, gracias —contesta él haciéndonos reír y adentrándose en el agua con la tabla.

Yo suspiro y le sigo después de coger la mía, dispuesta a pasar un buen rato y no pensar que en el *camping* me espera mi novio, durmiendo la siesta, supongo, o viendo la tele, que se ve que es algo que no contamina y se puede hacer todo el santo día. Nótese la ironía que uso ya en este punto.

El rato de hacer surf es genial. El mar tiene un poder relajante increíble; consigue que me olvide de que mi vida no es lo que yo soñé que sería a estas alturas. Quiero decir, tengo treinta y un años y creo que no he tenido una relación sana desde que era una niña, cuando me enamoré de Rafa, el chico de gafas enormes y zapatillas desgastadas que me regalaba cada día un dibujo hecho a lápiz. Un dibujo feo, por lo general, pero teníamos ocho años, creo, así que no puedo tenérselo en cuenta y el gesto era tan bonito que se ganó el título de mejor novio del mundo, si es que a aquello se le podía considerar novio, porque nunca nos dimos más de un beso esporádico en la mejilla.

Patético, ¿no? Esa fue mi historia más real, sincera y bonita, y han pasado más de veinte años, así que comprenderás que, a estas alturas, esté empezando a perder la fe en el amor.

O no, no es eso exactamente, el amor de verdad existe, puedo verlo cada día en la forma en que mi padre mira a Sara, su mujer; en cómo pelean y se besan de inmediato Diego y Julieta y en la manera que tiene mi cuñado Nate de mirar a mi hermana Esme cuando cree que nadie se fija. Lo puedo ver incluso en Álex y Eli, aunque su historia esté empezando en este *camping*, pero me basta mirarlos interactuar cuando creen que nadie se fija en ellos para saber que llegarán muy lejos, si es que mi hermano no la caga.

Puedo verlo rodeándome, asfixiándome, a veces, pero no lo siento. O no lo siento de una manera correcta y sana. Estoy con Nacho porque él me necesita, aunque no lo crea y porque, sinceramente, he perdido la esperanza de llegar a encontrar algo como lo que tienen mis hermanos y mi padre.

—¡Venga, Amelia! —grita mi hermano a mi lado—. Para surfear tienes que ponerte de pie e intentar deslizarte sobre las olas, ¿recuerdas?

Asiento de inmediato, porque es cierto que me he quedado sentada en la tabla como una tonta, pensando en mi vida, en lo que me gusta, en lo que no, en lo que anhelo y en que no debería hacerlo, porque, después de todo, mi vida es buena. Tengo un novio que no será el mejor del mundo, pero es porque se preocupa por el medio ambiente y eso es algo que yo valoro mucho. Nacho no será perfecto, pero creo que me necesita. No tiene muchos amigos, le cuesta relacionarse y sé que sufre cuando intenta comunicarse con alguien y no se le da bien, porque prefiere preocuparse solo de la naturaleza, dejando de lado a los seres humanos. Si no fuera por nuestra relación, sería un ermitaño y acabaría volviéndose loco de tanto como sufre por cualquier cosa. Necesita alguien que calme un poco su intensidad y ese alguien soy yo, aunque no tenga claro que el papel me guste.

Y, de todas formas, ahora no es momento de pensar en ello. Cojo aire, miro hacia atrás y, cuando viene una ola que creo que puedo aprovechar nado y me pongo de pie, intentando cogerla. Lo consigo y pronto logro reengancharme al ritmo de Einar y Álex.

Nos pasamos un rato haciendo surf y solo paramos cuando Eli y Óscar aparecen para recoger a mi hermano. Einar me propone ir al chiringuito a jugar unos dardos y me apunto, porque la idea de volver al bungaló y ver a mi novio mirándome como si viniera de despellejar gatitos no me parece atractiva.

—Invitas tú que has surfeado peor —dice él cuando entramos.

Me río y sé que, si estuviera aquí mi hermana Julieta, le diría que por lo menos yo no me caigo en la orilla delante de todo el mundo, pero no quiero que se sienta mal por lo que le ha pasado, así que asiento y pido un par de cervezas mientras él recoge unos dardos para nosotros.

El tiempo empieza a correr, igual que la bebida. Álex, Eli y Marco con las gemelas se nos suman, pero todos desaparecen en algún punto de la tarde mientras Einar y yo seguimos bebiendo y la noche cae casi sin que nos demos cuenta.

—Vamos a cenar.

Einar tira de mi mano y suelta los dardos en la mesa alta que intenta acoger todos los botellines que nos hemos bebido, y eso que el camarero ya ha quitado muchos.

—Uy, no tengo hambre —contesto riéndome cuando me empuja hacia fuera.

—Sí, pescadito frito de Fran Acosta. Tienes que comer.

—Soy vegetariana, Einar —le recuerdo, riéndome—. ¿Ya se te ha olvidado?

—Perdón perdón. Es por cervezas. ¡Vamos a cenar ensalada! Ensalada mola, también.

Me río y me dejo arrastrar hacia el restaurante, donde pedimos una ensalada para cuatro comensales, porque Einar come por tres, unas tostadas con revuelto de verduras y especias que están de muerte y una lasaña vegetal, porque ya he dicho que el vikingo come por tres.

—¿Has hecho surf de noche alguna vez? —pregunta Einar en inglés.

No sé si cambia de idioma porque con el pedo que llevamos ya le cuesta el español, más que de costumbre, quiero decir, o porque para conversaciones largas se siente mejor hablando un idioma que domina a la perfección, pero sea como sea me río y niego con la cabeza antes de contestarle, aunque yo lo hago en español. Sé hablar inglés, podría hacerlo, pero... es más divertido así. Cualquiera que nos vea pensará que somos un cuadro y eso me hace aún más gracia.

—No me gusta meterme en el mar de noche.

—¿Por qué no?

—Porque no veo dónde demonios piso. ¿Y si le hago daño a algún pez sin darme cuenta? O peor, viene alguno que pueda hacerme daño a mí, y no me entero por culpa de la oscuridad.

—Hoy hay una luna tan grande que sería como bañarte con un foco iluminándote. Venga, ¿no te animas?

—No. —Me río, pero, en realidad, no me importaría en absoluto ir con él.

—No seas cobarde, Amelia.

—No soy cobarde, solo prudente. No todos tenemos genes vikingos.

—¿Qué tiene eso que ver? —pregunta riéndose.

—Tú eres un mastodonte, aguantarías el ataque de un tiburón, pero a mí me mataría solo con rozarme.

—Es que eres pequeña —dice sonriendo—. Creo que más pequeña que Esme y Juli.

—No te pases.

Él se ríe y se retrepa mientras palmea su estómago y da un buen trago a su copa de vino. Hemos pedido una botella porque se ve que no nos basta con acabar con la reserva de cervezas del *camping*.

—Eres pequeña, pero bebes como una vikinga.

Suelto una carcajada, alzo mi copa de vino y simulo un brindis con toda la pomposidad que puedo.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Bien, porque lo es. ¿Quieres postre?

—Mmmm, ¿de azúcar o de alcohol?

Él se ríe y llama al camarero, pide dos copas y me guiña un ojo de una forma que...

—Nos la tomamos y vamos al mar.

—Ni de broma.

—Venga...

—Que no.

—¿Y qué harás? ¿Encerrarte en tu bungalow con ese aspirante a hombre?

—¡Oye! No te pases con Nacho.

—Es un capullo.

—Einar...

—Te mereces algo mejor que él, te trata con condescendencia, como si fueras su hija, en vez de su novia. No te respeta, no eres su igual, no te hace sonreír y no te desea.

Abro la boca sorprendida por su diatriba, sobre todo por la última parte. ¿Pero qué...?

—¿Qué demonios sabrás tú de Nacho y su deseo?

—Sé que no te mira como debería.

—¿Y cómo debería hacerlo, según tú?

Einar me mira con sus intensos ojos azules y habla entre susurros, con calma y contundencia.

—Como si fueras el último vaso de agua en la tierra y llevara tres semanas sin beber. Así es como un hombre tiene que mirar a su chica y todo lo que esté por debajo de eso es un insulto.

Me quedo en silencio, porque, aunque me moleste, no puedo rebatir eso. Sé que Nacho no me mira así, él no es de esos. A Nacho el sexo le gusta en su justa medida, en ocasiones especiales y siempre de una forma suave y dulce. No lo critico, yo tampoco soy de las que piensan que todo el mundo tiene que hacerlo a diario. Hay personas más sexuales que otras, parejas que necesitan tenerse a diario y otras, como nosotros, que se conforman con... Bueno, vamos a evitar los números, mejor.

El resto de nuestra noche pasa casi en silencio, miramos a las mesas de nuestro alrededor, porque los dos sabemos que la situación entre ambos se ha vuelto tensa. Es algo que me pasa mucho con Einar, aunque casi nadie en la familia lo sepa. Consigue tocar puntos estratégicos en mí que me hacen saltar. A veces incluso creo que le gusta sacarme de mis casillas y cabrearme, o hacer que me revuelva, pero luego recuerdo que se trata del vikingo, es un trozo de pan y nunca haría algo así.

—¿Cuándo vas a acabar con esta farsa? —pregunta él en cuanto salimos, volviendo al ataque.

Frunzo el ceño, porque estoy un poco harta de que todo el mundo me diga que tengo que dejar a Nacho. Y sonará tonto, pero creo que, cuanto más me lo dicen, más me aferro a la idea de permanecer con él. Supongo que los seres humanos somos así de complejos e idiotas por naturaleza.

—No es asunto tuyo —contesto en tono borde antes de arrepentirme y suspirar—. Lo siento, no debí hablarte así.

—Debería sentirlo yo, porque tu vida privada no es asunto mío, pero no voy a disculparme. —Abro la boca para replicar, pero me contengo a tiempo y la cierro, intentando mantener la compostura—. ¿Crees que estará esperándote, o se habrá dormido?

—No lo sé, igual se ha dormido, es tarde.

—Sí, quizá se ha hecho una paja mirando un documental y ahora duerme como un bebé.

—¡Einar! —exclamo con los ojos de par en par. Le miro y me doy cuenta de que sus facciones siguen siendo inocentes. Sonríe como un niño pequeño pillado en falta y no puedo evitar, aunque lo intento, soltar una carcajada seca—. A veces creo que eres un demonio disfrazado de ángel.

—No soy un demonio, Amelia, y tampoco un ángel. —Pasa un brazo por mis hombros y me pega a su costado sin ningún esfuerzo, se agacha para que sus labios rocen mi oreja y habla—. Soy un vikingo, nena.

Que la forma en que ha pronunciado las últimas palabras me haya erizado el vello de la nuca solo indica que es hora de alejarme lo máximo que pueda. Conozco esta sensación, sé bien lo que viene ahora: el anhelo, el deseo, la culpabilidad... No voy a pasar por todos esos sentimientos hoy, así que me deshago de su agarre, le sonrío con

amabilidad, o espero que lo haya interpretado así, y señalo mi bungaló, que ya se ve al final de la calle.

—Démonos prisa, tengo un sueño que me muero y mañana tenemos que estar descansados para el gran día.

Él sonrío y asiente una sola vez, pero sigue caminando lento y con paso seguro, como si no tuviera nada de lo que correr. Yo, en cambio, aprieto el paso y tomo distancia.

—Amelia —dice con voz serena cuando he conseguido alejarme un poco.

Me giro para mirarlo y sigo caminando de espaldas, rezando para no caerme.

—¿Sí?

Me mira fijamente, como si buscara las palabras adecuadas para decirme, pero al final se encoge de hombros, sonrío y se mete las manos en los bolsillos.

—Que duermas bien.

—Y tú. Buenas noches, Einar.

No me quedo a esperar su respuesta, vuelvo a darle la espalda y camino hacia mi bungaló, sintiendo que el alcohol saca a flote los sentimientos que intento reprimir lo que a ratos me parece una vida.

Entro en mi cabaña, me asomo al dormitorio y veo a mi novio dormir en calzoncillos largos y con calcetines blancos. En agosto. En el sur de España.

Podría sentirme deprimida ante una visión así, pero la verdad es que sonrío, porque ha sido justo lo que necesitaba para volver a ser yo y dejar de pensar en situaciones imposibles y sentimientos del todo prohibidos.

Estoy sentada en el sofá mirando la película que la familia ha puesto con Retazos sobre mí. Me han sentado, me han preguntado si voy en serio con la decisión de dejar a Nacho y, cuando he afirmado que sí, han puesto la peli y han intentado no hablar más del tema. Creo que tienen miedo de que, en cualquier momento, me desdiga, pero eso no pasará.

En realidad, necesitaba una excusa para dejar a Nacho, nuestra relación estaba sobrepasándome y Retazos me ha dado la salida justificada que con tanto ahínco buscaba. No voy a mencionar los insultos que Nacho me ha dedicado, porque no quiero que acabe sin dientes y mi hermano, así como el resto de hombres de mi entorno, son muy buenas personas, pero estoy convencida de que irían a buscarlo sin vacilar si supieran que lo más suave que me ha dicho es «frígida».

La peli termina y, aunque la familia entera intenta que me quede a ver otra, alego tener un terrible dolor de cabeza y necesitar una ducha. No es mentira, sigo oliendo al pis de Retazos y la cabeza de verdad va a reventarme. Del dolor de estómago ni siquiera hablo, así que me levanto, me despido de todos y subo las escaleras.

Me doy una ducha y procuro que Retazos se dé otra, pero vuelve a arañarme el cuello, el hombro y la cintura, así que al final solo consigo ponerle colonia de lejos. Algo es algo... Tendré que llevarlo a un sitio especializado y que allí le den un buen baño y un corte de pelo o algo, porque es verdad que a mí no me importa su aspecto, pero lo del mal olor tenemos que solucionarlo.

Me meto en la cama e intento que mi mascota se meta conmigo, pero él ha decidido que, para dormir, prefiere el armario, así que me rindo y cojo el móvil para poner la alarma de mañana. Me sorprende encontrarme con un mensaje de Einar y, aunque el corazón se me dispara, me obligo a calmarme antes de abrirlo, darme cuenta de que está en inglés, y leer.

Einar: Estoy tan orgulloso de ti... Si necesitas cualquier cosa, avísame.

Me río con sarcasmo, cojo el bote de antiácidos de la mesita de noche y me tomo un par antes de contestarle.

Yo: No he hecho nada digno de mención, Einar.

Einar: Le has dejado.

Yo: Sí, ¿y?

Einar: Ahora eres libre.

Yo: Supongo.

Me fijo en que en la pantalla me aparece que Einar está escribiendo y siento cómo mi pulso se acelera. ¿A qué se refiere exactamente con que ahora soy libre? ¿Se estará

acordando de lo sucedido este verano? ¿Y si...?

Einar: Ser libre mola, pero librarse de Nacho... eso es otro nivel. Quizá ahora no lo veas y estés triste, pero ese tío nunca te mereció, cielo. Si necesitas hablar, ya sabes dónde estoy.

Sonrío con tristeza y acaricio la pantalla del teléfono mientras el anhelo llena esta cama, otra vez.

—Hablar... como si contigo me bastara solo con hablar, vikingo... —susurro antes de cerrar los ojos y obligarme a dejar de pensar en esto.

El verano pasado tuve la oportunidad de dar algún paso en esta dirección y me la negué por varias razones. La primera, que yo tenía novio y no pensaba serle infiel. La segunda, que él es el exnovio de mi hermana y, aunque ella esté felizmente casada, con su mejor amigo, además, no importa, porque yo no podría superar el hecho de que, al estar conmigo, podría comparar, y creo firmemente que Julieta ganaría por goleada. Es una cuestión de autoestima y jamás lo confesaré en voz alta, pero tampoco voy a negarlo porque es lo que siento. La tercera es que yo obligué a Einar a olvidar lo ocurrido y ahora no puedo sacarlo a la palestra, o desear que él lo haga, solo porque siento que el muro más alto de todos los que nos separaban acaba de caer y quizá, con suerte, el resto podría seguirle.

No pasará, porque hay demasiadas cosas que nos separan, pero no puedo evitar dormirme pensando en qué habría ocurrido si aquella noche, en vez de huir, hubiese sido un poquito más valiente.

Agosto pasado
Camping Acosta

No he visto boda más caótica en toda mi vida. Julieta se ha pasado el día dando gritos, muchos de ellos a mi novio, Nacho, pero después de haberlo soportado toda la mañana borde conmigo porque ayer me fui a hacer surf, ni siquiera he hecho amago de defenderle. Además, así se acostumbra a mi familia, porque tengo la sensación de que, con su actitud, ha conseguido que nadie le atosigue, y me parece bien, es de chico listo y poca gente lo ha logrado, pero ya es hora de que pruebe hasta qué punto de histeria pueden llegar todos por una boda.

Y aquí estoy, bebiéndome otra copa mientras mi hermana Julieta se pasea entre los invitados dispuesta a recibir felicitaciones no solo por su enlace, sino porque acaba de cantar, o más bien destrozar, una canción de los *Backstreet boys* y quiere que todos le digamos que desde que es una mujer casada canta como los ángeles. Cuando llega mi turno me río y le aseguro que sí, que lo ha hecho genial, pero cuando mis hermanos Álex y Esme se acercan, cojo mi copa y me voy, porque no necesito que me acorralen para interrogarme acerca de lo que pienso hacer con mi relación con Nacho cuando volvamos a Sin Mar. Y lo harán, son así, de hecho, ya he tenido que esquivar a Álex en más de una ocasión, porque tiene un don para estar siempre encima de mí, aunque luego se queje de que soy yo la que no le deja en paz. Ya me ha interrogado infinidad de veces acerca de Nacho y, como no quiero volver a discutir, decido que lo mejor que puedo hacer es sentarme con mi novio. Como a él no se le acercan demasiado, a mí tampoco. Una solución cobarde, sí, pero tan válida como cualquier otra.

—Menudo ridículo ha hecho tu hermana —me dice Nacho en cuanto me siento a su lado.

Y tiene razón, Julieta ha cantado de espanto, pero eso no significa que él pueda decirlo. Una cosa es que yo diga barbaridades de mis hermanos y otra que lo diga gente de fuera.

Eso no voy a permitirlo.

—Mi hermana es una mujer libre, feliz y enamorada. Creo que le importa más bien poco haber cantado mal, Nacho.

—Sí, en tu familia sois dados a que todo os importe poco. ¿No te parece que estás bebiendo demasiado?

Suspiro y pienso que solo está preocupado por mí. No es que sea un arrogante, no, es que él no bebe y, a causa de eso, ve excesivo todo lo que pase de dos copas. Eso, y que sí he bebido bastante, la verdad, yo misma me noto un pequeño zumbido

en la cabeza de lo más agradable. Y como es tan agradable, decido que Nacho no va a fastidiármelo, así que alzo la copa en su dirección y sonrío con dulzura fingida.

—Es una boda, cariño, nunca se brinda lo suficiente.

—Ha sido una boda bonita para lo que yo esperaba, la verdad. —Me sorprende, porque eso en él es un halago.

También entiendo que hacer una boda temática y convencernos a todos de disfrazarnos de personajes de películas de Tim Burton hace que todo sea más original y chocante.

—Sí, la verdad es que se les ve superfelices —respondo mirando a mi hermana Julieta y a Diego besarse en un rincón del jardín.

—Es increíble cómo algo tan simple puede hacer feliz a la gente —dice con admiración. Y estoy a punto de sonreírle, pero entonces sigue hablando—. Solo demuestra lo fáciles que son algunas mentes de manipular. Te convencen desde pequeño de que el matrimonio es un tipo de meta, que debes ser feliz al alcanzarla y que te sentirás completo ese día, como si el resto de días fuesen menos importantes. Y total, ¿para qué? ¿Qué te da el matrimonio que no tengas en tu vida diaria? Solo es una farsa más de tantas que hacen los seres humanos.

—Julieta y Diego se han hecho unas promesas preciosas y han legalizado su relación. Creo que es una cuestión sentimental, más que práctica. Saber que firman un contrato les hace valorar el nivel de compromiso del otro. Firman que quieren pasar el resto de la vida juntos y eso es admirable.

—Lo sería si el contrato fuera blindado, pero solo es un papel que puede romperse en cualquier momento, Amelia. No seas boba y no te creas todo lo que te venden, que eres experta en eso.

Me bebo la copa de un trago y carraspeo, porque estoy a nada de mandarlo a paseo, pero no quiero estropearle la noche a mi familia, así que me quedo aquí, bebiendo y pensando cuánto tardaré en darle la patada una vez llegemos a Sin Mar.

Media hora después estoy bebida, la verdad, negarlo es imposible y, cuando Nacho me dice que lo mejor que podemos hacer es irnos a la cabaña, le digo que se vaya él si quiere y le hago un corte de mangas, demostrando que ya me dan igual sus sentimientos. Él se enfada, claro, y se larga dando zancadas y mirando mal a toda mi familia, que ni siquiera le devuelve la mirada. Yo, por mi parte, cojo una copa más y me siento en uno de los extremos del jardín, oculta entre unos arbustos y dispuesta a coger el pedo del siglo. Necesito que la bebida me anestesie porque no soporto más seguir en este limbo de sentimientos extraños: culpabilidad, cariño, lástima, impotencia. Son tantas las emociones que cargo a diario que, al final del día, si este ha sido importante, estoy agotada y ya solo quiero desconectar mi mente. Obligarla a parar y dejar de darle vueltas a todo.

Por desgracia, la soledad me dura poco, porque Einar se sienta a mi lado antes de que pase un minuto completo. Lleva un botellín de cerveza en la mano y me pregunto por qué no está bebiendo copas, pero bueno, Einar es más de cerveza hasta cuando sale de fiesta, así que tampoco me extraña demasiado.

—¿Intentas esconderte de algo o de alguien? —pregunta en inglés directamente.

Frunzo el ceño, porque el hecho de que Einar hable en un idioma que domina me demuestra que no está dispuesto a tener una charla de tres frases y media; quiere conversar, y yo lo último que necesito es hablar de nada, pero como no quiero que se sienta mal, sonrío y me encojo de hombros.

—Necesitaba un momento a solas.

—¿Quieres que me vaya?

Sopeso la posibilidad de decirle que sí, que quiero que se vaya, pero le miro, me fijo en sus ojos azules, en su sonrisa sincera y tranquila y en su pose relajada y niego con la cabeza, porque no quiero hacerle sentir mal, sí, pero, sobre todo, porque quiero que esté aquí, a mi lado, aunque sea un ratito.

—Está bien —susurro—. Quédate aquí conmigo.

Einar amplía su sonrisa, haciéndome reír, porque es muy gracioso hasta sin proponérselo, y suspira mientras señala a mi hermana y a Diego.

—Me encanta cuando hacen eso —dice al ver cómo se besan, otra vez—. Se miran como si el mundo no fuera más que un escenario de segunda para su historia de amor. Es genial.

—¿Lo es? —pregunto antes de dar un trago a mi copa.

—Sí, claro, ¿por qué lo preguntas?

—Bueno... —Sé que no debería decir esto, pero estoy un poco borracha y soy más valiente de lo normal, o más estúpida, según se mire, así que tomo aire y me lanzo—. ¿No piensas en Julieta? ¿En la etapa en la que fuisteis novios?

Einar frunce el ceño y hace amago de hablar, pero niega con la cabeza y se ríe entre dientes antes de mirar de nuevo a los recién casados.

—Yo tuve una novia que era mi amiga y me hacía sentir menos solo cuando mi vida era complicada —dice—. No me arrepiento de haberme liado con tu hermana, pero no por lo que piensas.

—Ah, ¿no? ¿No disfrutaste del sexo con ella? —pregunto con malicia.

Einar está sorprendido, pero no más que yo. ¿Cómo puedo ser tan grosera? Él es mi amigo, no debería hablarle así, mucho menos porque sé que parte del veneno que destilo se debe a los celos que me corroen desde hace años.

—Disfruté del sexo porque me gusta el sexo —dice sin cortarse—. Si lo que quieres preguntarme es si lo sentí distinto a cuando tenía sexo con otras... no. O sí, lo fue, pero porque era mi amiga. Si quieres saber si pienso en ello alguna vez, la respuesta es un rotundo «no». De aquella etapa, solo recuerdo la familia que gané, aunque no me creas.

Me siento mal en el acto y bajo la cabeza, porque no quiero que se dé cuenta de que, aunque quiero, no le creo. ¿Cómo no va a pensar en ello? Si yo algunas noches no puedo pensar en otra cosa, más que en los besos que se daban y que no consigo olvidar...

—No es asunto mío, de cualquier manera —susurro—. Lo siento, no debí hablarte mal.

—Tranquila, estás nerviosa.

—Borracha más que nerviosa —digo con una risita tonta.

—¿Muy muy borracha?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, hay niveles de borrachera. Quiero saber si estás en un nivel en el que todavía eres consciente de tus actos.

—¿Y esa pregunta? ¿Te preocupa aprovecharte de una borracha? —suelto a bocajarro.

Einar se ríe entre dientes y me mira de soslayo, mordiéndose el labio inferior y negando con la cabeza.

—Estás preciosa vestida de muerta viviente.

—Gracias, no pude decidirme por un personaje concreto así que me limité a ser un extra más del decorado.

—Tú nunca serás un extra más del decorado. Destacarías aunque te vistieras de arbusto.

Me ruborizo un poco, carraspeo y niego con la cabeza. Le miro de nuevo y no puedo evitar sonreír, porque él ha elegido un disfraz un tanto peculiar para un hombre, pero, sorprendentemente, le queda bien.

—Tu disfraz de Sally muñeca de trapo es muy bonito.

—Gracias —dice orgulloso—. Sally es genial, ¿verdad?

—Sí, lo es... —susurro.

—Me gusta porque está enamorada en secreto y piensa que su amor por Jack es imposible, pero, al final, él la quiere. —Suspira y tira de la falda de su vestido haciéndome reír—. Me gusta este disfraz porque Sally me da esperanzas.

—¿Esperanzas de qué? —pregunto, cayendo en su trampa sin darme cuenta.

—De encontrar el amor algún día. ¿A ti no te gustaría?

—Tengo a Nacho.

—Ya, pero yo hablo de amor de verdad.

Le miro mal y él se ríe, porque le da igual lo que yo pueda hacer o decir cuando consigo enfadarme, que es a menudo, por cierto. Y es raro, porque yo tengo un carácter muy apacible, por eso intento mantenerme alejada también de él. Me descoloca, mueve mi centro y me hace perder el equilibrio con demasiada facilidad desde... pues desde siempre, aunque sepa disimular bien.

—Algún día encontrarás un gran amor, Einar, te lo mereces.

—Sí, gracias. —Hago amago de levantarme y él vuelve a hablar—. O a lo mejor ya lo he encontrado y solo espero el momento adecuado.

—Sí, a lo mejor —murmuro de mala gana antes de ponerme de pie y empezar a caminar.

No quiero pensar en que se me ha notado mucho lo poco que me gusta que él hable de encontrar el amor o a la mujer ideal. Ya sé que no debería ser así, tendría que alegrarme por sus palabras, o incluso preguntarle si está hablando de alguna chica en concreto, pero la posibilidad de ver a Einar con otra mujer me resulta tan dolorosa que siempre acabo huyendo, porque soy muy fiel a eso de «ojos que no ven, corazón que no siente». Que mi corazón no debería sentir, eso ya lo sé, pero como no puedo remediarlo y, al parecer, es algo que voy a sufrir toda la vida, más me vale aprender técnicas de evasión nuevas, porque sé que Einar se da cuenta de que tengo cambios bruscos de humor en su presencia y, siendo tan listo como es, me imagino que se preguntará por qué con él soy así.

O quizá no se dé cuenta y piense que simplemente soy rara.

O tal vez ya intuye lo que pasa y disfruta torturándome.

No sé lo que es, yo solo sé que tengo novio y no debería siquiera pensar en todo esto, así que entro en la casa que colinda con el césped en el que se ha celebrado la boda, dispuesta a meterme en el baño y refrescarme un poco, pero antes de poder llegar un cuerpo se cierne sobre mí y una mano tira de la mía.

Ahogo un grito cuando veo a Einar, pero él se gira y me mira haciéndome un gesto con el dedo para que no hable y, como estoy tan sorprendida, no me cuesta trabajo obedecer.

Entramos en un dormitorio y me lleva hacia una pared con tanta rapidez que apenas tengo tiempo de pestañear.

—¿Qué haces?

—Quiero comprobar una teoría —dice colocando las manos a ambos lados de mi cabeza.

—¿Qué teoría? —pregunto cuando mi nuca toca la pared.

—Necesito saber si, cuando te bese, la tierra se moverá tanto como imagino.

—Einar...

Él niega con la cabeza, anteponiéndose a mi petición de que pare y yo suspiro, porque mi parte racional no quiere que lo haga, pero mi corazón late desbocado y mi cuerpo quiere que se lance de una vez. Un beso, solo un beso, no parece tan importante, pero es que es Einar y eso lo magnifica todo.

Sus labios se están acercando, sus ojos ya están cerrados, pero yo los mantengo abiertos, porque no quiero perderme ningún detalle de esta escena. Va a besarme, voy a saber, por fin, a qué saben sus labios, qué textura tienen, si lo hace con mucha presión o suavemente, si es de los que sonrían en la boca de la chica o, por el contrario, se toman el trabajo muy en serio, si...

Si nada, porque la puerta se acaba de abrir de un tirón y no puedo evitar gritar mientras miro a mi hermano Álex con los ojos de par en par.

—¿Ibas a besarla? —pregunta él a Einar en un tono brusco que me pone un nudo en el estómago.

—¡No! —exclamo nerviosa.

—Sí —dice Einar antes de mirarme mal—. Sí iba a besarte. No te hagas tonta.

Que hable en español de nuevo es una muestra de que el momento se ha roto del todo. O puede que no, porque ha dicho que iba a besarme y, aunque ya lo supiera, aunque estuviera a punto de sentirlo, oírlo de su boca hace que todo esto sea demasiado... demasiado.

—Einar... Yo... Oye... —Me encojo de hombros intentando no hiperventilar y actúo como una mujer madura y serena—. Yo tengo que irme.

—¡No! ¡Amelia! —Intenta seguirme, pero, por suerte o por desgracia, Álex le para y yo tengo la oportunidad de huir.

Salgo con la idea de irme directamente al bungalow, pero veo a Nacho en la misma silla en la que estuvo sentado antes. Supongo que, al final, su estampida por todo lo alto quedó en un amago. Si es que habla mucho y luego... Pero bueno, no voy a pensar mal de él porque, por una vez, me alegra sobremanera que no haya conseguido integrarse en la fiesta. Llego a donde está, tiro de su mano y, cuando me pregunta qué pasa, le guiño un ojo y consigo, no sé ni cómo, sonar convincente y coqueta.

—La boda ya es pasado y quiero disfrutar de mi chico en la intimidad.

Nacho eleva una ceja y sonrío, algo raro en él, pero claro, acabo de prometerle sexo, así que sería de necios no estar contento ante la idea. Que él no sea de practicarlo a menudo no significa que no le guste y, teniendo en cuenta que no lo hemos hecho en todas las vacaciones, estará encantado con la idea.

Nos vamos e intento concentrarme en lo guapo que es, aunque se repeine tanto y en que necesito, ahora más que nunca, distraer mi mente y concentrarme en lo que de verdad importa, que es esta relación.

Llegamos a la cabaña cogidos de la mano, entramos y, aunque me gustaría decir que Nacho me quita la ropa ya en el salón, la verdad es que se espera a que esté en el dormitorio y cada uno se quita la suya. No me parece mal, entiendo que lo importante no es esto, en realidad, solo es un trámite que hay que hacer para poder llevar a cabo la escena.

Nacho me lleva a la cama, me toca en puntos que sabe que me hacen reaccionar y, cuando estoy lista, se pone un preservativo y me penetra. No es el mejor sexo del mundo, pero es tranquilo, real y seguro, que es mucho más de lo que podría pedir en este momento.

Cierro los ojos e intento no pensar en lo ocurrido con Einar. Me dejo llevar por las caricias de mi novio y unos minutos después los dos hemos conseguido un orgasmo, él está de buen humor y yo intento convencerme, como sea, de que podré olvidar sin ningún tipo de problemas lo que ha pasado con mi amigo. Ha sido una tontería, no ha

llegado a nada y lo mejor que podemos hacer los dos es ignorarlo y seguir adelante con nuestras vidas.

Además, él se irá en unos días a Nueva York, donde trabaja y vive, así que todo se volverá mucho más fácil.

Cuando no está yo respiro mejor, el aire huele distinto y la calma inunda las calles, aunque suene mal. Cuando él no está yo puedo vivir convenciéndome de que soy feliz y eso es algo impagable, así que solo necesito ser paciente y esquivarlo un poco.

En unos días pensaré en que esta noche he estado a punto de besarlo y me reiré, estoy segura. Como si no me importara, como si no doliera; como si no sintiera el anhelo hacerse persona dentro de mí y echar anclajes para quedarse conmigo una larga temporada, otra vez.

Como si, por arte de magia, fuese a olvidar a Einar.

Una semana después

Sin Mar

No se va. Einar no se va y yo estoy convencida de que el karma me odia. Llevo una semana de infierno intentando convencer a Álex de que olvide todo lo que pasó en el *camping*.

No, no, rectifico, llevo una semana de infierno intentando dormir y sintiendo que es imposible, porque cada vez que cierro los ojos veo a Einar acercándose a mí, a punto de besarme y diciéndome que quiere comprobar si la tierra se mueve cuando lo hace, tal como imagina. Una frase tonta, si lo sé, pero no puedo dejar de pensar en ella y en lo bonita que a mí me resulta, lo que es una señal más de lo grave que es todo esto.

Pensé que iría bien, hoy estaba contenta, mi hermana Esme ha organizado una fiesta de «no bautizo» para su hijo, solo porque quiere hacer padrino simbólico a Einar y madrina a Elizabeth. Todo iba de maravilla, yo suponía que el vikingo se iría mañana, como mucho pasado, porque ya lleva aquí bastantes días, pero no, resulta que él me ha pillado en una conversación con mi hermano en la que yo le decía que Einar se iba a ir y que, por lo tanto, no podía atosigarme más con el tema del beso. Imagino que no le ha hecho mucha gracia saber que hablo de él como si no pudiera esperar para perderlo de vista, pero es que no puedo evitarlo, porque Einar desestabiliza mi mundo de tantas formas que es como si... como si todo girara en torno a él. Mi familia, mi propia vida, mi sufrido y estúpido corazón...

Él no puede entenderlo, lo sé, igual que sé que le duele haberme pillado hablando así con Álex, pero no esperaba, por nada del mundo, que me dijera que se queda aquí.

Además, mientras daba la noticia no ha separado sus ojos de los míos y me he sentido tan mal... y tan bien...

Dios, necesito respirar, necesito quitarme del medio, necesito...

—Ey, ¿estás bien? —pregunta mi padre cuando se da cuenta de que me voy.

—Tengo una jaqueca terrible —miento—. Perdóname, voy a casa a tumbarme un rato.

Él asiente, porque sabe que sufro migraña crónica y solo tenderme en la cama a oscuras me alivia, y yo salgo de casa de mi hermana, que está a pocas casas de distancia, en la misma acera, entro y subo las escaleras pensando que acabo de sumar una mentira más a mi enorme repertorio, cuando se trata de ocultar lo que Einar me hace sentir.

Me encierro en mi dormitorio, cojo el bote de antiácidos que guardo en la mesita de noche y me tomo tres sin pestañear, luego me trago una valeriana, me desnudo y me meto bajo las sábanas cerrando los ojos y prometiéndome a mí misma que podré con esto.

Yo estoy con Nacho, aunque nuestra relación vaya cada vez peor, pero ahora más que nunca tengo que hacer lo imposible por salvarla, porque si no lo hago, puede ser que acabe rogándole a Einar que intente besarme otra vez, y eso sí que no puedo soportarlo.

Lo mejor que puedo hacer es calmarme y, pasados unos minutos, cuando consigo respirar con algo de tranquilidad, me obligo a sonreír y pensar que todo irá bien.

¿Einar se va a quedar? Bien, entonces tendré que volverme amnésica y olvidar, de repente, cada escena vivida con él en el *camping* y esta noche. Haré como si no hubiera pasado y jamás hubiésemos tenido nuestras bocas a milímetros de distancia. Fingiré que yo nunca he soñado con saber cómo sería besarlo y tenerlo para mí una noche entera y le ocultaré a él, y al resto del mundo, este amor que se empezó a fraguar el primer día que lo vi y envidié a mi hermana en secreto, y no ha dejado de crecer, por más que yo lo haya intentado.

Y, ¿sabes qué? Que ya me da igual; que crezca cuanto quiera, porque no voy a detenerlo, pero tampoco voy a dejarlo salir a la luz.

Nunca.

Jamás.

La mañana siguiente al día de Reyes Magos y de mi ruptura con Nacho es tranquila. El trabajo va bien, mis compañeros me han preguntado qué me ocurre nada más verme, porque no es normal que yo llegue a la asociación en la que trabajo cabizbaja. Normalmente, a pesar de mi carácter sensible, soy positiva y alegre, sobre todo cuando trabajo, pero hoy ni siquiera tengo muchas ganas de hablar y hasta mi jefe me ha preguntado si todo iba bien. Le he asegurado que sí, pero, de todas formas, me ha aconsejado irme a casa al acabar la jornada sin demoras. «Mañana será otro día», dice, como si eso lo arreglara todo.

Me siento apática y triste, pero no por mi relación rota, sino por lo que eso significa.

Vuelvo a estar soltera, con treinta y un años y sin la certeza de encontrar algo pronto. Cuando era pequeña pensaba que a estas alturas ya habría hecho un millón de cosas con mi vida, y no me refiero solo a eso de casarme y tener hijos, no. Quería ayudar a más gente, adoptar niños, animales, tener mi propia casa y un montón de cosas más, pero la realidad es que, como he dicho, tengo treinta y uno y, por no tener, no tengo ni novio.

Tengo a Retazos, eso sí. Un gato nunca va mal, sobre todo porque empiezo a pensar que voy a terminar siendo como Eleanor Abernathy, más conocida como *La loca de los gatos* en *Los Simpson*. En un futuro nadie recordará que me llamo Amelia, como le pasa a ella.

A la hora de comer recibo un whatsapp de Álex. Resoplo, porque me temo que ya sé de qué va esto, pero, aun así, lo abro y leo.

Álex: ¿Comemos juntos? Tengo hueco.

Claro que tiene hueco. ¡Si está de descanso! Pienso negarme, no voy a comer con él porque sé que acabará agobiándome. El problema es que cuando voy a contestarle me escribe de nuevo.

Álex: Si dices que no, voy a tu trabajo y me siento contigo, aunque sea en el área de descanso. Jorge me dejaría y lo sabes.

Jorge es mi jefe y sé bien que Álex se las ingeniaría para ganárselo, como siempre. La suerte de mi hermano es que la asociación en la que trabajo es pequeña, así que el ambiente es más familiar de lo normal y todos conocen ya a mi familia. María, la psicóloga del centro, ha venido a casa en alguna ocasión e Iván, educador social y un tío con el que te partes de risa, también conoce a Álex. Que mis hermanos conozcan a mis compañeros, a veces, juega en mi contra, porque siento que me tienen

vigilada al máximo. Bueno, no, no consiguen vigilarme al máximo, pero eso es porque yo siempre encuentro la forma de salirme por la tangente. Aun así, como no me apetece nada que venga aquí y, además, me da un poco de miedo que Jorge le diga que estoy rara hoy, decido que lo mejor es aceptar. Le contesto diciéndole que nos vemos en el restaurante Corleone, que es el de los padres de Diego, aunque ya casi no van por allí, porque tienen contratado a bastante personal y a Marco, sobrino de Diego y nieto de los dueños, como encargado. El chico ha demostrado tomarse en serio su trabajo. Cojo mi bolso, me despido de mis compañeros y conduzco hasta el barrio en el que está el restaurante.

Cuando entro temo, por un instante, que Álex haya llamado a nuestras hermanas o a Eli, pero respiro aliviada al comprobar que el único que me espera es él. Avanzo hacia la mesa que ha elegido, pegada a una pared, íntima, a pesar de no estar apartada del todo.

—¿Cómo estás? —pregunto mientras beso su mejilla.

—Eso debería preguntarlo yo, ¿no?

Su dulce sonrisa no me engaña, sé que va a someterme a un interrogatorio, pero también sé que lo hace porque se preocupa, así que intento llevarlo con buen humor y entendiendo que Álex es sobreprotector por naturaleza con todas nosotras. Conmigo más, sí, porque, por alguna razón, en la familia todos me tratan como si tuviese veinte años menos y fuese la niña de la casa. Antes me molestaba mucho eso, me hacía sentir débil y, aún hoy, en días malos, pienso que quizá ellos no me ven con la fortaleza necesaria para soportar una ruptura o cualquier otro problema, pero al final me obligo a recordar que son cosas mías, porque soy consciente de que todos valoran mucho mi trabajo y, de hecho, sé que les gustaría muchísimo que no me lo tomara tan en serio, porque más de una vez han temido por mi salud física y mental.

—Estoy bien —aseguro antes de coger la carta—. Famélica. Anoche al final no cené.

—Cuéntame qué pasó.

Ese es mi hermano Álex, los rodeos de nunca han sido lo suyo, así que no me extraña que vaya a bocajarro.

—Insultó a Retazos, ya te lo he dicho.

—Eso no puede ser todo. ¿Se metió con alguno de nosotros? —Me encojo de hombros, porque lo cierto es que la actitud de Nacho hacia mi familia siempre ha sido pasivo-agresiva—. Es que es un capullo.

—Prefiero no hablar de él.

—Pero es un capullo.

—Sí, vale, pero prefiero no hablar de él.

—No sé cómo has tardado tanto en darle la patada. ¡Con lo que tú vales! ¿Y él? Un capullo.

Sonríó con dulzura, estiro una mano por encima del mantel buscando la suya y la palmeo con suavidad.

—Sí, cariño, ya me ha quedado claro que piensas que es un capullo.

Él se ríe, porque sabe que ha entrado en uno de esos bucles de los que le cuesta salir a veces. Me gusta Álex porque no esconde sus pensamientos y eso, aunque alguna vez le haya traído problemas, le hace un ser especial y honesto como pocos. Que además sea inmaduro y se pase de listo, o tonto, según se mire, algunas veces, es solo un extra.

Su mano se gira, envuelve la mía y acaricia mis dedos con cariño, haciendo que mi sonrisa se amplíe más.

—Es que odio pensar que al final, de alguna forma, te ha hecho daño. —Frunzo los labios y él entrecierra los ojos—. ¿Te ha hecho daño? Porque puedo matarlo y hacer que parezca un accidente. Provocaré un incendio en su piso y obligaré a mis compañeros a que no vayan a salvarle el culo. —Me río porque los dos sabemos que solo está exagerando—. En serio, Amelia, si hay algo que yo pueda hacer para ayudar a que te sientas mejor, dímelo.

—Estoy bien, voy a estar bien.

—Eso quiero, pero...

—¿Pero?

—Bueno, eres tú. Sientes todo con demasiada intensidad y me da miedo que este revés te deprima.

Suspiro, comprendiéndolo. Que no estuviera enamorada como tal de Nacho no quiere decir que no me duela todo lo que me dijo ayer. Aún recuerdo sus palabras hirientes, la forma en que me insultó y me remuevo por dentro, porque odio ser parte de alguna confrontación, aunque vea todo tipo de cosas en mi trabajo.

Nacho me hizo daño porque hirió mi orgullo y, aunque me cueste reconocerlo, dañó mi autoestima, que de por sí no es demasiado alta, así que supongo que me costará unos días reponerme del todo, pero eso no es lo más grave que voy a superar en la vida, de modo que me lo tomo con optimismo e intento pensar que, en unos meses, todo este tema será agua pasada.

—Te lo repito: estoy bien. Ahora cuéntame cómo van las cosas por casa.

La sonrisa de Álex se ensancha tanto que no puedo evitar reírme, porque me encanta que la sola mención de su vida con Eli le haga tan feliz.

—Todo es genial. Eli está un poco enfurruñada porque no le gusta demasiado que le haya robado la mitad del armario, pero le he prometido que, en cuanto tengamos casa o piso nuevo, compraremos el armario más grande de la tienda.

—Tú no tienes tanta ropa.

—Ya, pero ya sabes que tengo esa manía de guardar las camisetas haciéndoles una bola y mi chica se pone un poquito frenética cuando se da cuenta.

—¿Y vas a solucionarlo comprando un armario más grande?

—Sí, si ella tiene su mitad y yo la mía, no tendrá que abrir mi parte y no se enfadará. Ojos que no ven...

Me río y justo en ese momento llega Marco, que nos toma el pedido y se va hacia una mesa que lo está reclamando. Esto está a tope, así que aprovecho para sacar el móvil y hacerle una foto.

—¿Y eso? —pregunta Álex frunciendo el ceño.

—Nada, me gusta hacerle fotos cuando trabaja, ¿sabes? Así las comparo en mi móvil con las primeras que tengo tuyas, donde era taciturno y serio todo el tiempo. Es increíble lo mucho que ha cambiado.

—Se está convirtiendo en todo un hombretón —dice mi hermano mirando al sobrino de Diego que, en realidad, hace la función de hijo de él y mi hermana—. Es genial que cada día avance más.

—Lo es. Por cierto, tendremos que pensar qué le compramos para su cumple.

—Yo le voy a coger una caja de condones y un juego de la Play.

—Dios, Álex, eso es...

—Es el regalo perfecto para Marco.

Miro al chico, frunzo el ceño y pienso que sí, aunque no me guste, es el regalo perfecto para Marco.

—Está bien, pero yo le compraré un jersey o algo.

—Quiere unas zapatillas de correr nuevas.

—¿Y por qué no se las compras tú?

—Me agradecerá más mi idea, Amelia, hazme caso.

Me río y lo dejo estar porque, en el fondo, tiene razón. Además, así no tengo que calentarme mucho la cabeza pensando.

Comemos charlando de todo y nada y, cuando salimos y me despido de él para volver al trabajo, me meto en el coche, abro el correo y adjunto la foto de Marco.

De: Amelia León.

Para: OC.E.

Asunto: Las promesas se cumplen.

No pongo texto, no lo necesito. Lo envío, arranco y me voy al trabajo.

La tarde vuelve a ser tranquila y, al salir, recibo respuesta a mi correo. La misma respuesta de siempre.

De: OC.E.

Para: Amelia León.

Asunto: RE: Las promesas se cumplen.

¿Es feliz?

Suspiro con resignación y espero a estar en el coche para contestarle.

De: Amelia León.

Para: OC.E.

Asunto: RE: RE: Las promesas se cumplen.

Lo intenta a diario, cielo. Un beso.

No sé qué otra cosa puedo decirle. Nunca sé qué otra respuesta puedo darle, pese a que la pregunta, como he dicho, siempre es la misma.

Me voy a casa, saludo a mi padre y a Sara y me doy una larga ducha procurando enfocar la presión del agua caliente sobre mi pecho, que es algo que siempre me ayuda cuando estoy ansiosa.

Al acabar, me debato entre meterme en la cama con un libro o ir a casa de mi hermana Esme y ver a Noah, que estará a punto de irse a dormir. Al final me puede el amor de tía, pero para asegurarme de que no lo pillo dormido paso de vestirme. Tengo un pijama de franela rosa con un unicornio en el centro. La gracia es que tiene un cuerno de espuma que sale justo desde el centro de los pechos. Me calzo mis zapatillas de unicornio, también con cuernos, cojo la bata de franela y lunares que guardo tras la puerta, me la pongo, meto a Retazos dentro, para que vaya calentito, y salgo después de avisar a mi padre de que voy a ver a mi hermana.

No estoy loca, Esme vive solo a unas casas de distancia en nuestra misma acerca, así que solo me ven los vecinos y, a estas alturas, están curados de espanto.

Toco el timbre de casa y cuando Nate me abre me sonrío como el perfecto caballero que es.

—Pasa, cielo.

Lo de preciosa, teniendo en cuenta el pijama con el cuerno asomando por un lado del gato que tengo dentro de la bata, los lunares y las zapatillas, es un eufemismo, pero ya he dicho que es un perfecto caballero.

—¿Está Noah despierto?

—Sí, íbamos a acostarlo ahora y a pedir la cena.

—¿*Pizza*?

—Comida mexicana. ¿Te quedas?

—¡Mola unicornio! —La sangre se me hiela cuando Einar aparece en mi campo de visión. Está tirado en el sofá y sonrío en mi dirección—. ¡Pijamo nuevo!

La verdad es que no es raro que esté aquí, porque desde que mi hermana y Nate lo nombraron padrino de Noah, aunque en realidad no esté bautizado, no hay fuerza humana que lo separe del niño demasiado tiempo. No pasa jamás más de dos días sin venir a esta casa y el resto de días va a casa de mi hermana Julieta a ver a las gemelas. Aun así, me pone los pelos como escarpías y pienso, por un momento, que me tendría que haber arreglado. No hablo de maquillaje, ni siquiera de peinarme, pero no me dirás que no habría estado bonito ponerme un vaquero o un sujetador debajo de la ropa...

—Hola, vikingo —contesto sonriendo e intentando disimular los retortijones que me provoca su simple presencia.

—Hola y hola —dice mirando a mi pecho y haciendo que me encienda en el acto, sobre todo cuando me doy cuenta de que no miraba mi pecho como tal, sino a Retazos—. ¡Minino! ¡Ven con vikingo!

Y, para mi absoluta consternación, el gato lucha por salir de mis brazos para ir a los suyos. Claro que, ¿de qué me extraño? Yo, entre estar conmigo misma, o estar con Einar, también preferiría lo segundo. Mi amigo se levanta y lo coge en cuanto lo saco de la bata. Besa su cabeza, lo mece contra su pecho y yo me muero de amor así, sin necesidad de que haga algo más.

Aprovecho para ir a la cocina, donde me dicen que está Esme con Noah y, cuando entro y veo a mi hermana dando el pecho al pequeño, no puedo evitar que una enorme sonrisa dibuje mi cara. Dios, qué estampa tan bonita...

—Sois perfectos —susurro acercándome hasta donde están.

—Hola, tita Amelia —dice ella con una voz dulce que todos hemos descubierto cuando ha sido madre, porque mi hermana Esmeralda es más de tener una actitud fría con todos, incluso con la gente que quiere—. ¿Quieres cogerlo y acostarlo en su cunita?

—Sí, porfi.

—Vamos, pero no le des juego, ¿eh?, que está casi dormido ya.

Obedezco, cojo al bebé en brazos y la sigo hacia la habitación para ponerlo en la cuna y cantarle hasta que se duerme antes de bajar las escaleras y unirme a Einar y Nate que, al final, ha pedido comida para mí también.

—Ahora sí que te tienes que quedar —me dice Nate sonriendo.

—Supongo que sí —contesto devolviéndole la sonrisa—. ¿Habéis pedido nachos con queso, al menos?

—Por supuesto —Einar sonrío y me hace sitio en el sofá—. ¿No te molesta el cuerno? —pregunta cuando me siento a su lado, señalando mi pecho.

—La verdad es que no, como no suelo dormir boca abajo...

—Yo quiero pijamo unicornio, también. ¡Vamos juntos a comprar!

—¿Qué? —pregunto con los ojos de par en par mientras Esme y Nate se ríen.

—¡Sí! Quiero pijamo molón de unicornio como tú. ¡Vamos juntos! ¿Dónde venden? ¿Primark? Primark mola mazo.

Intento no reírme, porque sé que lo está diciendo en serio y, sin embargo, cuando le miro, soy capaz de vislumbrar en sus perfectos y preciosos ojos azules una chispa de picardía que me vuelve loca, aunque no quiera.

—Puedes ir solo, Einar.

—Mola más compañía.

—Yo puedo ir contigo mañana por la tarde, así le cojo muselinas nuevas a Noah —dice mi hermana Esme.

—Mañana tarde, bien. —Einar asiente y yo me siento un poco triste, aunque no deba porque aun sabiendo que no es buena idea ir con él a solas a ningún sitio, no puedo negar que el plan me parecía divertido—. Amelia, te recogemos en trabajo —sigue él.

—¿Eh?

—Te recogemos en asociación y vamos tres y Noah.

—Pero si Esmé ya va a ir...

—Pero experta en unicornios eres tú, no Esmé.

Miro a mi hermana y a Nate, que observan la escena con total naturalidad, sabiendo cómo es Einar. Ellos no tienen ni idea de lo que pasó este verano, claro, si lo supieran igual no estarían tan tranquilos. Por un momento me pienso el buscarme una excusa y negarme, pero sé cómo es Einar cuando quiere algo y, aunque no quiera reconocerlo, estoy ilusionada con que me siga incluyendo en el plan, así que me prometo a mí misma que mañana acabaré a tiempo mi trabajo e iré con ellos a comprar.

—Igual no tienen pijama de unicornio para ti, Einar —le digo de todas formas.

—¿Por qué? ¿Porque soy grande? Me gustan pegaditos.

Intento reprimir la risa, pero me resulta imposible, porque adoro cómo habla en español, incluso aunque no se equivoque como tal. Es... es... es Einar, lo que adoro.

—Ya veremos si encontramos algo.

Él asiente convencido de que así será y yo sonrío y miro cómo sigue acariciando a Retazos, que ha decidido echarse una siesta en su regazo.

—¿Cómo ha ido su primera noche en casa? —pregunta entonces en inglés.

—Bien, es un sol. Mi padre dice que no ha dado mucha lata hoy. Se ha pasado el día con él y eso que él no quería animales en casa, ya sabes.

—Este minino es especial, ¿verdad que sí, colega? —pregunta al gato mientras acaricia su frente.

El animal se limita a poner cara de placer, incluso dormido, y yo me río, pero por dentro me pregunto cómo sería que Einar me acariciara a mí así. O sea, no la frente en plan masaje animal, sino así... con esa dulzura que Einar sabe tener, pese a medir casi dos metros y tener esos brazos hechos para levantar camiones, si quiere, de fuertes que son.

—Es el mejor gato del mundo, ¿verdad que sí? —le pregunto cogiendo a Retazos de sus brazos y estrechándolo entre los míos—. El mejor regalo del mundo mundial, también.

Él me sonrío y sus ojos se arrugan casi tanto como mi corazón cada vez que me mira así.

Ay, qué distinto podría ser todo si él no fuera él y yo no fuera yo...

Einar

Miro a Amelia besar la cabeza del gatito y sonrío, porque sabía que acertaría con este regalo. No es la mascota más bonita del mundo y tiene múltiples problemas que hacen que su aspecto no sea adorable, pero creo que eso es bueno, porque es original, le hace único y, en esta familia, las personas y los animales únicos abundan.

Además, estaba seguro de que Amelia sabría ver en él ese «algo» que vi yo el día que lo encontré en el callejón temblando, empapado y famélico. Ella va a quererlo como se merece, porque si hay algo que Amelia sabe hacer es regalar amor a todo el que lo necesita. Bueno, a todos, menos a mí...

Intento no arrugar el gesto de mi cara delante de Esme y Nate, pero es que pienso en todo lo que ha pasado desde el verano y no puedo evitar sentirme mal e impotente. ¡Estuvimos tan cerca! La tuve a un palmo de mi cara, recuerdo la forma en que me miraban sus ojos azules e inmensos, como si no pudiera creer que estuviera a punto de besarla y, aun así, vi el deseo claramente en ellos. Estaba convencido de que ella por fin se había dado cuenta de lo que yo sentía y quería aceptarlo, pero me equivoqué, una vez más.

Aun así, intenté con todas mis fuerzas acercarme a ella, que me tuviera en cuenta, que olvidara a ese novio al que detesto con todas mis fuerzas y se percatara de que yo estaba deseando empezar algo con ella, pero eso no funcionó y creo que el problema fue que no supe contener lo que sentía. Suele pasarme, en realidad, cuando cojo cariño a alguien necesito demostrárselo constantemente, así que, cuando me enamoro, me cuesta la vida controlarme para no acercarme a esa persona, y si encima empiezo a sentir algo que no he sentido hasta la fecha... Bueno, ahí, simplemente, sería capaz de arrastrarme por el fango por una mirada, pero sé que Amelia no lo valoraría, o no me creería, y lo peor es que no puedo culparla.

Primero conocí a una chica española hace años que me convenció de venirme aquí a vivir, a la aventura, sin trabajo y casi sin ahorros. La quería, me lo pasaba bien con ella y pensaba que era motivo más que suficiente para abandonar mi frío país y venir. Aquello salió mal, principalmente porque ella no era el tipo de mujer que encaja conmigo y yo, desde luego, no tenía la personalidad que ella buscaba. El problema es mi físico, que engaña. Soy muy alto y ancho, muy grandote, como un vikingo, pero no puedo odiar más una confrontación. No es que sea un cobarde, es que intento vivir en paz con todo el mundo, no me gustan las discusiones, ni las personas que viven para hablar mal de otras, o que buscan una gresca por cualquier cosa, y mi exnovia era así. Además, con el tiempo comprendí que ella me dio la

excusa que necesitaba para salir de Islandia, pero no la quería como un hombre debería querer a la mujer con la que desea compartir su vida. Yo la miraba y no sentía deseos de robar las flores del mundo a diario para ponerlas a sus pies cuando se levantara de la cama; no quería hacerle el amor una y otra vez solo para comprobar cómo sonaba mi nombre en sus labios cuando se excitaba. Me gustaba el sexo con ella, claro, soy un hombre activo y disfruto del placer carnal como el que más, pero los sentimientos no eran de amor intenso. Sentía respeto, amistad y cariño. La quería, pero no era mi mundo y yo tampoco era el suyo, así que nuestro final estaba asegurado.

Lo dejamos y pasé bastante tiempo sin nada serio, hasta que llegó Julieta y cambió mi vida en todos los aspectos. Era alocada, divertida, simpática y tenía algo que me llamaba. Tenía la felicidad que yo estaba empezando a perder. Siempre he sido muy alegre, pero cuando ella me conoció estaba en un punto delicado. Acepté trabajar de payaso en un parque de atracciones porque no podía soportar la idea de volver a Islandia, a casa, y contarle a mi familia que había fracasado, que no había tenido razón cuando les aseguré que mi felicidad estaba fuera. Sé que me habrían acogido con los brazos abiertos, pero también sé que, de haber vuelto, no habría salido de nuevo, porque sería aceptar una derrota y encaminar mi vida en otra dirección. Llevaba ya mucho tiempo en España y me había acostumbrado al clima, a la gente cálida, a la comida... Volver no era una opción, pero hacer de payaso en un parque de atracciones, sí, de manera que no lo pensé y ahora creo que fue una de las mejores decisiones de mi vida, solo por todo lo que aquello trajo.

Julieta y yo tuvimos una buena relación, la quise, aunque, como ya me había pasado anteriormente, no la amé de la forma en que mi amigo Diego lo hace y viceversa. Mi problema siempre ha sido que, desde pequeño, he soñado con encontrar una mujer a la que querer más que a mí mismo. No soy como esos hombres que tienen miedo al compromiso, como Álex, antes de conocer a Eli. He estado con muchas chicas, sí, incluso probé a tener sexo ocasional con alguna, pero no ha sido nunca lo que más me ha gustado. Siempre he preferido conocer a la chica en profundidad para saber si había posibilidades de tener algo más. Yo no pretendí huir de una posible relación nunca, al revés, me impliqué tanto a la mínima oportunidad que siempre acabé dañado, no por el desamor, sino por el desengaño al darme cuenta de que no era capaz de amar a las mujeres que elegía.

No fui capaz de enamorarme de mi exnovia y no fui capaz de amar a Julieta, lo que me agobiaba, porque estaba seguro de que quería a alguien como ella en mi vida, pero, entonces, ¿por qué no podía perder la razón por ella? Si hasta tenía una familia a la que yo conseguí adorar y me sentí como uno más.

Me exasperaba no poder quererla como deseaba y, cuando lo dejamos, antes de que yo me fuera a Nueva York por una oportunidad excelente de trabajo, yo ya sabía que entre Diego y Julieta nacería algo imposible de parar; algo inmenso y poderoso. Lo sabía porque cuando se miraban hasta yo sentía la electricidad y, aunque al

principio intenté engañarme, no tardé mucho en darme cuenta de que estaban hechos el uno para el otro, así que aceptar la oferta de trabajo fue fácil, aunque marcharme, no tanto.

Llegué a la Gran Manzana, intenté comenzar de nuevo, adaptarme, conocer gente y pasar tiempo con la familia de Nate, que es de allí, pero en todo momento sentía que me faltaba algo. Me faltaba la amistad de Diego y Nate, la locura de Julieta e, incluso, el cariño de su familia, que a aquellas alturas ya era también un poquito mía.

Empecé a viajar a España aprovechando vacaciones y acontecimientos importantes y, no sé en qué momento exactamente me fijé en Amelia, pero sé que un día, cuando la miré sentada en el suelo, mirando una peli visiblemente asustada junto a toda la familia, bebiendo cerveza con un pijama de arcoíris y un par de pantuflas enormes de unicornios que se encendían cuando caminaba, esas que ahora mismo lleva puestas, sentí que el corazón se me hinchaba. No sé por qué fue, no era la mejor imagen del mundo, aunque ella estaría preciosa con cualquier cosa, pero era tan dulce, carismática, original y emocional... tan ella, que resultó imposible dejar de mirarla en toda la noche. Vi cómo se asustaba y cómo Álex la abrazaba constantemente y, tan cautivado me quedé de pronto, que cuando la familia hizo un descanso la busqué y me ofrecí para sentarme a su lado por si tenía miedo. Si ella hubiese sabido que el corazón me latía a mil por motivos del todo inapropiados, quizá no hubiese aceptado. No pasó nada, obviamente, pero yo sentí que algo había cambiado para siempre.

Cuando volví a Nueva York después de aquella visita lo hice con un peso enorme dentro. El trabajo estaba bien, pero no me apasionaba, aunque fuese lo mío. Los compañeros eran simpáticos y salí con algunos de fiesta más de una vez, pero yo no podía dejar de pensar en lo que había sentido.

Salí con algunas mujeres, también, porque una parte de mí se quería convencer de que había sido una locura. Quizá esa noche estuve demasiado bebido, o puede que me sintiera melancólico por estar de vuelta en España. Me inventé todo tipo de excusas para no caer en la idea de estar enamorado.

Yo, que me había pasado la vida soñando con encontrar el amor, no quería ni pensar que, cuando por fin lo había hecho, estaba a miles de kilómetros y era hermana de una exnovia mía. No quería pensarlo porque conocía la dificultad que arrastraba, pero cuando volví a España, meses después, no pude apartar mis ojos de ella. Tenía un halo especial que hacía que yo fuera consciente de su presencia e, incluso, su posición. Amelia, simplemente, brillaba.

Si hacíamos una barbacoa, sabía dónde estaba en todo momento, qué comía, cuándo reía y cuándo su mirada se tornaba triste, seguramente por algún pensamiento oscuro, de esos que rondan su cabecita con más frecuencia de la que debería.

Intenté no alterarme, pensé que se me pasaría, que la distancia acabaría por apagar aquello, pero no fue así. Los meses pasaron y yo, cada vez más, contaba los días para volver a España y verla. Nadie supo ni sabe nada de esto, ni siquiera Nate y

Diego, porque no sé si van a aceptar que ahora esté interesado en la hermana que queda libre. Sé que es raro, que puede parecer que voy a la desesperada, que tengo tantas ganas de encontrar el amor que ya me vale cualquiera, con tal de que esté cerca del núcleo familiar que hemos construido entre todos. No quiero que intenten convencerme de que esto no es real, porque lo es. Es tan real como el dolor que he sentido cada vez que he tenido que coger un avión y alejarme de ella. Tan real como el puñal que sentí dentro cuando supe que tenía novio. Tan jodidamente real como conocer a ese idiota y darme cuenta de que era todo lo contrario a mí. Tan real como la ilusión que sentí al saber que tenía trabajo en España y podía volver e intentar conquistarla. Tan real como su rechazo cuando por fin me lancé.

Todavía recuerdo la forma en que me evadió, ignoró y cambió de tema durante meses. Me dejó sin opciones, intenté colarme por cualquier resquicio, pero, al final, lo único que pude hacer fue darle el espacio que necesitaba, ser para ella el amigo que siempre he sido y pensar que puede que el amor no esté hecho para mí.

He deseado en silencio durante toda mi vida sentirlo y ahora que por fin está aquí, desbordándome y arañándome, ella no quiere saber nada. He recorrido mundo, he probado diferentes trabajos, he conocido todo tipo de personas y he intentado enamorarme no una, sino varias veces. He seguido a mi corazón siempre, pensando que era lo correcto, que no había otra forma de hacer las cosas y que salieran bien, pero ahora que mis mejores amigos están casados, tienen hijos y siguen con sus vidas, me doy cuenta de que sigo solo, así que quizá lo he hecho todo mal. Ahora que sé, por fin, cómo es amar a alguien de la misma forma en que Diego y Nate aman a sus chicas, resulta que es imposible, que no me quiere y que tengo que lidiar con eso y, además, permanecer cerca de ella, porque pertenece a la familia y yo no quiero perder todo lo que tanto me ha costado conseguir. Los cuatrillizos, Eli, Óscar, Marco, los bebés, Javier y Sara, igual que Giu y Teresa, los padres de Diego, son mi familia. Ellos son todo lo que tengo y volví a España con la ilusión de un niño con zapatos nuevos solo porque podría estar de nuevo con todos ellos.

Tengo a mi familia y la quiero, pero ellos son fríos, no están tan unidos como mi familia de España. Van a lo suyo y lo entiendo, porque es su carácter, pero por eso yo nunca encajé allí. Por eso tampoco encajé en Nueva York y por eso no puedo meter la pata con Amelia y dejar de encajar aquí, porque si eso sucede, ¿a dónde iré? Me sentiré a la deriva otra vez y estoy cansado. Necesito echar raíces en algún sitio y he decidido hacerlo aquí porque estoy rodeado de gente a la que quiero, pero, principalmente, porque podré verla y asegurarme de que es feliz.

Miraré cómo se casa con alguien que, por fortuna y si no se reconcilian, no será Nacho. Observaré cómo forma su propia familia y cómo cría a unos bebés que me harán un agujero en el pecho, porque siempre pensaré en lo mucho que me gustaría que fueran míos. Haré todo eso y lo haré sin quejarme, porque prefiero una vida de dolor viéndola y teniéndola cerca, que una vida de olvido lejos de ella.

Cenamos con buena conversación, pero nadie saca el tema de Nacho y la ruptura de Amelia. Por un lado lo agradezco porque no quiero que esté incómoda, pero por otro me gustaría saber con más detalles qué ha pasado. Amelia come poco y, cuando acaba, coge a Retazos y se despide de nosotros, asegurándonos que está agotada y necesita dormir. No me quejo porque mañana voy a verla, pero cuando se va siento que es hora de volver a casa. Por un momento, antes de despedirme, estoy tentado de pedirle a Esmé que no venga mañana, pero eso sería algo muy grosero y yo no soy así. Además, conociéndola, se perderá en los pasillos de ropa para bebés y yo podré arrastrar a Amelia hacia la zona de pijamas molones de unicornios y, con suerte, arrancarle los detalles de su ruptura con Nacho.

Me despido de mis amigos, salgo de casa y me dirijo hacia la otra niña de mis ojos. Una Ducati que compré cuando me instalé aquí, en vez de un coche. Ya tuve uno cuando viví aquí la vez anterior, pero era tan viejo que, al irme a Nueva York, lo di de baja. Compré la moto al regresar por dos razones: la primera, por supuesto, es que siempre quise tener una, pero estaba esperando instalarme en una ciudad de manera definitiva, y la segunda es que una parte de mí, una ilusa y romántica, pensó que lo mejor era esperar a estar con Amelia y que los dos decidiéramos qué coche queríamos tener, dependiendo de los hijos que ella quisiera, porque si de mí hubiese dependido, ni con un autobús hubiésemos tenido suficiente, pero este pensamiento me lo guardo, junto a otros miles que tengo y que, visto lo visto, no verán nunca la luz.

Y es una lástima que Amelia no quiera nada conmigo, porque no sé si podría hacerla feliz, pero sé que la quiero lo suficiente como para desear pasarme el resto de mis días apoyando sus causas, queriéndola y haciéndole el amor hasta que recuerde que el mundo todavía tiene cosas que merecen la pena, como los abrazos, los besos y las caricias que guardo para ella.

Me pasaría la vida demostrándole que es la persona que más quiero del universo e intentando arrancarle una sonrisa cada noche antes de dormir, aunque el día haya sido malo, porque nadie debería irse a dormir triste, pero ella mucho menos que nadie.

Por desgracia, o puede que, por suerte, aunque no lo sienta así, ella nunca sabrá que es y será lo primero y lo último en mi cabeza y en mi corazón cada día, cada noche y, estoy seguro, el resto de mi vida.

Estoy en la entrada de Primark esperando a Einar. Al final, yo he venido con Esme y Noah, y él nos avisó de que vendría en su moto un poco más tarde, pero nos pidió que le esperásemos en la puerta, que luego dentro es un lío, así que aquí estamos, Esme con Noah colgado en la mochila de portear, porque meter un carro en Primark es un acto suicida, y yo con las manos en los bolsillos y deseando verle, pero, al mismo tiempo, temiendo no ser capaz de disimular lo suficiente. Siempre me pasa, en realidad. Nunca sé si se me va a notar lo que siento por él y es estresante, aunque merezca la pena por estar a su lado.

Cuando por fin llega lo hace con un gorro gris de lana, una cazadora negra de cuero y unos vaqueros, también negros. Está para comérselo y su sonrisa pícara no ayuda en nada a rebajar lo que siento.

—Hola, chicas. ¿Esperáis mucho? —dice en español.

—Nah, unos minutos solo —dice Esme.

Einar se agacha para besar sus mejillas y la cabeza de Noah y yo sonrío, porque está embobado con él. Bueno, en realidad también está embobado con las gemelas. Es muy de niños, el vikingo.

—Beso —dice cuando me mira a mí sin perder su sonrisa. Me río y le beso las mejillas mientras él hace lo mismo y aprovecho para embriagarme con su perfume—. Mmm, fresas. Me encanta —susurra en mi oído.

Siento un pequeño pinchazo en el estómago, porque, por tonto que parezca, me hace ilusión que los dos nos fijemos siempre en cómo huele el otro. Él tiene que adivinar más, claro, porque yo suelo ponerme un perfume distinto cada día, pero es parte de la gracia de que me huela; saber que siempre siempre siempre siempre acierta.

—¿Entramos? —pregunta Esme.

—Sí, vamos —respondo carraspeando y alejando a Einar de mí, poniendo una mano en su pecho.

Él la agarra, la aprieta y luego me la suelta con suavidad. Le miro, me guiña un ojo y me río, otra vez. Y así desde siempre. Gestos, millones de gestos cariñosos que dejan ver la confianza que sentimos debido a los años de amistad, pero que, para mí, también significan más de lo que deberían, porque cada vez que aprieta mi mano, me abraza, me besa o me huele, siento el anhelo golpear las paredes de mi estómago, pidiendo más y de una forma mucho más íntima.

—¡Primero unicornio!

—Yo me voy a por las muselinas de Noah —dice Esme—. Os busco cuando acabe.

Y así, sin más, se larga dejándome a solas con Einar. Pues empezamos bien...

—Vamos, Amelia, antes que se agoten.

Me río y le sigo mientras le digo, otra vez, que dudo mucho que tengan pijamas de unicornios para hombres, y menos para un hombre de su tamaño, pero Einar busca, incansable, por todos los estantes y pasillos hasta que, pasada media hora, me mira con el gesto fruncido.

—Es discriminación. ¿Por qué yo no puedo ser unicornio?

—¿No te gusta el pijama de Mickey?

—Que follen a Mickey.

—¡Eh! —exclamo—. Esa lengua.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —La saca haciendo el tonto y me echo a reír.

—Me has entendido perfectamente, así que no te hagas el tonto.

Él se ríe y seguimos mirando pijamas unos minutos, pero ninguno le convence, así que al final nos vamos a la sección de mujeres, porque yo quiero mirar un par de camisetas básicas.

—¿Cómo estás? —pregunta en inglés.

El cambio de idioma, como siempre, me hace ver que la conversación será seria.

—Bien.

—¿Te ha llamado Nacho? —Niego con la cabeza y él asiente—. Mejor, ¿no? ¿O quieres que lo haga?

—No, estoy bien así. —Suspiro y sonrío un poco mirando la talla de una camiseta, solo para tener una excusa de no mirarlo a la cara—. Mi relación con Nacho no era sana, ni sincera.

—¿Y por qué seguías con él?

—Porque...

Le miro y me fijo en que tiene toda su atención centrada en mí. De hecho, tiene el codo apoyado en un perchero, como si fuese una barra de bar.

—¿Porque...? —pregunta él intentando que hable.

¿Y qué le digo? ¿Qué jamás fue real porque yo siempre estuve enamorada de otro? ¿De él? ¿Qué ha conseguido que piense que nunca seré capaz de estar con un hombre al que quiera y merezca tanto como para olvidarlo a él? ¿Que mi relación con Nacho era la excusa perfecta para negarme mis sentimientos reales? No puedo decirle nada de eso, le daría un soponcio, más aún después de todo lo que pasó en el *camping* y de que yo lo ignorara de tan malas maneras.

Tomo aire, me encojo de hombros, restando importancia a mis palabras y hablo.

—Porque a él le importa más quedar bien en sus causas que yo y yo decidí que Nacho en sí mismo era una causa a la que debía contribuir, y eso no es sano.

No es mentira. De hecho, es otro de los motivos por los que lo nuestro no funcionaba. Yo veía en Nacho una obra de caridad; una oportunidad de hacer feliz a alguien que siempre parecía desgraciado por algo. Una metedura de pata de grandes dimensiones, la verdad.

—No lo soportaba —confiesa—. Le veía y sentía ganas de pegarle. Y yo no soy violento, ya lo sabes.

Lo sé, claro que lo sé. Einar es un trozo de pan, pero igual que sé eso, sé que tiene una parte muy seria y profunda que no muchos conocen. Cuando Álex estuvo mal, por ejemplo, fue Einar el que le aconsejó muchas veces, igual que a Nate y a Diego. Puede parecer que siempre está de risas y ve la vida color de rosa, pero esa es la versión de cara al público. En realidad, es un hombre con una coherencia y una capacidad de entendimiento asombrosa.

—Nacho es especial.

—Para mal, sí. Tú lo eres para bien. La mezcla no podía funcionar. —Frunzo los labios y él, al verme, hace lo mismo con su ceño—. Eh, ¿qué pasa?

—Nada.

—Has puesto mala cara.

—Es que... —Le miro y me muerdo el labio, pensando si acabar la frase o no, pero no quiero que existan secretos entre nosotros. Más, quiero decir—. Me pregunto si alguna vez encontraré a alguien con quien resulte la mezcla.

—Entiendo.

—A lo mejor no sirvo para tener pareja. Quizá tenga que conformarme con Retazos y aumentar la familia a base de gatos en un futuro.

—¿Eso lo piensas porque lo has dejado con Nacho o porque te encantan los gatos? —Me río un poco y Einar tira de mi hombro para que quede frente a él—. ¿Tengo que decirte que eres una mujer alucinante y cualquier tío del planeta estaría encantado de estar contigo? Porque, si tengo que decírtelo, voy a enfadarme.

—¿Por qué ibas a enfadarte?

—Porque es algo que deberías saber, Amelia. Es algo que no deberías permitirte olvidar nunca. Tú vales más que Nacho. —Hace una pausa y, después de asentir, prosigue—. Me atrevería a decir que tú vales más que el noventa y nueve por ciento de la humanidad.

—¿Noventa y nueve por ciento? ¿Quién es el uno por ciento?

—Yo, por supuesto. —Suelto una carcajada y él sonrío, contento de haber conseguido su propósito—. No pienses en lo que has hecho mal hasta ahora. Piensa mejor en todo lo que haces bien, que es mucho.

Sus palabras son tan sinceras y profundas que, por un momento, me pregunto si no se referirá a todo en general. A lo mal que lo hice cuando le ignoré de aquella forma...

—Ojalá estuviéramos en el *camping* ahora —suelto a bocajarro—. Me arrepiento de no haber disfrutado con todos vosotros esos días. Me pesa mucho todo lo que no hice.

Einar coge aire con fuerza y me sorprende, porque parece un gesto de nerviosismo. Supongo que piensa en nuestro casi beso y, de pronto, me ruborizo mientras él se ríe.

—Podríamos volver al *camping* este verano, o podríamos hacer todo eso que te pesa no haber hecho aquí.

—¿Aquí? —pregunto, pensando en nuestro casi beso de manera irremediable.

—Ajá, sí, aquí... O en Sin Mar, ya me entiendes.

No, la verdad es que no lo entiendo y no puedo evitar fruncir el ceño. Él sonrío, entendiendo que estoy completamente perdida, acaricia mi mejilla con el dorso de sus dedos y carraspea, antes de hablar.

—Desde hoy, Amelia, vamos a empezar a vivir la vida haciendo todas esas cosas que no hicimos en el *camping* y agregando algunas más. ¿Te parece?

—No sé bien a qué te refieres y...

—Si te soy sincero, yo tampoco.

Nuestros ojos se encuentran, trago saliva y, justo cuando creo que volverá a hablar y algo de todo esto se aclarará, aparece Esme con Noah llorando a todo volumen.

—Alguien está deseando tomar el pecho, así que, si no habéis acabado, yo pago y os espero en la cafetería que hay enfrente.

—Hemos acabado —aseguro, porque mi confusión necesita encontrar una vía de escape—. Vamos a pagar todos juntos.

Nos dirigimos a la cola y, ya esperando, Einar ve un pijama enterizo de Superman y se pone eufórico porque dice que él es más de Thor, pero que Superman también mola. Lo coge y, sin probárselo ni nada, se lo lleva a la caja mientras Esme y yo nos partimos de risa, porque no puedo imaginarme al vikingo vestido con eso. O sí, sí puedo, y lo más grave es que me lo imagino sexi a rabiar, porque con los brazos y el cuerpo que tiene, intuyo que por ancho que sea el mono enterizo, a él va a quedarle ceñido en ciertas partes.

Dios, tengo que relajarme un poquito si quiero acabar el día medio cuerda.

—¿Vamos a cenar? —pregunta Einar cuando salimos del centro comercial.

Noah sigue llorando y Esme se sienta en un banco para darle el pecho, porque ya no aguanta más.

—Yo me iré ahora cuando acabe —dice—. Noah está cansado y Nate está en casa esperándonos. Id vosotros.

—La verdad es que yo...

—Es una idea genial —dice Einar—. Amelia, vamos al centro. Hay un restaurante vegetariano nuevo que te encantará.

—Einar, es que yo... —Quiero decirle algo que sea creíble y me libre de cenar con él a solas, lo que sea, pero no soy lo bastante rápida y su sonrisa es tan bonita que acabo contagiándome. Me encojo de hombros y asiento—. Estoy hambrienta.

—Esa es mi chica.

«Ojalá», pienso, mientras me despido de mi hermana y sigo a Einar hacia la rampa mecánica que baja al *parking*.

—Espera un momento —le digo parándome en seco cuando me percató de algo—. ¿Tienes casco para mí?

—Tengo. Y si no tuviera, lo compraría. Vamos.

Me río y le sigo de nuevo. Llegamos al *parking* y, como siempre que subo con él en su moto, me pongo nerviosa. No han sido tantas las ocasiones en las que lo he hecho, la verdad, pero estar tan pegada a él, sentir su espalda contra mi pecho y poder rodear su cintura sin sentir que debo pedir disculpas es... Dios, es increíble.

Einar me pasa el casco que tenía encadenado al manillar y yo me pregunto si lo ha traído porque suponía que cenaríamos juntos.

—Quería llevarte a casa —dice con una sonrisa, resolviendo mis dudas.

Me pinzo el labio y sonrío antes de ponérmelo y carraspear. No voy a contestarle; no sé qué decir y acabaría haciendo el ridículo. Él es así de amable y cariñoso con todo el mundo; no me trata de forma especial, aunque este verano estuviésemos a punto de besarnos. Solo soy una hermana más de los cuatrillizos.

Solo una más.

Einar sube en la moto y estira su mano para que me apoye y le siga. Subo y agradezco llevar un pantalón corto con medias tupidas, porque por lo general llevo vestidos con vuelo y habría sido mucho más complicado acoplarme en la moto. Más vergonzoso también, la verdad.

—¿Lista? —pregunta él.

—Sí, vamos.

El motor ruge y yo me agarro de inmediato a su cintura. Por lo general empiezo prometiéndome controlarme y no tocarlo más de lo imprescindible, pero al final, cuando la moto empieza a rodar, siempre me pasa lo mismo; me tenso, porque no soy la mujer más valiente del mundo y acabo pegada a él como una lapa. Esta vez no es distinta y, en cuanto nos incorporamos al tráfico, abandono su cintura y rodeo su torso, o lo intento. Procuro agarrarme con los puños a su cazadora, pero es de cuero y le queda muy ceñida; tanto que noto su estómago agitarse por la risa. Paramos en un semáforo y Einar coge mis manos y las mete dentro de los bolsillos de su cazadora.

—¿Mejor? —pregunta mirándome sobre su hombro.

Me muerdo el labio y asiento, avergonzada de ser tan miedica, pero él aprieta mis manos por encima de los bolsillos y, cuando un claxon suena, se da cuenta de que el semáforo está en verde y tiene que reanudar la marcha.

La postura de mis manos me obliga a estar bien pegadita a él y, lejos de intentar ser más valiente y separarme, apoyo la mejilla en su espalda y disfruto de la sensación de tenerlo solo para mí durante unos minutos. Su perfume se mezcla con el frío y el viento de la ciudad y juro que nunca he sentido estas calles tan bonitas como ahora. Consigue que algo tan simple como un paseo en moto cobre sentido y se convierta en un recuerdo imborrable.

El paseo es corto, en realidad, porque el centro comercial no estaba muy alejado del centro. Einar aparca en una calle transitada y, cuando bajamos y nos quitamos los cascos, caminamos hacia un restaurante con un cartel verde y luminoso.

—Lo descubrí el otro día y pensé en lo mucho que te gustaría —dice en inglés—. ¿Tienes hambre? Sirven una lasaña vegetal alucinante.

—¿Has estado aquí muchas veces?

—Solo una. Cuando vi el cartel entré para ver si estaba rico y así poder traerte.

Lo dice con tanta naturalidad que parece algo simple, sin importancia, pero la tiene, ¡claro que la tiene!

—¿Has venido aquí a probar la comida solo por mí?

—Y porque me gusta comer —dice sonriendo. Cuando ve mi cara de estupefacción suelta una pequeña carcajada—. Está muy cerca de mi estudio, tenía que comer en algún sitio, este era nuevo y decidí darle una oportunidad. No me mires como si fuera un bicho raro.

—No eres un bicho raro —contesto sonriendo—. Eres genial, en realidad.

Él sonrío, pasa un brazo por mis hombros y me pega a su costado mientras entramos en el restaurante. Yo sonrío también y rezo para que parezca natural, porque estos gestos siempre han existido entre nosotros, pero antes yo tenía a Nacho como contención; mi relación con él me servía para que mi mente no se dejara llevar por fantasías entre Einar y yo. Ahora he perdido eso y me siento un poco a la deriva, la verdad.

—Tú sí que eres genial. —Nos sentamos después de que el camarero nos indique una mesa y abrimos la carta con el menú—. Las albóndigas de soja también están ricas.

—¿Las has probado? ¿No dices que has estado solo una vez aquí?

—Sí, pero fue una vez que estaba hambriento. —Suelto una carcajada y él sonrío—. ¿Las pedimos?

—Vale.

—¿Vino o cerveza?

—Cerveza —contesto sin vacilar.

Él sonrío y asiente antes de hacer el pedido de la cena y mirarme fijamente, poniéndome de los nervios.

—¿Qué pasa? —pregunto pasados unos segundos en los que ni habla, ni deja de observarme—. ¿Tengo algo en la cara?

—Eres tan distinta de tus hermanos... —susurra—. Todavía me sorprende que apenas compartáis rasgos.

—Álex y yo tenemos los mismos ojos.

—Los tuyos son más bonitos.

Me río y niego con la cabeza, porque eso es mentira.

—Son prácticamente idénticos, Einar, aunque yo los tenga más grandes.

—Más grandes y más dulces. Tus ojos atrapan.

—¿Los de mi hermano no? —pregunto con una pequeña sonrisa que pretende ser sarcástica, solo porque no sé cómo manejar a Einar cuando se pone así.

—Supongo que a Eli sí, pero objetivamente tus ojos están llenos de historias que se ven a simple vista.

—Soy demasiado transparente, ya me conoces.

—No, demasiado no, porque hay cosas de ti que no entiendo, ni sé, por más que me gustaría.

Sonrío con amabilidad y pienso en que esas cosas no podrá saberlas nunca, porque entonces sí que estaré perdida.

—Todos tenemos secretos, vikingo. Tú también, ¿o me lo vas a negar?

—No, yo también los tengo. —Suspira y sonrío cuando el camarero llega con nuestras bebidas—. Vamos a brindar, ¿vale?

—¿Por qué?

—Por tu nueva vida sin Nacho, por nuestra amistad, por esta cena y por tus ojos.

Me río, asiento y choco mi botellín con el suyo para, acto seguido, beber a morro de él. Sonreímos, porque ya sabíamos que los vasos serían inútiles, pero es sorprendente lo mucho que conozco sus gestos ya. Sin embargo, a pesar de llevar años siendo amigos, esta noche todo se siente distinto. Supongo que me afectan mis sentimientos, aunque no lo quiera reconocer.

La cena transcurre con normalidad. Einar me habla de su trabajo, me cuenta anécdotas graciosas y me pregunta por mi día. Le cuento que ha sido poco productivo, bajo mi punto de vista, y él me dice que cree que no es así; simplemente estoy acostumbrada a hacer mucho más de lo que debería y el día que hago mi trabajo, sin excesos, me parece que he hecho poco. Tiene razón, así que no me molesto en rebatirle sus palabras y pronto cambiamos al tema niños y a lo geniales que son Óscar, las gemelas y Noah. A la hora del postre él pide tarta de manzana para los dos, pero yo estoy tan llena que apenas puedo probarla. Einar, en cambio, asegura que sería capaz de comerse un par de trozos más. Me río, le digo que es un glotón y él, lejos de ofenderse, palmea su estómago y me asegura que tiene que mantener fuerte su cuerpo vikingo.

—Tu cuerpo vikingo debería llevarme a casa ya, porque estoy supercansada y mañana madrugo mucho.

Einar obedece de inmediato, paga la cena de los dos, asegurándome que no pasa nada porque ahora le debo yo una comida a él y me lleva a casa de la misma forma en que vinimos aquí: en moto, con mis manos en sus bolsillos y mi mejilla en su espalda. Cuando llegamos me despido de él y le veo marchar mientras pienso en lo increíble que es y en lo asquerosamente mal que voy a estar desde ahora, porque si no he conseguido olvidarle cuando tenía novio, ahora que estoy soltera no tengo ninguna duda de que mis sentimientos y mis miles de pensamientos diarios van a convertir mi vida en un completo caos.

Tres días después de mi cena con Einar estoy en el jardín de mi padre con todos mis hermanos y sus parejas. Tengo en brazos a Victoria, una de mis sobrinas, pero ya ha visto a su hermana corretear por el césped y empieza a removerse para que la suelte. El problema con estas dos es que ya se intuye que son iguales que mi hermana, no paran quietas ni un momento y, cuando se juntan, son el mal, en serio. Desde que empezaron a andar vivo con el miedo de que se abran la cabeza a la mínima de cambio. ¡Como si no tuviera yo bastante con preocuparme en exceso por mis hermanos!

—Ey, tita Amelia, ¿qué te parece si te cambio a la niña por una cerveza? —Mi hermana Julieta se acerca a mí con dos botellines—. Venga, mujer, déjala en libertad.

—Julieta, estas niñas tienen mucho peligro.

—Son niñas de menos de un año. ¿Qué peligro pueden tener?

La miro a conciencia, pero ella eleva una ceja y me deja claro, sin palabras, que son sus hijas y que tengo que dejarla en el suelo. Lo hago y, en cuanto los pies de mi sobrina tocan el césped, sale disparada hacia su hermana, pero, claro, si han empezado a caminar, no tienen mucha idea de frenar y menos cuando cogen carrerilla, así que en cuanto alcanza a Emily se la lleva por delante y las dos caen al suelo como si fuesen pequeños bolos. A mí el corazón se me sube a la garganta, Diego corre hacia ellas y las coge con mimo, intentando que no se asusten y ellas... ellas se ríen, porque ya he dicho que son iguales que su madre, que está a mi lado dando un sorbo a su botellín y mirándolas con todo el orgullo del mundo.

—¿Has visto? Ni una lágrima. Parecen vikingas, mis niñas.

—Julieta, se acaban de revolcar por el suelo y ni siquiera te has alterado.

—Ya estás tú para alterarte por las dos. —Chasqueo la lengua, pero ella se ríe—. Oye, son niñas, tienen que caerse y no pasa nada. Si creyese que corren un peligro real evitaría que hiciesen cualquier cosa, pero solo caminan, corren, se caen y se levantan. Es el ciclo de la vida, pequeña Simba.

Pongo los ojos en blanco y pienso que, de alguna forma, Julieta tiene razón. Yo soy dada a querer evitar todo riesgo a la gente que quiero, pero no puedo meterlos en una burbuja y evitarles cualquier tipo de sufrimiento. No es así como funciona, por desgracia.

—Creo que yo sería una madre pésima y neurótica. Quizá por eso solo voy a tener gatos.

—Deja de decir lo de los gatos —contesta ella—. Serás una madre dulce, cariñosa y con un corazón de oro cuando te llegue la hora. Nos dejarás mal al resto de madres, menos a Tempanito, porque esa es capaz de levantarse a las cuatro de la mañana para

hacerle un desayuno americano a su hijo, que ya la conocemos, pero al resto nos vas a dejar como el culo, estoy segura.

Me río y niego con la cabeza mientras miro a mi hermana Esme charlar con Eli y Álex en el fondo del jardín.

—Eres una mala pécora. —Ella asiente, dándome la razón, y yo vuelvo a reírme—. También eres la mejor madre que las gemelas podrían tener. Lo sabes, ¿no?

—Intento no olvidarlo —dice con una sonrisa sincera—. Y empecé practicando con Chucky, que eso da puntos, ya sabes.

—¿Vendrá hoy?

—Eso espero, salía a las cinco de trabajar, pero teniendo en cuenta que anoche salió de fiesta hasta las tantas...

—Es lo normal a su edad.

—Supongo, pero en Marco nunca sé lo que es normal y lo que no. Es bastante desquiciante, a ratos.

—¿Él o la situación?

—Las dos cosas.

Nos reímos y la veo agacharse cuando Retazos pasa por su lado. Le dedica unas cuantas caricias, me dice que, a pesar de ser feo, es un buen gato y se va con él mientras yo me debato entre reírme o reñirle por hablar así de mi mascota. Al final no hago ninguna de las dos cosas, porque mi mente está ocupada en cierto vikingo que aún no ha llegado.

Estamos de barbacoa, como casi todos los fines de semana. A veces nos juntamos en sábado, otras en domingo, pero todos, sin excepción, hacemos algo juntos, lo que me alegra sobremanera, porque uno de mis grandes miedos siempre ha sido que, al crecer, nos separásemos y cada hermano tirase para un lado y rehiciese su vida lejos del resto. Por suerte eso no es así y esta familia, en vez de menguar, crece. Que se lo digan a mi padre, que no deja de repetir que siempre pensó que la casa se le haría enorme cuando se jubilara y ahora, a ratos, se le hace pequeña.

Y hablando de mi padre, tendrías que ver cómo se ha puesto con Retazos. Le ha comprado en lo de Chinlú un abrigo para que no se enfríe y ahora se lo lleva a comprar el pan cada mañana, para que vea mundo del bueno, dice, porque del malo ya ha visto demasiado. En este momento viene hacia mí con él en brazos, se lo ha quitado a mi hermana por la cara y cuando llega a mi altura me habla en tono de reproche.

—El gato aquí fuera sin su abrigo se puede resfriar, Amelia. ¿Para qué querías una mascota si luego no la cuidas?

—Dudo mucho que Retazos se resfríe por no llevar su abrigo, papá, pero si quieres ponérselo, adelante.

—Es que está muy mono con él, ¿a qué sí?

—Tú sí que estás mono cuando lo cuidas tanto.

Él se ríe y me besa la frente antes de mecer a Retazos y mirarme.

—Es como otro nieto, pero con cuatro patas y menos salvaje que el resto.

Suelto una carcajada y le miro entrar en casa para ponerle su abrigo. Yo decido mezclarme con la familia y olvidar el reloj. Esta semana ha sido muy intensa y rara. Hace días que no sé nada de Nacho, salvo que estuvo en mi asociación una tarde, pero mi jefe le explicó que yo no estaba y que lo mejor que podía hacer era irse de allí. Al parecer estaba calmado y más amable que de costumbre, lo que no me extraña, porque Nacho frente al público no es de ponerse de malas. Con mi familia sí que era muy cortante, pero creo que es porque necesitaba demostrarles que podía dominarme incluso frente a ellos. Dios, qué tonta fui...

Pero bueno, lo que importa es que ya no estamos juntos y, aunque no sé para qué me buscó, imagino que solo pretendía insultarme otra vez, o quizá darme las pocas pertenencias que tengo en su casa, aunque lo dudo. Solo dejaba allí una colonia de coco de las que suelo usar, que no vale ni diez euros, un cepillo de dientes y algunas horquillas para el pelo. No creo que se moleste en devolvérmelo, la verdad, así que debe ser que quiere decirme algo, pero como no me ha llamado, ni escrito, yo hago como si no existiera. Me sorprende mucho, no sé si para bien o para mal, lo bien que estoy llevando esta ruptura. No siento ganas de llorar ni le echo de menos; ni siquiera tengo ganas de desahogarme hablando mal de él, porque creo que eso no conduce a nada. Todo lo que siento es alivio y pena, pero no por la relación rota, ni por él, sino por mí y porque me pregunto si acabaré quedándome sola y amargada. Intento reponerme de esos momentos o directamente bloquear el pensamiento cuando aparece y seguir adelante, así que la semana ha sido, dentro de lo que cabe, buena.

Habría sido mejor si hubiese visto más a Einar, pero ha estado a tope de trabajo y ayer salió de copas con los compañeros del trabajo, según ha contado Diego hoy. Él lo sabe porque recibió una llamada a las tantas de la madrugada de un Einar muy pasado de vueltas que quería contarle un chiste «puta madre» sobre un limón y un desierto. Del chiste no se enteró, pero dice que estaba muy gracioso, aunque le moleste que lo llamara de madrugada. Todos le han reído la gracia y le han recordado que él fue el primero que molestó a Einar de madrugada no una, sino muchas veces para comentarle todas las dudas que tenía acerca de su relación con mi hermana al principio. Yo, en cambio, me he centrado en torturarme imaginando a Einar de fiesta. No, perdón, voy a ser más concisa: me he torturado a base de bien imaginando a Einar de fiesta con otras mujeres. Muchas mujeres. Todas ellas guapas, estilosas, desinhibidas y dispuestas a regalarle una noche de sexo inolvidable.

¿Y por qué hago esto? Eso es lo que me pregunto. No tiene sentido, no es sano que me machaque de esta forma, porque él y yo no podemos tener nada. Somos amigos, nada ha cambiado entre nosotros, aunque Nacho ya no esté pero, por más que intento convencerme de ello, hay algo que me empuja a vivir mis sentimientos con más fuerza, si cabe. Es una maldición.

Las horas pasan, Álex y Eli se morrean a la mínima, Óscar corre por ahí detrás de las gemelas, Retazos intenta quitarse a zarpazos su abrigo mientras mi padre va detrás

recolocándose, Sara le riñe por ser así y Julieta, Esme, Nate y Diego discuten porque unos dicen que los niños tienen que estar en el suelo ensuciándose y correteando sin parar y otros dicen que sí, pero que con un orden y no como si fuesen Mowgli en la selva. ¿Adivina quiénes dicen una cosa y quiénes otra?

Marco ha llegado hace poco, se ha sentado a mi lado con una cerveza y aquí estamos, bebiendo y mirando los distintos escenarios, sin decir ni una palabra y emborrachándonos en silencio. Dios, qué triste es todo esto.

Cuando Einar llega, por fin, lo hace con mala cara, seguramente debido a la resaca, y con una ronquera considerable.

—Vikingo molón no vuelve a beber —dice mientras se acerca a mí y me quita el botellín de cerveza.

Cuando le da un trago enorme alzo la ceja y sonrío, encantada de tenerlo a mi lado, por fin.

—¿Y qué es eso, entonces?

—Cerveza no cuenta. Quitá resaca.

Me río, porque sé que es defensor de esa absurda ley, pero sigue pareciéndome increíble que la siga al pie de la letra.

—Eso jamás funciona, Einar.

—Es cierto —dice Marco—. La cerveza tienes que tomarla en ayunas, no por la noche. Fijo que has estado todo el día haciendo el vago y yo he tenido que ir a trabajar y luego aquí.

—He tenido día de infierno —dice él.

—Anoche no parecías estar en el infierno, así que...

—Esperad —los interrumpo—. ¿Salisteis juntos?

—Yo no salgo con niños —dice Einar riéndose.

—Ni yo con viejos —bufa Marco—. Estaba en la disco a la que fuimos. Él y otros carcas empollones.

Miro a Einar alzando una ceja y él se encoge de hombros y se ríe.

—Es verdad, son unos carcas empollones —contesta en inglés—. Yo soy el único que merece la pena. —Me guiña un ojo y contengo un suspiro.

—Eso sí, las chicas con las que ibais no tenían desperdicio.

Las palabras de Marco provocan un principio de seísmo en mi estómago que se desata del todo cuando Einar ríe entre dientes y niega con la cabeza. No voy a preguntar. No pienso preguntar.

—¿Qué chicas?

Uy, ¿esa he sido yo? Mala, Amelia, niña mala.

—Unas alumnas de la universidad que encontramos en un *pub* antes de ir a la disco y se nos sumaron —responde Einar.

Sigue hablando en inglés y su tono es serio y firme. No sé cómo esperaba que contestase, la verdad, quizá ruborizándose un poco, pero no, él parece totalmente

tranquilo con sus palabras. Por otro lado, ¿por qué habría de estar nervioso o incómodo? Es libre de hacer lo que le dé la gana.

—¿Acabaste con alguna? —pregunta Marco a bocajarro.

Yo contengo la respiración y espero una respuesta. Einar sigue mirándome fijamente, no sonrío, ni tampoco parece tenso. Solo está... firme, inamovible, como es Einar, por lo general.

—No.

Intento soltar el aliento poco a poco, no quiero que note el alivio que acaba de invadirme y no sé si lo consigo, pero Einar suspira, palmea mi muslo y se levanta.

—Voy a por algo de picar. ¿Vienes, Amelia?

—Eh...

—Serán Doritos.

Me río, porque Einar sabe que me encantan los Doritos, así que asiento y me levanto. Le sigo hacia la mesa en la que están los aperitivos y veo cómo coge una bolsa y se desvía hacia el interior de la casa. Me quedo descolocada un momento, pero, pasados unos segundos, él asoma la cabeza por la puerta y me hace un gesto para que le siga. No sé qué pretende, pero voy detrás porque creo que yo a Einar lo seguiría al fin del mundo, aunque lo hiciera con miedo.

—¿A dónde vamos? —pregunto cuando entro en casa.

Estamos en la cocina y veo cómo se mete dos botellines de cerveza en los bolsillos antes de coger mi mano y arrastrarme hacia el salón y, de ahí, a las escaleras que llevan a la planta superior.

—En tu familia es imposible abrir una bolsa de Doritos y que no aparezcan manos de todas partes para robarlos, así que vamos a escondernos hasta que no quede ni uno.

Me río y me dejo guiar. Por un momento pienso que me meterá en algún dormitorio, pero Einar abre la puerta del baño, me hace entrar y, cuando me sigue, echa el cerrojo guiñándome un ojo y haciéndome entender, sin palabras, por qué estamos aquí. Es la única habitación de la casa que tiene pestillo e intimidad. Mi padre siempre ha sido enemigo de los cerrojos, pestillos y demás, así que teníamos terminantemente prohibido ponerlos en nuestras habitaciones. Solo lo puso en el baño por cuestiones obvias, pues necesitábamos cierta intimidad, pero el resto era territorio de todos y así nos lo hacía saber cada vez que nos quejábamos.

—¿Sabes? Esto se solucionaría comprando más Doritos —le digo.

Él cierra la tapa del váter y me lo señala elegantemente mientras yo me río y tomo asiento; luego se sienta frente a mí, en el bidé. Nuestras rodillas se rozan debido a la cercanía, pero, sobre todo, debido a lo largas que son las piernas de Einar, así que abre las suyas y deja las mías en el centro. Se lo agradezco, porque llevo un vestido de vuelo y, aunque tengo medias negras y tupidas, es mucho más cómodo tener las piernas juntas.

—Ahora tú y yo vamos a beber como vikingos y comer como... pues como vikingos —dice sonriendo.

—Me gusta cuando hablas en inglés, también —le digo.

—¿También?

Me río y niego con la cabeza, ruborizándome y carraspeando para pasar el trago.

—Te entiendo mejor, pero confieso que me gusta oírte hablar español.

—¿Porque es gracioso que hable tan mal?

—Sí —confieso riéndome. Él, lejos de ofenderse, se ríe conmigo y me pasa un botellín de cerveza—. Pero para conversar, es mejor el inglés, ¿no?

—Hablaré en el idioma que tú quieras y cambiaré las veces que tú quieras.

Me pinzo el labio y miro abajo, a los Doritos. Einar abre la bolsa, me la ofrece y cojo unos pocos. Durante unos minutos comemos en silencio, saboreándolos y mirándonos. Podría parecer un acto incómodo, pero con él nunca lo es. Con él todo es tan cómodo y fácil...

—No me acosté con nadie anoche —suelta de pronto.

—Eh... Ah... —Frunzo el ceño, porque no sé qué decir a eso.

—Ya sé que no me has preguntado y que no te debo ninguna explicación, ni a ti, ni a nadie, pero quiero que lo sepas. No me acosté con nadie anoche, Amelia.

Su mirada es transparente y su gesto relajado. No está obstinado, pero sí serio. Podría ponerme a la defensiva y decir que no me incumbe, como él bien ha dicho, pero los dos sabemos que, pese a no incumbirme, me importa. Bueno, no sé si él sabe hasta qué punto me importa, creo que no, pero el caso es que la opción de hacer como si me diera igual está descartada. Einar y yo nos conocemos demasiado y ya me cuesta un mundo mentir con respecto a mis sentimientos; no voy a hacerlo también con respecto a nuestras conversaciones.

—Vale.

—Vale.

Sonríe, sonrío y el mundo parece un poco más bonito.

Einar me cuenta todo lo que hicieron anoche y me río mucho viviendo su borrachera a través de sus anécdotas. Sé que es muy feliz trabajando en España y en algo que le gusta, por fin. Le encanta dar clases y haber encontrado una oportunidad como esta, en la que puede hacerlo en inglés. Ha conseguido hacer amigos en tiempo récord y los alumnos le adoran, eso no lo dice, pero estoy segura de que es así, porque es imposible no adorar a Einar. La vida le va bien, me dice, y siente que cada vez le faltan menos cosas.

—Yo sabía que estar en España era lo que necesitaba para ir tachando cosas pendientes de mi lista.

—¿Tienes una lista de verdad? —pregunto en un momento dado, cuando los Doritos son historia, igual que la cerveza.

—No es física, pero he pensado muchas veces en hacerla. ¿Y tú? ¿Tienes una lista de cosas por hacer?

—No. Creo que tengo demasiadas cosas pendientes. Vería la lista y me agotaría solo de pensar en todo lo que me queda aún por cumplir.

—Es verdad. Mejor las dejamos en nuestras cabezas.

—Mejor.

El teléfono de Einar empieza a sonar justo cuando iba a hablar de nuevo. Lo coge, habla unos minutos con quien sea que haya al otro lado y, al colgar, tiene el ceño fruncido y la mandíbula tensa.

—¿Todo bien?

—Sí. Era mi casero. Su hija se ha presentado de improviso en su casa. Vivía en otra ciudad con su marido, pero le ha dejado y necesita un sitio para vivir con sus dos niños.

—¿Y?

Él suspira y me mira con fastidio, pero intentando no sonar demasiado pesimista.

—Tengo tres días para buscar un estudio nuevo. —Pongo mala cara y él sonríe y palmea mis rodillas—. No te preocupes, ven, vamos a hablar con Diego o Nate. Seguro que me acogen unos días, en lo que encuentre algo.

Asiento y le sigo, convencida de que alguno de mis cuñados le acogerá sin problemas, porque son como hermanos, pero también un poco fastidiada, porque Einar por fin estaba asentándose y, justo cuando empieza a estar tranquilo, tiene que moverse otra vez. No es un gran drama, lo sé, pero me gustaría que se sintiera en casa de una vez por todas y, cambiando de residencia cada pocos meses, no lo va a conseguir.

Salimos al jardín y nos damos cuenta de que casi todos están sentados alrededor de la mesa. Einar les cuenta a Diego y Nate su situación y, tal como esperaba, ellos dos le invitan a sus casas.

—Mejor conmigo —dice Nate—. Diego, en la tuya ya sois cinco personas. Tendría que dormir en el sofá.

—Ya, eso sí...

—Puedes usar el dormitorio de invitados tanto tiempo como lo necesites, cielo —dice Esme.

—Vale, gracias. Encontraré un sitio nuevo rápido. ¡Vikingo molón busca casa!

—Vikingo molón tiene casa, si quiere —dice mi padre.

Frunzo el ceño en su dirección y Julieta suelta una carcajada antes de hablar.

—¡Pues claro! ¡Qué buena idea!

—¿Qué pasa? ¿Qué es una buena idea? Me he perdido. Rubia, ¿tú lo entiendes? —dice Álex.

—Creo que sí —contesta mi cuñada sonriendo.

Yo frunzo el ceño al nivel de Álex y, justo cuando voy a preguntar, mi padre habla.

—No tienes que buscar una casa. Total, tu estudio es un cuchitril. Yo tengo una casa con tres habitaciones libres. Te alquilo una por un módico precio, te saldrá más

barato que cualquier estudio en el centro y encima tendrás jardín y comida casera a diario.

—¿Qué? ¿Cómo? —pregunto estupefacta—. ¿Aquí?

—Sí, aquí, cariño. Así no te aburres, que desde que se han ido tus hermanos te veo muy venida abajo.

Me encantaría quitarle la razón, pero es que la misma mañana de Reyes Magos me desperté lamentándome de que la casa estuviera vacía, aunque todos vinieran más tarde, así que iba a quedar un poco hipócrita. Aun así, niego con la cabeza y miro a Einar.

—Esto está muy lejos de todo.

—¿Y qué? —dice mi padre—. Si de todas formas no sale de aquí nunca. —Mira a Einar y palmea su hombro—. Piénsalo, yo creo que ahorrarías bastante, aunque estemos a las afueras.

—Papá, Einar necesita cierta intimidad que, aquí, no tendría —le digo, nerviosa por todo lo que eso supondría.

No quiero a Einar viviendo cerca de mí, no quiero tener que verle cada noche, cada mañana y cada mediodía y recordar que no soy la afortunada de estar con él. Y, por descontado, no quiero sufrir sus escauceos amorosos a un tabique de distancia.

—¿Qué intimidad necesita? —insiste mi padre antes de mirar al susodicho—. Si es por las mujeres, eres libre de traerlas. Yo con el sexo soy muy abierto. Al poli le invitaba a desayunar cada mañana y eso que se creía que yo era tonto y no me daba cuenta de que se largaba a hurtadillas por la ventana y venía luego en plan inocente.

Todos se ríen, pero yo no, porque esto no me parece gracioso. ¿Cómo va a parecerme gracioso estar ante la posibilidad de que Einar acabe montándose con otra a pocos metros de mí? Dios, siento principios de infarto solo con imaginarlo.

—Pero no es lo mismo que tener tu propio espacio y...

—Vikingo parece puta madre —dice Einar en español e interrumpiéndome—. ¿De verdad Javi no importa?

—¿Cómo me va a importar? Yo te lo ofrecería gratis, pero entiendo que eso te supondría un problema, así que acordaremos un precio justo y santas pascuas.

—Yo también creo que es una gran idea. Me gusta tener la casa llena de gente —dice Sara.

—¡Ya tienes la casa llena de gente, Sara! ¿O yo no cuento? Además, vienen casi todos a comer a diario.

—Uy, la hierbas. —Julieta se ríe y alza las cejas—. A estas alturas de la vida se va a poner celosa. ¡No seas tonta, Amelia! Con Einar otra cosa no sé, pero el aburrimiento se te va a quitar, te lo aseguro.

Einar sonrío, me pasa un brazo por los hombros y me guiña un ojo de esa forma tan suya.

—Vikingo molón está en casa, nena.

Einar

Saco la última caja del coche de Diego y miro, otra vez, el que será mi hogar desde hoy. He estado aquí tantas veces en estos años que no puedo contarlas. Javier supo abrirme las puertas de su casa cuando entré por primera vez aquí, siendo el novio de Julieta, y no me las cerró en ningún momento. Nunca, ni una sola vez, he sentido que sobraba dentro de las paredes que constituyen el hogar de los León. ¿Sabes lo extraordinario que es eso? Tener el conocimiento de que da igual lo que hagas, porque tienes una casa a la que ir siempre que lo necesites es algo que no he sentido nunca, ni siquiera con mi propia familia, a la que quiero y respeto, pero a la que no estoy demasiado unido.

No todos los padres saben forjar fuertes lazos con sus hijos; algunos hacen todo lo que está en sus manos para educarlos y criarlos, pero, aun así, evitan u olvidan crear una conexión con sus hijos que vaya más allá de la crianza. Mis padres han sido así; me quieren, estoy seguro de eso, pero no son dados a mostrar sus sentimientos o emociones, ellos cumplieron su misión, que fue criarme y me dejaron claro que el resto era cosa mía. Lo entiendo, los quiero y agradezco todo lo que me han dado, pero ellos se reprimen constantemente y yo no puedo ser así, por eso volver a su casa siempre es motivo de alegría, pero nunca me hace sentir lleno. Volver a casa de Javier, sin embargo, siempre rellenaba ese hueco de anhelo que yo tenía y, durante las horas que durase mi visita, cuando venía desde Nueva York sentía que nada podía ir mal, porque estaba en el sitio adecuado. Estaba en casa.

Esa es la razón por la que solo veo a mi familia de sangre una vez al año y procuro, en cambio, ver a esta otra familia, la que elegí, el máximo tiempo posible.

—¿Qué esperas? —pregunta Diego a mi lado—. No me dirás que te has arrepentido, ¿no? porque esto de hacer mudanza exprés en un día solo es soportable cada cierto tiempo.

Sonrío y miro a mi hermano, porque así es como le siento. Él y Nate han sido mi familia desde que los conocí y no podría quererlos más. Nos conocemos tan bien que sé que Diego no miente cuando dice que no soportaría otra mudanza. Está estresado, cansado y sudado y apuesto lo que sea a que solo quiere entrar, beber algo y abrazar a su mujer e hijas. Nos hemos pasado el día acarreando mis cosas y, aunque se quejen mucho, debo decir que no había tantas. Hemos conseguido trasladarlo todo en un solo día, pese a que el casero me dio tres para hacerlo. Esta noche dormiré en casa de Javier, en mi casa, por primera vez.

El fin de semana, desde luego, ha sido de los más intensos de mi vida. Primero la fiesta del viernes, a la que en un principio no quería ir. Mis compañeros me arrastraron con la excusa de que debíamos relajarnos después del trabajo y yo acepté porque volver a casa supondría tumbarme en la cama, pensar en Amelia y darle vueltas y más vueltas a lo nuestro. Lo no nuestro, más bien. Salí con ellos y lo pasé bastante bien, volví a casa tarde, borracho y solo, por mi elección, porque nunca he sido hombre de rollos de una noche, pero, desde que sé lo que siento por Amelia, he optado por respetar mis sentimientos y ser consecuente con ellos. Es una decisión dura en todos los aspectos, porque a veces creo que estoy superando, por mucho, el nivel de masturbación que tenía en mi adolescencia, pero sigo pensando que es la mejor decisión que podía tomar. No quiero estar con otra mujer porque lo que siento es fuerte. Es lo que llevo esperando sentir toda la vida; ese amor que siempre he anhelado, tirándome de las entrañas y haciéndome ver que ella es todo lo que necesito para ser feliz. Que no me corresponde, lo sé, y que lo nuestro es muy complicado, también lo sé, pero no por eso yo dejo de sentir esto y no por eso debería faltarme el respeto a mí mismo yendo con alguien que nunca podrá darme lo que necesito. No es justo para ese alguien, tampoco, así que, bajo mi punto de vista, no hay tanto que pensar y esto es justo lo que debo hacer.

Las cosas van a complicarse desde ahora, eso también lo sé, pero es una oportunidad de estar más cerca de Amelia. Convivir con ella, verla cada mañana y cada noche será genial, estoy seguro. Sé que ella no está del todo contenta con esta decisión, porque anoche se quedó un poco bloqueada y hoy no la he visto en todo el día, pese a que dijo que estaría por aquí. Supongo que piensa que voy a invadir su espacio, pero no es eso lo que quiero. O sí, para ser sincero, sí, pero no lo haré si ella no se siente cómoda o no me quiere cerca. Me conformo con verla cada día y no creo que sea patético. Es lo que siento y los sentimientos nunca deberían calificarse como patéticos.

—Tío, en serio, como no hables, voy a empezar a cabrearme.

Miro a Diego y me río antes de señalar la casa con la cabeza.

—Mola mi casa nueva, ¿eh?

Él se ríe también y asiente, aliviado con que deje de perderme en mis pensamientos.

—Mola mucho. Además, no vas a aburrirte. ¿Sabes de lo que me he enterado gracias a Álex? —Niego con la cabeza y él se ríe—. Mi suegro hace uso de ciertas pastillitas azules que potencian las relaciones sexuales.

—No jodas.

Diego suelta una carcajada y asiente.

—Pero no puedes decir nada, ¿eh? A Álex se le escapó el día de Nochevieja. Ni siquiera Nate lo sabe.

—¿Y Juli?

—No, por Dios, ni loco voy a decirle eso de su padre. A saber cómo reaccionaría.

Asiento de inmediato, porque Julieta es muy impredecible y creo que es mejor que no maneje una información como esta.

—No pensé que Javi necesitara eso —susurro.

—Creo que fue algo puntual. No sé mucho, tampoco. A Álex se le escapó y, aunque le pedí que me contara algo más, se negó y dijo que eso era algo privado de su padre. Tiene toda la razón.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Bueno, ¿vamos? Estarán todos dentro y la cena llegará de un momento a otro.

—Amelia no ha llegado —le digo mientras caminamos.

—Estará salvando animales, personas o plantas por ahí, tranquilo.

Suspiro y acepto la explicación, sabiendo que en casa todos dan por hecho que ella estará por ahí contribuyendo a salvar el mundo. ¿A nadie se le ha ocurrido pensar que hace solo una semana que cortó con Nacho? A lo mejor ha ido a verle y se están reconciliando. Quizá estén en la cama ahora mismo. Siento algo retorcerse en mi estómago y desecho de inmediato la visión que he tenido de Amelia desnuda y en la cama con ese imbécil. No voy a torturarme así. Ella parecía estar muy segura de su decisión, me confesó que no era feliz con él, que lo usaba, en cierto modo, como a una más de sus causas. No estaba enamorada, no me lo dijo con esas palabras, pero lo deduje y me niego a pensar que ese subidón que sentí puede ser falso.

—¿Y si está con Nacho? —pregunto cuando ya casi estamos en la puerta.

Diego se frena en seco y me mira muy serio. De hecho, me mira tan serio que bajo la vista a la caja, porque cada día se me hace más cuesta arriba ocultarle lo que siento.

—No volverá con Nacho —dice en tono bajo—, pero tampoco voy a hablar de este tema hasta que los dos estemos dispuestos a ser totalmente sinceros.

—¿Qué? —pregunto frunciendo el ceño—. No entiendo.

—Oh, ¿no entiendes? —Niego con la cabeza y él chasquea la lengua—. Pues no será por el idioma, sino porque no quieres entender.

—Diego, ¿qué...?

—Que la policía no es tonta, vikingo.

Me tensó y estoy a punto de preguntarle, otra vez, por qué dice eso, pero entonces unos faros nos iluminan y, al volvernos, veo que es el coche de Amelia.

—Más oportuna, imposible —murmura mi amigo—. Salvado de momento, vikingo, solo de momento.

Entra en casa y yo me quedo aquí, cargado con una caja y mirando a Amelia bajar del coche. Tiene cara de cansancio, lleva uno de esos vestidos que tanto me gustan; negro, con vuelo y pequeñas margaritas estampadas por todo el cuerpo. Creo que conozco los estampados de todos sus vestidos, de tanto como la miro cuando no se da cuenta.

—¡Hola! —exclamo con una sonrisa intentando ocultar todo lo que pienso y siento a una velocidad cada vez más vertiginosa—. ¿Todo bien?

—Hola, Einar. —Sonríe con dulzura y asiente mientras se acerca—. Todo bien. —Señala la caja y frunce los labios—. De mudanza, ¿eh?

—Sí, me quedo cuarto Álex. Es más de hombres.

Ella se ríe y yo me alegro de haber elegido el español para comunicarme. Me gusta cuando sonrío, aunque lo haga de mis fallos al hablar. Me gusta tanto que creo que sería capaz de no aprender bien el español nunca, solo para tener una carta en la manga que siempre la hiciera sonreír. Como una fórmula mágica; una estrategia diseñada para crear sonrisas.

—El cuarto de Álex es genial.

Yo pienso que lo genial es tenerla a unos pasos de distancia, pero no se lo digo, porque tiene cara de estar agotada y creo que ha cubierto el cupo de emociones para hoy. Amelia funciona así; se levanta con la energía y las emociones a tope y va derrochándolas conforme las horas pasan. Se vuelca tanto con todo el que la rodea que llega un punto en que se vacía y se queda pendiendo de un hilo, el del cansancio físico y emocional.

Me gustaría que entendiera que no puede hacer eso, porque no es sano para ella, pero creo que solo le haría más daño repitiéndole algo que ya le dice todo el mundo que no haga. Ella es así, no puede cambiar y, aunque debería controlarse un poco, creo que no sería feliz interesándose menos por los demás o pasando de cosas que otros no vemos tan importantes.

—¿Día duro? —pregunto.

Ella asiente sin dar explicaciones. Nunca lo hace. Sus asuntos son confidenciales para ella y no habla de nada a no ser que involucre a toda la familia, como hizo en su día con Erin.

—¿Están todos dentro?

—Sí, hemos pedido cena.

—Vale, pues entremos, estarás cansado de tener esa caja entre los brazos.

—Vikingo fuerte. Puedo con mil cajas.

Ella se ríe y abre la puerta para que pase mientras me dice que sí, que me cree. Entramos en casa, suelto la caja a los pies de la escalera y nos sentamos donde podemos, alrededor de la mesita del salón. Hablamos a gritos, como casi siempre, y cenamos chino. Cuando todos empiezan a marcharse me siento un tanto extraño porque yo no me voy. Es mi primera noche en esta casa y, cuando la puerta se cierra y nos quedamos a solas Javier, Sara, Amelia y yo, me siento un poco ansioso, porque, de pronto, me ha entrado la duda de si no me habré precipitado y molestaré en esta casa.

—Bueno, vikingo, vamos a subir las cosas que faltan para que puedas descansar —dice Javier.

—Vale.

Miro a Amelia retrepase en el sofá y cerrar los ojos. Sara acaricia su frente y me doy cuenta, no por primera vez, de lo pendiente que está de los cuatro hermanos. Qué

bueno ha sido que encontrara cuatro hijos, aunque ya sean adultos, y que los cuatrillizos hayan encontrado una madre.

Entramos en el dormitorio, suelto la caja en el suelo, en un rincón y miro los pósteres de coches clásicos que adornan la pared del cabecero de la cama.

—Puedes quitarlos mañana con calma —dice Javier.

—No hace falta, no molestan.

—Tienes que hacerlo. —Le miro y me sonrío—. Este cuarto ahora es tuyo y tienes que darle tu toque. De hecho, deberíamos pintarlo y todo. ¿Hay un color que te guste en especial?

Lo pienso unos instantes. Miro las estanterías con coches en miniatura, los pósteres, el armario con alguna ropa aún de Álex y, aunque intento pensar en redecorarlo todo a mi gusto, siento que no es correcto.

—¿Y si se enfada? —pregunto en inglés—. Ya es suficiente que pueda dormir aquí.

Él chasquea la lengua, va hacia el cabecero y arranca un póster sin miramientos.

—Mi hijo no se va a enfadar. Él está en su nueva casa, con la mujer de su vida y con su hijo. Esta habitación no es intocable, Einar. Necesitas tu propio espacio; si vas a vivir aquí, tienes que hacer de esta casa tu hogar, ¿entiendes?

—Ya siento que esta casa es mi hogar. No necesito adaptar los muebles o la pintura para eso.

—Lo necesitas, aunque no lo creas. Este cuarto para ti es el cuarto de Álex y eso es incorrecto. Tienes que conseguir que sea el cuarto de Einar. Necesitas hacerlo tuyo. Si vas a vivir aquí, tienes que sentir tu habitación como tuya y de nadie más, aunque tengas prohibido poner un pestillo y todos entremos sin llamar, que es una cosa que nos encanta hacer en casa desde siempre.

Me río y agradezco las últimas palabras para quitarle hierro al asunto. La verdad es que sí me gustaría tener esto adaptado a mis gustos, pero me gusta aún más que Javier se preocupe tanto por hacerme sentir cómodo.

—Pensaré en un color y pintaremos el fin de semana.

—Bien, aprovecharemos para reunir las cosas de todos mis hijos en un solo cuarto. Sara habla desde hace tiempo de montar una habitación para nietos en condiciones. Estamos cansados de tener las cunas encajadas entre los muebles de sus padres. Limpiaremos este cuarto y el de Julieta, que será el elegido para mis nietos. En el que sobra lo meteremos todo en cajas y, si les parece mal, que se lo lleven a sus malditas casas, que para eso las tienen. ¿Qué me dices?

Me río y pienso que Javier tiene razón. Esta casa es muy grande pero siempre parece que no haya espacio para nada, porque las habitaciones parecen intocables, pese a que tres de cuatro ya no viven aquí. Ahora somos las gemelas, Noah, a veces Óscar, Amelia y yo quienes les damos uso, así que podemos adaptarlas sin problemas. No sé qué le parecerá a Álex que desmonte su cuarto y me quede con lo

básico, pero, teniendo en cuenta lo feliz que está desde que Eli pinta sus días de amor y sexo, creo que no le molestará demasiado.

—Me parece bien —digo finalmente.

—Ese es mi vikingo. —Palmea mi hombro y me mira con esos ojos amables e inteligentes que tan bien conozco ya—. Bienvenido a casa, hijo.

Salgo del dormitorio después de que yo asiento, agradecido y emocionado por sus palabras. Suspiro, miro la cama de matrimonio que hasta no hace tanto ocupaba Álex y pienso que es genial estar en casa. Escucho un ruido y me giro para ver a Retazos entrar por la puerta. Sonrío al percatarme de que no lleva el abrigo y me imagino a Sara liberándolo mientras Javier no miraba.

—Hola, colega —le digo agachándome y cogiéndolo en brazos—. ¿Qué te parece? ¿Te gusta este cuarto? —Él maúlla y yo me río—. Ya, a mí también me parece que va a quedar mejor sin tantos coches rodeándonos. Te haré una foto y la pondré en esa cómoda de ahí, ¿vale?

—Una foto en tu cómoda, menudo honor.

Me giro otra vez y veo a Amelia sonriéndome, apoyada en el quicio de la puerta. Tiene el pelo húmedo y se ha puesto ese pijama de unicornio que tanto me gusta. Es de franela, tiene un cuerno enorme en el centro y le queda tan grande que apenas se intuye su cuerpo, pero está preciosa con él, porque es ella en estado puro. Dulce, un poco enigmática y preciosa. El olor a coco que la envuelve me recuerda que, además, siempre huele a algún tipo de fruta y eso es algo que me vuelve completamente loco.

—También pondré una tuya para que no te pongas celosa —le digo.

Ella se ríe y se adentra en el cuarto. Acaricia a Retazos, que sigue en mis brazos y me mira a los ojos con amabilidad.

—Siento no haber ayudado con la mudanza. Ha sido un día duro.

—¿Quieres hablar de ello? —Ella niega con la cabeza y yo asiento—. ¿Crees que Álex se molestará si redecoro este sitio?

—Qué va. Le encantará que lo hagas tuyo. Si te esperas al próximo finde, prometo ayudarte con lo que necesites.

—Tendrá que ser el domingo, porque el sábado es el cumple de Marco.

—Vale. —Sonríe y señala la puerta—. Voy a bajar a tomarme una infusión antes de dormir. ¿Quieres una?

—Sí, me encantaría, pero antes quiero ducharme y ponerme el pijama. ¿Me esperas?

—Sí, tranquilo. Te la subo y nos vemos aquí.

Asiento y le doy a Retazos. Cuando salen de la habitación cojo mi pijama nuevo de Superman y me meto en el baño. Yo quería un pijama de unicornios también pero resulta que, según Primark, los hombres no podemos serlo. También quería un pijama de Thor, porque creo que me pega mucho, pero tampoco había. Primark mola mucho, pero a veces no tanto. Al final cogí este y estoy contento, aunque se me pega mucho

por la parte de los hombros, pero más pegado le quedaba a Superman el traje y no se quejaba.

Me ducho, me lo pongo y, cuando entro en mi cuarto, Amelia ya espera sentada en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y sujetando dos tazas. Sonrío, me acerco por el otro lado y me siento, estirando las piernas. Ella me da una y agradezco dos cosas: la primera, que me haya hecho la infusión, y la segunda es la mirada apreciativa que ha dedicado a mi cuerpo antes de darse cuenta de lo que hacía, carraspear y mirar para otro lado. En momentos como este estoy tan tentado de intentar besarla de nuevo... pero luego recuerdo que ella me rechazó. Y no me rindo, no lo hago, porque esa mirada me da la fuerza necesaria para ser paciente el tiempo que haga falta. Sé que hay algo entre nosotros, lo sé, igual que sé que ella no lo pondrá fácil, ni yo, ni nuestros sentimientos, pero las cosas fáciles nunca me han gustado demasiado, así que es una suerte, ¿no?

Nos tomamos la infusión mientras hablamos y me regodeo en la idea de tenerla en mi cama, no como algo sexual, sino como algo que nos unirá a partir de ahora. Tenemos la confianza suficiente como para no estar incómodos sentados en la misma cama y espero que, desde hoy, este escenario se repita muchas veces. Hablamos de los cambios que haré en el dormitorio. No mucho, en realidad: pintar, sacar todos los trastos y, quizá, cambiar la cama de sitio para tener más espacio, según Amelia. Ya veremos, todo eso no es importante. Lo importante es que, en algún momento de la conversación, Amelia apoya su mano cerca de la mía y yo acaricio sus dedos por inercia, porque siento la necesidad de tener algún contacto con ella. Lo que me pilla por sorpresa es que ella entrelace nuestros dedos. La miro, pero observa su taza como si en los posos de la infusión estuvieran todas las respuestas del universo. Sonrío y sigo hablando, apretando sus dedos y acariciándolos con las yemas de los míos. Amelia no dice nada al respecto, sigue hablando como si nada, pero sus dedos aprietan los míos de vez en cuando, como si pretendiera decirme sin palabras que es consciente de esta caricia y que le gusta tanto como a mí.

Cuando se marcha, un rato después, me tumbo del todo, huelo el perfume a coco que se ha quedado en la habitación y me pregunto a qué olerá mañana.

Me doy cuenta, segundos después, de que podré dar respuesta a mi pregunta a primera hora, puesto que la veré antes de irme a trabajar. Sonrío como un idiota y me duermo más feliz que un niño pequeño la noche de los Reyes Magos.

Mucho mucho tiempo atrás...

Todavía me cuesta creer que hayamos montado una yincana en Sin Mar solo para ver quién se queda con el premio de la lotería que apareció, de la nada, en el aparcamiento del súper de Chinlú. Estoy agotada y no llevamos ni la mitad, pero es que el deporte no es lo mío en ninguna de sus variantes.

Ahora estamos preparándonos para hacer una carrera con pelotas, pero yo estoy más entretenida viendo a mi hermana Julieta pelearse con Diego, el policía amigo de Einar, su novio. No comprendo que, teniendo un novio como el que tiene, mi hermana parezca disfrutar mucho más de sus disputas verbales con este chico que, por otro lado, está como un tren. Es moreno, altísimo, tiene barba y sangre italiana... Sí, está como un tren, pero el caso es que mi hermana parece odiarlo y, sin embargo, veo que los dos se buscan a conciencia.

O quizá es lo que yo me digo a mí misma para paliar mi sentimiento de culpabilidad, porque desde que me enseñó una foto de su nuevo novio, Einar, no dejo de fantasear con él. Dios, soy lo peor como hermana, deberían colgarme del árbol más grande de Sin Mar, pero es que no puedo evitarlo. Es tan guapo... y además es simpático. Lo conocimos en persona anoche, cuando lo traje a cenar y, aunque la situación fue un poco incómoda, porque mi padre también llegó de su viaje con Sara, su prometida sorpresa, se las ingenió para agradar a todo el mundo. Llevaba gafas solo para parecer un chico bueno, según las palabras de la propia Julieta, y lo consiguió, pero hoy ha venido con ropa de deporte, sin gafas y, cada vez que ella lo llama «vikingo» yo lo imagino con el torso desnudo, sucio y ensangrentado. ¿Y sabes lo peor? Que esa imagen me pone. ¡Me pone! ¡Pero si yo veo sangre y me desmayo! Es completamente absurdo e inapropiado. Tengo que olvidarme de la atracción que siento porque no es más que eso: atracción. Que Julieta parezca divertirse más con Diego que con su propio novio no me da a mí la excusa de ser una pésima hermana y tener fantasías con Einar.

—¿A dónde demonios vas así?

Mi hermana Julieta mira hacia nuestra casa y yo la imito. La boca me llega al suelo cuando veo a Einar salir completamente desnudo, con una sonrisa en los labios y su... pues la... ay, Dios. ¡Es enorme! Einar, digo. Bueno, y lo otro. Y... ay, Dios.

—¡A la carrera en pelotas! —grita él con toda naturalidad.

—¡Carrera de pelotas, Einar! ¡De pelotas! ¡¡Vístete, por Dios bendito!!

Einar se encoge de hombros, como si nada, y se gira con tranquilidad para volver a entrar en casa demostrando que, por detrás, también es perfecto. Me asombra muchísimo que una persona sea capaz de desnudarse frente a toda una urbanización

y, pese a saber que no debería haberlo hecho, se lo tome tan bien. Yo, para empezar, no me desnudaría, pero de haberlo hecho, habría acabado llorando por la autohumillación. Supongo que son formas de ver la vida.

Diego se ríe a carcajadas, le estoy oyendo, pero es que no puedo apartar la vista del trasero de Einar hasta que entra en casa. Por suerte, cuando miro a un lado veo que Esme está exactamente igual que yo.

—Haz el favor de irte con tu putilla personal, que a este ritmo va a desarrollar el poder de matarme con la mirada —dice Julieta.

Reacciono a tiempo de ver cómo Diego se ríe aún más, se gira y se va con su novia, Susana, que es nuestra vecina. Esa chica no me gusta, es mala persona desde siempre y le gusta intimidar a la gente.

Einar vuelve poco después y mi hermana se enfrenta a él.

—Pero ¿es que no te importa que todas estas mujeres te hayan visto en pelotas?

—El cuerpo es natural, Juli. Además, mi cuerpo vikingo mola.

Julieta pone los ojos en blanco y se echa a reír.

—Mis hermanas te han visto en pelotas, Einar.

Mis mejillas se encienden y, aunque pretendo quedarme callada, me resulta imposible.

—Sí, pero vamos, que no pasa nada. —Julieta alza una ceja mirándome con socarronería y yo me pongo aún más roja. Lo sé porque siento mis mejillas ardiendo—. O sea, que no me importa. Vaya, que... —Trago saliva y miro a un lado—. Bueno, que vamos ya, que el descanso se ha acabado.

Me voy hacia el punto de salida, cojo mi pelota y, cuando me siento, miro a un lateral, donde Julieta va a lo suyo y Einar se acaba de subir en su pelota. Él mira en mi dirección justo a tiempo de pillarme observándole, me guiña un ojo y a mí el corazón se me desboca.

Miro al frente y me prometo a mí misma olvidarme de esta estúpida atracción hoy mismo. Mañana Einar será historia en mis fantasías y se convertirá única y exclusivamente en el chico que está saliendo con mi hermana.

Hasta aquí ha llegado la tontería.

Cuando el despertador suena resoplo y doy manotazos a tientas por toda la mesilla de noche hasta dar con el móvil y apagarlo. Dios, qué sueño tengo. He dormido las horas suficientes, pero no han sido reparadoras. Me he pasado la noche inquieta, despertándome cada dos por tres, en un estado de duermevela que ha acabado agotándome más que otra cosa. Pensar en Einar a solo unos pasos de mí ha sido lo que me ha tenido así, cada vez que creía oír un ruido abría los ojos, por si era él y necesitaba algo. Una tontería, porque Einar no necesita nada y, de ser así, estoy segura de que él solito podría apanárselas, pero supongo que tengo que acostumbrarme a esta situación.

Me levanto, me restriego los ojos y me pongo las gafas después de apartarme el pelo enredado de la cara. Me calzo mis zapatillas de unicornios con luces que parpadean al andar, pero solo a veces porque están viejitas ya, y salgo para entrar en el baño. Lo hago con calma, porque hace mucho que dejé de temer no ser la primera en entrar y tener que pelearme con mis hermanos, así que, de primeras, me sorprende encontrar la puerta cerrada.

—¡Un segundo! —exclama Einar desde dentro.

Me muerdo el labio y me paso una mano por los pelos. Dios, soy el antimorbo personalizado. No pretendo que se fije en mí, pero si así fuera fracasaría de forma estrepitosa. Por un momento estoy tentada de volver a mi dormitorio y peinarme con las manos como pueda, pero es que el objetivo de entrar en el baño es darme una ducha y arreglarme. No quiero que mi convivencia con Einar sea motivo de que yo me comporte de forma antinatural. Así es como me levanto por las mañanas, no voy a cambiar mis rutinas por el hecho de que él esté aquí, así que me apoyo en la pared del pasillo y espero que salga. No tarda un segundo, como ha dicho, pero creo que no pasa de dos minutos. La puerta del baño se abre y aparece un Einar oliendo a gloria, con el pelo revuelto aún por la ducha y vestido solo con una toalla que se sujeta a sus caderas y me hace tragar saliva antes de poder contenerme de hacer algún gesto que delate lo que siento. Su torso es impresionante, lo he visto millones de veces y todavía no me acostumbro; sus brazos, grandes y fuertes, pueden imponer a quien no lo conozca, pero yo a menudo fantaseo con la idea de refugiarme en ellos, y su sonrisa tiene en mí el mismo efecto que el café más intenso del mundo; me despierta, me llena de energía y me infunde ganas de empezar el día.

—Buenos días —dice—. ¿Has dormido bien?

—Buenos días —contesto de vuelta—. Eso debería preguntártelo yo a ti. ¿Qué tal tu primera noche?

—Muy genial. He tenido sueños bonitos.

—Me alegro.

Sonrío con sinceridad y, cuando pasa por mi lado para salir del baño y su brazo roza el mío, siento cierta electricidad, pese a que yo llevo mi superpijama.

—Me visto y preparo café. ¿Quieres?

—Sí, porfa. Me ducho y bajo.

Einar asiente y se mete en su dormitorio. Yo entro en el baño, cierro la puerta y me deshago del pijama mientras pienso en él. Me doy una ducha y procuro cargar mis pilas a tope, porque intuyo un lunes intenso en todos los sentidos. Dejo que el agua caliente me golpee con fuerza en el pecho, como siempre, para calmar mis nervios ya de buena mañana. Cuando acabo salgo, me seco y me peino ayudándome del secador. Me envuelvo en una toalla para ir a mi dormitorio y considero la posibilidad de empezar a traer la ropa al baño, teniendo en cuenta que Einar vive ahora aquí, pero luego pienso que, si él no se ha cortado a la hora de salir con una toalla envuelta en las caderas, yo tampoco debería. Además, me ha visto en biquini un montón de veces, así que esto no tiene mayor importancia. Me pongo un vestido sesentero de cuadros escoceses, unas medias tupidas y mis francesitas favoritas. Vuelvo al baño, me pongo un poco de colorete y me pinto los labios de rojo, por eso de empezar la semana animada y sintiéndome guapa.

Bajo las escaleras, entro en la cocina y me encuentro solo con Einar, lo que me hace fruncir el ceño.

—Tu padre y Sara están caminando —dice en inglés antes de que yo pregunte, demostrando que me conoce a la perfección—. Parece que van en serio con sus propósitos de año nuevo.

—Ya, eso no lo tengo yo tan claro —contesto sonriendo y cogiendo la taza de café que me ofrece—. Te apuesto lo que sea a que mi padre, antes de febrero, se ha ido a comer churros al bar de Paco por lo menos una vez.

Einar se ríe y cojo una rebanada de pan para tostarla y comérmela antes de irme a trabajar. Antes solía optar por desayunar fuera, pero siempre acababa olvidándome, así que ahora me obligo a comer algo y me llevo al trabajo una fruta que suelo comer en algún momento de la mañana.

—¿Solo desayunas una? —pregunta Einar a mi lado.

—Sí. ¿Quieres una?

—No, yo como en la cafetería luego. De hecho, me voy ya. ¿Llegarás tarde a casa?

—No lo sé. ¿Por?

—Por si querías que cenáramos juntos.

—Lo intentaré —susurro.

—Me vale. —Einar sonrío, besa mi mejilla y, como siempre, aspira mi aroma—. Vainilla. Me encanta. También me encanta ese vestido, por cierto.

Abro la boca para decir algo, pero es que no se me ocurre nada. Supongo que mi hermana Julieta soltaría alguna parida del tipo de «te lo presto cuando quieras», pero a mí esas cosas no me salen con la misma naturalidad, y Esmé directamente diría algo

estirado y sobrio, como es ella, que tampoco es mi estilo, así que al final sonrío y palmeo su pecho.

—No me piropees mucho o pronto mi ego no cabrá en la cocina.

—Ojalá —dice él mirándome a los ojos—. Ojalá pudiera ver tu ego crecer hasta alcanzar el tamaño suficiente para que ciertas cosas dejen de dolerte.

Trago saliva, porque lo peor de esta amistad es lo bien que Einar me conoce ya. Podría decirle que no tiene razón, pero es que la tiene, así que me limito a sonreír, palmear su pecho y alzarme sobre mis puntillas para besar su mejilla y así aspirar también su aroma. Él se agacha facilitándome la tarea y, cuando mis labios rozan la barba de su mejilla no puedo evitar cerrar los ojos y anhelar enredar mis dedos en su nuca. Ojalá me abrazara justo ahora; ojalá me pegara a su cuerpo y me prometiera todo lo que deseo. No puede ser, lo sé, pero cuando una de sus manos se posa en mi cintura, abarcándola, siento el anhelo pincharme el alma con una fuerza sobrenatural.

—Vete ya o llegarás tarde —susurro.

Él asiente, vuelve a besar mi mejilla y la roza con su nariz antes de despegarse de mí, sonreírme, desearme un buen día e irse.

Y yo me quedo aquí, mirando a la puerta y deseando, sin querer, que Einar jamás hubiese llegado a mi vida de la forma en que lo hizo. Y aunque me lo niegue y diga que no quiero eso, también deseo con fuerza que él sienta lo mismo que yo. No es así, lo sé, puede que intentara besarme en el *camping*, pero aquello pasó, pudo ser por las emociones vividas durante la boda de mi hermana, o porque le atraje en su momento, sí, puede ser, no soy fea y lo sé, pero de ahí a sentir algo por mí... No, demasiadas cosas en contra.

Huelo a quemado y me percato de que mi tostada se ha convertido en carbón humeante. La saco de la tostadora con cuidado, abro la puerta de la cocina que da al jardín para airear el humo y el olor y vuelvo a meter una rebanada, con prisas esta vez, porque al final la que llegará tarde soy yo.

Desayuno rápidamente acabándome el café de un sorbo y salgo de casa cuando mi padre y Sara aún no han llegado. Conduzco hasta la asociación y, nada más llegar, hacemos reunión de equipo para plantear el trabajo de la semana, como es costumbre. Después me manda hacer informes y temas burocráticos que implican que me quede aquí, lo que me fastidia, porque a mí lo que me gusta son las intervenciones en domicilio, pero no me quejo porque Jorge está serio y eso no es normal en él. Intento pensar que los lunes son más intensos y su humor, por lo que sea, es más sombrío, pero cuando me llama a su despacho a las siete de la tarde, empiezo a ponerme nerviosa.

—Nacho estuvo aquí el otro día —suelta a bocajarro.

—Oh. ¿Qué quería? —pregunto más nerviosa de lo que me gustaría.

—Echarte mierda encima. Nos ha contado todas las ocasiones que conoce en las que te has extralimitado en tus funciones, Amelia. Todas.

Mi estómago se aprieta en un puño y trago saliva. ¿Cómo puede ser tan mala persona? ¿Y cómo pude yo pensar que solo porque estuviera en un montón de ONG iba a ser buen tío? Es un envidioso, un vanidoso que necesita fardar de que es más solidario que nadie, cuando la realidad es que es mala persona, manipulador y dado a insultar a las mujeres. Eso lo sé por experiencia, no solo del día de la ruptura, pero siempre pensé que era porque se le calentaba la boca y luego se arrepentía. Empiezo a darme cuenta de que no, que es así de mala persona, incluso en frío.

—Entiendo.

—No necesitas que te diga que te has pasado con ciertas cosas, ¿no?

—Jorge, yo...

—Rubén.

—¿Rubén?

—Rubén, el hijo de Sandra Rodríguez. El menor al que has visto fuera de la asociación, Amelia.

Jorge está verdaderamente enfadado y no es para menos, porque tratar con menores fuera de la asociación está estrictamente prohibido.

—Entiendo que estés así, pero el chico necesitaba alguien con quien hablar y...

—Ese alguien no eres tú. Fuera de las paredes de esta asociación, no. ¿Tienes idea de lo que pasaría si su madre supiera que lo ves a escondidas? ¿Eres consciente del marrón que podríamos buscarnos si esa mujer le da por hacer de las suyas?

Trago saliva y asiento. Lo sé, claro que lo sé. Sandra, la madre de Rubén, es drogadicta y tenemos constancia de que ha intentado buscarle las cosquillas alguna que otra vez a la gente que ha intentado ayudarla. No lo hace por maldad, sino porque no ve más allá de sus adicciones y aprovecha la mínima oportunidad para sacar dinero a la gente. Si supiera que me veo con su hijo, encontraría la manera de chantajearme o, peor, de chantajear a mi jefe, pero es que solo quedé con Rubén una vez porque necesitaba hablar y así se lo hago saber a mi jefe.

—Es que me da igual, Amelia, joder. —Suspira y se restriega los ojos con cansancio—. No, no me da igual, pero sabes a lo que me refiero. Te estás marcando otro Erin y, que aquella vez saliera bien, no significa que esta vez vaya a pasar lo mismo.

—No es cierto, no me estoy marcando un Erin.

—Ya te digo yo que sí. De aquí a que te lo lleves a comer a tu casa porque el chico tiene hambre, va un paso.

Recuerdo la Nochebuena que me llevé a Erin a casa. Su madre también era adicta, la chica apenas comía, más que lo que encontraba en la calle o conseguía robar porque en su casa nadie se ocupaba de ella y decidí que aquella noche iba a cenar en condiciones. Erin ni siquiera quería venir, pero la convencí prometiéndole que podría llevarse toda la comida que quisiera. No debí hacerlo, lo sé, igual que sé que no debí llevarla a una barbacoa familiar otro día, ni implicarme de ese modo en su vida, pero es que resultó ser amiga íntima de Marco, al que ahora considero un sobrino más, y

solo quería ayudar... No es excusa, lo sé y aquella vez no perdí el trabajo de milagro, porque mantener una relación personal más allá de lo profesional ya es algo prohibidísimo, pero llevártelo a tu casa está en otro nivel. Si no me echaron fue porque Jorge me tiene cariño. Soy consciente y se lo agradecí en el alma en su día, pero esta vez es distinto.

—No pienso llevarme a Rubén a casa. El chico me llamó porque necesitaba hablar con alguien y...

—Para empezar —dice cortándome—, no te tendría que haber llamado. ¡No tendría que tener tu número personal, Amelia! Si quiere hablar, puede hacerlo dentro de la asociación o en las citas concertadas. —Me tenso, porque soy consciente de que fuera del despacho todos mis compañeros estarán pendientes de esta bronca—. No puedes seguir haciendo esto. Te pasas mis advertencias por el forro, entiendo que tu necesidad de ayudar a los demás te mueve, pero estoy cansado de que no puedas controlarte, Amelia.

—Jorge, escucha...

—No, espera. He estado pensando desde que Nacho vino a verme y puedes estar tranquila, porque no vas a perder tu puesto, por mucho que él intente joderte. Me considero tu amigo, además de tu jefe, ya lo sabes. —Asiento, agradecida por sus palabras, al menos hasta que sigue—. Sin embargo, no deja de ser cierto que no deberías haber hecho nada de eso y mucho menos ocultármelo. —Suspira con pesar, como si le costara decir las palabras que van a continuación y yo me agarro a los reposabrazos del sillón con todas mis fuerzas—. Creo que necesitas unas vacaciones.

Frunzo el ceño, porque no es eso lo que me esperaba, la verdad. No es eso para nada.

—Acabamos de terminar la Navidad.

—No has descansado más que los tres días de fiesta nacional. Yo hablo de vacaciones reales. Necesitas una semana, mínimo, para despejarte y pensar en todo lo que haces en esta asociación, que es mucho. Demasiado, de hecho.

—¿Me estás echando?

Él suaviza su gesto y chasquea la lengua. Pasa de mirarme con dureza a hacerlo con paciencia y cariño.

—No, Amelia, no te estoy echando. Te estoy dando vacaciones.

—Pero es que yo no las quiero.

—Las necesitas.

—Pero es que...

—Las necesitas. Mira, como hoy ya ha pasado el día, en vez de una semana, vamos a dejarlo en un poco menos. Lo que resta de esta, ¿de acuerdo?

—Eso es una semana.

—No, son seis días.

—Es una semana, Jorge, no soy tonta.

Él suspira con la paciencia al límite. Sé que estoy poniéndoselo difícil, pero es que no entiendo a qué viene esto. Me he pasado con Rubén, vale, sí, pero ¿vacaciones? Creo que es el castigo más absurdo de la historia.

—Una semana sería volver el martes, en vez del lunes. ¿Qué prefieres? —Guardo silencio y sigue—. Volverás el lunes y aprovecharás estos días para pensar en tu trabajo y hacerlo bien. Cuando vuelvas se acabaron las extralimitaciones, Amelia. O haces tu trabajo, o empiezo a abrirte expedientes. No quiero echarte, eres una gran trabajadora y pocas personas se preocupan por los demás tanto como tú, pero me lo estás poniendo muy difícil y, al final, de seguir así, no vas a dejarme muchas más opciones.

Trago saliva, porque eso sí que es algo grave. No puedo perder mi trabajo. Caería en depresión si lo perdiera, estoy segura. A ver, sé que hay más asociaciones, pero ninguna soportaría ni la mitad de lo que soporta Jorge, porque él tiene más razón que un santo en todo lo que ha dicho y yo lo sé, pero luego, cuando empiezo a trabajar y me van surgiendo estas situaciones, no soy capaz de negarme y pararlas en seco. Tengo que aprender, lo sé, pero se me hace muy duro rechazar a alguien que me pide ayuda, aunque sea fuera de las normas que dicta la asociación.

—Las vacaciones parecen una buena idea —susurro consciente de que no tengo más opciones.

—Bien. —Él sonríe intentando parecer optimista—. Te irán bien. Hace mucho que no descansas. Tus últimas vacaciones fueron en verano y, estando con Nacho y sumando la boda de tu hermana Julieta, me apuesto lo que sea a que no te relajaste demasiado.

—Ya...

—Aprovecha para hacer lo que más te gusta.

—Lo que más me gusta es ayudar a los demás.

—Pues olvídате durante seis, días, Amelia, te lo digo como amigo, no como jefe. Intenta ser la protagonista absoluta de estos seis días. Prueba a anteponte a los demás por una vez en la vida. Quizá descubras que no está tan mal como piensas.

Agacho la cabeza y salgo del despacho como si me hubiesen impuesto el castigo más grande del mundo. Subo en el coche y pienso, durante todo el camino de vuelta a casa, en lo ocurrido. Podría decir que no puedo creer que Nacho me la haya jugado así, pero es que sí puedo, porque es más malo que la peste. ¿Cómo he sido tan imbécil de estar con él tanto tiempo? Dios, qué mal me caigo como persona cuando pienso en lo tonta que he sido.

Llego a casa, abro la puerta, entro en el salón y me encuentro a Einar sentado en el sofá. Está leyendo un libro, así que tiene puestas sus gafas, lo que le hace parecer el doble de atractivo, sobre todo si contrastas la imagen con el pantalón de yoga que viste. Solo pantalones de yoga. Porque se ve que el hecho de que sea enero, para él, no es motivo suficiente para vestirse del todo.

—¿Qué pasado? —pregunta levantándose.

Está descalzo y, cuando sus pies salen de la alfombra y tocan el suelo, siento frío por él, aunque el suelo sea de parqué.

—Nada —susurro, pero él se ha cernido sobre mí y enmarca mis mejillas entre sus dos enormes manos, así que no me queda otra que mirar sus preciosos y preocupados ojos—. Me han dado vacaciones.

Acto seguido me pongo a llorar mientras Einar me mira como si mi pelo se hubiese vuelto verde de repente. Aun así, me abraza, apoya la barbilla en mi cabeza y, cuando siento su torso contra mi mejilla pienso, de manera fugaz, que al menos algo bueno está teniendo este día, porque si hay algo que puede consolarme ahora mismo es un abrazo del vikingo.

Einar

Un par de años atrás

Hacer un viaje exprés para pasar un par de días cerca de Diego y Nate no ha sido fácil, pero la escapada ha merecido la pena, sin duda. Estamos en el jardín de Javier León, el padre de Juli, y miro con una sonrisa cómo le echa una charla típica de suegros a Diego. Todavía no puedo creer que yo también conociese a ese hombre en calidad de yerno. Los días en que Julieta y yo estábamos juntos quedan muy lejanos, sobre todo ahora que ella se acaba de mudar a nuestro piso. Bueno, al piso de Diego y Nate, porque yo ya no vivo allí. Ahora, cuando pienso en que una vez fuimos pareja, solo siento cierta extrañeza, porque no sé cómo no vimos antes que nosotros no estábamos hechos para estar juntos. No tengo más que ver cómo mira ella a Diego, y viceversa, para saber que ese es el amor que todo el mundo debería buscar. Mi relación con Julieta era buena, como muchas relaciones hoy día, pero que fuera buena no significa que fuera amor verdadero. En la vida puedes conformarte con lo bueno, o buscar lo extraordinario, y eso es lo que ha encontrado Julieta en Diego. No porque él sea mejor, sino porque encaja con ella de una forma que pocas veces se da.

Yo he buscado eso muchas veces, pero siempre acabo llevándome un chasco, no por el desamor, sino por no sentirlo. Sonrío mirando a mi botella de cerveza y pienso que debo ser el único hombre que se lamenta de no haber sufrido por amor nunca. He sufrido por mis amigos, por mi familia o por decisiones personales que, al final, no salieron bien, pero no he sufrido por amor como tal. Cuando Julieta y yo lo dejamos me fui muy triste, pero porque no quería abandonar España, ni a mis amigos, ni a ella, como amiga. No quería arrancar, otra vez, las raíces que estaba echando. Lo hice, porque desaprovechar la oportunidad habría sido absurdo, y desde entonces he deseado volver, aunque solo fuesen un par de días, como ha sido el caso. Mañana saldrá mi vuelo de nuevo y tendré que irme, pero al menos lo haré con las pilas cargadas y los abrazos recientes de la que ya considero mi familia.

—¿Quieres otra? —pregunta Amelia acercándose a mí con un botellín nuevo.

Sonrío de inmediato, porque esta chica siempre me hace sonreír con su presencia, y asiento.

—Gracias. ¿Lo pasas bien? —pregunto.

—Muy bien —dice sonriendo y sentándose a mi lado—. Es genial que hayas podido venir, Einar. La familia entera te echaba de menos.

El brillo de sus ojos es especial, siempre lo es. Amelia tiene algo que atrae a las personas y yo no soy menos. Poca gente tiene un corazón como el suyo y es una pena, porque estoy seguro de que el mundo sería un lugar más bonito si existiese más gente así.

—Yo también los echo de menos —digo en inglés—. Bueno, os echo, a todos.

Ella se ríe y niega con la cabeza, mirando a su botellín.

—No tienes que meterme en el saco solo para quedar bien.

—No lo hago —susurro—. También a ti te echo de menos.

Ella suspira y me mira. Sus ojos azules e inmensos ocupan gran parte de su cara y, en contraste con su pelo, prácticamente negro, el efecto resulta hipnotizador.

—No tienes que mentir. Soy consciente de que no soy muy memorable.

Sus palabras suenan sinceras y sencillas. No quiere dársele de víctima, ella no es de esas personas. De verdad piensa que no es memorable, lo que es una lástima, porque no tiene razón.

—No puedes decir que no eres memorable. No te pega.

—Ah, ¿no? ¿Y qué me pega, según tú?

Sonrío, doy un sorbo a mi botellín y la miro, meditando su pregunta, pero no necesito demasiado tiempo para dar con la respuesta.

—Te pega ser imborrable, Amelia. Eres de esas personas que llegan, marcan y, cuando se van, dejan una huella que no se va jamás.

Sus mejillas se tiñen de un rosado precioso. En realidad, toda ella es preciosa. Ya lo pensé el primer día que la vi, pero, por supuesto, en aquel entonces ni siquiera me fijé en ella como en algo más que la hermana de mi novia. Ahora es distinto, porque Julieta ya no es nada mío y puedo mirarla a través de otro cristal. Uno nuevo que me hace preguntarme cómo es que nunca me he fijado en lo bonita que está cuando se ruboriza.

—Ya somos dos, entonces. —Sonrío, agradecido con el cumplido—. ¿Cómo te va en Nueva York?

—En el trabajo, bien.

—¿Y en el resto?

Me pienso unos instantes cómo responderle y, al final, hablo con toda la sinceridad posible.

—Echo de menos estar aquí. Allí no me siento en casa y no creo que lo haga nunca.

Su mano se posa en mi brazo y lo aprieta con cariño. Frunzo el ceño mirando al césped y, cuando ella me aprieta de nuevo, la miro, porque sé que es lo que quiere. Su sonrisa es sincera y su mirada dulce como el jarabe de agave que tanto me gusta.

—No tienes que sentirte en casa a la fuerza, Einar. A veces, en la vida, tenemos que superar pruebas. Muchas veces, para muchas personas, esas pruebas consisten en alejarse del hogar al que uno pertenece, y tú perteneces aquí, a Sin Mar y a nosotros. No te olvides de eso.

—No sé si podré volver algún día —confieso—. Me da miedo pasarme el resto de mi vida dando bandazos y sin asentarme en ningún sitio. Este no es mi país, tampoco.

—No, este no es tu país de origen, ni esta tu familia de sangre, pero eso no es suficiente para negar que esta es tu casa y nosotros, tu familia. Tienes que entender eso.

—La gente no lo entiende.

—La gente no tiene que entenderlo, porque no viven contigo, ni dentro de ti. No saben lo que sientes y, por lo tanto, no pueden juzgarte. Si lo hacen, son idiotas.

Sonrío y siento, por primera vez desde que me fui, cierto alivio. Supongo que en el fondo siempre he pensado que era un intruso aquí, porque yo me sentía en casa, pero quizá ellos pensaban distinto. En este momento, con Amelia mirándome a los ojos, sé que no. Aquí está mi hogar y algún día, no sé cuándo, volveré a él.

Ahora, gracias a ella, lo sé.

Beso su frente y e inhalo con fuerza cuando Amelia me abraza de pronto, estrujándome, pese a ser mucho más pequeña que yo. Aspiro su aroma y mi sonrisa brota y se amplía cuando me doy cuenta de que huele a frambuesas. Ayer olía a albaricoques. Ella y su manía de cambiar de colonia cada día...

—Gracias, Amelia —susurro en su oído.

—¿Por qué? —pregunta sorprendida.

—Por hacerme sentir en casa.

Ella sonrío, besa mi hombro y se separa de mí. Enmarca mi rostro entre sus manos y me mira con toda la concentración del mundo.

—Te irá bien, vikingo, te lo prometo. Vuelve a Nueva York, triunfa y no olvides que, algún día, con paciencia, fuerza y voluntad, podrás volver aquí y todos te estaremos esperando con los brazos abiertos.

Asiento, agradecido por sus palabras y llevo mis manos a las suyas, que siguen sobre mis mejillas. Acaricio sus dedos y los retiro para besarlos.

—¿Ves? —pregunto sonriendo—. Imborrable.

Ella se ríe entre dientes y yo siento algo cálido extenderse por mi interior. Sí, definitivamente, estar aquí, justo aquí, es sentirse en casa.

Einar

Acaricio la espalda de Amelia e intento entender el barullo de palabras que salen de su boca. Justo ahora, en este instante, me gustaría mucho tener la carrera de filología española, porque no hay nada que me desespere más que verla llorar y no saber qué le pasa.

Tiene vacaciones, sí, eso lo he entendido, pero ¿dónde está el problema? Nunca he visto a nadie llorar por recibir esa noticia. Aun así, como sé que la cabeza de Amelia siempre va por derroteros sorprendentes, la guío hacia el sofá y hago que nos sentemos juntos, muy pegados. Ella sigue aferrada a mí y yo lo último que haría sería quejarme, pero me gustaría verle la cara para poder tener una conversación.

Intento calmarla y, después de varios minutos, se despega de mi cuerpo y me mira, por fin. Me cuenta que Nacho ha ido a su trabajo y le ha contado a su jefe que se extralimita en sus funciones. Le ha hablado de un tal Rubén, menor de edad, con el que ella ha mantenido contacto fuera de la asociación, sin consentimiento de su madre ni, desde luego, de su jefe. Cuando me explica que las vacaciones son para pensar solo en ella y en lo que debe y no debe hacer, empiezo a entender de qué va todo esto.

—¿Te lo puedes creer?

Está enfadada y triste, lo entiendo, pero, aunque me encantaría decirle que Jorge es un capullo, creo que en esto tiene razón. Ahora la cuestión es cómo se lo explico a ella para que no se enfade más, porque no quiero que cambie, eso es imposible. Amelia es así y punto, pero sí quiero que se tome un tiempo para relajarse y aprenda a disfrutar haciendo otras cosas que no precisen poner a los demás por delante de ella misma. Convertirse, por primera vez, en su prioridad. Apuesto a que Jorge solo pretende que se dé cuenta de que, de seguir así, acabará con una úlcera antes de lo que imagina. Y como no quiero engañarla, pero tampoco quiero que se enfade, decido tomar una actitud optimista, como siempre, y hacerle ver la parte buena de todo esto.

—¿Te acuerdas que te dije que podríamos hacer aquí todo lo que no hicimos en el *camping*? —pregunto, en inglés, para estar seguro de que me entiende. Ella asiente y yo sonrío—. Piensa que ahora lo tenemos muy fácil. Haremos planes para todas las tardes y noches de esta semana.

—Yo no quiero hacer planes, Einar. No te ofendas, pero tengo mucho trabajo pendiente y esto me retrasará aún más.

—Esa es la cuestión, Amelia. El trabajo pendiente, en tu caso, siempre estará ahí. —Hace amago de quejarse y la paro—. Nunca iré a menos, los dos lo sabemos. Por

desgracia, tu trabajo consiste en intentar mejorar, en la medida de lo posible, la vida de los demás, pero eso no implica dejarte la tuya en el camino, cariño.

—Tú no lo entiendes, Einar.

—Lo hago, o al menos lo intento, pero ahora las cosas están así: tienes vacaciones lo quieras o no y las opciones son quedarte en casa llorando y dejando pasar el tiempo, o hacer que valgan la pena. —Ella vacila por primera vez—. Amelia, déjame hacer esto. Deja que, por una vez, sean otros los que te antepongan a todo y no al revés.

—No quiero que tú me antepongas a tu vida y cargues conmigo esta semana solo para animarme.

—No lo hago solo para animarte. Me encantaría pasar la semana contigo. Te lo prometo.

Ella duda un poco más, pero al final suspira y asiente.

—De acuerdo, vikingo, me pongo en tus manos.

Sonrío y estoy seguro de que, si mis comisuras no llegan a mis orejas, es porque matemáticamente es imposible.

—¡Vikingo molón y Amelia molona tienen planes! —digo en español.

Ella se ríe, palmea mi muslo y se levanta suspirando.

—Vale, pero a partir de mañana. Hoy solo quiero darme una ducha y meterme en la cama.

Asiento, entendiendo que aún necesita regodearse un poco en la «mala noticia» de tener vacaciones. Justo cuando iba a subir las escaleras, Javier y Sara entran en casa cargados de bolsas de la compra.

—Oh, cariño, antes de subir ven aquí y echa un vistazo a lo que hemos comprado para el cumple de Marco, a ver si lo ves suficiente.

Nos muestran un montón de bebida, comida y aperitivos que, en cualquier otra casa, sería una burrada, pero en esta tenemos demostrado que podemos con todo y más.

—¿Habéis encargado una tarta? —pregunta Amelia.

—No, Julieta se ha empeñado en que quiere hacerla casera y Teresa la ayudará con una receta de la familia Corleone, por lo visto.

Teresa es la madre de Diego, de procedencia italiana, igual que su marido y estoy seguro de que los dos se desvivirán por hacer que el cumple de Marco sea memorable para suplir todos los del pasado. Esos en los que no lo celebraba y su madre ni siquiera recordaba.

—Es increíble que vaya a cumplir veinte años ya... —dice Amelia—. Dios, es un hombrecito.

Pienso en Marco y en su forma de relacionarse —y acostarse— con todo lo que lleva faldas, mientras sean mayores que él, y no puedo evitar sonreír, porque sí, se ha convertido en un hombrecito; uno que no puede mantener la bragueta cerrada mucho tiempo, además.

—¿Tienes ya la cuenta? —pregunto a Javi.

—No, cuando lo compre todo ajustamos.

Asiento, porque por lo general pagamos entre todos las barbacoas. Javier no deja de ser un hombre prejubilado y, aunque Sara sigue en activo, porque trabaja desde casa, lo justo es que todos paguemos, mínimo, lo que gastamos en las fiestas. Lo que gastamos a diario ya nos sale gratis.

—Vale, pues ahora sí, voy a darme una ducha y meterme en la cama.

—Tienes que cenar —dice su padre.

—No tengo hambre.

—Pues cenas sin hambre.

Amelia pone los ojos en blanco, se da la vuelta y sube las escaleras sin contestar. Minutos después, los Backstreet Boys suenan a tal volumen en la planta superior que se oyen perfectamente en la planta de abajo.

Javier me mira y eleva las cejas señalando la dirección por la que ha salido su hija.

—¿Qué le pasa?

—Vikingo molón no sabe.

—Vikingo molón va a abrir la boca ahora mismo si no quiere quedarse sin cenar.

—Le han dado vacaciones —digo de inmediato, como todo un traidor, pero sin entrar en detalles, porque sé que Javi es de cumplir sus amenazas y yo, al contrario que Amelia, estoy famélico.

—¿Obligada? —pregunta Sara, perspicaz.

—Sí. No. Vikingo no sabe.

—Einar... —advierte Javier, pero ya he dado el titular y el resto de la noticia le pertenece a Amelia.

—Vikingo no sabe —repito.

Javier resopla, pero no insiste porque supongo que, en el fondo, respeta la intimidad de su hija y su derecho a contarle lo que sea que le pase. Yo, por mi parte, pregunto si necesitan ayuda con la cena y, cuando me aseguran que no, cojo el libro que estaba leyendo y subo las escaleras para ir a mi habitación. Cojo mi ordenador y empiezo a buscar cosas para hacer con Amelia mañana mismo, cuando yo acabe de trabajar. ¡En estos momentos agradezco, aún más, ser profesor! Tendré todas las tardes libres para dedicárselas y hacer que esta semana merezca la pena. Tengo como misión hacer que esta semana sea inolvidable para Amelia y, con *I Want It That Way* de fondo, encuentro el primer plan de esta semana.

Sonrío, cierro la tapa del portátil y, justo cuando abro la puerta del dormitorio, ella sale del baño con una toalla envuelta. Aún tiene gotas de agua resbalando por los hombros, su pelo está húmedo y se nota que tiene frío. Amelia se sobresalta cuando me ve y corre a su cuarto mientras yo me río, porque me apuesto lo que sea a que no esperaba encontrarme aquí justo en este instante. Me meto en el baño y me siento en el váter, sabedor de que vendrá a peinarse cuando se vista. Lo hace unos minutos

después y mi sonrisa se amplía, no por haber tenido razón, sino porque ahora, gracias a vivir aquí, puedo formar parte de rutinas tan fascinantes como verla secarse el pelo. Y no, no soy irónico, a mí me parece hipnotizador. Lleva un pijama con fondo rosa y estampados de *cupcakes* de todos los tamaños y colores.

Está adorable. Preciosa. Perfecta.

—Molan *cupcakes* —le digo mirándola mientras ella coge el peine para desenredarse el pelo.

—¿Vas a quedarte ahí? —pregunta.

—Sí, ¿molesto?

—No, tranquilo —contesta sonriendo—. Es solo que pensé que tendrías algo más interesante que hacer.

—Verte mola huevo mazo.

Ella se ríe y yo sonrío, porque me encantan las expresiones españolas, de verdad que sí que me encantan. Adoro este idioma, aunque lo hable como el culo.

—Ya tengo planes de mañana —sigo diciendo.

—Uf, Einar, sobre eso... —Me levanto cuan alto soy, me pongo detrás de ella y, cuando coge el secador, se lo quito de la mano. Amelia suspira y me mira a través del espejo—. No vas a dejar que me libere de hacer lo que sea que tengas planeado, ¿verdad?

—Verdad.

—Está bien —susurra con pesar.

Intento no tomarme a mal que no quiera hacerlo. No es porque sea conmigo, sino porque sigue de bajón, así que no se lo tengo en cuenta y, en cambio, muevo el secador sosteniéndolo en el aire y llamando su atención. De momento, intentaré que deje de pensar en lo que ha pasado hoy.

—¿Puedo secar pelo?

—¿Quieres secarme el pelo? —pregunta elevando una ceja.

—No he hecho nunca. Yo no tengo melena —digo haciendo pucheros.

Amelia se ríe y asiente, yo enciendo el secador y, debido a la diferencia de alturas, no necesito que se agache. Empiezo a secar su pelo y, después de que Amelia me indique que es mejor masajearlo o cogerlo por mechones, me recreo en el contacto físico, por estúpido que parezca. Estar aquí, tocar su pelo, masajear su cabeza y ver cómo cierra los ojos y disfruta de algo tan nimio hace que mi pecho se expanda y cierta desesperación se apodere de mí, porque quiero ser el único que le seque el pelo cuando tiene un día de mierda y pensar que puede que no pasemos de la fase de la amistad nunca, me deprime como pocas cosas. Por suerte, soy un experto en ver el lado bueno de todas las situaciones, así que pienso en la posibilidad de poder hacerlo el resto de mi vida y me animo, aunque el porcentaje que juegue a mi favor sea bajo.

De ilusiones se vive, te lo dice uno que lleva haciéndolo mucho tiempo.

Cuando acabamos, bajamos a cenar, Amelia está taciturna y no explica mucho a su padre, salvo que Jorge le ha recomendado coger vacaciones para paliar su estrés. Ya con eso Javi se preocupa, así que entiendo que no le cuente más. Después, alegando estar agotada, sube de nuevo y se mete en la cama. Yo me quedo en el salón con Javier y Sara, que van a ver una peli de risa, porque si llega a ser romántica me hubiese perdido en mi cuarto también. Durante toda la noche pienso en ella, en si estará llorando ahora mismo contra su almohada mientras yo estoy aquí, intentando disfrutar de la peli y, de paso, intentando mejorar mi español. Claro que, teniendo en cuenta que hablarlo mal sirve para que Amelia se ría, igual debería replanteármelo.

La peli acaba, doy las buenas noches a Javier y a Sara y subo a mi dormitorio. Me acuesto y, rato después, cuando oigo unos muelles sonar, no puedo evitar que una pequeña carcajada brote de mi pecho; al menos alguien va a dormirse con una sonrisa satisfecha esta noche...

Por la mañana me levanto, me ducho y me visto para ir a trabajar. No he visto a Amelia ni sé nada de ella. Bajo, tomo café y, antes de irme, decido subir y comprobar que está bien. Abro la puerta de su dormitorio con cuidado y, gracias a la ventana y la luz que se filtra a través de las cortinas, veo que está dormida. No veo a Retazos, así que supongo que está metido en el armario, que es su lugar favorito para dormir.

No voy a entrar, no tengo derecho, pero me cercioro de que parece tranquila, busco rastros de clínex por la mesilla de noche, para intentar averiguar si se durmió llorando y, al no ver nada, me marchó más o menos tranquilo a trabajar.

La mañana se hace larguísima y tengo que quedarme a comer con algunos compañeros, pero cuando por fin vuelvo a casa lo hago con una sonrisa imborrable, porque el primer plan de las vacaciones de Amelia está a punto de comenzar.

Entro en casa buscándola y, por suerte, no tengo que esforzarme mucho. Está en el sofá, aún en pijama, con Noah en brazos mientras Emily y Victoria duermen en el sofá.

—Acaban de caer —susurra—. Ya solo me falta el pequeñajo.

—Ey, ya está aquí padrino molón —murmuro cuando Noah me ve y empieza a patalear—. ¿Puedo cogerlo? —pregunto a Amelia.

—Todo tuyo.

—¿Dónde está Retazos?

—Se escondió para que las gemelas dejaran de correr tras él, así que supongo que está en mi dormitorio.

Me río, mezo a Noah y le guiño un ojo a Amelia.

—¿Lista para pasar la tarde conmigo?

—Bueno, están mis sobrinos y...

—Tu hermana Esme estará a punto de llegar —le recuerdo en inglés— y las gemelas se quedan con tu padre, como siempre, así que no tienes excusa. —Amelia hace una mueca y yo sonrío, infundiéndole positivismo—. Te prometo que te gustará.

Ella se encoge de hombros y sé que, ahora mismo, si le preguntara qué le apetece hacer, me diría que quiere quedarse aquí, en pijama y vagueando lo que resta de vacaciones.

Por eso precisamente no le pregunto qué le apetece hacer.

Noah se me resiste un poco, pero al final se queda dormido y, con la ayuda de Amelia, los subimos a los tres a la habitación en la que están montadas las cunas para que descansen. Es entonces cuando le pido que se vista con algo cómodo y aprovecho para hacerlo yo también. Me pongo un vaquero, un jersey y cojo la cazadora de cuero. Bajo al salón y espero a Amelia, que aparece poco después con un vaquero, también, y un jersey de rayas marineras que le queda genial. Bueno, a ella todo le queda genial. Lleva lentillas, en vez de gafas y, cuando sus ojos se enfocan en mí, intento recordar que tengo que fingir que no siento nada por ella más allá de esta amistad y que ponerme a babear sin miramientos estaría muy feo.

—¿Y bien? ¿Cuál es el plan? —pregunta mientras acepta el casco que le doy.

—Ya lo verás.

Subimos en la moto después de despedirnos de Javier y Sara y, cuando siento sus manos meterse en mis bolsillos por inercia, después de que el otro día yo la ayudara a hacerlo, no puedo evitar sonreír. Me encanta que haga esto; adoro que me abrace mientras conduzco por la ciudad y, aunque sé que la velocidad no es lo suyo, ni ir en moto tampoco, me recreo en la idea de que conmigo lo haga siempre con una sonrisa. Quizá eso quiere decir algo...

Llegamos al lugar en el que quiero que baje y cuando se da cuenta de lo que pretendo suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Ni hablar.

—¿Qué?

—¿Un parque de *skate*, Einar? ¡Ni siquiera tengo monopatín!

—¿Y qué?

—¿Como que «y qué»? —pregunta incrédula antes de reírse—. ¡Que necesitamos uno si queremos hacer *skate*!

—Has dicho que no ibas a hacer.

—Me has entendido perfectamente.

—Vamos.

Tiro de su mano pese a sus protestas y, cuando entramos, diviso todos los lugares en los que hay gente. Es verdad que no tenemos *skate*, pero confío en la juventud de hoy día y su poder de comercio. Diviso a unos chavales de no más de quince años y me dirijo hacia ellos mientras Amelia me pregunta qué demonios hago.

—Shhh, vikingo controla, tranquila. —Ella me mira con los ojos superabiertos, provocando mi risa. Beso su frente y la miro tan de cerca que nuestras narices se rozan—. ¿Confías en mí?

—Einar...

—¿Confías en mí, Amelia? —pregunto mucho más serio de lo que, en un principio, pretendía.

Quizá porque de pronto necesito que diga que sí sin dudar. Que confiese que confía en mí al cien por cien. Necesito esa respuesta porque la otra opción me duele demasiado para pensar en ella.

—Sabes que sí —susurra, agarrándose a mis costados y haciendo que mi deseo de besarla se vuelva casi irresistible.

Sonrío, me contento con volver a besar su frente y me separo de ella, porque si no lo de disimular va a ser imposible.

—¡Eh, chico! —exclamo a uno de los chavales.

—¿Qué pasa?

La chulería propia de la edad no me asusta. Sé bien que solo tengo una forma de hacer que esto vaya bien sin que Amelia se sienta violenta, así que saco un billete de veinte euros de mi bolsillo trasero y se lo enseño al chaval.

—¿Me prestas el *skate* una hora?

Ni dos segundos tarda en venir hacia mí y coger el dinero. Si es que esta juventud de hoy día solo anda a fuerza de billetes... Le pregunto si puede conseguirme otro por el mismo precio y no tardo ni cinco minutos en tener dos *skates* y dos chavales mirándonos desde el banco más cercano.

Me giro, sonrío a Amelia y le estiro uno.

—Es como el surf, pero en tierra —digo orgulloso de mi idea.

—Acabas de sobornar a un par de críos, Einar.

—Sí, ¿y?

—¿Y? ¿Cómo que «y»? ¡Yo no sé hacer *skate* y has gastado cuarenta euros!

—Sabes hacer surf, ¿no?

—¡Es distinto!

—No, no lo es. ¡Te echo una carrera hasta allí!

Echo el patín al suelo, me subo y me impulso rezando para que Amelia ceda y haga esto. No se trata de que haga *skate*, ni de fingir que hacemos surf; se trata de que deje de pensar en los demás. Ahora mismo está tan aturrullada que es posible que no pueda pensar en otra cosa que no sea salir airoso de esta hora. Cuando miro hacia atrás y veo que se ha subido en el patín sonrío pagado de mí mismo, aunque procuro que no me vea.

Punto para el vikingo.

La hora se pasa enseguida, la verdad. Amelia controla el patín en apenas unos minutos y los chavales pasan de observarnos con escepticismo, dispuestos a reírse de nosotros, a acercarse y darnos consejos para hacerlo mejor. La juventud de hoy día funciona a base de billetes, sí, pero también es amable, si sabes qué teclas tocar. Cuando nuestro tiempo acaba devolvemos los *skates* y Amelia se ríe de buena gana, sobre todo de un traspie que he dado al subir una de las veces.

—Pensé que te ibas a sentar de culo en medio del parque —dice cuando llegamos a la moto.

—Habría sido una pena, tengo un culo precioso.

Su carcajada hace que yo mismo me ría, pero la verdad es que tengo un culo muy bonito. No lo digo como un egocéntrico, sino como un hecho objetivo.

—¿Y ahora?

—Ahora, una de las cosas que hicimos en el *camping* y tú no hiciste porque estabas con Nacho.

Ella hace una mueca, seguramente pensando en todo lo que se perdió, pero yo aprieto su brazo haciéndole saber que no hay problema. Vamos a solucionarlo ahora mismo.

Subimos en la moto, volvemos a la carretera y diez minutos después estamos frente al local en el que pretendo entrar mientras ella se ríe a carcajadas.

—¡Ni de broma pienso cantar en un karaoke!

—Oh, venga. ¡Será divertido!

—¡No!

—Sí.

—¡No!

—Que sí.

—¡Que no, Einar!

—Que sí, Amelia —contesto riéndome y sin alterarme.

—No, no, no. —Tiro de su mano y la meto en el local mientras Amelia se ríe, medio nerviosa, medio enfadada—. Te lo digo muy en serio. No pienso cantar.

—Entonces mírame cantar a mí y no te olvides de aplaudir, porque pienso triunfar, pequeña.

Amelia eleva las cejas retándome a hacerlo, pero cuando voy derecho al escenario, aprovechando que está vacío, y me ve subir, la oigo llamarme. La miro y veo el rubor en sus mejillas, sus ojazos azules abiertos de par en par y una expresión de incredulidad pintando su rostro al completo; está preciosa, perfecta, maravillosa, y dentro de poco, además, estará avergonzada, porque yo canto fatal, pero todo sea por echarnos unas risas.

Repaso la lista de canciones y, cuando veo la de *Despacito*, de Luis Fonsi decido que, puestos a hacer el ridículo cantando en español, mejor que sea con algo que tenga buen ritmo, así al menos no se dormirá nadie.

La canción suena un par de minutos después, yo empiezo a cantar en mi español, que debido al ritmo de la canción se ha vuelto desastroso, y siento como la gente empieza a reírse. No me lo tomo a mal, no creo que se rían de mí como persona y tengo la autoestima suficiente para saber que se ríen porque... joder, esto es para reírse, así que saludo a los comensales, muevo las caderas y, para cuando acaba la canción, estoy dándole todo y el bar entero me anima tanto que piden otra a coro. Yo, que de vergüenza ando bastante justo, elijo una de Shakira y al ritmo de caderas

conquistó a todos los presentes. Amelia está más roja que nunca, pero ríe a carcajadas y saluda cuando yo le guiño un ojo o le dedico algún movimiento de sexi, o lo que yo creo que es sexi. Cabe destacar que, si cantar se me da mal, cuando bailo parezco un pingüino cojo con ataques epilépticos, pero ella se está riendo, que es lo que yo quiero. También está bebiendo cerveza a un ritmo trepidante, pero eso es mejor aún, porque para la tercera canción, decido hacer una pausa y subir la apuesta.

—Ahora un dúo —le digo a mi público en español, viendo que ya está entregado del todo—. Un dúo con mujer más guapa del mundo. Venga Amelia, sube con vikingo molón. ¡Vamos con Pimpinela!

Ella abre los ojos de par en par y niega con la cabeza, pero el bar entero, camareros incluidos, la jalea para que suba y, al final, por no quedar mal, lo hace.

—Te voy a matar —susurra cuando está a mi lado.

—Vale, pero primero, ¡a cantar!

La música de la famosa canción de Pimpinela empieza a sonar y nosotros la destrozamos a base de bien. Gallos, letra a destiempo, ella desafina un montón y yo no me sé la letra. Somos un jodido circo, pero cuando la canción acaba todo el mundo nos aplaude y nosotros decidimos que nos hemos ganado el derecho a tomar un par de chupitos.

El par se convierte en tres, cantamos otra canción a coro, los tres se convierten en cuatro; un señor llamado Juan nos invita a cantar con él una copla española, los cuatro se convierten en cinco y el camarero invita al sexto, porque somos buenos clientes.

A las once de la noche salimos del karaoke borrachos como piojos y entramos en la hamburguesería de enfrente. Yo me como tres hamburguesas y Amelia una ensalada y dos bolsas de patatas fritas, porque está borracha, pero sigue siendo vegetariana. Salimos, pedimos un taxi, porque conducir así sería una locura y nos marchamos a casa.

Amelia se duerme sobre mi hombro a los dos minutos, con ronquidos estridentes y todo, y yo recuerdo, de manera inevitable, la primera noche que salí con Julieta. Ella también se emborrachó, pero el sentimiento fue distinto. Con Julieta quería sexo porque me atrajo en su momento y ahora, con Amelia, lo que quiero es... todo. Joder, lo quiero todo de ella y empiezo a sospechar que, aun consiguiéndolo, nunca tendré bastante, porque si pudiera pedir un deseo, sería el de hacer a Amelia inmortal y conseguir vidas extras solo para poder observarla y recrearme en ella y en este amor durante toda la eternidad.

Y es que, oportuno o no, posible o no, por fin he encontrado al amor de mi vida.

Me levanto con un quejido cuando siento unos lametones en la cara. Dios, tengo la boca como un zapato. Abro un ojo, me percató de que es Retazos el que me da los buenos días y lo vuelvo a cerrar mientras lo acaricio a tientas.

—Dame unos minutitos, cielo, tengo que coger fuerzas para levantarme.

Él maúlla y yo estoy tentada de hacer lo mismo. Tengo agujetas en la barriga. Abro los ojos, miro al techo y sonrío: tengo agujetas en la barriga de reírme. ¿Hay algo mejor que eso? El día de ayer fue raro, excitante, especial, divertido... perfecto. Fue perfecto, sobre todo, porque pude estar con él toda la tarde. Ahora entiendo a mis hermanos cuando dicen que odian compartir tiempo, espacio y personas tan a menudo y que, a veces, necesitan ser egoístas. El problema es que yo siempre he sido la que ha jurado y perjurado que no sentía eso; para mí este vínculo que creo que nos une era más importante que los momentos de agobio o egoísmo. Ahora puedo decir lo contrario, ya los entiendo y sé por qué a veces necesitan sentir que no vamos en un *pack* y son especiales por sí solos. Ayer yo sentí que no importaba mi trabajo, ni mis hermanos, ni mi padre, ni Sara, ni nada que no fuera mi tiempo con Einar y mi propia persona. Fue, para mi sorpresa, liberador. Como romper algún tipo de cadena que me contenía para hacer siempre las cosas de la manera adecuada. Jamás me habría imaginado cantando a gritos en un karaoke y estoy segura de que, si fuese hoy de nuevo, se me caería la cara de vergüenza, pero Einar consiguió que, poco a poco, me liberara de todo, incluso de mí misma.

Es curioso cómo a veces nos sentimos presos de nuestros propios sentimientos y, al mismo tiempo, nos convertimos en los peores carceleros.

Me estiro y ruedo sobre la cama con cuidado de no aplastar a Retazos, busco a tientas mi móvil, pero mis ojos se centran en el gran vaso de agua que ha aparecido en la mesilla por arte de magia. Dios, encontrar esto ahora mismo es como dar con un oasis en medio del desierto, porque tengo la garganta seca a más no poder. Me lo bebo entero de un par de sorbos y al ponerlo de nuevo en la mesilla veo la nota que hay escrita a modo de posavasos.

Buenos días, ¿lista para otra tarde conmigo?

Me río de la manera más tonta y pava posible, me tumbo en la cama y, como una quinceañera, me pego la nota al pecho mientras me muerdo el labio inferior. ¿Lista para una tarde con él? Maldita sea, estoy lista para una vida entera con él.

Cojo el móvil de la mesita de noche y me sorprendo al ver que son casi las doce. He dormido un montón de horas y supongo que esa es otra de las razones por las que me siento tan relajada. Entro en WhatsApp y abro la conversación con Einar.

Yo: Estoy más que lista. Espero que la resaca no esté dándote mucha lata.

Él me contesta pasados unos minutos, así que supongo que no está en clase.

Einar: Soy vikingo, nena ;) Pero esta tarde no alcohol.

Me río y le contesto que sí, que mejor sin alcohol. Salgo de la cama, me doy una ducha y me pongo un vestido rojo de vuelo y estilo sesentero, unas medias tupidas con mariposas estampadas y unas francesitas rojas con brillitos que me encantan, porque cuando les da el sol lanzan destellos. Me dejo el pelo suelto y me plancho solo el flequillo, me pongo las lentillas y bajo las escaleras con una gran sonrisa y, por primera vez en mucho tiempo, sin estrés.

En vacaciones estaba bien, claro, no tenía estrés laboral, pero tenía a Nacho. Ahora, en cambio, no hay nada que pueda alterarme. Ayer estuve pensando un rato si escribirle a Nacho o no para recriminarle que haya hablado con Jorge, pero he llegado a la conclusión de que es probable que él buscara eso, así que no he hecho nada. Conociéndolo estará ardiendo de rabia.

Me hago una infusión y cojo una magdalena del armario, porque ya no es hora de desayunar, pero tampoco de comer. Me siento en el sofá y no llevo ni dos minutos cuando recibo una llamada de Julieta. Descuelgo y, antes de tener tiempo de decir algo, ella habla.

—¿Estás despierta? Sí, lo estás porque me has cogido el teléfono. Papá me ha dicho que estás de vacaciones porque tú eres una hermana de mierda y no cuentas nada. Ya tardas en venirte a la tienda, que estoy aburrida.

Cuelga y hago una mueca, porque mi hermana Julieta es así y da por hecho que no tengo otra cosa que hacer. Que no la tengo, en realidad, así que decido ir. Miro en derredor, cayendo en la cuenta, por primera vez, en que mi padre, Sara, las gemelas y Noah no están. Supongo que habrán ido a caminar; al final será verdad que van en serio con el propósito de hacer más ejercicio este año. Yo ese propósito es que no me lo hago, porque sé que no lo cumplo. Soy una patata para el deporte. Lo mío es... lo mío es... bueno, pues lo mío es tener agujetas en la barriga cuando me río mucho.

Me levanto, cojo mi bolsito negro de bandolera, con forma de cara de gatito, y me pienso un momento si llevarme a Retazos a la tienda, pero al final, cuando intento cogerlo, él me araña y se baja para que lo deje en paz, así que me encojo de hombros y me voy sin él, pensando que este gato es muy independiente. O sea, siempre he oído que todos los gatos lo son, pero se nota que Retazos está acostumbrado a ir a su bola, porque a medida que coge confianza, pasa de nosotros con una habilidad asombrosa.

Paseo por las calles de Sin Mar, saludo a Conchi y a su marido, que dan un paseo por nuestra calle a paso lento y sonrío cuando veo el jardín de mi hermana Esme y el columpio que mi cuñado Nate ha montado para cuando Noah sea más grande. Un

columpio que ya disfruta Óscar cuando viene y que las gemelas también disfrutarán a diario, porque se pasan el día en Sin Mar. No puedo creerme que en cuestión de unos pocos años ya tengamos cuatro niños en la familia. Me encanta que cada vez seamos más, aunque eso nos vuelva aún más caóticos.

Llego a la tienda de mi hermana y, cuando veo a unas vecinas comprando artículos para un cumpleaños, pienso con una sonrisa en lo bien que le va a Julieta su negocio. Al principio tuve mis dudas, la verdad, montar una tienda de artículos de broma, disfraces y chucherías con forma de ojos, brazos y demás cosas asquerosas para la vista y ricas para el gusto en un barrio como Sin Mar me parecía una locura, aunque sea cierto que en esta urbanización hay muchos niños. Ahora, viendo cómo se le llena la tienda cada tarde y cómo las madres vienen por las mañanas a hacer las compras de cumpleaños o, simplemente, llevarse golosinas para sus hijos, rectifico y pienso que mi hermana es un genio. Ha tardado un poco más que nosotros, pero al final ha encontrado su vocación.

—¿Cómo estás? —le pregunto cuando llego al mostrador.

—La pregunta es al revés: ¿Cómo estás tú? ¿Por qué has cogido vacaciones? ¿Y por qué no has dicho nada?

—Bueno, han sido un poco obligadas, la verdad.

—Cuéntame qué ha pasado —me pide muy seria.

Lo hago, porque Julieta puede estar un poco loca, eso es innegable, pero también es una buena consejera y, sobre todo, si tiene que decirme algo, lo que sea, lo hace, aunque no me guste. En eso todos mis hermanos son buenos, la verdad, prefieren ser directos a la hora de dar consejos que luego lamentar no haberlos dado. Cuando acabo, mi hermana ha dedicado una lista de insultos a Nacho bastante grande y yo no puedo evitar sonreír y pensar en todas las veces que me defendió de pequeña de los abusos que se metían conmigo. En realidad, aquello siempre duraba poco; si un niño se metía conmigo, que solían hacerlo, solo lo hacía una vez, porque alguno de mis hermanos llegaba y en menos de cinco minutos el abusón pasaba de reírse de mí a no mirarme siquiera. Hoy día me avergüenza bastante que siempre me defendieran ellos, pero por otro lado pienso que es algo bueno, porque de no haber estado en mi vida, probablemente habría tenido una infancia más difícil. Me habría acabado defendiendo, pero habría sido duro y, en ocasiones, muy triste, así que es una suerte tenerlos en mi vida.

—Es que es un cerdo —dice mi hermana otra vez—. Te lo dije, siempre te dije que ese tío era un rastrero. Lo de colaborar en tantas ONG no es más que su tapadera para manipular a la gente que conoce. Lo hacía contigo, te lo dije, ¿verdad que sí? Te dije: este tío no es trigo limpio, Amelia, no te fíes. Si es que lo sabía... ¡Y Esme también lo sabía! El único que no lo sabía es Álex, que creía que Nacho era, simplemente, gilipollas. Pero a nuestro hermano le cuesta pillar ciertas cosas, así que no se lo tengo en cuenta.

Me callo que Álex, probablemente, sabe más de mi vida sentimental que nadie, porque fue el que me pilló en el *camping* a punto de besarme con Einar. Julieta no necesita saber eso o estallará una guerra fraternal para la que no estoy lista.

—Julieta, no te ofendas, pero que me digas que todos sabíais lo idiota que es Nacho solo hace que me sienta peor por no haberlo dejado antes. He tenido mis motivos.

—Sí, tus motivos son que eres demasiado buena para tu propio bien, te lo digo siempre. ¿Te acuerdas de cuando Nacho decía que no se bañaba en el mar porque hacía daño a los peces? Pues aquí en Sin Mar lo vi una vez dar una patada al aire para que Campofrío no se le acercara. La suerte que tuvo es que la patada fue al aire, porque si le da al perro se queda sin dientes en el acto.

Campofrío es el perro de la urbanización, por decirlo de alguna forma. Alguien lo abandonó aquí hace unos años y ahora Paco le da de comer, Julieta lo tiene a ratos en la tienda y mi padre también le deja estar en el jardín. Hasta Conchi le da jamón cocido del bueno, porque el perro es callejero, pero tiene los gustos y el paladar de un marqués, de ahí su nombre. El caso es que yo no sabía eso de Nacho, aunque tampoco me extraña demasiado. Una vez, paseando por un centro comercial, vimos una tienda de animales y me empeñé en entrar solo por el placer de verlos, porque sabía que no podría llevarme ninguno a casa. Además, siempre he pensado que, antes de comprar un animal, hay que adoptarlo, pero ver cachorros me encanta, sea donde sea, así que entramos y, mientras yo me distraía mirando unos preciosos perritos, Nacho paseó por la tienda viendo al resto de animales. En un momento dado oí al vendedor llamarle la atención y, cuando fui a buscarlo, fruncí el ceño, porque el chico le estaba pidiendo que dejara de golpear el cristal de uno de los acuarios, dado el estrés que produce en los peces. Nacho se hizo el tonto y dijo que no tenía ni idea, pidió disculpas y me sonrió como si nada, pero a mí aquello no me gustó, porque es algo que la mayoría de la gente sabe. Cuando le pregunté qué pretendía golpeando el cristal, simplemente se encogió de hombros y dijo que solo quería verlos mejor. Ahora, recordando aquello, suspiro y pienso en lo tonta que fui por dejarlo estar. Fui muy muy tonta al dejar estar demasiadas cosas. El problema es que Nacho tiene una habilidad extraordinaria para manipular a las personas sin que se den cuenta. Yo sabía que era un cretino y, aun así, cuando discutía con él se las ingeniaba para que yo acabase pensando que era así por culpa del mundo; solo necesitaba más comprensión y cariño. Recuerdo a Eli diciéndome en el *camping* que Nacho, para mí, no era más que una obra de caridad, y tenía toda la razón del mundo. Él se portaba mal, luego se mostraba arrepentido y me juraba que este mundo le venía grande y yo me lo creía y me convencía de que no podía dejarle, porque eso sería hacerle aún más daño. Además, estaba el hecho de que me sirviera como contención para evitar mis sentimientos por Einar.

—Eh, ¡Amelia! ¿Estás bien? —pregunta mi hermana.

Salgo de mis pensamientos y asiento, suspirando y sonriendo un poco, o intentándolo, al menos.

—Estoy bien, es solo que no sé cómo he podido ser tan tonta...

—Bueno, no te martirices, tampoco. Ya no estás con él, que es lo que importa. ¿Le vas a cantar las cuarenta por lo que te ha hecho en el trabajo?

—No —contesto de inmediato—. Pensé en escribirle, pero creo que es lo que busca, ¿sabes? Una excusa para hablar conmigo, darle la vuelta a la tortilla y hacerme sentir mal, así que creo que voy a ahorrarme el trago y, de paso, voy a dejarle con las ganas.

Mi hermana me mira con una gran sonrisa, se lleva una mano al pecho y frunce los labios, como si estuviera emocionada.

—Mi pequeña hierbas por fin está aprendiendo a manejarse con imbéciles.

—Oye, que soy trabajadora social y trato con mucha gente de todo tipo, que no se te olvide.

—Sí, eso es lo más curioso en ti, que sabes cómo entender a personas con problemas en tu trabajo, incluyendo las conflictivas, pero cuando se acercan a ti y forman parte de tu vida, no te das cuenta. O te pueden las ansias de ayudar a quien sea a ser mejor. Si es que eres demasiado buena para...

—Tu propio bien —acabo por ella—. Ya me lo has dicho hoy.

—Es verdad, desde que soy madre me repito mucho. Hablando de eso, tienes que ver a las gemelas darle la paliza del siglo a Marco. Espera, mira. —Saca su móvil y me enseña un video en el que Marco está en el suelo riendo a carcajadas mientras ellas dos se le tiran encima una y otra vez. Oigo la risa de Diego de fondo y no puedo evitar sonreír al imaginarlo embobado mirando la escena—. No me digas que no son el cuadro más bonito que has visto en tu vida. Mis niñas es que son increíbles, tan perfectas... —Sonríe llena de orgullo—. Y mi Chucky, cuando no está haciendo el tonto por ahí, también es para comérselo a besos.

—Es que es sorprendente lo mucho que ha cambiado Marco, ¿no?

—Sí, la verdad es que sí. Aún tenemos trabajo por delante, porque a veces sigue llegando a casa lleno de golpes. —Frunce el ceño y acaricio su hombro, porque sé que, aunque no lo diga a menudo, mi hermana sufre muchísimo con Marco. Suspira y se encoge de hombros antes de sonreír—. Irá a mejor, estoy segura. Algún día dejará de tirarse a todo lo que tenga faldas, olvidará esas absurdas peleas que no sé ni por qué son, ni con quién, y será feliz.

—Seguro que sí.

Lo digo convencida porque así lo creo. Marco conseguirá ser feliz al cien por cien, solo es cuestión de tiempo. Mi hermana me enseña otras mil doscientas fotos de él y sus hijas, más o menos, y cuando empiezo a aburrirme, me pregunta qué hice ayer en mi primer día de vacaciones. Y me molesta, no la pregunta, sino la forma en que la hace, como si diera por hecho que estuve en casa aburriéndome.

—Fui con Einar a hacer *skate*.

Lo suelto así, a bocajarro, solo para ver su reacción. Ella eleva las cejas y se echa a reír.

—Ya, claro...

—Es verdad.

—¿Fuiste con Einar a hacer *skate*?

—Sí, se los alquilamos a dos chicos. Einar pagó veinte euros a cada uno por una hora. —Julieta bufaba y yo frunzo el ceño—. Oye, que es verdad.

—Amelia, del vikingo me lo creo, porque yo de él me lo creo todo, pero tú no eres de esas.

—Y fuimos a cantar a un karaoke y nos emborrachamos.

La cara de mi hermana Julieta no tiene precio. Es una mezcla entre sorpresa e incredulidad y yo me alegro mucho mucho de estar dejándola con la boca abierta.

—Estoy dudando, porque lo de cantar en un karaoke no te pega, pero lo de ponerte ciega, sí.

—Oye, que no soy una borracha.

—No, lo digo por las barbacoas y eso... Vamos, que yo sé lo que te gustan a ti las cervecitas.

—Fuimos de verdad y fue una tarde genial.

Ella duda un poco más, pero al final sonrío y me mira con orgullo.

—Te han dado vacaciones y te las estás tomando al pie de la letra. Dios, nunca pensé que vería este día.

—No es cosa mía, Einar ha decidido que tengo que hacer en estas vacaciones todo lo que no hice en el *camping* —contesto encogiéndome de hombros.

Por un momento pienso si no me estaré pasando dándole información, pero Julieta sonrío y me abraza repentinamente, sin venir a cuento.

—Recuérdame que le dé otro achuchón al vikingo cuando lo vea para darle las gracias por tener una idea tan buena. Si algo me jodía de las vacaciones era ver cómo ese idiota te apartaba de nosotros. Deseé cada día que lo mandarás de vuelta de una patada. Tú mereces algo mejor que él, Amelia.

—Ya, bueno... —Suspiro y, esta vez, la que se encoge de hombros soy yo—. Ahora mismo no quiero pensar en lo que merezco o no.

Mentira, esa es una gran mentira, pero no puedo decirle a mi hermana que estoy colada por su exnovio desde que era novio. No puedo, porque entonces quedaré fatal, ella me odiará o, peor, se sentirá mal por no haberse dado cuenta y todo se convertirá en un drama, así que tengo que ocultar mis sentimientos. Es la única opción.

—Un día encontrarás a alguien que sepa tratarte con todo el amor que te mereces y que, además, sepa empotrarte como Dios manda, que me da a mí que Nachete ni para eso servía.

—Se dejaba los calcetines puestos y nunca cambiaba de postura —confieso, no sé ni por qué.

—Joder, ahora sí que le odio. Dime que al menos llegabas al orgasmo.

—Casi siempre.

—¿Casi? —Chasquea la lengua y, de pronto, su cara pasa de la indignación contenida a duras penas, a una sonrisa que me indica que planea algo—. ¿Sabes qué? Creo que Einar no va a ser el único que haga planes para ti esta semana.

—¿Qué? ¿Qué estás pensando? —Ella no contesta y yo empiezo a ponerme nerviosa—. Julieta, ¿en qué piensas? No me asustes.

—Vamos a salir de fiesta de chicas para buscarte un polvo de una noche. De esos que te dejan con las piernas temblando y las bragas perdidas en alguna parte.

—Ni de broma —digo con los ojos de par en par—. A mí el sexo casual no me gusta y lo sabes.

—Necesitas un buen polvo para vengarte de Nacho.

—¡No quiero vengarme de Nacho con un polvo! Y menos con un desconocido.

—¿Y con un conocido? ¿Hay alguien que te haga tilín? —Mi cara de nerviosismo y pánico la hace sonreír—. ¡Ay! Que lo hay. ¿Le conozco? ¿Es del trabajo? ¿Desde cuando te pone perraca?

—¡Julieta, para! No hay nadie.

—Sí que lo hay, a mí no me mientas. ¿Es Jorge? Ay, ¿te pone perraca tu jefe?

—¡No! Y deja de decir «perraca», por Dios.

—¿Qué tiene de malo esa palabra?

—Es vulgar.

Su carcajada resuena en la tienda y frunzo el ceño, porque odio que mi hermana sea tan desinhibida para todo y yo, en cambio, me ponga roja como un tomate ante la mera idea de salir y echar un polvo una noche con cualquiera.

—Eso no es vulgar, cariño. Vulgar sería que te dijera que vamos a buscar a quien te dé un pollazo que no olvides en tu vida, pero...

—¡Julieta!

Ella se ríe más alto y, justo en ese momento, la puerta se abre y mi padre, Sara, las gemelas y Noah entran en tropel, salvándome de seguir soportando este bochorno.

Cuando creo que ya he conseguido pararla, oigo su voz baja, casi entre susurros.

—Está bien —dice antes de que nuestro padre y Sara lleguen a nosotros—. Está bien, sin polvo y sin presiones, pero tenemos una noche pendiente solo para las chicas. Bailar, saltar, cotillear y beber como vikingas. ¿Qué me dices? Sácale partido a tus vacaciones, Amelia.

Me muerdo el labio y asiento, porque mi padre está a punto de llegar y quiero acabar con este tema cuanto antes, pero cuando oigo su grito de satisfacción, sé que voy a arrepentirme de esta elección.

Tiempo atrás...

Estoy sentada en el suelo en la postura de loto y siento cómo mis enormes zapatillas de unicornio se doblan y sobresalen por los laterales, llamando la atención. Tengo un pijama de arcoíris y bebo de mi cerveza mientras miro la peli que se reproduce en la tele. La familia entera está aquí, incluido Einar, que ha venido de visita exprés. Intento no mirar en su dirección por todos los medios, porque todos se han presentado aquí de pronto, sin avisar, excepto Álex, que ya estaba en casa y también está en pijama, pero lo de él consiste en un pantalón de cuadros escoceses y una camiseta blanca lisa que le queda genial, así que el ridículo no es tan grande. Cuando la puerta se ha abierto y han entrado todos en casa anunciando que traían la cena, cerveza y la idea de ver una peli, he sentido mis mejillas arder. ¿Por qué no podían avisar de algo así? ¡Yo no quería ni necesitaba que Einar me viese con estas pintas! Cambiarme no era una opción, porque entonces me hubiesen preguntado por qué me arreglaba para estar en casa. Hemos hecho esto un montón de veces, la diferencia es que ese montón de veces Einar estaba a miles de kilómetros de mí, en Nueva York, y no en el sillón de enfrente mirándome de soslayo, que ya lo he pillado dos veces. Sé que está pensando que soy una friki. Soy un desastre y hoy es más evidente que nunca.

—¿Quieres? —pregunta Álex en voz baja acercándose un cuenco de palomitas.

Niego con la cabeza y doy un sorbo a mi cerveza. Lo último que necesito es que se me quede un grano de maíz entre los dientes para rematar el cuadro que represento ahora mismo. Quizá debería cambiar la cerveza por una infusión, porque necesito calmarme y centrarme en la película o seguiré sin pillar las bromas cuando todos se ríen. Encima la película es de terror, así que, cuando consigo mirar a la pantalla fijamente, estoy tan distraída que no llego a tiempo de cerrar los ojos en los momentos precisos. Para otra persona esto puede no ser importante, pero yo estoy segura de que no podré dormir en una semana, así que debería dejar de ver la peli o concentrarme en ella, pero esto que hago, definitivamente, no es una opción.

—Eh —susurra Álex—. ¿Qué te pasa? ¿Estás asustada?

Trago saliva, miro de soslayo a Einar, que está observándome otra vez, y niego con la cabeza mirando al suelo y deseando que la tierra me trague y me escupa en Cancún, por lo menos.

—Un poco —miento.

Álex me abraza de inmediato y yo me refugio en su hombro. Siento sus labios besar mi frente y sonrío, porque tengo el mejor hermano del mundo, eso es indudable. Puede que sea un mujeriego y un inmaduro, pero también es dulce y atento como pocas personas. La mujer que se quede con él será muy muy afortunada.

—¿Así mejor? —susurra.

Asiento y él sonríe y sigue viendo la peli. Yo vuelvo a mirar de soslayo a Einar y, como esta vez él no está mirándome a mí, me recreo en su barba; está un poco más larga que la última vez que lo vi. Mi hermana Julieta lo ve a menudo por Skype, cuando hacen videollamadas, pero nosotros solo hablamos a veces por whatsapp, cuando él me escribe para saber cómo estoy. Me avergüenza un poco reconocer que esos días se convierten en maravillosos solo por el hecho de saber que Einar se ha acordado de mí; solo de mí.

La peli acaba y la familia entera se despereza y se levanta para ir a por más bebidas, palomitas y demás, antes de ver otra, porque sí, quieren ver la segunda parte. Yo no sé si mi corazón puede con tanto, en todos los sentidos, así que he decidido decir que tengo migraña y subir a mi dormitorio, pero antes de poder abrir la boca Einar se acerca a mí y sonríe de esa forma que hace que se me olvide qué pretendía decir. A veces, incluso se me olvida en qué estaba pensando.

—Molan unicornios —dice mirando al suelo, a mis zapatillas, e incendiando mis mejillas.

—Gracias —susurro.

—Puedo sentarme a tu lado para miedo, ¿quieres?

Abro la boca sorprendida, porque no pensé que me diría algo así. Sé que es una tontería, lo está haciendo como un amigo, pero para mí es algo más; para mí es todo, porque él lo es todo a pesar de la distancia y de que yo solo sea la hermana de su exnovia.

—Me encantaría —susurro.

Su sonrisa se amplía y, cuando todos vuelven al salón y ponen la segunda parte, Einar se sienta en el suelo, a mi lado, y Álex, en vez de preguntarse a qué se debe el cambio, corre hacia el sillón que el vikingo ocupaba y se sienta, subiendo los pies en alto y proclamando su victoria a todo el mundo, porque en esta casa, cuando nos reunimos todos, pillar sitio en el sofá o en el sillón es un milagro que hay que celebrar. Einar sonríe, pasa un brazo por mis hombros, disparando mis pulsaciones, y me mira como si nada.

—Vikingo te protege —dice con orgullo—. Tú tranquila.

Ya, claro, tranquila... ¡Es imposible estar tranquila!

Aun así, me concentro en respirar y, al hacerlo, aspiro su aroma. Cierro los ojos dejando que el anhelo invada mis sentidos y, casi sin darme cuenta, apoyo la cabeza en su hombro. Einar aprieta su agarre sobre mis hombros y me mira, lo sé, aunque siga con los ojos cerrados sé que me mira, pero no abro los míos, porque ahora, justo ahora, estoy disfrutando de su olor y de la sensación de tenerlo de vuelta, aunque sea solo por unos días.

—Ojalá estuvieras aquí siempre —susurro de manera inevitable y en voz apenas audible.

—Ojalá —murmura de vuelta con un suspiro.

Besa mi cabeza y abro los ojos mirando a la pantalla, donde acaban de matar a alguien que se desangra y pienso, con cierta nostalgia, que así debe verse mi corazón ahora mismo; apuñalado, desangrado, suplicando un poco de vida.

Qué lástima que solo el vikingo sea capaz de dársela y vaya a perderlo otra vez antes de tener tiempo de inventar la manera de guardar su esencia en un bote y ponerlo en mi almohada para que la distancia no me agujeree a diario. Es una lástima, de verdad que sí, aunque, ahora que lo pienso, es aún peor saber que, si lo tuviera cerca, no sería mejor, porque tendría que verlo hacer su vida en paralelo a la mía; tenerlo cerca y, de todas formas, sentirlo lejos, sería mucho peor.

De cualquier manera, el resultado es el mismo: estoy destinada a sufrir este amor. Ojalá mi corazón acabe de desangrarse o se parta del todo, porque sería el primer paso para empezar a reconstruir pedazos y olvidarlo, pero no lo hace y cada vez que lo veo siento que la sangre brota de nuevo.

Y así, ¿cómo voy a conseguir olvidarme de él?

Einar

Y aquí, justo en este momento, pienso y descubro por primera vez que la persona que ha llegado a donde nunca antes lo ha hecho dentro de mí viste pijamas de arcoíris, calza zapatillas de unicornios y se esconde tras unas gafas enormes del mundo. Está a miles de kilómetros de mí en todos los aspectos posibles. Es dulce, cariñosa, caritativa, generosa, jodidamente preciosa y una lista interminable de adjetivos que acaban en una verdad que importa más que todo lo demás: es la hermana de mi exnovia.

El maldito karma y su sentido del humor...

Solo quería un amor para siempre, una mujer que me mirase y me paralizara, alguien a quien querer el resto de mi vida. Quería saber cómo es hacer el amor cuando sientas que tu otra mitad está dentro del cuerpo de otra persona. Quería sentir hasta agotarme, llenarme de eso que llaman amor del bueno; del que no se va ni aunque te levantes la piel frotando. Quería saber cómo es que algo grande y poderoso te recorra las venas y mira tú, qué casualidad, que ahora lo sé, porque esto es amor; tiene que serlo. Lo he sentido todas las veces que he estado aquí, todo el tiempo. Lo he sabido cada vez que miraba sus enormes ojos azules, cuando pensaba que era preciosa y tenía algo especial; cuando deseaba que le fuera bien y cuando pensaba en ella estando en Nueva York. Lo he sabido cuando venía aquí, hablaba con ella y, al alejarme, algo dentro de mí tiraba y lloraba en silencio. Lo he sabido y he sido tan idiota que he pensado que no, que solo era el anhelo y mis ganas de volver, pero hoy, mientras la observaba acurrucarse contra su hermano y mirar la película con miedo y

algo que no he sabido descifrar, he sido consciente de que he odiado un poco a Álex por tener el privilegio de abrazarla y calmarla. Más allá de eso: he deseado ser la única persona capaz de calmar cualquier miedo que pueda tener.

Y más todavía: he querido ser capaz de matar esos miedos antes de que existan y puedan hacerle daño de cualquier forma.

Cuando susurra su deseo de que esté aquí siempre el corazón se me hincha de una forma extraña y tengo que controlarme para no hablar con ella de lo que siento. No es apropiado, no es bueno y, quizá, necesito tiempo y distancia para aclararme las ideas. El destino no puede ser tan macabro, ¿no?

—Te escribiré cuando me vaya —le digo tragando saliva para no hablar más de la cuenta.

—Ya lo haces —susurra ella.

—Más. Lo haré más. ¿Quieres?

Amelia no contesta, pero se pinza el labio y asiente mirando a la pantalla fijamente. Cierro los ojos y beso su pelo, aspiro su aroma y sonrío cuando el olor a melones invade mis sentidos.

Miro a la pantalla y pienso que esto es imposible, pero también que es algo que no va a preocuparme ahora. Me ocuparé de todos estos sentimientos cuando me aleje de ella y pueda pensar con claridad; ahora solo quiero seguir así, abrazándola y pegándola a mi cuerpo, haciendo algo que desde fuera puede parecer una muestra de cariño normal entre amigos y desde dentro me quema las entrañas.

Dos días después estoy sentado en un avión que me lleva de vuelta a Nueva York. Amelia no ha venido al aeropuerto, me despedí de ella anoche, le di un abrazo y sonreí como si nada; como si por dentro no lo sintiera todo. Aun así, pensé que al subir en el avión todo cambiaría y, con cada kilómetro que me alejara de ella, sentiría mi confusión aclararse.

Ahora observo las luces de la Gran Manzana por la ventanilla del avión y pienso que nos separan miles de kilómetros, pero empiezo a sospechar que esta confusión no va a irse con tanta facilidad. Meto una mano en mi bolsillo, saco el perfume de frambuesas que cogí ayer de la cómoda del salón de Javier y pienso que es posible que Amelia culpe a alguien de su familia de robárselo. Quizá debería confesar, pienso mientras me pongo un poco en la muñeca y aspiro su aroma. Cierro los ojos y la siento aquí, conmigo, aunque sea unas décimas de segundos.

Sonrío y me digo que lo haré, confesaré, pero solo cuando pueda ser capaz de hacerle olvidar este pequeño hurto a besos. Solo entonces...

Einar no viene a comer a casa, me manda un mensaje para avisarme de que lo hará en la universidad y viene después, así que acepto la oferta de mi hermana de invitarme a comer en lo de Paco para así hablar de nuestra noche de chicas con calma. El problema es que a la comida «tranquila» también vienen Sara, las gemelas y Noah. Mi padre se va a recoger a Óscar al cole, porque Eli y mi hermano están trabajando y luego vuelve con él también. Diego se planta para tomar un café rápido y Esme lo hace poco después, acabada su jornada laboral, para unirse a nosotros toda la tarde.

—Entonces, a ver que me aclare —dice mi padre—. ¿Pretendéis salir todas de fiesta una noche para celebrar que Amelia está soltera?

—Sí, eso es. —Julieta pasa un brazo por mis hombros y mira al resto de la mesa con altanería. Como es ella, vaya—. Y si de paso echa un polvo, mejor.

Mi padre hace una mueca de desagrado, yo me pongo roja y Diego suelta una carcajada.

—Amelia no es de esas, pequeña —dice a su mujer, o sea, mi hermana.

—Amelia es una mujer operativa con falta de sexo. ¿Qué más requisitos se necesitan para echar un polvo?

—Creo que voy a irme a casa —murmura mi padre—. Estoy sintiéndome regular.

Me río, porque la vergüenza es considerable y ordeno a mi hermana que cierre el pico de una vez.

—No pienso echar un polvo con cualquiera, ya lo sabes. Si el plan es salir y obligarme a ligar, cuando yo no quiero, olvídte, Julieta.

—No, ese no es el plan. —Esme da un sorbo a su descafeinado mientras mece a Noah—. Saldremos, lo pasaremos bien y haremos lo posible por despejarnos todas, eso sí, pero por supuesto no tienes que acabar la noche con un desconocido, así que no te preocupes.

Le sonrío agradecida hasta que Julieta interviene de nuevo, quejándose de que ese plan suena aburrido y diciéndole a nuestra hermana que no piensa permitir que organice nada, porque es una sosa. Esme se mantiene impasible y le explica, otra vez, que da igual si le parece mal, porque a quien tiene que apetecerle el plan es a mí, que soy la que se ha quedado soltera, no ella.

Yo agradezco al cielo tener una hermana tan capaz de ponerse en su sitio como Esmeralda, pese a que a veces es tan brusca conmigo que acabo enfadada o dolida. Es algo que intentamos manejar, porque somos polos opuestos, pero eso no significa que la quiera menos, porque la adoro. En momentos como este, más.

Mi móvil vibra en mi bolsillo y lo saco a toda prisa deseando que sea Einar. Cuando veo su nombre en mi pantalla sonrío como una tonta y abro el mensaje.

Einar: ¿Dónde estás?

Yo: En el bar de Paco. Vente y tomas un café.

Einar: No, ven tú a casa. Tengo plan perfecto para nosotros dos.

Me muerdo el labio y miro a mi familia pelear y discutir acerca de esa supuesta noche de chicas. No están pendientes de mí, así que le contesto.

Yo: Estoy con toda la familia. A lo mejor se vienen conmigo.

Su respuesta es inmediata y en inglés.

Einar: Aunque aparecieras con todos los habitantes del planeta detrás y a tus lados, para mí solo seríamos tú y yo.

Me río soltando el aire de sopetón. Dios, cómo le quiero... y cómo duele no poder disfrutar de lo que sus palabras provocan al cien por cien, porque siento que esto está mal y, aun así, no puedo parar.

—¿Qué haces? —pregunta Julieta a mi lado.

—¿Eh?

—Estás ahí con cara de tonta mirando el móvil. ¿Con quién hablas?

—No, con nadie. Bueno, Einar me ha dicho hace unos minutos que está en casa esperándome para salir por ahí, así que voy a irme.

—¿Sales con Einar esta tarde? —pregunta Diego.

—Y ayer se fueron de borrachera —le responde mi hermana Julieta por mí—. El vikingo ha decidido hacer de guía de la diversión para mi hermanita. Igual debería preocuparme.

—No, pequeña, estoy seguro de que el vikingo sabe cómo cuidar de nuestra Amelia —dice Diego con una sonrisita sardónica mientras me mira de una forma que no me gusta nada.

Trago saliva, me despido de todos y, cuando creo que voy a salir impune de aquí, mi padre se levanta y dice que se viene conmigo. Sara le sigue, así que los niños también. Julieta y Diego se quedan tomando un café y Esme nos avisa que se viene, pero se queda en su casa con Noah porque tiene cosas que hacer. Yo trago saliva y no contesto, porque no quiero que se me note que estoy ansiosa por llegar a casa y verle.

Por el camino mi padre me pregunta qué es eso de ir de borracheras un martes y me informa que mi cuarto apestaba a alcohol esta mañana, pero luego sonrío y me asegura que está encantado de que disfrute de mis vacaciones. Yo no hablo, no puedo y, cuando Sara entretiene a mi padre contándole algo de los rosales del jardín, siento cierto alivio, porque creo que no podría decir nada coherente. Mis ganas de verle son tantas que mi mente se bloquea, como si no pudiera hacer dos cosas a la vez.

Cuando llegamos a la puerta de Esme mi padre y Sara se ponen a hablar con ella. ¿Es que no han tenido tiempo de hacerlo antes? Además, que están comentando tonterías y aquí hace un frío espantoso. En un momento dado Esme me mira y eleva

una ceja, intentando decirme algo sin palabras, quizá porque mi impaciencia es muy visible, pero miro a un lado, a mi casa, que se ve a lo lejos, y la ignoro. Cuando mi hermana por fin entra en su casa y retomamos el camino aprieto el paso tanto que mi padre se queja, porque dice que él ya hizo su deporte esta mañana.

—Te estás convirtiendo en un gruñón —le dice Sara.

Mi padre se ofende muchísimo y le dice que no es un gruñón y que es una persona muy simpática y amable, así que no sabe por qué dice eso. Sara se ríe de buena gana, le besa y se abraza a su costado mientras mi padre empuja el carro de las gemelas.

Llegamos, por fin, y entro en casa de sopetón. Intento controlarme mientras lo busco por todas partes, pero no está arriba, ni en el salón, ni en el baño y, cuando oigo a mi padre gritar, atravieso la cocina y voy al jardín trasero, de donde vienen las voces, como una bala.

—¡Vikingo del demonio! ¡Haz el favor de salir de ahí antes de que pilles una pulmonía!

Einar suelta una carcajada, me mira y me guiña un ojo mientras yo me quedo petrificada en los escalones que llevan al césped.

Las hamacas que solo sacamos en verano están colocadas en línea con las colchonetas puestas y, sobre una de ellas, veo un coctel veraniego a más no poder, preparado en un coco vacío, con una sombrillita de papel, pajitas de colores y algo que debe contener una cantidad ingente de alcohol, sino no se explica que Einar haya sido capaz de ponerse un bañador hawaiano en pleno enero, llenar la piscina hinchable de mis sobrinos, en la que cabe a duras penas, y meter el culo para tumbarse, dejando piernas y brazos fuera.

A su lado está mi flotador gigante de unicornio, inflado y listo para ser usado, si hubiese una piscina donde meterlo, claro, porque lo de Einar es... Suelto una carcajada y pienso que es como bañar a un gigante en un charco.

—¿¿¿Qué estás haciendo, vikingo!??

—No podemos estar en *camping* —sonríe y palmea el agua— pero puedo traer *camping* aquí para ti. ¡Venga! Ponte biquini molón y ven.

—Ni de jodida coña va a participar mi hija en esto —dice mi padre antes de mirarme muy serio—. No sé de qué va este rollo, pero dile que salga de ahí y se tape antes de que coja una gripe, una pulmonía o sabe Dios qué más.

Me muerdo el labio y miro al vikingo, que no pierde la sonrisa ni aunque sea consciente de que estamos debatiendo si el plan sigue adelante o no. Al final miro a mi padre y le sonrío con más ilusión de la que quiero dejar ver, en realidad.

—Einar quiere que disfrute de mis vacaciones, ya que en verano Nacho me las amargó un poco.

El gesto de mi padre se suaviza, pero sigue insistiendo en que él tiene que salir del agua y yo no debería seguirle en esta locura.

—Papá, me vas a perdonar, pero estoy harta de ser la única que se queda al margen de las locuras siempre —digo con voz temblorosa.

—No estarás pensando en meterte ahí, ¿no?

Miro otra vez a Einar, que sigue sonriendo, como si no nos oyera, pese a que sé que lo hace. Me guiña un ojo otra vez, infundiéndome fuerza, y le estará costando la vida, porque estamos en enero y aquí hace un frío que pela, así que pienso que, si él puede hacer el esfuerzo de transportarse al *camping*, pese al frío, la falta de mar, de piscina y la mirada de mis vecinos, que empezarán a asomarse de un momento a otro, yo puedo dar un pasito en su dirección y demostrarle que puede que sea una miedica para algunas cosas, pero soy la más valiente para otras.

Me centro en mi padre y, antes de hablar, él me interrumpe.

—Ponte el bikini de fresas, estás muy guapa con él. —Abro la boca sorprendida por su cambio de actitud y, cuando intento hablar de nuevo, vuelve a cortarme—. Si alguien se merece ahora mismo que hagan locuras por ella y vivir todo tipo de aventuras que la hagan reír a carcajadas, esa eres tú, mi vida. No dejes de vivir experiencias que está claro que te apetecen solo porque yo tengo miedo a que enfermes, o porque tú misma tienes miedo de lo que puedas llegar a hacer —susurra—. No dejes que nadie más, nunca, vuelva a decirte cómo tienes que vivir tu vida. Ni siquiera yo.

Mis ojos se llenan de lágrimas contenidas mientras Sara sonrío, me besa en la mejilla y me empuja hacia el interior de la casa para que vaya a cambiarme. Sé que esto es por Nacho, por todo lo pasado y porque, aunque no lo parezca, mi familia se percata de mi sufrimiento con más frecuencia de la que a mí me gustaría. Tomo aire con fuerza, vuelvo a mirar a Einar un segundo sobre mi hombro y entro en casa corriendo. Busco mi bikini de fresas, me lo pongo, bajo las escaleras a las carreras, atravieso el salón, donde mi padre, Sara y mis sobrinas me observan con una sonrisa, aunque supongo que las de las niñas se deben a cualquier otra cosa y, cuando estoy en la cocina, pienso si no me estaré pasando. Aquí dentro ya hace frío, así que fuera será alucinante, pero han pasado casi diez minutos desde que llegamos y Einar ya debe llevar en el agua, entre unas cosas y otras, veinte minutos. Se merece un premio por su paciencia, eso está claro, y otro por su habilidad para hacerme cometer locuras.

Abro la puerta de un tirón y le veo en el césped de pie, cuan alto es, echando más agua en la piscinita. Su pantalón se pega a sus piernas y sus tiritones son visibles incluso desde aquí. En cuanto me ve sonrío y estira una mano para que vaya a su lado.

—Preciosa —murmura cuando llego a su altura—. ¿Lista para un poco de agua?

Asiento y, antes de poder hacer nada más, siento sus manos aferrarse a mis costados y meterme sin esfuerzo en el agua. Grito por el miedo a la impresión del agua fría, pero, cuando mi culo toca el agua, me sorprende al darme cuenta de que está caliente. Mis dedos están clavados en los bíceps de Einar, que me sujeta con

firmeza para que no me golpee. Él ríe con voz ronca y sexi, besa mi nariz y me acopla en la piscina sin esfuerzo.

—¡Me has engañado! —exclamo, repuesta ya de la sorpresa—. Pensé que estaría helada.

—Era la idea inicial —dice en inglés— pero luego pensé que bastaba con el frío de fuera, que ya es mucho. ¿Me haces sitio?

Asiento riéndome de buena gana, Einar coge nuestros cócteles y, cuando mete el culo en la piscina, quedamos aprisionados, con las piernas colgando y hombro contra hombro.

—Sería más fácil si nos sentamos de frente —digo.

—Sí, pero tendríamos que enredarnos... —murmura Einar—. ¿No te importa?

Carraspeo y me percató de que tiene razón. Para sentarnos de frente, tendríamos que enlazar nuestras piernas para que salieran por los extremos de la piscina, porque es muy pequeña. Por un momento pienso en decirle que es cierto y que mejor nos quedamos así, pero estamos incómodos y no podemos mirarnos, sin contar con que las palabras de mi padre resuenan en mi cabeza. No dejar de vivir experiencias que me apetecen solo por miedo. Parece fácil en teoría, pero en la práctica...

Cierro los ojos y respiro, no puede ser tan difícil, solo tengo que dejar que las palabras salgan de mi boca.

—Hay confianza —susurro—. No me importa que enredemos las piernas y prefiero mirarte de frente.

Einar pasa un brazo por mi espalda, la acaricia un momento y, antes de poder darme cuenta de lo que hace, me pega a su pecho y me alza, sentándome a horcajadas sobre él y dejándome caer luego poco a poco, de modo que nuestras piernas quedan abiertas, fuera de la piscina y las mías, además, sobre las suyas. Es una postura íntima, pero no tanto como para que Einar note cómo mi corazón late desbocado o que mi respiración, a veces, se vuelve rápida y espesa.

—Gracias por esto, vikingo —le digo con una sonrisa cuando me da mi coctel.

—No me las des o tendré que darte las gracias por querer pasar tus vacaciones conmigo.

Me río y niego con la cabeza.

—Si todos los días vas a hacer planes tan locos y geniales, cuando regrese al trabajo tendré depresión postvacacional por primera vez en mi vida.

—Ojalá —dice él con una sonrisa de niño que me mata un poquito—. Me encanta cómo te quedan las fresas.

Me ruborizo porque soy consciente de que, debido al frío, tengo los pezones erizados y él puede darse cuenta. Dudo que lo haya dicho por eso, está siendo muy amigable, pese a todo, pero aun así siento que los nervios hacen de las suyas, así que doy un trago a mi coctel para paliarlos.

—¡Dios! —exclamo cuando trago—. ¿Qué es esto?

—Alcohol, mucho alcohol. Ya sé que dije que no beberíamos hoy, pero dudo que pudiéramos aguantar esto de otra forma. —Suelto una carcajada y él se acaba riendo —. Si no quieres, te traigo un zumo.

—Está perfecto así. ¿Brindamos?

—Claro. ¿Por qué?

—Por las vacaciones, por ti y por mí.

—Por nosotros —dice él mirándome a los ojos antes de dar un sorbo a su pajita y hacer una mueca—. Está jodidamente fuerte.

Me río y asiento, porque es verdad. Einar no es el mejor haciendo cócteles. Bueno, ni bailando, ni cantando ya puestos, pero es el mejor intentándolo y eso vale más que el hecho de hacerlo.

Al principio no hacemos más que mirarnos y beber. Es pasado un ratito cuando Einar se atreve a acariciar una de mis piernas.

—Amelia, en el *camping*... —susurra.

Le veo tragar saliva y sé que está debatiéndose entre sacar el tema o no. Es por eso por lo que sé que quiere hablar de lo que pasó, lo ha intentado muchas veces, sobre todo al principio, pero yo me empeñé en hacer como si no hubiese pasado nada. Le ignoré una y otra vez, hasta que no le quedó más remedio que claudicar y hacer como si nada hubiese ocurrido, lo que, inexplicablemente, me dolió. Soy tan complicada, aunque no lo parezca, que a veces me canso de mí misma.

Aun así, está aquí, intentando sacar valor para decirme lo que sea que esté atravesando su mente y, aunque sé que en cualquier otro momento me habría negado, ahora no me paro a pensar en todo lo que tenemos en contra. Solo quiero disfrutar de este momento, de él, de mí y de estas sensaciones que recorren mi cuerpo, así que pongo una mano sobre la suya, que sigue en mi pierna y mirando ahí, para que la vergüenza no me detenga, hablo.

—¿Sí?

Siento la tensión de Einar en sus dedos. Es la primera vez que le doy pie y en un acto reflejo enreda nuestros dedos y aprieta los míos.

—¿Recuerdas aquella noche? —Asiento y él vuelve a apretar mis dedos—. Mírame, por favor.

Lo hago y me encuentro con sus preciosos ojos llenos de incertidumbre y un dolor que me sorprende, pese a saber que le hice daño. Supongo que no esperaba que fuese tan evidente.

—No podría olvidarla nunca —murmuro.

Él traga saliva con fuerza, lo sé porque veo el movimiento de su garganta cuando lo hace.

—Aquella noche yo quería besarte. Lo sabes, siempre lo has sabido, pero hiciste como si no hubiese pasado —susurra de vuelta. Asiento otra vez, siendo consciente, ahora del todo, de que sí, hay un profundo dolor en sus ojos—. ¿Por qué?

Contesto de inmediato, consciente de que cada segundo de espera alargará su agonía.

—Era muy complicado, Einar. Todo lo era; yo estaba con Nacho, nosotros habíamos bebido y... —Él niega con la cabeza y yo siento los nervios atenazarme la garganta—. Sí, yo sí había bebido.

—No lo suficiente para perder la capacidad de razonar. Te pregunté, incluso, cómo de borracha estabas —me recuerda y, antes de que yo pueda hablar, sigue—. Cuando te negabas a hablar conmigo después... Joder, cómo dolió. No te imaginas cómo dolió, Amelia. Los dos estuvimos allí, pero creo que solo yo sufrí las consecuencias.

—No, te aseguro que no fuiste el único —digo al borde de las lágrimas—. Te prometo, Einar, que no fuiste el único que sintió dolor después de aquello.

—¿Y ahora? —pregunta mirándome a los ojos y limpiando con su pulgar una lágrima traicionera que ha escapado de mi ojo derecho.

—¿Ahora?

—Nacho ya no está...

Trago saliva y siento mi corazón latir desbordado. Einar me mira fijamente. No puedo creer que esté insinuando que le gustaría tener algún tipo de acercamiento conmigo y mi primer impulso es lanzarme a sus brazos y olvidarme de todo. De haber sido otro tipo de persona, lo habría hecho, pero soy yo, Amelia, no hago esas cosas, no me salen, aunque lo desee. Yo no soy de tirarme a la piscina, pero entonces pienso que, irónicamente, estoy en una en pleno enero, pasando más frío que en toda mi vida y sintiendo el peso de mis sentimientos asentarse como nunca antes. Quizá solo es cuestión de olvidarlo todo y ser sincera conmigo misma y con él.

Quizá...

—¡Qué cabrones! —El grito de Julieta me saca de golpe de mis cavilaciones—. ¡De estas cosas se avisa!

Su voz cae sobre mí como un jarro de agua helada. Miro a un lado y veo a mi hermana desvestirse y quedarse en ropa interior. Viene corriendo hacia nosotros mientras Diego le grita desde el porche que no haga tonterías, pero ella se mete en la piscina rompiendo la unión de nuestras manos y también de nuestras miradas; ocupando el espacio y recordándome, de pronto, que Einar sabe perfectamente lo que hay bajo su sujetador y su braguita. Y puede que parezca una tontería, pero mi baja autoestima, sumada a mi miedo, hacen estragos una vez más y, pese a los consejos de mi padre y de mi propio deseo, pese a saber que mi hermana adora a su marido y Einar ya solo la ve como a una amiga, porque lo sé, de eso no tengo dudas, me levanto. No es la duda de que él la siga queriendo lo que me impide dar el paso, porque sé que nunca la amó como Diego lo hace, por ejemplo. Es el miedo a que, en algún momento, nos compare y se percate de que yo no soy tan increíble como ella lo que me paraliza.

Salgo de la piscina con una sonrisa triste y evito la mirada de Einar, porque no quiero enfrentarme a sus ojos decepcionados.

Otra vez, no.

Einar

Tiempo atrás...

—¿Cómo va todo? ¿De verdad no tienes nada que contarnos? —pregunta Diego.

Me encojo de hombros y miro a mi amigo y a Nate, que esperan una respuesta a través de la pantalla del ordenador. No, no tengo nada que contar. Mi vida aquí, en Nueva York, es rutinaria al máximo. Trabajo, salgo, a veces tomo una copa con algún compañero o visito a la familia de Nate y vuelvo a mi estudio, donde me encierro hasta el día siguiente. No está siendo la mejor época de mi vida, pese a que el trabajo es un sueño, o lo sería, si estuviera en España.

—Todo normal. ¿Vosotros? ¿Novedades?

—No muchas —dice Nate—. Bueno, sí, Amelia tiene novio.

—No, Amelia tendrá novio si es que nosotros lo aceptamos —corrige Diego.

Ellos hablan, dicen algo, pero yo no me entero de nada. Me he quedado en la información básica.

Tiene novio.

Amelia tiene novio.

El día que temía ha llegado, estoy aquí, a miles de kilómetros y ella está allí, enamorándose y haciendo su vida con alguien que no soy yo. Claro que, ¿qué esperaba? Para ella no soy más que un amigo, pero ese es el problema, que pensaba que éramos amigos. Hemos hablado mucho por Whatsapp desde mi última visita y no me ha dicho nada de un novio. Nada. No sé si sentirme decepcionado con ella, por no contármelo, conmigo, por pensar que lo haría o con la situación en sí, porque imaginé muchas veces cómo sería, pero ahora que ha llegado duele mucho más de lo que pensaba.

—¿Y cómo es? —pregunto después de unos instantes, consciente de que, si no digo algo, van a acribillarme a preguntas.

—No lo conocemos, pero yo creo que no va a gustarnos —asegura Diego—. Amelia es demasiado buena para cualquier tío.

—En eso estoy de acuerdo, aunque suene un poco cavernícola. —Nate se encoge de hombros—. Ya veremos cómo es, pero mejor hablemos de ti. ¿Qué has hecho hoy?

Sonríó a duras penas y les hablo de mi día, aunque, como ya he dicho antes, no hay mucho que contar. En realidad, solo divago un rato hasta que me despido de ellos, cierro el portátil, cojo mi móvil y escribo un mensaje para Amelia.

Yo: ¿Por qué no me contaste que tienes novio?

Acaricio los bordes del teléfono dispuesto a mandárselo, pero entonces recapacito y caigo en la cuenta de que no tengo derecho a hacerle una pregunta así. Si no me lo ha dicho pues habrá tenido sus razones, aunque me duela, así que borro cada palabra, tiro el móvil sobre la mesita de noche y cierro los ojos intentando calmarme y no imaginarla en brazos de otro tío, porque es una mierda darme cuenta de que esto es solo otra cosa más que me aleja de ella y de un nosotros que, por desgracia, nunca ha estado cerca de existir.

* * *

—Se come los Doritos de uno en uno y se limpia los dedos cada vez que lo hace, Einar. Es más raro que un piojo verde.

Me río ante las palabras de Diego, que me habla desde su cama. Lo sé porque veo el cabecero y porque ya se le ha caído el móvil dos veces debido al sueño que tiene. Está contándome cómo es Nacho, el novio de Amelia y, aunque algo me quema por dentro con fuerza, no puedo evitar sonreír, porque tal y como lo describe Diego, parece un idiota. Lo que no sé es qué ha podido ver Amelia en él.

—Si ella es feliz... —digo en tono lacónico.

—Ya, esa es la putada, pero a mí no me gusta.

—A mí tampoco. —Julieta entra en plano a empujones y sonríe—. Hola, vikingo.

—Hola, Juli. ¿Cómo estás?

—Bien, tengo las tetas un poco hinchadas porque me tiene que venir la regla, pero por lo demás, genial.

—Julieta, joder. —Diego chasquea la lengua y la aparta con cuidado—. ¿Te parece normal darle esa información a Einar?

—Me ha preguntado cómo estoy.

—Era una formalidad.

—El vikingo y yo no tenemos formalidades, poli. Él me ha preguntado cómo estoy y yo se lo he dicho. Si tienes que reñirle a alguien, que sea a él.

Diego me mira y yo alzo la mano que tengo libre, encogiendo los hombros.

—Me declaro inocente.

Julieta se ríe y Diego, al final, también. Es increíble lo bien que nos seguimos llevando los tres pese a que ella, en su día, fuera mi novia. Claro que yo de eso ya casi no me acuerdo. Solo pienso en ello cuando divago sobre las muchas dificultades que tengo para intentar acercarme a Amelia y descubrir si esto que siento es verdadero o ha nacido fruto de... de nada, porque estoy seguro de que no lo he sentido antes, así que, o es amor, o es una úlcera, pero a mí algo me aprieta y agujerea con fuerza cada vez que pienso en ella.

—En fin, que el Nacho este es un idiota y espero que dure poco con ella, la verdad. Amelia se merece a un tío que se coma los Doritos a puñados.

—¡Y no bebe! —exclama Julieta, entrando de nuevo en el plano—. No bebe ni una gota de alcohol. Yo no digo que tenga que beber a diario, pero una cervecita de vez en cuando alimenta, tú bien lo sabes.

—Bueno, será un chico sano —contesto.

—Yo soy un chico sano y me encanta la cerveza —replica Diego.

—Yo solo digo que es raro y tiquismiquis. Además, que no veo que sea trigo limpio. —Abro la boca para preguntarle en qué se basa para pensar así, pero ella me interrumpe—. Ya, ya sé que vas a decirme que debería darle una oportunidad y que juzgar a la ligera está muy feo, pero Einar, tú sabes cómo es Amelia; es demasiado dulce, caritativa y buena. El tío este dice que colabora en un montón de ONG, pero yo creo que lo hace por fardar, porque no veas cómo le gusta ponerse por las nubes.

—Eso es cierto. —Diego asiente, dándole la razón a su chica.

—Bueno, es Amelia quien decide —susurro, pese a no sentirme bien.

Y no me siento bien porque por dentro estoy deseando contarles lo que siento y ponerme a insultar al tal Nacho, no por los Doritos que se come de uno en uno, ni por la cerveza que no se bebe, sino por existir. Simple y llanamente por existir.

Ellos hablan un poco más, pero yo no tengo ánimos de nada, la verdad. Solo puedo pensar que, si ella lo ha metido en su casa, lo ha llevado a una barbacoa familiar y pretende hacer que forme parte de Sin Mar y de la familia que yo añoro y, a escondidas, considero mía, yo no puedo hacer otra cosa, más que seguir con mi vida e intentar que los ratitos que estoy a su lado, cuando puedo viajar, sean memorables para tener algo que recordar siempre.

Y no es que renuncie a Amelia, es que, para poder renunciar, antes tendría que haber tenido alguna oportunidad y no ha sido el caso. Claro que eso no quiere decir que, si en un futuro, por lo que fuera, yo pudiese volver, no lucharía por intentar hacerme un hueco en su corazón, porque, joder, lo haría, de eso no tengo ninguna duda.

Einar

Me quito el culo de Julieta de la cara a tiempo de ver a Amelia enredarse en la toalla que dejé antes en la hamaca para cuando quisiera salir.

—¡Julieta, sal de ahí! —exclama Diego llegando a donde estamos.

—¡Está calentita, poli! Quítate la ropa y ven aquí, que voy a hacerte un hombre.

—Los vecinos podrían veros en cualquier momento. ¿En qué pensabais vosotros dos? —me pregunta mi amigo.

—Pues...

—¡No seas cascarrabias! —interrumpe Julieta—. Y si los vecinos nos ven, mejor. A ver si sale Lerdisusi y le pongo los dientes largos demostrándole que mi hombre ahora es padre de familia, pero no por eso follamos menos.

Lerdisusi es la vecina de al lado y, además, exnovia de Diego. Es más mala que el veneno y Julieta y ella se odian desde antes de que la primera saliera con el poli. Es un odio de toda la vida, en realidad.

—Julieta, joder. —Diego resopla, pero está a punto de echarse a reír, conozco bien a mi amigo.

—Venga, ven aquí y dame un besito.

Ellos pasan de discutir a tontear con esa facilidad tan suya de siempre y yo me pongo de pie y salgo de la piscina, lamentando lo inoportuna que ha sido Julieta.

Joder, hemos estado tan cerca de dar un paso...

Conste que no he hecho esto para conseguir algo de Amelia; lo he hecho porque de verdad creo que necesita despejarse y disfrutar de las cosas bonitas de la vida. Tiene que ser un poco egoísta y pensar, aunque sea por unos días, en ella y solo en ella. Y lo estaba consiguiendo, lo he sentido, sobre todo porque por fin ha bajado la barrera y me ha dejado ver todo el dolor que ella también siente. No sé por qué está haciendo esto; por qué nos hace esto a los dos, pero sé que Amelia tiene un modo de pensar distinto al resto y, para ella, debe tener sentido. Lo que odio con toda mi alma es haber visto el dolor en sus ojos cuando se ha levantado para irse y no saber a qué se debe. No sé si son celos de Julieta, pero lo dudo, porque Amelia adora a su hermana, pero quizá le pesa demasiado que nosotros estuviéramos juntos. A lo mejor es algo insalvable, pese a que me ha dejado claro que ella también ha sufrido por nuestro distanciamiento a raíz del casi beso.

No lo sé, estoy hecho un lío y ahora mismo solo puedo pensar en que se acaba de escabullir del jardín y yo me he quedado aquí, viendo a mi amigo besar a su chica con todo el amor del mundo, cargándose una escena que era mía. Era mía, maldita

sea, y la rabia es tal que tengo que cerrar los ojos y tomar aire con fuerza. Aun así, me repongo, porque ellos tampoco tienen la culpa, ni lo han hecho a conciencia, así que me envuelvo en la toalla y veo cómo Julieta y Diego dejan de besarse y miran hacia la puerta de la cocina, que da al porche.

—¿Por qué se ha ido Amelia tan deprisa? —pregunta Julieta.

—Frío —respondo en tono seco, y luego para intentar arreglarlo lo alargo un poco—. Seguro que tiene frío.

—Igual le ha molestado que te metas en medio. —Diego decide ser claro en su postura—. Es que has irrumpido en algo que Einar ha preparado para ella, no para ti.

Julieta frunce el ceño y hace amago de protestar, pero antes de hablar se para, mira la piscina y vuelve a fruncir el ceño.

—Es que me he venido arriba porque Marco se ha quedado esta tarde cubriéndome en la tienda. Tenía tiempo libre y pensé en sumarme a vuestros planes —me dice ella—. Me he pasado de lista, ¿no? ¿Voy a hablar con ella?

—No creo que haga falta. Tenía mucho frío, de todos modos.

Mentira, es mentira. O sea, sí, tenía mucho frío, pero estaba bien, sentía sus piernas sobre las mías y nuestras manos estaban enlazadas. Era todo perfecto.

—Pues espero que no se mosquee conmigo, porque ahora que estoy organizando la salida de chicas no quiero quedarme sin ella y, si Amelia no viene, no tiene mucho sentido.

—¿Salida de chicas? —pregunto.

—Sí, como Amelia vuelve a estar soltera, he decidido organizar una salida de chicas para que se suelte un poco la melena, disfrute de su soltería y eche un polvo de una noche. Ya sabes, de esos que te dejan con una sonrisa tonta en los labios y la entrepierna escocida.

—Madre mía, qué bestia eres —dice Diego antes de echarse a reír. Luego me mira y su gesto se vuelve más serio. Quizá nota el grado de ansiedad que he alcanzado en unos pocos segundos—. De todas formas, Amelia ha dicho que no quiere echar un polvo con nadie.

—Eso lo dice ahora, pero cuando se beba sus buenos cócteles, con sus buenos cubatas y sus buenos chupitos para regarlo todo se le pasa la tontería. Amelia necesita follar con alguien sin compromisos. Disfrutar del sexo sin sentimientos.

—Amelia no es así —digo muy serio—. A ella no le gusta el sexo casual.

—A ti tampoco y lo has tenido, ¿no?

Yo de piel soy blanco, pero creo que acabo de conseguir la tonalidad de la nieve. Tiene toda la razón. El sexo casual no es lo mío, no me gusta, creo que es frío e impersonal y lo sé, precisamente, porque lo he practicado, así que, si yo lo he hecho, ¿por qué no iba a hacerlo ella? Quizá cree que es lo mejor para poner el fin definitivo a su historia con Nacho y empezar una nueva vida, o puede que ahora no lo vea, pero esa noche de chicas conozca a algún imbécil que despierte su deseo.

—Sigo pensando que deberías respetar a tu hermana. —Mi amigo habla con calma y dulzura a su mujer—. No la presiones, Julieta, ella necesita tiempo para asimilar su nueva situación. Además, yo tampoco la veo destrozada por lo de Nacho.

—Me apuesto lo que sea a que, en el fondo, sigue sufriendo. No quiero ni imaginar cómo se pondría el imbécil para que ella diera el paso, por fin, de dejarlo.

Diego le da la razón y siguen hablando un poco más, hasta que vuelven al tema de la noche de chicas. Diego le recuerda que este sábado no puede ser, porque es el cumple de Marco y vamos a celebrarlo aquí, con una barbacoa.

—Tendrá que ser el viernes —dice ella entonces.

—¿El viernes? ¿Y estar resacosa en el cumple? —pregunta Diego.

—Bah, somos jóvenes, todavía podemos aguantar un tirón así. Además, en la noche de chicas yo duermo aquí y tú cuidas de Chucky y las gemelas.

—¿No vas a dormir conmigo?

La pregunta, más que indignada, ha sonado triste. Sonríe sin remedio, porque jamás pensó que vería a mi amigo Diego así. Él, que no creía en el amor, ha convertido a Julieta en sus pies, sus manos, sus ojos y, en definitiva, su vida entera. Tanto que sé que, si Juli se queda aquí a dormir, mi amigo no descansará igual.

—Prefiero dormir aquí lo poco que pueda y descansar. Además, así amanezco ya lista para preparar el cumple.

Diego claudica y Julieta entra en casa disparada para contarle a Amelia que en apenas dos días van a salir de fiesta. Yo no puedo evitar fruncir el ceño y, cuando mi amigo me da un toque en el hombro, lo miro de mala gana.

—Ahora sé lo que sentiste, ¿sabes? —pregunta entonces Diego.

—¿Qué?

—La noche antes de irte a Nueva York. Ya habías roto con Julieta y yo me presenté en la tienda para invitarla a cenar. Ya estaba loco por ella, pero no te dije nada. Os encontré allí despidiéndose, te invitamos a cenar, pero te fuiste a casa. ¿Te acuerdas? —Asiento y él sonríe—. Cuando llegué te encontré en el sofá, esperándome. Me cagué de miedo porque creía que te perdía y para mí eras y eres más que un amigo. Ya perdí un hermano y no soportaba la idea de perder otro.

—Nunca me vas a perder —contesto con seguridad.

—Ahora lo sé, pero aquella noche tuve dudas. Tú me preguntaste hasta cuándo iba a seguir mintiéndome. Recuerdo exactamente lo que dijiste: «¿No piensas confesar nunca? ¿Vas a dejar que me vaya sin contármelo?». Joder, no sé cómo no me puse a tartamudear.

Me río un poco recordando aquella noche en la que Diego me miraba como un cachorro apaleado y yo esperaba paciente que confesara que estaba enamorado de Julieta. Lo hizo con toda la culpabilidad del mundo. Hablamos, le prometí una y otra vez que ella no era la mujer de mi vida, aunque la quería mucho como amiga y le hice jurar que no le haría daño nunca. Luego Nate llegó y bebimos cervezas hasta el amanecer, cuando me marché a Nueva York con el corazón roto, no por el desamor

que no llegué a sentir, sino por dejar a mi familia. Yo, que había llegado a España desde otro país, el mío de origen, me sentí aquel día como no lo hice cuando dejé Islandia. Fue el día que sentí el dolor de un emigrante que deja su tierra y se aleja de su gente sin querer, movido por una oportunidad laboral que no puede rechazar.

—Ahora sé lo que sentiste —repite—. ¿Hasta cuándo, Einar? —Agacho la mirada y él baja la voz—. ¿Hasta cuándo vas a cargar tú solo con todo ese peso?

—No sé cómo... No sé cómo hablar sin quedar mal o parecer un oportunista —contesto, todavía en inglés, porque no me veo capaz de manejarme en español ahora mismo.

—¿Oportunista tú? —Diego se ríe entre dientes y niega con la cabeza—. Creo que no hay nadie menos oportunista que tú, vikingo.

—Diego, es que yo... —Le miro de nuevo y, cuando veo su sonrisa y sus ojos calmados, me armo de valor—. Yo la quiero —susurro.

—Lo sé —dice él murmurando también—. Lo que no sé es desde cuándo.

—Años —confieso.

—¿Años? —pregunta sorprendido.

—Años —confirmo con un suspiro—. Yo no podía hacer nada; estaba lejos de ella y al principio pensé que igual estaba confundido. No podía creer que, cuando por fin me había enamorado como soñé toda mi vida, lo había hecho de la hermana de mi exnovia. —Me río con sarcasmo y me froto los ojos—. Joder, es todo tan complicado... parece imposible.

—¿Tú crees? —pregunta mi amigo. Le miro sin entender y él sonrío—. Yo me enamoré de la novia de mi mejor amigo y la vecina de la que era mi novia. Una mujer alocada, altanera y que, al principio, odiaba. Ahora tenemos tres hijos, uno de ellos de veinte años y que, en realidad, es mi sobrino, hijo de mi hermano muerto y una yonqui que le dio una vida de mierda hasta los diecisiete, cuando lo conocí de malas maneras. Un adolescente que hizo y hace que yo viva acojonado por si un día decide que no somos lo bastante buenos para él y se larga. Un hombre ya, que vive con un millón de demonios que intenta espantar a diario mientras nosotros procuramos estar ahí para él sin saber si lo hacemos bien o no. No me hables de situaciones complicadas, Einar. No me digas a mí que hay historias imposibles.

Trago saliva y agacho la cabeza, porque Diego tiene razón. Él ha pasado por mucho para estar con Julieta. Aún pasan por mucho, pero lo hacen juntos, unidos e invencibles ante los problemas; sabiendo que los finales felices son una invención, porque la felicidad no está en ningún final, sino en los detalles del día a día. En un beso, un abrazo, en arropar a sus bebés por las noches o abrazar a Marco cuando vuelve a casa cada día, porque ha vuelto, solo por eso. La felicidad está en amar a otras personas más que a ti mismo y saber que te corresponden, aunque todo lo demás esté patas arriba.

—Estoy intentando hacerla feliz —digo entonces—. Más allá de eso, no sé qué más puedo hacer. Hace unos minutos estábamos a punto de llegar a algo más, no sé el

qué, pero algo más. —Me paso una mano por la nuca y me la froto con fuerza—. Hay mucho que quiero contarte. A los dos, a ti y a Nate. Sois mis hermanos y ya he aguantado esta carga yo solo demasiado tiempo.

Diego asiente, palmea mi espalda y sonrío justo cuando Julieta nos avisa para que nos metamos en casa antes de que yo coja una pulmonía de verdad.

—El viernes ellas estarán de noche de chicas y nosotros haremos noche de chicos. —Frunzo el ceño y Diego se ríe—. Tú deja que hable con Nate y lo organice.

—Los niños...

—Deja eso en nuestras manos. Venga, vamos.

Entramos en casa y Diego informa a Julieta de que el viernes haremos una cena en casa de Nate, que no está aquí, pero suponemos que estará de acuerdo.

—Nos quedaremos con los niños y dormiremos en su casa. Se lo decimos a Álex también para que se traiga a Óscar, claro. Javi, tú también vienes, ¿no?

—Mejor —dice el padre de los cuatrillizos—. Os largáis todos y me dejáis con mis nietos. Creo que es hora de que los abuelos organicen una gran fiesta de pijamas. ¿Qué dices, mi vida? —pregunta a Sara, que sonrío de inmediato.

—Me parece una idea fantástica.

—No, no, esperad, esto se está yendo de madre —dice Julieta—. La idea era que nosotras, las chicas, saliéramos de fiesta. ¡Sara, tienes que venir!

—Cariño, yo la verdad es que prefiero quedarme tranquila en casa. Aprovecharé para disfrutar de todos mis pequeños una noche entera y vosotros podréis salir a donde queráis con calma.

—Es mucho trabajo, son tres bebés y Óscar —le recuerda Amelia.

—He criado a cuatrillizos, preciosa. —Javier sonrío y le guiña un ojo a su hija—. Sé bien cómo controlar la situación.

—Pues ya tenemos planes. —Diego me mira con cara de pillo—. Supongo que ahora ya no sirve la casa de Nate y vamos a tener que ir de fiesta. ¿Qué dices, vikingo? ¿Listo para quemar las pistas de baile?

Yo no quiero salir de fiesta y menos pensando que Amelia está por ahí mientras sus hermanas la animan a tirarse a un desconocido, pero cuando Diego me guiña un ojo pienso que él no es tonto, está tramando algo, no sé el qué, pero sonrío y asiento, claudicando.

—Está bien.

Julieta protesta, porque no ve bien que los chicos nos vayamos de fiesta y ya está advirtiéndome a Diego que más le vale comportarse y no ligar con ninguna por ahí. Yo me río, porque es muy graciosa cuando se pone celosa sin ningún motivo y miro a Amelia, que también sonrío. Nuestras miradas se cruzan por primera vez desde que salió del jardín. Está vestida con un pantalón de pijama y un jersey de lana enorme que me hace pensar cómo le quedaría un jersey mío; una de tantas fantasías que tengo con ella. Me encantaría verla con mi ropa, acurrucándose contra mí y dejándome abrazarla y besarla a placer. Ella sonrío un poco en mi dirección, pero sus ojos están

apagados, hay algo que ha roto la conexión que habíamos logrado crear en el jardín y no saber qué es me está volviendo loco.

Hablamos un poco de los planes de este viernes, Alex está de descanso, así que es una suerte, y Diego dice que hará lo posible para que Marco cambie el turno y se venga, si es que quiere, claro, que el chaval lo mismo se pega como una lapa a nosotros que nos llama viejos y se va a su bola, como hacía en el *camping* alguna vez. Yo pienso por un momento cómo voy a contarle a Nate y a Diego lo que ocurre entre Amelia y yo en intimidad, pero mi amigo me da la solución cuando me pide que vayamos a recoger a Nate al trabajo y así le contamos los planes del finde.

—Pero ¿Nate no se ha ido en su coche? —pregunto.

—Hoy no, se lo quedó Esme porque el suyo está en el taller, así que vamos, venga, la aviso por Whatsapp de que le recogemos nosotros. —Diego no ha acabado de hablar cuando ha sacado el móvil de su bolsillo y se ha puesto a teclear.

—Esto suena a cervezas de trillizos —dice Julieta riéndose—. ¿Te veo ya en casa, poli?

—Sí, pequeña.

La besa en los labios y yo miro a Amelia, deseando poder hacer lo mismo. Por supuesto, no haré ni siquiera el amago, pero sí me acerco a ella y le sonrío como puedo.

—¿Pasamos tarde mañana juntos?

—Oh... Sí, supongo —susurra ella.

—Mola. —Beso su mejilla y sonrío cuando siento su respiración trastabillar. Detalles tontos que me animan un poco—. Te veo esta noche.

Amelia asiente, Diego me insta para que nos vayamos de una vez, pese a que queda un rato para que Nate acabe en el hospital y yo me despido de todos antes de salir y subir en el todoterreno de mi amigo.

El camino es silencioso, Diego no me pregunta nada más de Amelia, pero cuando recogemos a Nate y este entra en el coche, nos lleva a un bar y, una vez sentados en una mesa, me pide que hable sin dejarme nada en el tintero. Y yo lo suelto de sopetón, porque no soy cohibido de natural, así que no iba a serlo ahora con mis dos mejores amigos. Además, tenía más miedo de que Diego no lo entendiera que de Nate, porque es una persona que empatiza muchísimo con todo el mundo, así que me encojo de hombros, doy un sorbo a la cerveza que he pedido y suelto la bomba.

—Estoy enamorado de Amelia —digo en inglés.

Diego se ríe un poco, Nate sonrío y mira al primero elevando las cejas antes de hablar.

—¿Era eso? Ya lo sabía, pero gracias por confiar en mí de una vez por todas.

—¿Qué...? ¿Cómo que lo sabías?

Diego y Nate se ríen de buena gana y yo frunzo el ceño.

—El vikingo se sigue pensando que la policía es tonta —murmura Diego.

—O los médicos —sigue Nate antes de mirarme—. Somos tus mejores amigos, Einar. Sé bien lo que piensa esa cabecita tuya, aunque no lo creas, y los dos hemos visto y comentado muchas veces cómo te quedabas embobado con Amelia. De hecho, pensábamos que tú no te habías percatado aún. Ya sabes, como que te negabas la evidente atracción que sientes.

—Y que se te notaba mucho que querías matar a Nacho cada vez que estabas con él —sigue Diego.

—También. —Nate se ríe y agita los hombros—. Bueno, eso lo hemos deseado todos en algún momento, pero no se me olvidará la cara de asesino en serie que se te puso cuando, en el *camping*, Amelia aceptó ir contigo a surfear y luego se echó atrás por culpa de su novio.

—Ah, sí, el *camping*... —susurro—. Estuve a punto de besarla. —Esta vez consigo que los dos se queden con la boca abierta y me río entre dientes—. No sois tan listos, después de todo.

—Vale, bien, cuéntenos toda esta historia desde el principio, por favor, porque está claro que, por chulos que nos pongamos, nos hemos perdido partes importantes —dice Diego.

Y lo hago, les cuento todo lo que ha pasado con Amelia, el sufrimiento de tenerla lejos, primero, el de saberla con novio, la euforia de tenerla a centímetros de mi cara en verano, estar a punto de besarla y luego... luego el dolor llenándolo todo cada vez que Amelia me evitaba o, directamente, me ignoraba, mientras Nacho seguía a su lado. La resignación cuando me di cuenta de que yo no sería para ella más que un amigo y la aceptación, porque prefería ser su amigo, antes que intentar estar con ella de nuevo y acabar alejándola, como ya pasó en el *camping*.

Ahora, sin embargo, algo ha cambiado. Ella ya no está con Nacho y siente algo, no sé el qué, pero hay algo, aunque esté cubierto por un montón de sentimientos nocivos que la hacen entristecerse. Mis amigos me escuchan con atención, flipando en muchas partes de mi relato y comprendiendo muchas cosas al final.

—¿Y ahora? —pregunta Nate—. ¿Qué harás?

—De momento me conformo con seguir dándole unas vacaciones de ensueño —contesto—. Solo quiero hacerla feliz, que se ría y se olvide de todo, menos de sí misma, aunque no voy a negar que tengo miedo de que le salga tan bien que el viernes, en la noche de chicas, decida darse un homenaje con cualquier desconocido que le atraiga. —Suspiro y me froto los ojos—. Está en todo su derecho, pero eso no significa que no me duela.

—Tienes que contárselo a Julieta para que deje de meterle la idea de tener sexo casual el viernes.

—¿Qué? —Miro a Diego con los ojos de par en par, llenos de terror—. No, ni de coña. Juli es una bocazas, se lo diría todo y, aunque Amelia sabe que quiero algo con ella, no necesita tener toda la información. Se asustaría más y... No, Diego, prométeme que no le dirás nada.

—Está bien, tranquilo. —Mi amigo alza las manos—. No le diremos nada, pero te la juegas, lo sabes, ¿no? —Asiento.

—Lo sé, pero no puedo hacer nada, y tampoco quiero. Si Amelia siente en algún momento que quiere acostarse con otro que no sea yo... —Me encojo de hombros—. Bueno, no puedo, ni quiero hacer nada, porque no soy nadie para quitarle esa libertad.

—Pero tú la quieres —susurra Nate.

—La adoro, por eso tengo menos derecho que nadie de quitarle la oportunidad de hacer lo que su cuerpo y su alma le pidan en cada momento. Yo quiero que Amelia aprenda a disfrutar de las cosas de la vida sin sentirse mal ni pensar en los demás. A veces, tenemos que ser egoístas y regalarnos cosas que nos hagan felices solo a nosotros, y si para eso tiene que tener sexo con otro, pues... —Suspiro resignado y continuo—. Pues que así sea.

Diego y Nate me miran muy serios, intentando entender mi razonamiento, supongo, pero para mí está muy claro. ¿Cómo voy a pasarme toda una semana haciendo que Amelia viva su vida sin pensar en nadie y luego voy a impedir, de alguna forma, que lo haga cuando sale con las chicas? Sería hipócrita y rastrero, y yo no soy así. Si Amelia desea estar con otro, aunque a mí se me parta el alma, que lo haga, que disfrute de todo lo que quiera. A mí solo me queda intentar que comprenda que, si ella quisiera, yo daría todo lo que tengo por hacerla feliz y a cambio no le pediría más de lo que ella estuviera dispuesta a darme por voluntad propia, sin presiones y como una mujer libre de todas las cadenas que ella misma se impone.

Yo solo deseo que Amelia se libere de todo lo que la oprime de alguna forma y luego me quiera sin medidas, de la misma forma en que yo la quiero a ella.

¿De verdad es tanto pedir?

Tirito una vez más y me pregunto dónde estará Rubén. Hemos quedado a las cuatro y ya son casi las cinco. Estoy de mal humor, me estoy jugando el puesto, otra vez, y para rematar he pasado una noche infernal, porque Einar llegó tardísimo anoche y no pasó por mi habitación, pese a que dejé la puerta encajada y la luz de la lámpara encendida para que viera que estaba despierta. Claro que, ¿qué esperaba? Yo me he largado del jardín dejándolo solo con Julieta y Diego. Y sí, se despidió de mí con una sonrisa antes de marcharse con mi cuñado, pero eso es porque es un sol. Debe de pensar que soy bipolar y no me extraña. Ayer mismo le dije que hoy pasaríamos la tarde juntos y aquí estoy, aguantando el frío y esperando a un chaval con el que no debería tener ningún contacto, por mucho que me haya llamado para pedirme ayuda.

Vuelvo a pensar en la pesadilla de noche que he pasado sin poder dormir e imaginando a Einar con un montón de chicas preciosas este viernes, cuando salga de fiesta. Que sí, que ya sé que yo también salgo, pero no es lo mismo, porque yo estoy segura de que no podré siquiera mirar a otros. Me muerdo el labio y pienso que él tampoco lo hará, porque me dejó claro ayer que estaba interesado en mí, pero aun así...

Y ahora, para rematar, estoy dejándolo tirado. Ya me ha llamado dos veces y no lo he cogido porque no quiero mentirle, pero tampoco quiero decirle que estoy en el peor barrio de la ciudad jugándome el puesto porque el chaval por el que tengo vacaciones ha contactado conmigo, otra vez.

Cuando por fin aparece lo hace con una mejilla morada y un corte en la barbilla. Disimulo mi sorpresa, llevo mucho tiempo haciéndolo y es irónico, pero con lo mal que miento en mi vida privada, en mi vida laboral soy una máquina tapando el dolor que puedo llegar a sentir por ellos.

—¿Qué ha pasado?

—Necesito dinero —dice por toda respuesta, bastante nervioso.

Es arisco, altanero y tiene una vida tan lamentable que me resulta imposible hablarle mal o contestarle en el tono que lo haría cualquier otro.

—¿Para qué?

—Lo necesito si no quiero que la otra mitad de mi cara acabe igual que esta o peor, ¿vale? —Habla con cuidado, aunque no lo parezca, asegurándose de que no me da más información de la cuenta.

—No puedo volver a darte dinero, Rubén, me la estoy jugando.

—Nadie se va enterar. Si tú no dices nada, yo tampoco, y te lo devolveré en cuanto me vaya un poco mejor, Amelia. —Guardo silencio y él chasquea la lengua—. ¿No eras tú la que quería ayudarme en lo que fuera? Dijiste que podía contar contigo para salir de esta vida de mierda.

—Rubén...

—Para salir de esta vida de mierda necesito dinero para coger un tren, un autobús, un puto avión o lo que sea y largarme, Amelia.

—¿Qué ha pasado?

—Nada que tengas que saber.

—Rubén...

—¡Que me dejes dinero, joder! No tengo tiempo para mierdas.

La opción coherente es decirle que no, intentar que vaya mañana a la asociación, aunque eso implique que yo me delate otra vez, y buscar una solución a lo que sea que esté ocurriendo, pero conozco bien cómo van estos temas y Rubén jamás permitirá que eso ocurra. Nunca acusará al que le ha hecho ese destrozo en la cara. Las reglas de la calle son complicadas, enrevesadas y, a menudo, injustas para las víctimas.

—¿Cuánto necesitas? —Él me lo dice y yo abro los ojos de par en par—. No tengo ese dinero encima.

—Vamos a un cajero.

—Rubén, oye...

—Vamos, joder, vamos, Amelia. —Su tono es hosco, está enfadado, pero, sobre todo, desesperado, y no hay nada más peligroso que la desesperación—. Tienes que ayudarme. ¡Lo prometiste!

Podría decirle que él prometió cambiar su comportamiento, entre otras muchas cosas, pero me temo que no serviría de nada. Rubén es un chico que ha sufrido abusos de todo tipo en su casa y fuera de ella. Un caso duro en extremo que ha servido para convertirlo en un chaval de diecisiete años con demasiada rabia contenida. Es ahora, viendo sus ojos oscurecerse, cuando pienso que Jorge tenía toda la razón del mundo al recomendarme encarecidamente mantenerme alejada de este tipo de relaciones fuera de la asociación. Rubén está enfadado, no va a conformarse con una negativa y, como sé bien que esto puede acabar mal, porque no tengo el don de las actrices de películas capaces de convencer a un ladrón de enfundar su arma e irse a casa, o a un chico de que no salte por la terraza de un rascacielos, decido claudicar y asentir. Mejor darle dinero que salir de aquí mal parada, así que lo guío hasta mi coche, sube y conduzco hasta el cajero que me indica, pese a que yo preferiría hacerlo fuera de este barrio. Rubén está tan nervioso que no atiende a mis recomendaciones, así que bajamos y saco todo lo que puedo, llegando al límite impuesto por mi banco, mientras él se pone cada vez más y más nervioso. Murmura que se queda sin tiempo y mi pulso late desbocado, porque imagino que alguien está buscándolo para acabar el trabajo que han empezado en su cara. Ni siquiera le vuelvo a preguntar qué ha hecho para meterse en este lío, pero tengo claro que es algo gordo.

En este momento me encantaría volver a casa, ir al dormitorio de Einar y pedirle que me lleve a disfrutar de una tarde más de vacaciones. Que me haga olvidar al resto del mundo. Eso, por desgracia, es imposible, así que intento aparentar una calma que

no siento. Rubén no puede ver mi miedo, porque entonces se crecerá. Que yo quiera ayudarlo no significa que sea estúpida y no entienda que, aunque menor de edad, ya es un hombre y tiene el suficiente odio recorriéndole las venas como para hacer una tontería.

—Necesito más —dice cuando le entrego todo lo que el cajero me ha dado.

—No hay más, Rubén. Esto es todo lo que me dará el cajero hasta mañana. —Él aprieta los dientes y yo señalo la tarjeta que acabo de sacar de la ranura—. Estabas aquí conmigo, lo has visto.

—Tendrá que valer —dice antes de coger aire con fuerza—. Te agradezco mucho esto, Amelia, de verdad que sí. Algún día te lo devolveré todo, te lo prometo.

No me creo su promesa, he oído demasiadas de esas y estoy segura de que él también, así que me limito a sonreír un poco.

—Tranquilo.

Él también sonrío, lo que es bueno. Ya pensaré después que acabo de quedarme sin un buen pico de dinero; eso ahora es lo de menos, si consigo calmar un poco a Rubén.

—Lo siento, Amelia, de verdad que siento todo esto.

Sonrío y estoy a punto de decirle que no se preocupe, cuando tira de mi bolso con fuerza, arrancándomelo. Abro la boca sorprendida porque, pese a lo que pueda parecer, nunca me ha pasado algo así. Me han insultado, me han empujado alguna vez y me han seguido en un par de ocasiones, pero nunca me han robado así, de tan malas maneras. Rubén no corre, sino que abre el bolso, rebusca dentro y, ante mi cara de estupefacción, saca las llaves del coche y va hacia la acera en la que lo he dejado aparcado.

—Rubén, oye, Rubén. ¡Rubén! —exclamo cuando le veo subirse en mi coche, consciente de que da igual lo que haga, porque no voy a poder pararlo.

Aun así, le sigo y me agarro al manillar de la puerta.

—¡Te lo devolveré todo, te lo juro! —grita desde dentro—. ¡Acabas de salvarme la vida!

Yo sigo zarandeando la puerta, intentando que no cierre del todo y no me robe el maldito coche, pero él la empuja con fuerza haciéndome caer de culo en la acera, arranca y acelera, llevándose mi coche, mi bolso y mi dinero. Miro cómo se aleja mientras me invade una sensación de absoluta incredulidad. Me siento más tonta que nunca, porque llevo años en este trabajo y, pese a saber que corría ciertos riesgos, siempre creí en la gente con la que trabajaba y a la que intentaba ayudar. He sufrido mucho por muchas cosas, pero nunca he sentido que fuese una inepta. Jamás me he sentido estúpida por cometer tantos errores. No debí venir a este barrio, para empezar, pero menos aún guiar a Rubén hacia un cajero. Claro que, de no haberlo hecho, ¿qué habría pasado? Quizá ahora tendría la cara como él, o puede que peor. No me consta que tenga denuncias por acoso o maltrato a las mujeres, pero en el estado en que estaba, no sé qué hubiese pasado.

Metó las manos en los bolsillos de mi abrigo al borde de las lágrimas y suspiro de alivio cuando mis dedos rozan mi móvil. Gracias al cielo que no estaba en el bolso. Lo saco y llamo a Einar casi sin pensar. Él lo coge al primer toque.

—Necesito que me ayudes. —Se me escapa un sollozo antes de poder acabar la frase. Cojo aire con fuerza e intento relajarme—. Einar, tienes que venir a por mí.

—¿Dónde estás? —pregunta con la voz más seria que le he oído nunca.

Le doy la dirección y no tengo tiempo de despedirme, porque me cuelga antes. Me apoyo contra el cajero y me maldigo en silencio por haber sollozado al teléfono, porque supongo que ahora estará preocupado en exceso.

Tarda algo menos de media hora en llegar y, teniendo en cuenta que yo he hecho el mismo recorrido en más de cuarenta minutos, puedo imaginar que ha venido conduciendo como los locos.

Einar baja de la moto sin ponerle la patilla, lo que hace que esta caiga sobre el asfalto, pero a él parece no importarle, porque viene hacia mí y me abraza con tanto ímpetu que ahogo una exclamación.

—¿Estás bien? ¿Estás herida? ¿Te han hecho algo? —pregunta en inglés, separándose de su cuerpo mientras me agarra por los hombros y con una voz que denota un nerviosismo que creo que no he visto nunca en él—. Dios santo, Amelia, contesta, ¿qué ha pasado? —Examina mi cara mientras mis lágrimas se desatan, ahora con más fuerza.

—Estoy bien, no me han hecho daño —consigo susurrar entre hipidos mientras él revisa mi cuello y toca mis hombros y mis costados en busca de alguna herida—. Lo siento, lo siento mucho, no tendría que haberte llamado, pero es que... —Un nuevo sollozo escapa de mi garganta—. He sido tan estúpida, Einar. Sabía que no tenía que venir y, aun así, salí corriendo en cuanto él me llamó.

—¿Quién? ¿Quién te llamó? ¿Dónde está tu coche?

—Me lo han robado, junto con mi bolso, mi dinero y...

Vuelvo a sollozar y él me coge por la nuca y me pega a su pecho, apoyando la barbilla en mi cabeza y permitiéndome llorar de rabia, pero, sobre todo, de alivio, porque, aunque me cueste reconocerlo, esta vez he pasado mucho miedo. He estado en situaciones muy difíciles varias veces, pero nunca me he visto sola ante el peligro, como ahora, y agradezco como nadie imagina estar con él y que todo haya salido medianamente bien, si olvidamos lo material.

—Shh, ya está, cariño, ya pasó.

Cierro los ojos, aspiró su aroma y me aferro a su cintura con fuerza, intentando calmarme para poder contarle todo lo que ha ocurrido.

—Vámonos de aquí, por favor —susurro después de unos minutos—. Te lo contaré todo en casa.

—¿No quieres ir a la policía? —Le miro a los ojos por primera vez y él acaricia mis mejillas con sus pulgares, limpiando todo rastro de lágrimas—. Tienes que denunciar el robo.

—Esperaré un poco. —No sé si es una buena idea, porque el ladrón aún es menor, me conoce y todo es demasiado... complicado—. Te lo contaré todo en casa —repito.

Einar asiente y vamos hacia su moto, la levanta del suelo y se sube sin mirar siquiera si tiene un arañazo, lo que indica lo nervioso que está, porque le encanta su moto y la trata con mucho mimo siempre. Me da su casco, porque con las prisas no ha traído el que yo suelo usar y, aunque no me gusta que él vaya sin nada, acepto y rezo para que no nos pase nada ni nos multen.

Apoyo la mejilla en el centro de su espalda y le abrazo con fuerza, como siempre, deseando llegar a casa, darme una ducha y acurrucarme junto a su cuerpo para poder calmarme. La tarde se ha nublado y cuando llegamos y bajamos de la moto siento un par de gotas caer en mi cara. Durante un instante pienso que el cielo se ha contagiado de mi ánimo.

Entramos en casa y agradezco que mi padre y Sara estén en la cocina, donde les oigo cantar a las gemelas. Einar me lleva hacia las escaleras, subimos y, cuando entramos en mi dormitorio, abre las puertas de mi armario y saca mi pijama de unicornio.

—Date una ducha y ponte unicornio molón —dice en español—. Te espero aquí.

Asiento, porque no tengo ganas de discutir y porque yo misma he deseado una ducha calentita desde que Rubén me sentó de culo en la acera y se largó. Abro con disimulo el cajón de la mesita de noche, cojo unas braguitas limpias y, cuando me giro, Einar hace como si no me mirara, pero disimula bastante mal y al final los dos acabamos sonriendo como tontos. Esta situación, en otro momento, habría sido vergonzosa o habría dado pie a algún tipo de tonteo, pero ahora no provoca ninguna de las dos cosas. Solo sonreímos y luego yo me pierdo en el pasillo para ir al baño. Me quito la ropa y me pongo de puntillas frente al espejo, intentando mirarme el culo para saber si tengo alguna herida, porque me duele bastante. Está muy rojo, pero nada más, claro que, ¿qué esperaba? ¿tener el culo roto? Pongo los ojos en blanco y pienso que a veces me paso mucho con el drama. Me doy esa ducha que tenía pensada, salgo, me seco el pelo lo más rápido que puedo y vuelvo a mi habitación, donde Einar me espera con un par de tazas calientes.

—Tila para ti, manzanilla para mí —me informa mientras me hace hueco en la cama.

Me doy cuenta de que se ha cambiado de ropa y pienso que mi ducha ha debido de durar más de lo que pensaba. No me extrañaría, porque tengo la cabeza embotada. Tiene puesto su pantalón de yoga gris y una camiseta básica de manga larga negra; está para comérselo, aunque sea un mal momento para pensar en algo así.

—¿He tardado mucho en la ducha?

—No importa, necesitabas *relax* —dice él sonriendo—. Ven, te abrazo y me cuentas qué pasado.

Sonrío, voy hacia la cama y cojo la taza que me ofrece, le doy un pequeño sorbo, la pongo sobre la mesilla y luego le pido que se levante. Él lo hace y yo destapo la

cama, me meto dentro y le miro con una pequeña sonrisa.

—Si no quieres, puedes sentarte sobre el edredón y yo lo haré por debajo, pero estoy helada, seguramente por la impresión —susurro.

—Está bien —dice de inmediato, sonriendo y metiéndose en la cama.

Cuando me veo frente a él me doy cuenta de que imaginé muchas veces que Einar entraba en esta cama, pero nunca pensé que sería en estas circunstancias.

Nos tumbamos de costado, mirándonos de frente y tapándonos hasta la barbilla con las sábanas y el edredón. Su mirada es dulce y su mano se posa en mi costado, acariciándolo, supongo que con la intención de relajarme.

Tomo aire y le cuento todo lo ocurrido, quién es Rubén y que si Jorge se entera de esto es posible que, encima de todo, pierda mi trabajo. A mi familia tendré que contárselo, porque no puedo mentir acerca de lo que ha pasado con mi coche, pero intentaré suavizarlo lo máximo posible para no preocuparlos en exceso.

—¿Vas a decirme que soy demasiado buena para mi propio bien? —pregunto.

Él sonríe, niega con la cabeza y se acerca más a mí, besando mi frente y luego mi nariz.

—Ya lo sabes —susurra en inglés—. Solo voy a abrazarte hasta que el mal rato pase y podamos hablar de cómo vas a ingeniártelas ahora para ir a trabajar.

—Bueno, podré coger el coche de mi padre, supongo, o el de mis hermanos cuando no los necesiten.

—Puedo llevarte y recogerte del trabajo algunos días.

—No quiero molestarte.

—Eres la última persona que me molestaría. Además, me gusta cuando vas conmigo en la moto.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso? —pregunto con las pulsaciones aceleradas.

—Tú me abrazas como si no quisieras soltarme nunca y eso me hace sentir especial. Me pasaría el día contigo en mi moto, dando paseos por la ciudad y sintiendo tu mejilla en mi espalda.

Cierro los ojos y, como hace Retazos conmigo, meto la cabeza en el hueco de su hombro, obligándole a acogerme. Einar no se lo piensa, me abraza con fuerza y suspira con ganas.

—¿Sabes lo que de verdad me gustaría a mí? —pregunto en susurros. Él niega con la cabeza y yo prosigo—. Me encantaría descubrir que mi jardín está lleno de hadas, duendes, elfos, unicornios y seres mágicos que podrían escondernos de todo el mundo durante un tiempo. ¿Te imaginas? —No lo miro y no me paro a pensar que es posible que por hablar así piense que soy una pava—. Seríamos tú y yo en un mundo donde no existieran los robos, ni todo fuera tan complicado.

—Me encantaría ir contigo a ese mundo —susurra—. Pero Amelia, este mundo no es tan complicado.

—Lo es.

—No, no lo es. El mundo es sencillo, igual que la vida. Somos nosotros los que lo complicamos todo.

Separo mi frente de su cuello a duras penas y hago un esfuerzo por mirarlo. Acaricio su barba y siento el cosquilleo que me produce en las yemas de mis dedos.

—Yo soy experta en complicarlo todo, ¿sabes? Aunque no quiera, lo hago.

—Yo soy experto en simplificarlo todo —dice con una sonrisa.

—Necesito que hablemos, Einar...

—Ahora no. —Niega con la cabeza, aparta el flequillo de mi frente y vuelve a besarla antes de apoyar su mano en mi nuca y devolverme a su cuerpo, manteniéndome bien pegadita a él—. Ahora deja que te abrace y concéntrate solo en olvidar este día.

—No se me da bien olvidar, ¿sabes? pero contigo aquí, abrazándome, seguro que es más fácil intentarlo.

Noto su sonrisa, a pesar de no verla, y pienso que puede que no tenga coche y me hayan robado un montón de dinero, pero lo más importante de mi vida sigue intacto y está aquí, dándome un abrazo de esos que curan por segundos.

Conmigo y para mí, que es todo lo que necesito en este momento.

Einar

Salgo de la cama cuando me aseguro de que Amelia está completamente dormida. Me encantaría quedarme aquí con ella y abrazarla toda la noche, pero no quiero que al despertar se sienta violenta, así que salgo y me meto en mi dormitorio. Me tumbo en mi cama y miro hacia un póster de coches que Álex tiene colgado. Necesito remodelar este cuarto. Amelia me dijo que lo haría conmigo, pero estos días han sido intensos, se ha presentado el tema de sus vacaciones y luego está lo de hoy que... Dios, para eso ni siquiera hay un nombre. Imaginarla en ese barrio, sabiendo lo conflictivo que es, pues es el mismo barrio en el que vivió Marco, y pensar en lo que podría haberle pasado hace que mi estómago se revuelva hasta el punto de querer vomitar. ¿Lo peor de todo? Que Amelia es así, no voy a cambiar esa faceta suya, no conseguiré que deje de ponerse en peligro para ayudar a los demás. Nadie conseguirá eso, ni siquiera su jefe, aunque le cueste el puesto, porque cuando alguien sufre y le pide ayuda a Amelia, ella hace lo imposible para estar al pie del cañón. Una suerte para todos esos chicos y, en ocasiones, una desgracia para ella, que siempre acaba dando mucho más de lo que recibe. No puedo cambiar eso, porque sería como pedirle que pare una parte de ese enorme corazón que tiene. Y tampoco quiero, pese a todo, porque esa es la esencia de Amelia; es capaz de meterse en un barrio, salir sin coche, sin dinero y, aun así, pensarse si denunciar o no por si mete al ladrón en un problema. Es una de las razones por las que la quiero, aunque también sea una de las razones por las que sufro por ella.

Cierro los ojos e intento dormir, porque el día ha sido largo y, después de la adrenalina del momento, estoy agotado. Necesito descansar un poco para estar a tope mañana en mi trabajo. Y luego, por la noche, está la maldita salida de chicos. Ojalá pudiera cambiarlo por una noche de pelis y mimos con Amelia. Por desgracia ella también sale, así que me tocará intentar disfrutar de la noche y procurar que pase lo más rápido posible mientras deseo en silencio que llegue el sábado para poder estar con ella todo el día.

La mañana del viernes se pasa lenta, he descansado poco, el día está gris, literalmente, y llueve cada poco, lo que hace que los ánimos de mis alumnos estén más sombríos de lo normal, motivo por el que me cuesta un mundo que se concentren en las clases. Al acabar como algo rápido en la cafetería de la universidad y salgo,

deseando volver a casa, pero en cuanto subo en la moto la lluvia arrecia y, para cuando llego a Sin Mar, media hora después, estoy calado hasta los huesos.

Mi humor empeora, lo noto, pero intento mejorarlo pensando que, al menos, veré a Amelia. La parte buena de tener un día de mierda es que tengo un carácter dado al positivismo. Es muy raro que me deje vencer por la apatía o el pesimismo; siempre veo el vaso medio lleno, y eso vale para un día como hoy, en el que he tenido una mañana larga y me he empapado, y para días del pasado, en los que lidiaba con la morriña que me producía estar fuera de aquí y el dolor de saber que Amelia estaba con otro. Tengo la capacidad de sonreír pese a que ciertas partes de mí quieran llorar y creo que es un don increíble, así que entro en casa y, cuando Javier frunce el ceño y me aconseja subir y ducharme antes de coger una pulmonía, sonrío abiertamente y le respondo que también podría salir conmigo a la calle a bailar.

¡Sería increíble!

—De hecho, ¿dónde está Amelia? —pregunto mientras él me mira de esa forma tan suya: mezcla entre preocupación y diversión.

—Está en tu dormitorio.

—¿En mi dormitorio? —pregunto extrañado.

—Sí, en tu dormitorio. ¿Quieres hacer el favor de quitarte por lo menos los zapatos? Estás dejando un charco en el suelo.

Me río, le hago caso y cuando me los quito subo las escaleras y voy derecho a mi dormitorio.

Los pósteres de coches han desaparecido, el cabecero de la cama está despegado de la pared y hay sábanas sobre el escritorio, cubriéndolo por completo. Amelia está subida en una escalera descolgando una estantería, lleva un peto vaquero manchado de pintura, un jersey fino y celeste debajo y el pelo recogido en una coleta. Llevará lentillas, porque no tiene puestas sus enormes gafas y, sin ellas, no ve casi nada.

Es la visión más bonita que he tenido desde la última vez que me quedé embobado mirándola.

—¡Ey! —exclamo.

Ella se sobresalta, se gira y me mira con una enorme sonrisa.

—¿Recuerdas que te prometí ayudarte? Bien, pues he pensado que podía empezar por desmontar todas las estanterías para pintar de un color que te guste. Podemos ir esta tarde y comprar la pintura, si quieres. Esta noche tendrás que dormir en la habitación de alguna de mis hermanas, eso sí.

Sonrío incrédulo, porque es difícil casar a esta mujer sonriente con la que ayer lloraba acurrucada contra mí por lo que le había hecho Rubén. Es tan jodidamente adorable...

—¿No quieres que aprovechemos tu última tarde de vacaciones? ¿Hacer algo más emocionante?

—Mmmm, bueno, beber cervezas, cantar en un karaoke, cenar en restaurantes, bañarnos en el jardín, pese a ser invierno, y salir de un barrio conflictivo en moto

después de que me robaran el bolso, una buena parte de mi dinero y el coche reúnen un montón de emociones fuertes. De hecho, creo que cubren el cupo más que de sobra para una temporada. Pasar la tarde pintando y haciendo este dormitorio tuyo me parece un plan perfecto, si a ti te parece bien.

—Vale —contesto en español—. ¡Vikingo molón listo para pintar! Pero antes... —Voy hacia ella, sujeto sus costados y la insto a bajar de la escalera—. Vikingo quiere un abrazo grande grande grande.

La estrecho contra mi cuerpo y me río cuando grita por la impresión.

—¡Dios! ¿Cómo no he visto que estabas empapado? —pregunta riéndose mientras yo me esfuerzo en mojarla todo lo posible con mi cuerpo—. ¡Einar, para!

Me río y me separo de ella un poco, lo justo para cogerle la mano y mirarla a los ojos.

—¿Alguna vez has bailado bajo la lluvia? —pregunto en inglés.

—No, por supuesto que no.

—Bien.

Sonrío y voy hacia mi escritorio. Alzo la sábana que Amelia ha puesto por encima y rebusco en un cajón mis auriculares inalámbricos del iPhone. Le doy uno a ella y me pongo el otro en la oreja derecha.

—¿Qué haces? —pregunta con un susurro, pues ya intuye mi plan, estoy seguro.

—Ayer dijiste que ojalá pudiéramos ir al mundo de los elfos, hadas, duendes y unicornios que estás segura que se encuentra en el jardín.

—No dije exactamente eso. De pequeña estaba segura, pero ya soy adulta. —Carraspea e intenta esconder su rubor—. Ahora solo tengo dudas.

Intento no reírme, pero es tan malditamente adorable que no puedo ocultar una sonrisa. Dios, me encantaría besarla ahora, justo ahora.

—Vamos a bailar bajo la lluvia para que nos vean y se unan a nosotros.

—¿Qué? ¡No! ¡Está lloviendo a cantaros!

—Ya te has bañado en pleno enero en una piscina hinchable en el jardín, Amelia. ¿Qué diferencia hay?

Saco mi móvil del bolsillo y busco mi lista favorita de Spotify. Le doy al *play* y cuando los acordes de *Straight through my heart* de los Backstreet Boys empiezan a sonar le guiño un ojo a Amelia y llevo su mano hacia su oreja, instándola a que se ponga el auricular.

—¡No, Einar! —exclama ella riéndose, pero poniéndoselo—. ¡El agua de lluvia está helada! ¡Esa es la diferencia! Dios, me encanta esta canción.

Suelto una carcajada y enmarco su cara entre mis manos.

—Vamos, valiente. ¡De los cobardes jamás se ha escrito nada!

Amelia hace amago de quejarse de nuevo, así que la alzo en brazos y echo a correr por el pasillo agradeciendo que Javier me haya hecho descalzarme, porque así no corro tanto riesgo de resbalarme. Ella grita y se agarra a mi cuello mientras bajo

las escaleras y Javier y Sara se quedan mirándonos cuando atravesamos el salón, pasando frente a ellos, que están sentados en el sofá con las gemelas.

—¿Qué hacéis? —pregunta Sara.

Amelia pide ayuda a gritos, yo me río y abro la puerta de la cocina para salir al jardín. El agua cae como un manto sobre nosotros, ella suelta una carcajada y yo alzo los ojos cerrados al cielo, pensando que su risa suena mejor que cualquier canción que haya existido, exista o vaya a existir en el futuro. Nunca nada ni nadie conseguirá emitir un sonido tan perfecto y precioso como el de su risa.

—¡Bájame! —grita entre carcajadas.

—¿Vamos a bailar? —pregunto yo para asegurarme de que no huye en cuanto la ponga en el suelo.

No contesta, así que giro dos veces sobre mí mismo mientras ella se aferra a mi cuello y siento su risa reverberar junto a mi oído.

—¡Estás loco, Einar!

—¡Bien, me alegra estar loco, me encanta estar loco! —grito—. ¡El mundo es de los locos!

Amelia sigue riendo y, en vez de forcejear de nuevo, besa la base de mi cuello y ríe contra mi piel, provocándome el mayor nudo de emociones que he sentido nunca.

—Eres increíble —susurra en mi oído con la suficiente fuerza como para que la oiga a pesar de tener el auricular sonando en el otro—. Increíble de verdad, vikingo.

—Baila conmigo, Amelia. Hagamos que las hadas, duendes, elfos, unicornios y demás seres mágicos de tu jardín nos miren con una sonrisa y toda la envidia del mundo.

—¿Envidia? —pregunta ella bajando de mis brazos y mirándome con una dulce sonrisa mientras la lluvia resbala por su rostro—. Son eternos y mágicos, ¿de qué podrían tener envidia? ¿Qué podrían envidiarme ellos a mí?

Chasqueo la lengua y retiro su flequillo mojado de su frente. Su respiración es agitada y sus ojos azules me observan con esa transparencia y curiosidad que solo Amelia es capaz de poner en una mirada.

—Tienes razón, no te envidiarán a ti, sino a mí. Pueden tener toda la magia del mundo, pero soy yo quien tiene el privilegio de bailar con un ángel. —Su sonrisa se congela y apoyo mi frente en la suya—. Baila conmigo, Amelia. Baila conmigo, ángel.

Ella asiente de forma casi imperceptible y, a pesar de que la canción es movida y pide un baile más enérgico, rodea mi cintura con sus brazos y pega la mejilla a mi pecho. Es tan pequeña a mi lado... Cierro los ojos y la rodeo con mis brazos, siendo consciente de que esto no es una postura de baile, sino un abrazo íntimo, pero eso es aún mejor. No tenemos reglas, nos movemos llevados por el deseo de estar aquí juntos, sintiendo la música y la lluvia caer sobre nosotros.

Los Backstreet Boys dejan de sonar y los acordes de *You are my sunshine*, cantada por Jasmine Thompson empiezan, haciéndome sonreír. Estoy obsesionado

con esta canción desde que la oí hace mucho en un capítulo de *This is Us*, una de mis series favoritas, y una de las de Amelia, también. Es así desde hace tanto tiempo... Veo series, películas, leo libros y oigo música que, en algún punto, me recuerdan a ella. Como resultado tengo una lista de reproducción inmensa con su nombre en Spotify, millones de fantasías de todo tipo y el ferviente deseo de poder cumplirlas algún día. El abrazo de Amelia se intensifica, haciéndome saber que ha reconocido la canción, y yo agacho la cabeza y me acerco a la oreja que tiene libre de auricular, cantándole al oído las palabras de una canción que casi parece escrita para mí.

*You are my sunshine,
my only sunshine
You make me happy when skies are gray
You'll never know dear,
how much I love you
Please don't take my sunshine away.*

Siento el cuerpo de Amelia temblar y, cuando la miro, me doy cuenta de que llora. Canto mal, lo sé, pero espero que sus lágrimas no se deban a eso. La lluvia sigue cayendo sobre nosotros, estamos helados y sus labios, además, están morados, pero no se despega de mí, más que cuando pongo dos dedos bajo su barbilla y hago que me mire.

—Gracias por darme la mejor semana de mi vida, vikingo.

Trago saliva, acaricio su nuca, sintiendo su vello erizado, seguramente por el frío, y sonrío como puedo, porque creo que ya es evidente que lo de disimular se me ha ido al traste y estoy seguro de que, si Amelia se fijara, no necesitaríamos ni hablar de nuestra situación, porque vería todo lo que siento reflejado en mi cara.

—Gracias a ti por querer pasar cada día conmigo.

—Menos el de ayer, que nos separamos y acabé sin coche, sin dinero y sin bolso. —Sonríe y alza las cejas—. ¿Sabes lo que significa eso? Que no podemos separarnos, vikingo. Soy peligrosa cuando me quedo sola.

Me río y beso su nariz justo antes de oír la voz de Javier desde el porche.

—¡Me tenéis con la tontería del agüita y el césped hasta los mismísimos! ¡Venga para adentro ya, hombre! ¡Al final os pondréis malos y me tocará a mí aguantaros con vuestras monsergas!

Amelia me mira y se echa a reír, se alza sobre sus puntillas y esconde la cara en mi cuello, intentando no ir a más, porque es evidente que Javi está molesto, pero no puede parar y, al final, acabo riéndome con ella mientras regresamos al porche, calados hasta los huesos y al ritmo de *My Girl*, de The Temptations.

—Mucho jiji, mucho jaja, pero como cojáis la gripe, una pulmonía o la enfermedad de las vacas locas a mí no me digáis ni media, ¿eh? Que tenéis un pavo encima que cualquiera lo aguanta.

—Javier, que te emocionas —dice Sara en tono paciente desde la puerta.

—¿Que yo me emociono? ¡¿Pero tú los has visto?! —Se gira y señala a Amelia—. Y tú, niña, ¿dónde está tu coche? Ya se lo has dejado a alguien, ¿a que sí? ¡Cualquier día te quedas sin él de la manera más tonta!

Amelia corta su risa en seco y yo aprieto su costado, abrazándola por la cintura e intentando decirle sin palabras que no es el mejor momento para contar lo del robo. Ella parece entenderlo porque se hace la tonta y consigue entrar en casa. El problema es que eso me deja a mí a solas con Javi, porque Sara también ha entrado, y él no parece demasiado contento.

—¿Qué está pasando aquí?

—Bailábamos bajo lluvia —digo en español—. Vikingo molón encanta el baile, Javi.

—Vikingo molón se hace el tonto de maravilla, cuando le conviene.

Me hago el remolón y entro en casa mientras él me mira con la sospecha pintada en la cara. Sé bien que, de seguir así, pronto se dará cuenta de lo que ocurre, si es que no lo ha hecho ya, en vista de que yo pensaba que Diego y Nate no sabían nada de lo que yo sentía y en realidad era que, simplemente, me dejaban creer eso.

Busco a Amelia en su dormitorio, pero está en el baño y, al oír el grifo de la ducha, supongo que estará entrando en calor con agua caliente. Cuando acaba me avisa de que debería hacer lo mismo, obedezco y después vamos con el coche de Javi a comprar la pintura para mi cuarto.

Nos pasamos la tarde desmontando estanterías, pintando y decidiendo qué guardamos en cajas y qué no. La verdad es que Álex me cae genial, pero no tenemos gustos parecidos, así que cuando acabo tengo un montón de espacio para colocar mis cosas, que siguen esperando desperdigadas por toda la habitación. Mañana tenemos barbacoa, pero el domingo podré colocarlo todo con tranquilidad y sentiré este sitio un poquito más mío, si cabe.

—Bueno —dice ella cuando ya está atardeciendo—. Debería empezar a prepararme para esta noche.

—Oh, sí, claro —murmuro intentando no fruncir el ceño ni pensar en los planes de Julieta—. Amelia...

—¿Sí? —pregunta ella desde la puerta.

Me siento tentado de pedirle que no se vaya, que se quede conmigo toda la noche. Podemos hacer lo que ella quiera, jugar a las cartas, ver series, películas, leer juntos, hacer el amor hasta que se haga de día... Es este último pensamiento el que me hace ver la realidad; ella no es mi novia, no lo es y, aunque me moleste, solo hace unos días que lo dejó con Nacho, así que suspiro y me encojo de hombros, sonriendo.

—Pásalo puta madre.

—Igualmente, vikingo. Ten cuidadito, que tú cuando bebes te vienes arriba y acabas haciendo amigos y amigas de todo tipo.

Juraría que en el «amigas» ha puesto una entonación distinta, pero como no tengo ni idea de si son figuraciones mías lo dejo pasar y le contesto con una sonrisa.

Mi móvil suena pocos minutos después. Es Diego avisándome de que está a punto de llegar a casa para dejar a Julieta con las gemelas y recogerme a mí. Le contesto que estoy casi listo, aunque ni siquiera estoy vestido para la ocasión y, en cuanto suelto el móvil, voy al armario, me pongo un pantalón chino y un jersey de lana y bajo al salón.

A los pocos minutos llega Diego con Marco, Julieta y las niñas y, aunque intento entretenerlo un poco para poder ver a Amelia antes de que nos marchemos, tanto él como Marco están ansiosos por empezar la noche de chicos, así que me despido de todos y salgo tras ellos para ir a casa de Esme a recoger a Nate mientras pienso que esta noche se me va a hacer eterna, no por la compañía, que es excelente, sino por imaginar a Amelia en un sinfín de situaciones que me tendrán a punto de una taquicardia hasta que vuelva a verla.

—¿Quieres hacer el favor de dejar el teléfono? —pregunta Julieta en mi dirección.

Lo guardo en mi bolso y carraspeo, porque lo cierto es que he estado muy descentrada, pero, por otro lado, esta cena se me está haciendo larguísima. De momento todo lo que oigo es a Eli, Julieta y Esme hablar de la maternidad. Adoro a mis sobrinos, de verdad que sí, pero pensar que he perdido la oportunidad de acabar el día con Einar por estar sentada en un restaurante hablando del empacho que Óscar cogió el otro día por culpa de unas chuches que le dio mi hermano a escondidas, me aburre soberanamente.

—Lo siento —murmuro.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Es que estás hablando con Nacho o...? —pregunta Eli.

—¿Qué? ¡No! No sé nada de Nacho desde que lo dejamos.

—¿No ha intentado contactar contigo? Han pasado casi dos semanas —dice Esme.

—¿Dos semanas? —pregunto frunciendo el ceño. Suspiro y sonrío un poco—. Es cierto, casi dos semanas... Tengo la sensación de que ha pasado un siglo.

—Eso es bueno, ¿no? —Julieta me mira sonriendo—. Significa que no te duele estar lejos de él.

—Oh, no, claro que no. —Sonrío con sinceridad y me encojo de hombros—. Lo mío con Nacho murió mucho antes de que la relación se rompiera. De hecho, no sé si alguna vez hubo algo que de verdad tuviese que morir, ¿sabéis? —confieso—. Nunca sentí una conexión especial ni nada de eso, así que...

—No era el tuyo. —Eli se encoge de hombros con pragmatismo—. Él no era para ti y estaba clarísimo. Tú te mereces a alguien infinitamente mejor.

—Eso es cierto. —Mi hermana Julieta asiente y se bebe el resto de su copa de vino de un trago—. Tú te mereces algo tan bueno que creo que no existe.

—Vaya, gracias por los ánimos —contesto en tono irónico.

—No, en serio. Eres demasiado caritativa, demasiado empática, demasiado buena para tu propio bien, siempre te lo digo. Tu único defecto es que lloras demasiado.

—Llorar no es un defecto, Julieta —le riñe Eli—. Tú estás como una cabra y tampoco lo vemos como un defecto.

—Vosotras no porque me queréis, pero el resto...

—Lo que nuestra hermana intenta decirte sin ningún éxito y mucho menos tacto es que nos alegra que hayas abierto los ojos, porque creemos que te mereces al mejor hombre que pueda existir en este mundo y está claro que ese no es Nacho.

—¿Y Nate? ¿No es Nate? —pregunto con una sonrisa sarcástica.

Esme no puede evitar reírse de una forma que solo le brota cuando evoca el recuerdo de su flamante marido. Alto, guapo, fuerte, buen padre y dispuesto a dar

todo lo que tiene y es por ella. Suspiro y miro a mis hermanas y a mi cuñada con sinceridad y un poco de envidia.

—Me encantaría encontrar a mi Nate, o a mi Álex, o a mi Diego, pero esto no es una novela de esas que tanto me gustan, ¿sabéis? Esto es la vida real y, que vosotras hayáis encontrado al amor de vuestras vidas y estéis con ellos, no significa que yo tenga una oportunidad con el mío.

El silencio se hace en la mesa, aunque no entiendo por qué. Doy un trago a mi copa de vino y veo cómo Julieta mira a mi hermana Esme y le alza las cejas. Sigo sin entender qué pasa, pero entonces Tempanito, como Julieta llama a Esme, habla.

—¿Una oportunidad con el tuyo? ¿Significa eso que ya has encontrado al amor de tu vida?

Me doy cuenta, horrorizada, de que he metido la pata hasta el fondo. Intento pensar por todos los medios las palabras exactas para librarme de esta. Miro a mis hermanas, que esperan ansiosas una respuesta, y luego a Eli, que sonrío de una forma dulce que no me gusta nada, porque ella seguramente sí sabe de quién hablo. Cuando Einar y yo estuvimos a punto de besarnos en el *camping* fue mi hermano Álex quien nos pilló y, a la vuelta de las vacaciones, días después, su chica acabó descubriendo lo que pasó porque mi hermano no me dejaba en paz. He evitado todos estos días a Álex a conciencia, pese a que ha intentado quedar conmigo alguna vez, porque sé que va a preguntarme cómo llevo que Einar esté viviendo en casa y no sé cómo explicarle todo lo que ha pasado en tan poco tiempo. Sin embargo, me temo que nada va a librarme de tener que dar una mínima explicación aquí y ahora.

—Escuchad, tenéis que dejar de presionarme, ¿de acuerdo? He roto con Nacho y, ahora mismo, no quiero ni pensar en tener algo con un hombre.

—¿Y con una mujer? —pregunta Julieta—. ¿Eres bisexual? Si lo eres no pasa nada, pero deberías decírmelo para que amplíe mi círculo de candidatos.

—¡No tienes que tener un círculo de candidatos! Esa es la cuestión: no tienes que buscarme pareja, Julieta. Ni fija, ni temporal, ni casual, ni de ningún otro tipo. Necesito estar tranquila.

—Yo sigo preguntándome por qué has dicho que no tienes una oportunidad con el tuyo —insiste Esme.

—Vale, ¿sabéis qué? Es hora de ir a bailar un poco, porque no quiero hablar más de esto.

—Nos falta el postre. —Eli frunce el ceño cuando hago amago de levantarme.

—Deja el postre, rubia, que desde que estás con mi hermano te estás volviendo más golosa que él, que ya es decir —responde Julieta.

—Mmm, no sabes bien lo golosa que me estoy volviendo a causa de tu hermano.

Julieta hace como si tuviera arcadas, porque la referencia ha sido claramente sexual, Esme pone los ojos en blanco y yo me río mientras pagamos y salimos del restaurante. Siento la tentación de mirar mi móvil de nuevo, por si Einar me ha

escrito, pero aguanto como una campeona porque no quiero ni pensar lo que pasaría si alguna de las chicas descubriera mi secreto.

El problema es que hemos pasado una tarde maravillosa, Einar es... Dios, es todo lo que siempre he querido. No, mentira, es más de lo que siempre he querido. Mi amor por él crece a cada segundo que pasa y, desde que vivimos juntos, aún más. Sé que él también siente algo por mí, lo he podido ver en sus ojos esta tarde, mientras bailábamos bajo la lluvia. Y lo mejor es que, durante unos minutos, he sentido de verdad que nada importaba en el mundo más que yo misma y mis sentimientos. Eso es lo que me hace Einar; consigue que crea que soy la persona más importante del universo.

Me paso los días y la vida comparándome con mis hermanas y pensando que no tengo la chispa de Julieta o la resolución de Esme, pero luego llega él, me mira, me trata como si fuese una mota de polvo bañada en oro volando por el espacio y siento que me derribo y que no hay nada que quiera más que estar siempre con él.

Respecto a que saliera con mi hermana... Bueno, creo que he aprendido a dejar eso en el pasado, que es donde corresponde, o lo intento, al menos. Julieta es feliz con Diego y Einar me está demostrando cada día que soy importante para él y nunca, jamás, me ha comparado con ella. Lo sé, lo siento cada vez que hace algo destinado específicamente a hacerme sentir mejor. Siento que no soy peor que Julieta, tampoco mejor, porque las dos somos completamente opuestas, pero entiendo que soy Amelia y, con mis virtudes y defectos, soy única e irreplicable.

El problema viene después, cuando me quedo a solas y mi autoestima me juega malas pasadas, porque ser insegura o tener baja autoestima no son cosas que se curen en un par de días. Pienso en mi hermana Julieta que ahora, por ejemplo, lleva un vestido negro superajustado y corto, mientras yo llevo uno azul eléctrico tipo sesentero y, aunque sea por un momento, me pregunto con quién se excitaría más Einar. Una pregunta estúpida, porque sé que no siente nada por ella y que el deseo que un día sintió ya no importa, objetivamente lo sé, pero tengo momentos de recaída de esos que duelen mucho.

Aun así, he aprendido a cortarlos haciendo lo mismo que hago cuando hay tormenta o intento no pensar en algo que me genera ansiedad: multiplicar. Hago multiplicaciones enormes mentalmente para obligarme a desviar mis pensamientos y funciona, la mayor parte del tiempo. No puedo quejarme, esta semana ni siquiera he tomado más de dos antiácidos y fueron el día que me robaron el coche, así que he mejorado considerablemente mi forma de enfrentar las cosas. Claro que estoy de vacaciones y cuando vuelva al trabajo el estrés recaerá de nuevo en mis hombros, pero confío en aprender a manejarlo ahora que Einar está en casa y estimula mis ganas de volver con él, en vez de perderme por las calles de la ciudad en busca de alguien a quien ayudar. Debería sentirme mal, pero empiezo a entender que ser un poco egoísta, a veces, está bien. Ayudar a los demás es genial, me reporta una inmensa satisfacción y me hace sentir como pocas cosas en la vida, pero si a cambio

entrego todo lo que tengo, llegará un punto en que me agote emocionalmente y no me quedará nada más para dar. Empiezo a comprenderlo, para alegría de mi familia, que sufre muchísimo sabiendo que me levanto y me acuesto pensando que no hago suficiente por el mundo en general.

De momento, esta noche solo voy a preocuparme de bailar y pasarlo bien para que el tiempo se vuele antes de poder volver a casa; a él.

Vamos derechas a una discoteca de renombre en la ciudad. Mi hermana Julieta está como loca con eso de poder beber como una vikinga, palabras textuales suyas, Esme también parece pasarlo bien, aunque como aún da pecho, no bebe alcohol, y Eli ha empezado a pedir chupitos como si fueran gratis. Yo me río, porque la verdad es que son geniales y las quiero muchísimo, pero intento controlar el alcohol que tomo.

El problema es que ellas insisten, los chupitos están de muerte y aquí hace un calor infernal, así que una hora después bailamos descontroladas en el centro de la pista la última canción del verano. Esme se ha soltado el pelo, literalmente, lo que ya es señal de desfase total para ella, que siempre lo lleva bien atado en un moño estirado y elegante. Es cierto que eso está cambiando desde que está con Nate, que hace que sea más relajada, pero esta noche, pese a no haber probado el alcohol, parece que estuviera bebiendo a nuestro ritmo los chupitos de piruleta que el camarero lleva sirviéndonos toda la noche. Camarero que ya ha intentado ligar con las cuatro, por cierto.

—Amelia, a la próxima le enseñas las tetas y así nos regala una ronda.

—¡Enséñaselas tú! —exclamo después de soltar una carcajada, prueba de que el alcohol empieza a afectarme, porque en cualquier otro momento me hubiese puesto encendida de vergüenza.

—¡Vale!

—¡No! —Eli la coge del brazo y la separa de la barra—. Las tetas se quedan guardaditas, Julieta, hazme caso, es mejor.

—Es verdad, es verdad —dice mi hermana antes de romper a reír—. Dios, mi poli se moriría de un infarto. Tempanito, ¡enséñalas tú!

—Ni de broma.

—¡Sí! Enséñaselas a nuestro camarero y, si no nos da chupitos gratis, te las aprietas y le echas un caño de leche en un ojo.

Eli y yo estallamos en carcajadas mientras mi hermana Esmeralda taladra a Julieta con la mirada. Claro, no haber bebido le da más motivos para estar cabreada. En otra situación, yo habría regañado a Julieta, pero es que no puedo dejar de imaginarme a Esme disparando leche materna al camarero.

La bromita da para un ratito, por mucho que Esme intente cortar el tema. Al final pagamos otra ronda de chupitos y nos metemos más en el centro, en todo el mogollón, porque mi hermana Julieta dice que ahí es donde está lo interesante. Yo a esto no le veo nada interesante, la verdad, aquí huele a humanidad muy fuerte y tengo

al lado a un chico con un montón de vello, que no pasa nada, pero está sudando un montón y es que estoy un poco mareada con el olor.

—¿Os habéis fijado que empezamos haciendo un círculo y estamos todas haciendo el pechito con pechito? —pregunta Julieta en un momento dado—. Tengo detrás a un grupo de niñas que no hacen más que empujarme, las cabronas.

—¡Relájate! —grita Eli, que se ha venido arriba con los chupitos y no deja de bailar. Bueno, a ver, baila lo que puede y le permiten, porque aquí parecemos sardinas enlatadas—. ¿Quién quiere otro chupito?

—¡Relájate tú, ahora! —Esme se ríe y Eli la mira con el ceño tan fruncido que mi hermana termina poniendo los ojos en blanco—. Venga, otra ronda.

—¡Bien!

Tardamos como quince minutos en llegar a la barra y diez en conseguir que alguien nos sirva los chupitos, porque nuestro camarero está en la otra punta y Julieta dice que es porque le tenemos hasta los huevos ya de tanto pedirle chupitos gratis y no enseñarle ni un triste pezón a cambio.

—¡Voy a pedir una canción! —grita Eli en un momento dado.

Y ni corta ni perezosa se va para donde está el Dj a empujones, se encarama a la cabina de cristal como si fuera una mona en la selva y da manotazos al aire hasta que consigue llamar su atención. Menos mal que por lo menos se ha puesto pantalón y no vestido, porque ya habría enseñado todos sus encantos a la discoteca. La vemos pedirle una canción y, aunque el Dj empieza diciendo que no con la cabeza, a los pocos minutos se ríe y le dice algo al oído que no sé qué es, pero hace que Eli suelte una carcajada, niegue con la cabeza y vuelva hacia nosotras, así que supongo que le ha hecho una proposición indecente. Menos mal que mi hermano no está aquí. Bueno, menos mal que ninguno de los chicos está aquí, porque estamos empezando a dar la nota, creo. Volvemos al centro de la pista y, pasados unos minutos, Julieta propone que nos subamos en la barra a bailar, pese a que está prohibido. Nos negamos en rotundo, pero ella no se rinde.

—¡Pues me subo con la gogó!

Miramos hacia la plataforma en la que una chica baila con poca ropa y un talento que ya quisiera yo, que, saliendo de la Macarena, todo lo bailo igual. Julieta tiene el reto en la mirada, se nota que está concentrada en su objetivo, hasta que alguien la empuja otra vez.

—¡Ya se acabó! ¿Eh? ¡Esto ya es la guerra!

Asisto boquiabierta a un baile delirante que consiste en mover el culo para atrás, los brazos, con los codos doblados, para atrás también y hasta la cabeza la echa para atrás. Consigue hacer ella solita hueco suficiente para que hagamos un círculo, pero pasados unos minutos volvemos a estar apretadas, y es que da igual lo mucho que empujemos nosotras o empujen los demás, porque aquí el problema es matemático y ya podemos hacer el pino puente, que seguirá habiendo más gente que espacio. Estoy

segura de que, si a la gogó se le cae una perla de las que le tapan los pezones, rebotará en la cabeza de ocho a la vez, como mínimo, fíjate si estamos juntos.

La cabeza empieza a zumbarme, creo que debido a los chupitos y al tremendo calor que hace aquí. Cada vez huele más a humanidad y pienso muy en serio que si me metiera ahora en un vestuario de futbol masculino con todos ellos allí después de haber jugado un partido y veinte prorrogas, olería mejor que esto. Y encima he dejado mi móvil en mi abrigo y mi abrigo, en el guardarropa, así que, si Einar me ha escrito, no tengo ni idea.

Miro mi reloj y veo que son las dos de la madrugada. ¡Solo! Julieta ha pasado de pensar que estaría guay subirse con la gogó a desearlo con todas sus fuerzas. De hecho, ya han tenido que llamarle la atención por intentarlo una vez.

—¡Quiero bailar y darle mi arte al mundo!

—Si bailas como cantas es mejor que reprimas el arte todo lo que puedas —dice Eli.

A mí me brota una carcajada tan fuerte que, al echar la cabeza hacia atrás, me topo con el pecho de un tiarrón enorme, pero no enorme como Einar, que es amigable y adorable, no. Enorme como un mastodonte lleno de músculos en pleno ataque de rabia.

—¡Eh! ¿Estás flirteando con mi novio?

Miro a la chica que se me ha encarado y niego de inmediato con la cabeza.

—¡No! Por supuesto que no.

—¡No mientas que te he visto! ¡Te has echado encima de él!

Abro la boca sorprendida al máximo, porque de verdad que eso no ha sido así. Vale, yo estoy un poco borracha, eso puedo admitirlo, pero solo me he reído y ha dado la casualidad de que mi cabeza ha ido a parar a un pecho ajeno. Si en vez de él hubiese habido una pared, me habría dejado la piel de la coronilla contra ella. Hago amago de explicárselo a la chica, pero veo a Julieta cuadrar los hombros y acercarse a nosotras, así que decido que lo mejor es, directamente, largarnos de esta parte de la pista, porque si mi hermana no controla su genio demasiado estando sobria, imagina borracha. Tiro de su brazo y, cuando consigo arrastrarla un poco, veo que Esme se ha metido en una discusión con la chica en cuestión y cierro los ojos suspirando con resignación, porque esto de tener hermanos tan protectores a veces es un asco.

Eli, que ve mi cara de desesperación, acude hacia donde está Esme y logra convencerla para que nos alejemos. La chica está colocada, eso es evidente, así que no vamos a arreglar nada intentando hablar con ella. Mi hermana me clava sus preciosos ojos verdes y puedo ver la indignación en ellos con total claridad. Ella no está borracha, no ha tomado ni una gota de alcohol, pero sé bien que, cuando se meten con alguno de nosotros, salta como una leona para defendernos; como si fuéramos sus cachorritos. Ha sido así desde siempre, así que no me extraña.

—¡Creo que lo mejor es que salgamos un rato a la calle! —exclamo—. ¡Necesito aire fresco!

Eli y Esme están de acuerdo y Julieta sigue haciendo morros porque ella quería marcarse el punto de la noche bailando algo guarro encima de la plataforma, según palabras textuales.

Recogemos los abrigos y bolsos para salir a la calle y lo primero que hago es meter las manos en mis bolsillos para buscar mi móvil. Lo saco justo cuando el aire frío roza mis mejillas y, antes de poder abrir el Whatsapp para comprobar si tengo algún mensaje, oigo su voz a lo lejos.

—¡Chicas, eh, chicas!

Miramos hacia la cola que hay en la puerta de la discoteca, donde Diego, Marco, Nate, Einar y Álex esperan para entrar. Sí, por mucho que cueste creerlo, hay cola para entrar.

—¡Ehhhhh! —exclama Julieta echándose a correr hacia donde están—. ¡Dirty Dancing 2, poli!

Diego flexiona las rodillas y yo suelto una carcajada, porque este verano, en el *camping*, mi hermana se empeñó en hacer el famoso baile de Dirty Dancing con él y acabaron los dos revolcados por el suelo. Esta segunda parte, al menos, ha salido bastante decente. Por decente me refiero a que no se han caído, que ya es mucho.

Diego la besa como si llevara un siglo sin verla, Nate se sale de la cola para besar a Esme, que está a mi lado, y Álex hace lo mismo, seguido por Einar y Marco.

Al final, en la cola solo se quedan Diego y Julieta dándose el morreo del siglo.

—¿Lo pasas bien? —pregunta Einar, en español, llegando a mi altura.

—Estoy borracha —le suelto a modo de saludo con una sonrisita tonta.

—Tranquila, ángel. Vikingo molón cuida de ti.

Me río y, como si fuera Julieta y la vergüenza no existiera para mí, me tiro a sus brazos y dejo que me alce del suelo mientras entierro la cara en su cuello y le huelo. Dios, qué bien sienta notar su aroma después de la nohcecita que llevo.

—Vainilla, cómo me encanta —susurra él en mi oído, antes de bajarme para que los demás no empiecen a sospechar—. ¿Has bailado mucho?

—Sí, pero no ha sido tan interesante como cuando lo hacemos nosotros.

Él me guiña un ojo y a mí la sonrisa me llega de oreja a oreja, porque ahora que está aquí el cansancio ha desaparecido y pasarme la noche entera de fiesta ya no me parece un completo horror.

¿No es increíble cómo cambia una situación dependiendo de la perspectiva con que la mires?

Einar

Bajar a Amelia de mis brazos ha sido lo más duro que he hecho esta noche, teniendo en cuenta que llevo desde que salí de casa deseando tenerla a mi lado, pero no quiero que los demás sospechen y la presionen para que hable o cuente algo que ella no quiere. Primero deberíamos aclararnos un poco nosotros y no creo que para hacerlo sea buena idea meter a Julieta y al resto de la familia en la ecuación.

Yo, por mi lado, no puedo quejarme. Nate y Diego se han comportado y no han dicho nada de lo que siento. El tema saldrá en algún momento, estoy seguro, sobre todo porque Álex ha estado muy preguntón toda la noche. Quiere saber cómo me va en la casa, si duermo bien en mi habitación, si me llevo bien con Amelia... En realidad, cuando me habla de Amelia, lo hace en un tono distinto, no soy tonto y sé que él, desde que nos pilló en el *camping*, tiene la mosca detrás de la oreja. No hemos tenido una conversación como tal, pero conozco muy bien a Álex y sé cómo piensa según su forma de actuar. Es muy sobreprotector con Amelia; lo es con todas sus hermanas, pero con ella más. Eso es una cosa que me molesta un poco, porque creo que tanto él, como Esmeralda y Julieta, ponen un empeño excesivo en proteger a Amelia y eso la hace parecer débil, cuando no lo es.

Amelia se enfrenta cada día a un montón de situaciones complicadas que sus hermanos ni imaginan. No saben, por ejemplo, que es el tipo de mujer que se mete en el barrio más conflictivo de la ciudad para ayudar a un chaval con carencias relacionales y afectivas. Es el tipo de persona a la que le roban el coche, su dinero, su bolso, la abandonan en ese barrio y, al otro día, encuentra la forma de reírse a carcajadas mientras baila bajo la lluvia. Así es Amelia y cuando sus hermanos intentan protegerla de lo más mínimo, una parte de mí piensa que lo hacen porque no la consideran lo bastante fuerte como para afrontar la situación, sea la que sea, por sí sola, y eso me da una rabia tremenda. Luego recuerdo que Álex, Esme y Julieta son sobreprotectores con su familia en general, no tanto como con Amelia, pero lo son, y sé que lo hacen porque la adoran y se preocupan por ella, así que no puedo dejar que la rabia vaya a más, porque sería injusto. No puedo culparlos de preocuparse tanto por ella, porque yo mismo vivo atormentado desde que he podido ser testigo de que el corazón de Amelia puede llevarla a sitios muy buenos y a otros de verdadero peligro.

Pero lo importante es que esta noche se han comportado, hemos cenado en un buen restaurante, hemos tomado una copa allí mismo y hemos ido a un *pub* que nos recomendó Marco, pero la verdad es que Diego, Nate y yo nos veíamos como viejos

rodeados de tanto veinteañero, así que al final el chaval ha claudicado y hemos decidido venir a la discoteca más famosa de la ciudad.

Tres. Ese es el número de mensajes que le he mandado sin obtener respuesta. Tres mensajes en este orden.

«¿Cómo va la noche? ¿Pasas puta madre? Te echo de menos».

«Si quieres convenzo a chicos y vamos a donde estés».

«O si te cansas, vikingo te recoge y nos vamos a casa. Si quieres...».

Ahora que la tengo frente a mí, preciosa y sonriente, me pregunto si no me habré pasado. No quiero resultar pesado, pero es que, por muy bien que lo pase con los chicos, ahora mismo solo quiero explorar esto que por fin está surgiendo entre nosotros, porque estoy convencido de que hay algo. Ahora sí, ya no hay vuelta atrás.

—Ven, vikingo, te invito a chupitos —me dice sonriendo.

—Tengo que hacer cola. No tengo sello.

Ella observa mis manos y se da cuenta de que es cierto, así que mira hacia la cola para entrar, que es enorme, y luego a sus hermanas y a Eli.

—¿Y si cambiamos a otro sitio? —pregunta.

—No, ni hablar —contesta Julieta—. ¡Yo quiero bailar con la gogó!

—Cambiamos de sitio —asegura Diego de inmediato, aunque se ríe entre dientes cuando Juli le da con el codo en el costado.

—Venga, sí, porque los chicos van a tener que esperar un montón y no vamos a entrar sin ellos. —Eli se abraza a un Álex que encuentra sumamente interesante su cuello, porque no deja de olerlo y darle besitos mientras ella se ríe.

Resulta gracioso verlo tan enamorado, la verdad; gracioso y bonito, porque Álex parece completamente feliz y no puedo evitar recordar lo mal que lo pasó cuando Sandro, su compañero, murió en un incendio. Se refugió en mi casa y rechazó el consuelo de Eli, llegando a permitir que ella diera por rota la relación. Han pasado por mucho, se reconciliaron hace muy poquito y todavía están en ese punto en el que les cuesta mantener las manos alejadas el uno del otro. Claro que Esme y Nate ya llevan lo suyo y están en las mismas. De Julieta y Diego no hablo, porque mi amigo, con lo serio que es, se vuelve casi exhibicionista cuando su mujer se pone mimosa. Al final, los únicos que no tenemos el calor del amor de nuestras vidas somos Amelia, Marco y yo. Bueno, Amelia y yo estamos pegados ahora mismo, pero no de esa forma, y Marco sigue en su línea de poner los ojos en blanco, meterse con todos y mirar a cuanta chica se le cruza por delante.

Me doy cuenta, sin embargo, de que nunca va detrás de chicas de su edad. Todas son mayores, o lo parecen. Diego está muy preocupado por este tema, porque dice que parece que lo haga a conciencia y no me extrañaría, pero a saber qué pasa por su cabecita, porque Marco, para según qué cosas, sigue siendo hermético.

Al final decidimos cambiar de sitio, las chicas van un poco perjudicadas con el alcohol, lo justo para regalarnos más de un momento de reírnos a carcajadas, como

cuando Julieta ha intentado hacer pis entre dos coches y Diego ha tenido que convencerla de que era una pésima idea.

Hemos entrado en un *pub* de ambiente movido, pero no abrumador. Hay sitio de sobra en la pista para bailar y, alrededor, mesas y sofás para todo el mundo.

Estoy a punto de ir a la barra a pedir cuando Amelia tira de mi mano y me lleva hacia el pasillo de los baños. Mi corazón empieza a latir acelerado y me recuerdo que está bebida y que no puedo hacer nada de nada si no quiero arrepentirme mañana, o peor, que ella se arrepienta y ponga como excusa el alcohol.

—Yo también te echaba de menos, vikingo —dice cuando llegamos al final y nos aseguramos de que nadie nos ve—. Mucho.

Sonrío cuando se abraza a mi cuerpo y beso su cabeza, aspirando su aroma y recreándome en este momento. No pasaremos de aquí, abrazarse no tiene nada de malo.

—¿Has leído mensajes?

—En el camino y a lo disimulado, sí.

—Estás preciosa.

—Y tú guapísimo. —Cierro los ojos, echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en la pared mientras ella sigue abrazada a mí—. ¿Qué pasa?

Medito un momento si decirle o no la verdad y, al final, hago lo de siempre: ser sincero, porque no conozco otra forma de hacer las cosas y que salgan bien. Abro los ojos y la encuentro abrazada a mí, con sus ojos elevados hacia arriba, buscando los míos.

—Me encantaría que nos fuéramos los dos solos ahora mismo —digo en inglés—. Hoy me sobra todo desde que salí de casa sin ti.

Puedo ver el efecto inmediato que mis palabras tienen en ella. Amelia sonrío llena de ilusión, sus ojos azules brillan y su cuerpo se tensa, pero creo que es para bien. Es curioso cómo las reacciones corporales pueden darnos una idea casi exacta de lo que siente una persona.

—Casi me volví loca cuando me di cuenta de que había dejado mi móvil en el guardarropa —susurra—. Estaba deseando recuperarlo y comprobar si me habías escrito.

—Amelia... ¿Será como en el *camping*? ¿Harás como si esto no tuviera importancia mañana o dentro de una semana?

—No, claro que no —murmura con sus ojos oscureciéndose por la culpa—. Einar, tenemos que hablar.

—Sí, tenemos, pero no ahora, ni esta noche.

—Sí, ¿por qué no?

—Estás bebida.

—No tanto como para no saber lo que hago.

—Ya, eso me dijiste en el *camping*... —Intento que mi voz no suene triste ni recriminatoria, pero no me sale del todo.

Ella se pone rígida para mal, esta vez, y se separa de mí. Siento muchísimo que se haya molestado, pero tenía que ser claro. Ya no me sirve lo de hacer las cosas por impulso y luego dar un paso atrás. Esta vez, si hacemos algo, quiero que sea con paso firme y seguro. Las medias tintas, a mí, ya no me valen.

—¿Tan mala crees que soy?

Abro la boca sorprendido por sus palabras. Enmarco su rostro entre mis manos y niego con la cabeza.

—No hay un gramo de maldad en ti, Amelia, estoy seguro de eso —digo con convicción—, pero hay mucho miedo y, aunque no me importa lidiar con eso, necesito que me des la seguridad de que será una lucha de los dos, no solo por mi parte.

—Einar, yo...

—He pasado por mucho para llegar aquí —susurro con voz ronca—. No te imaginas lo que he sufrido por ti, por la distancia, por saberte con Nacho, por tu rechazo. No puedo volver a eso. Es que no puedo. Esta vez necesito que sea real, ¿entiendes? —Ella asiente con los ojos aguados y yo me muerdo el labio—. No llores. Joder, cada vez que lloras estando conmigo me siento miserable.

—No, tienes razón. —Coge aire y busca mis manos, despegándolas de sus mejillas y agarrándolas con fuerza—. Einar, solo hace dos semanas que dejé a Nacho, pero hace mucho más que tú estás en mi vida y en mi corazón. Tenemos que hablar y...

—Sí, tenemos que hablar —digo con la euforia atravesándome la garganta—, pero estaría bien saber que el final será feliz para los dos. —Ella se ríe con nerviosismo y yo acaricio las puntas de su pelo—. Venga, Amelia, ¿qué tengo que hacer para que me digas que quieres tener algo conmigo?

—Mmm, podrías hacer magia para que pudiera ver a los unicornios, duendes, elfos, hadas y demás seres de mi jardín. Sería genial bailar con ellos también, la próxima vez, ¿no?

—¿Magia? —pregunto con una sonrisa juguetona—. ¿Es eso lo que necesitas para darme tu corazón? Porque puedo hacerlo, Amelia, puedo darte magia.

—¿Puedes? —Me observa intrigada—. ¿Tanto te interesa mi corazón?

—No hay nada que desee más, ángel —susurro con sinceridad.

Ella congela su sonrisa, se alza sobre sus puntillas y, cuando creo que va a besarme en los labios, me debato entre permitirselo o no, por eso del alcohol y mi teoría de hacerlo cuando estemos sobrios. Sin embargo, Amelia se desvía y besa mi mentón, justo al lado de mi barbilla, haciéndome cerrar los ojos. Si fuese otra persona pensaría que juega a seducirme y volverme loco, pero es Amelia, sé bien que solo se mueve por sus propios deseos e instintos, lo que la hace aún más especial.

—Lo tienes desde que te vi la primera vez, aunque suene tópico —susurra cerca de mi oído.

Rodeo su cintura con los dos brazos y la acerco a mí con fuerza, alzándola más y dejándola casi en el aire para que se pegue por completo a mí. Beso su cuello y suspiro de alivio con sus palabras.

—Prométemelo.

—Te prometo que estoy loca por ti desde que te vi la primera vez. Me sentí la peor persona del mundo por fantasear con el novio de mi hermana, lidié con el dolor de verte con ella, con el rencor que me provocaba no haberte encontrado yo antes, con la envidia de verte besarla, con la vergüenza al compararme con ella y sentirme perdedora, y no distinta. Lidié con un millón de cosas, Einar, incluso con lo que despertabas en mí, porque no me parecía bonito. Después rompisteis y tú te fuiste, y me tocó lidiar con la distancia y el dolor de saberte lejos. —Amelia toma aire mientras yo me quedo de piedra por su diatriba—. Yo encontré a Nacho y tú siempre seguiste ahí, porque eres de esas personas que no se borran, te quedas grabado como un maldito tatuaje para siempre, así que lidié con la culpabilidad por no poder querer a mi novio como debería, luego con la culpabilidad de casi haberle puesto los cuernos contigo y más tarde con la amargura de saber que volvías e iba a tenerte cerca, pero a la vez más lejos que nunca. He lidiado con un millón de cosas durante años, Einar, y te prometo que nada ha conseguido que lo que siento cambie, ni aunque lo haya deseado con todas mis fuerzas.

—¿Y ahora? —pregunto rozando su nariz con la mía y deseando no ponerme a temblar de la jodida emoción que siento—. ¿Deseas ahora que eso cambie? Porque de nada me vale lo que sientes si te niegas a dejarlo salir de una vez por todas.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Me río con voz baja y ronca—. Yo ya no puedo ocultarlo más, nena. Esto es imparable para mí. O me estrello o salgo triunfante, pero ya no hay forma de retener lo que siento. Llevo demasiado tiempo haciéndolo. —Sus ojos se cierran y su aliento se estrella contra mi boca—. Ahora mismo daría todo lo que tengo por besarte, maldita sea.

—Hazlo —susurra en tono casi casi casi suplicante.

—No. —Beso la comisura de sus labios y me recreo en la electricidad que me recorre entero—. No, mañana, cuando no haya una gota de alcohol en tu cuerpo.

—Einar...

—Mañana, Amelia. Mañana lo haré.

—¿Qué harás? Dime exactamente qué harás. Lo necesito.

Sonrío, rozo su mejilla con la punta de mi nariz y acaricio su piel con mis labios hasta llegar a su oído.

—Besarte hasta que el mundo vuelva a creer en la magia.

—Einar...

—Ángel...

—¡Oh, mierda! —Nos sobresaltamos al sentir el grito de Álex y miramos a nuestro lado. Está en la entrada del pasillo, con una copa en una mano y la cara

desencajada—. ¿Otra vez? ¿Pero por qué siempre me toca a mí lidiar con esto?

Me tenso al completo, porque la última vez que nos vimos en una situación parecida, Amelia salió corriendo. Aun así, suelto el agarre que tengo sobre ella y la dejo libre para que decida lo que quiere hacer. Mi corazón late tan rápido que siento una vena de mi frente palpar. Si se va ahora, si huye de esto, no sé qué voy a hacer.

Me voy envarando sin darme cuenta, tanto que, cuando Amelia me toca, me sobresalto. La miro por primera vez desde que nos han pillado y, cuando veo su sonrisa, en vez de relajarme, me pongo más nervioso.

—Álex, ya eres mayorcito para saber que estas cosas no se interrumpen. ¿Qué quieres?

Me quedo a cuadros, porque esos arranques de Amelia no son usuales, Álex también lo sabe, por eso, de primeras, se queda cortado. Tras unos segundos, se envara y nos frunce el ceño.

—¡Quiero mear! ¡Sois vosotros los que os ponéis en sitios estratégicos a hacer cosas que no entiendo para que os encuentre y me colapse el jodido cerebro! Voy a hacer esta pregunta que seguro que ya os suena, pero, aun así, me siento en la obligación. ¿Estabais a punto de besaros?

—Sí —contesto, tal como ya hice en el *camping* en su día, ante la misma pregunta.

—¡No! —exclama Amelia, provocando un seísmo dentro de mí, para mal. Trago saliva y no la miro, porque esto está cogiendo tintes de pesadilla, pero Amelia sujeta mi mano y la aprieta con fuerza antes de seguir hablando—. No lo íbamos a hacer ahora —susurra para mí—. Mañana, vikingo. A eso me refiero.

La miro, consciente de que se ha notado mucho mi tensión y, cuando veo sus ojos ansiosos esperando una respuesta, sonrío e intensifico nuestro agarre.

—Mañana —susurro de vuelta.

—Hasta la polla estoy de vuestras tonterías y de que no os aclaréis con el lío que lleváis. ¡Y dad gracias! Porque si os llega a encontrar otro de la familia ahora tendríais que aguantar un momento superincómodo que, para vuestra suerte, solo estoy soportando yo.

—Álex —digo, cortando su diatriba.

—¡¿Qué?! —pregunta de mal genio.

—Fuera de aquí.

—¡Fuera de aquí vosotros, que yo tengo que entrar al baño! Y Julieta está empezando a preguntar por ti, Amelia, así que yo que tú dejaría lo que sea que estéis haciendo para mañana. —Nosotros nos reímos y él frunce más el ceño—. Ahora entiendo por qué papá dice que tenéis un pavo que ni con quince años.

Pasa por nuestro lado para entrar en el baño y yo suspiro de alivio, porque Amelia está aquí, afrontando esta situación conmigo, como siempre he deseado. Ha sido, en cierto modo, una escena que me servirá para sustituir la del *camping* y para tener la

seguridad de que ahora ya no hay dudas de que entre nosotros hay algo grande y poderoso.

Nos miramos unos segundos y, cuando Álex sale del baño secándose las manos en los pantalones y nos vuelve a gruñir le seguimos, porque tiene razón en una cosa, y es que el resto estará preguntándose dónde estamos.

Cuando nos reunimos con el grupo miro el reloj y empiezo a contar los minutos que faltan para largarnos a casa y que nuestro «mañana» dé comienzo.

La noche, desde que salimos del pasillo del baño, se ha hecho larga no, eterna. Álex no deja de fruncirme el ceño y decirme que tenemos que hablar, Julieta me pregunta, nada más verme, dónde he estado y si me he ligado a algún tío bueno ya, cuando le digo que no, empieza a señalarme chicos al azar para que vaya a hablar con ellos mientras Einar pone mala cara y yo hago esfuerzos para no reírme de buena gana, porque si de verdad el vikingo piensa que tengo un mínimo interés en ir a hablar con alguien, sea del sexo que sea, es que no se ha enterado bien de lo que ha pasado esta noche.

Me he liberado, y no lo digo solo porque esté borracha, no, lo digo porque es cierto. He encontrado el valor, por fin, de decirle lo que siento. A grandes rasgos ya sabe que llevo enamorada de él años y no solo no ha salido corriendo, sino que he sentido lo que mis palabras provocaban en él. La dulzura de sus ojos, el agarre intensificado de sus manos y su respiración agitada no mienten. Einar quiere estar conmigo tanto como yo con él, estoy segura.

Solo hay un pequeño problema, y es que no estoy segura de que, si mantenemos sexo —que espero que sí— él no acabe comparándose con Julieta. Algo absurdo, porque me ha visto en bikini y sabe cómo es mi cuerpo, verme desnuda no cambiará nada, pero a mí la situación sí me resultará distinta; más íntima y expuesta, porque ahí estaré mostrándome al cien por cien ante él y no sé si su cabeza, en algún momento, va a compararme con Julieta, sobre todo en actitud. Yo no soy muy buena en el sexo, lo que Nacho dice es cierto, porque ya otros amantes me lo han dicho. No consigo soltarme, soy muy tímida para según qué cosas y, cuando me presionan, solo me bloqueo más. A menudo he deseado experimentar todo tipo de cosas, pero la falta de confianza en mi pareja y en mí misma me lo han impedido. He tenido sexo satisfactorio, claro, pero, aun así, me da miedo no estar a la altura de las expectativas de Einar.

Intento no pensar en ello, porque no quiero agobiarme. Además, mientras doy un trago a mi copa pienso en el momento del pasillo y en que ni siquiera he tenido que acordarme de parecer confiada, porque simplemente me sentía así. Espero que sea igual en todos los aspectos, conozco a Einar desde hace años y, cuando estoy a su lado, ser yo misma es algo que me sale de forma natural, quizá porque estoy segura de que él acepta mi forma de ser sin reticencias, me respeta y me quiere así, tal como soy, al menos como amiga. Imagino que como amante la cosa será igual. No puedo imaginar a Einar tachándome de aburrida en la cama. Simplemente, esa imagen es imposible para mí. Él es demasiado... demasiado... Bueno, es Einar, el vikingo molón. No hace esas cosas y punto.

A las cinco y media de la mañana el *pub* enciende las luces. En realidad, los camareros nos cuentan que, por ley, deberían cerrar antes, pero siempre se saltan la hora si el local está muy lleno, como hoy.

Esme lo agradece porque dice que necesita dormir al menos cuatro horas si quiere ser persona en el cumpleaños de Marco. El cumpleaños se ha perdido y, pese a que Diego y Julieta le han buscado un par de veces, han acabado aceptando que ha desaparecido con algún ligue, algo que pone de muy mal genio a mi hermana, que asegura que, si la familia sale a emborracharse unida, debe permanecer unida.

—De momento tú y yo vamos a irnos a casa, porque estamos sin niños y quiero hablarte de unidad a solas —le dice Diego.

—Pero yo iba a quedarme a dormir en casa de mi padre... —Julieta duda y mi cuñado eleva una ceja en su dirección. Es uno de esos momentos en los que mantienen una conversación sin palabras frente a todo el mundo. Han desarrollado el arte a las mil maravillas y, tras unos segundos, Julieta sonríe, salta sobre su marido y le muerde, literalmente, la boca—. Vamos, poli, tienes trabajo que hacer.

—Podía vivir sin oír esas palabras —dice Álex—. En serio, ¿podía vivir perfectamente sin oírlas, Julieta!

—Vamos, gruñón —Eli acaricia su cuello con los dedos—. Deja de fijarte en los demás y llévame a casa, tú también vas a tener recompensa por una noche tan dura.

Álex corta su diatriba en el acto, agarra la mano de Eli y salen del *pub* sin despedirse siquiera. El resto le seguimos y yo miro a Einar, que me guiña un ojo justo antes de coger su abrigo para salir. Álex y Eli viven cerca de aquí, así que se han ido caminando. Julieta y Diego se marchan en taxi; tienen el coche de Diego aparcado por aquí, pero han bebido y prefieren no conducir, cosa que me parece maravillosa. Ya volverán mañana a por el coche. Nate, Esme, Einar y yo volvemos a Sin Mar en el coche de Esme, que es la única que no ha bebido en toda la noche.

Durante el camino hablan de lo genial que va a ser dormir sin estar pendientes de si Noah se despierta o necesita algo. Mi hermana es una madraza, pero creo que dormir al menos cuatro o cinco horas sin estar pendiente de su hijo le hará mucho bien. Claro que Noah es un bendito y duerme toda la noche casi desde que nació. Las gemelas son otro cantar, lo que me recuerda que están en mi casa. Todos están en mi casa, lo que quiere decir que, mientras mis hermanos van a disfrutar de una noche, o lo que queda de ella llena de sexo e intimidad, Einar y yo vamos a estar rodeados de bebés, Óscar, mi padre y Sara.

Solo espero que ya hayan dado toda la guerra del mundo y duerman como angelitos desde ahora hasta que me levante.

Llegamos a nuestra calle y cuando el coche se detiene en el aparcamiento de mi hermana Einar y yo salimos, nos despedimos y caminamos por la acera hasta llegar a la nuestra.

—Ha sido gran noche —dice él cogiendo mi mano con disimulo.

Sonrío, se la aprieto y entrelazo nuestros dedos.

—Sí, para las expectativas que tenía, ha estado bastante bien.

—Julieta no ha insistido mucho en que ligués.

—Bueno, eso es porque le dejé bien claro que, si lo hacía, íbamos a tener un problema, así que me lo ha insinuado varias veces, pero cuando ha visto que la ignoraba, se ha quedado tranquila, y menos mal.

—Tener a su poli distrayéndola también ha sido buena idea —dice en inglés.

—Eso siempre funciona —comento riéndome mientras llegamos a casa—. Dios, estoy deseando meterme en la cama.

Einar se ríe de forma ronca y aprieta mi mano, lo que me hace saber que ha pensado en algo intenso relacionado con lo que acabo de decir.

Entramos en casa, subimos las escaleras y nos damos cuenta de inmediato de que Óscar, Noah y las gemelas ocupan las habitaciones de Esme y Julieta. Los bebés duermen en una y Óscar duerme en la cama de la otra. La habitación de Einar está recién pintada, así que no puede dormir ahí, por mucho que él diga que sí.

—Quédate conmigo —susurro poniéndome roja en el acto, pero sin retractarme—. Hemos estado juntos en la cama antes. Solo es dormir...

—¿Segura?

—Sí, claro. Vikingo molón no muerde, ¿no? —pregunto de broma intentando quitarle hierro al asunto.

—Si no quieres, no, pero si quieres... —Se ríe en voz baja y a mí se me eriza la piel de todo el cuerpo.

—No seas malo.

—Lo intentaré...

—Voy a ponerme el pijama y te veo en el dormitorio.

Él asiente, yo cojo el pijama de unicornios, me meto en el baño y me lo pongo. Cuando me miro en el espejo, con el cuerno de gomaespuma apuntando al frente, pienso que no estaría de más comprar algo sexi, porque si Einar y yo vamos a tener algo, dudo que este pijama o mis bragas de florecitas le exciten. También tengo bragas de unicornio, por si te lo preguntas. Mi lencería sexi consiste en ropa interior negra con un poco de encaje. Recuerdo el día que, hace ya mucho tiempo, Julieta se compró un corpiño matador para Einar, siento el corazón apretármese y esa voccecita de siempre, la que tanto odio, me susurra que nunca podré llegar a ese nivel, porque yo soy el tipo de persona que se pone un corpiño como ese y se pone tan roja que acaba con cualquier efecto hipnotizador y sugerente. Me agarro al lavabo, suspiro y me recuerdo, una vez más, que soy así y Einar tiene que quererme tal como soy. Los corpiños no me valen, no porque no me gusten, sino porque me sentiría disfrazada y nadie debería disfrazarse solo para agradar a su pareja nunca, jamás.

Tengo mi lencería de florecitas y unicornios para el diario y los encajes y lacitos para ocasiones especiales y así seguirá siendo. Eso sí, si compro un conjunto nuevo, no va a pasarme nada.

Salgo de la habitación con mis zapatillas de unicornio parpadeando y pienso que es probable que Esme, por ejemplo, se sintiera disfrazada con estas pintas. Sonrío, porque me doy cuenta de que ahí reside la gracia de los seres humanos: todos somos distintos y eso no significa que haya un bando mejor que el otro.

Entro en mi habitación y me encuentro a Einar, cuan alto es, colocando un vaso de agua en mi mesita de noche. Lleva puesto su pijama de Superman y juro que pocas veces lo he visto tan sexi. Será porque es tan alto y ancho; la tela se le ciñe y, aunque sé que eso le da rabia, a mí me encanta. Cuando se gira y me ve sonrío, viene hacia mí y tira del cuerno del unicornio, haciéndome poner los ojos en blanco.

—Preciosa. ¡A la cama!

Me alza en brazos arrancándome una risotada que intento contener a duras penas, porque no quiero que los niños se despierten y me suelta con cuidado sobre la cama.

—¿Sabes una cosa? —pregunto cuando él se mete por el otro lado—. Podría acostumbrarme a ir a todas partes en tus brazos.

Einar se coloca de costado, como viene siendo costumbre en nosotros, yo también lo hago y nos miramos de frente.

—No problema —dice en español haciéndome sonreír—. Vikingo te lleva fin del mundo en brazos.

Sonrío, me acerco y beso su mejilla recreándome más de lo necesario, la verdad. La acaricio con mis labios y dejo que su barba me haga cosquillas.

—Eres el mejor. Buenas noches, vikingo.

—Buenas noches, ángel.

Me giro para darle la espalda, porque sé que, si sigo en esta postura, va a resultarme imposible dejar de mirarlo. Cierro los ojos y, por suerte, me duermo enseguida.

El problema viene horas después, cuando me despierto sobresaltada por una pesadilla. La ligera resaca tampoco ayuda a que el zumbido de mi cabeza mengüe. Me giro y veo a Einar durmiendo boca arriba. Recuerdo el sueño que he tenido, en el que venía a rescatarme con su moto al barrio del otro día, pero justo cuando estaba llegando a mí alguien aparecía y le daba un tiro en el pecho. Algo muy macabro que ha hecho que mis ojos se abran de pánico en el acto. Bebo agua para aliviar mi garganta reseca y cierro las manos en puños, porque no quiero ceder a lo de siempre y tomarle el pulso, como solía hacer con mis hermanos, desde que me contaron de pequeña en clase que la abuela de una chica se había muerto dormida, sin darse cuenta. Me he pasado la vida intentando retener esta pequeña obsesión, pero son muchos años de hacerlo y, al final, no puedo evitar poner mis dedos en el cuello de Einar para comprobar que su pulso late.

Él abre los ojos y me mira con fijeza, lo que me hace saber que no estaba dormido, como yo pensaba. O al menos, no dormido profundamente.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada —susurro apartando la mano de inmediato.

—Estabas comprobándome pulso.

—Ah, ¿sí?

Einar no contesta de inmediato, busca mi mano por debajo de las sábanas y vuelve a llevarla a su cuello.

—No problema, late, ¿ves? —Asiento avergonzada y él tira de mi cuerpo y me acerca al suyo hasta que nos rozamos de pies a cabeza—. ¿Pesadilla? —pregunta entre susurros usando un tono confidencial. Asiento, avergonzada y ahora, además, con labios temblorosos, recordando la pesadilla—. ¿Me la cuentas?

—No quiero que te rías de mí.

—Nunca.

Me lo pienso unos instantes y, al final, llego a la conclusión de que lo primero que necesitamos Einar y yo es confianza plena, hasta en momentos así, de modo que me lanzo y se lo cuento todo. Él me oye en silencio y, cuando acabo, me abraza, metiendo la mano por debajo de mi pelo, acariciando mi nuca y asegurándose de que mi mejilla se queda bien pegada a su torso.

—Escucha —dice mientras me mueve un poco.

Al principio no soy consciente de lo que intenta, pero poco después me doy cuenta de que está colocando mi mejilla sobre su corazón. Cierro los ojos agradecida con Dios, la vida, el karma o lo que sea que haya puesto a Einar en mi camino y oigo el latido de su corazón, potente y vibrante.

—Gracias —susurro sin más.

Él no contesta, acaricia mi espalda mientras yo me calmo y, después de unos minutos, besa mi cabeza mientras yo hago lo mismo con su torso y me separo de su cuerpo.

—¿Mejor?

—Sí, mucho mejor. Odio esta manía.

Él sabe de qué le hablo, mis hermanos ya han contado en infinidad de ocasiones que, a veces, se han despertado con mis manos puestas en el cuello o en las muñecas, por eso me alivia todavía más que se lo tome con tanta naturalidad.

—No lo hagas —dice en inglés—. Sería como odiar una parte de ti y eso debería estar prohibido. No hay una sola parte de ti, ni por fuera, ni por dentro, que debas odiar. Ni tú, ni nadie.

—Lo dices como si fuera perfecta —susurro riéndome.

—Lo eres. Para mí, lo eres.

—Einar...

—Ven aquí —dice atrayéndome hacia su cara y tumbándose al mismo tiempo en el colchón, mientras él se apoya en un antebrazo y cubre mi cuerpo con el suyo parcialmente. Mi respiración se agita de inmediato y él sonrío—. Hasta que el mundo vuelva a creer en la magia, ¿recuerdas?

Mi corazón se aprieta en un puño, porque es lo que me dijo anoche, cuando hablamos de nuestro primer beso. ¿Ahora? ¿Lo va a hacer ahora? Dios, no sé si tengo

mal aliento, o si lo tiene él, o si... Einar sonrío, a mí me vibra todo y, cuando quiero darme cuenta, sus labios se están acercando y yo estoy a punto de tener un colapso nervioso.

—Recuerda respirar —susurra él.

Lo hago, cierro los ojos, suelto el aire de golpe y, cuando los abro, Einar está a escasos centímetros de mí y yo siento toda la anticipación, ansiedad y emoción del mundo.

—Por favor hazlo ya —suplico.

Él no se ríe de mí, al contrario. Acaba con la distancia que nos separa y siento, por primera vez, su boca sobre la mía. Sus labios son suaves, pese a tener barba, presionan sobre los míos con firmeza, pero sin resultar bruscos y, cuando se mueven, gimo por primera vez en su boca, haciendo que acaricie mi mejilla con el dorso de sus dedos, como si quisiera decirme que me entiende, que le gusta que haga esto. Mi mano se posa en su pecho y asciende por su cuello hasta llegar a su nuca. Enredo mis dedos en su corto pelo y entreabro los labios, sacando mi lengua y buscando la de Einar, haciendo que esta vez sea él quien gima.

Maravilloso, Dios, es maravilloso.

Su cuerpo se deja caer un poco sobre el mío y me doy cuenta del esfuerzo que Einar hace para no aplastarme, así que empujo su pecho rompiendo el beso un segundo y cuando me mira desconcertado sonrío y le empujo para que se tumbe. Me pego a su costado, dejando caer mi pecho en el suyo y sonrío cuando él lo hace.

—Así mejor —susurro.

Einar asiente y alza la cara buscando mi boca de nuevo. Yo le doy lo que quiere mientras mis manos acarician su torso y siento cómo la excitación empieza a cobrar vida en mí.

Años esperando este momento y, ahora que por fin ha llegado, no tengo palabras para describirlo. Es intenso, dulce, firme, excitante y poderoso. Es todas las palabras bonitas que se hayan escrito en español, islandés, inglés y cualquier otra lengua del planeta, viva o muerta.

Es todo. Él lo es todo. Así de simple. Así de aterrador.

Einar enreda una mano en mi nuca y sube hasta mi pelo jugando con él, volviéndome loca y haciéndome desear más de todo; más de sus besos, más de sus manos, más de su cuerpo duro y fuerte junto al mío.

—Ven —gime después de unos minutos besándonos—. Ven aquí. Más.

Sé lo que quiere, estoy en su costado y me quiere arriba. Y, aunque con cualquier otro, este habría sido un momento para cohibirme, con él solo me sale seguir a mi instinto, que me pide encaramarme a su cuerpo y no dejarlo ir nunca.

Y lo hago, me subo a horcajadas sobre él y, cuando siento su excitación en mi centro, gimo y me enciendo, pero no me avergüenzo, porque este rubor es de excitación y quiero que él lo vea.

Einar traga saliva, puedo ver el movimiento de su garganta al hacerlo, se alza, vuelve a pasar una mano por mi nuca y me baja para que lo bese, mientras alza las caderas una y otra vez para que lo sienta.

Y aquí, justo aquí, en este momento, descubro que ya da igual lo que yo quiera y da igual lo que haga, sienta o tenga pensado hacer en un futuro, porque Einar acaba de arrasarlo con todo y ya solo tengo dos opciones: salir victoriosa, estar con él y disfrutar de un amor tan infinito como este o reventar mi corazón en pedazos y pasarme el resto de mi vida intentando recomponerlo sin éxito.

El miedo a que lo segundo pase es intenso y real; tan real como la ilusión de que la primera opción sea, por fin, una posibilidad a tener en cuenta. Porque esta vez estoy dispuesta a luchar contra todo lo que me impida ser feliz a su lado. Esta vez, ni siquiera mis malos pensamientos podrán con nosotros.

Einar

Cuando siento los pechos de Amelia apretarse contra mí gimo, y eso que la tela de su pijama es bastante gruesa, sin contar con el cuerno del unicornio. Este pijama de Superman que llevo siempre me ha parecido estrecho, pero ahora mismo es, incluso, doloroso. Daría todo el dinero del que dispongo y firmaría dar todo lo que vaya a ganar en un futuro por poder desnudarla y entrar en ella ahora mismo, pero sé que no es el momento. La casa está llena de niños, y está su padre, y Sara, que es como su madre. Aun así, mis manos viajan desde su nuca y sus hombros hacia su espalda y, de ahí, a su trasero. La pego a mi erección de nuevo y consigo que gima en mi boca. Está encendida de excitación, sus mejillas arden, supongo que porque para ella es inevitable que lo hagan cuando se encuentra en una situación tan íntima, y yo pienso que está preciosa.

—Ojalá pudiésemos quedarnos aquí de por vida —susurra mordisqueando mi labio inferior y volviéndome loco—. Ojalá no tuviéramos que salir de este cuarto nunca.

—Hagámoslo —contesto de inmediato, girándola, tumbándola en la cama y colándome entre sus piernas abiertas, apretando mi erección contra ella con decisión, haciendo que gima de nuevo—. Quedémonos aquí.

—Imposible. —Amelia se alza sobre uno de sus codos cuando alejo mi boca de la suya y me atrae de nuevo hacia su cuerpo, haciéndome reír y consiguiendo que me deje caer sobre ella—. Es el cumple de Marco —murmura sobre mis labios de nuevo.

La realidad me golpea, tiene razón, es el cumpleaños de Marco, la familia entera estará aquí dentro de poco y, por mucho que quiera, esto no va a llevarnos a ninguna parte de momento, así que beso su cuello, mordisqueo su oreja, doy un último apretón a su culo metiendo las manos entre el colchón y su cuerpo y me despego de ella, arrodillándome y dejando a su vista lo que ha provocado en mí. Amelia mira hacia abajo de manera irremediable y se pone tan roja que estoy tentado de reírme.

—Vikingo va a darse ducha fría —digo en cambio, porque no quiero sonreír y que se lo tome a mal.

No me río de ella por reaccionar así, me dan ganas de sonreír porque es adorable a niveles extremos. En serio, creo que nunca he conocido ni conoceré a nadie tan preciosa y adorable como ella.

—Si quieres, voy contigo... —susurra juguetona.

Me sorprende y, lo más importante, creo que ella también se sorprende al oírse, lo que es bueno, porque significa que tiene la suficiente confianza en mí como para

bromear de esta forma tan íntima.

—Entonces no será ducha fría, aunque el agua caiga fría —contesto sonriendo—. Pero otro día...

Ella suspira con el anhelo dibujado en la cara y yo me obligo a salir de la cama, porque si vuelve a mirarme así voy a poner el escritorio contra la puerta y obligarnos a quedarnos aquí dentro el día entero.

Salgo al pasillo rezando para no encontrarme con nadie, pero era algo totalmente imposible, teniendo en cuenta que esta casa siempre está hasta arriba de gente.

—¡Madre mía! Vikingo molón se ha levantado con el martillo de Thor en pie de guerra, ¿eh?

Me quedo paralizado observando a Julieta, que me mira sonriendo con esa mezcla de diversión y cinismo que tan bien le va. Mi primer impulso es mirar atrás, al dormitorio de Amelia, pero si hago eso ella va a darse cuenta de que pasa algo. No es que yo tenga un problema con eso, al revés, si por mí fuera le diríamos a todo el mundo que, entre nosotros, hay algo, pero es que aún no hemos hablado de qué es exactamente lo que tenemos. Yo no soy de relaciones casuales y Amelia tampoco, así que espero que quiera ser mi novia, pero no puedo hablar por ella, de modo que solo me queda sonreír y encoger los hombros, como si esta situación fuese normal.

—Vikingo molón está contento.

—Ya veo, ya. —Se ríe con ganas antes de seguir hablando—. Por cierto, ¿cómo ha quedado tu cuarto? Sara me ha dicho que lo estuvisteis pintando ayer.

Se dirige hacia mi habitación, pero la paro en seco.

—Está bien, huele fuerte a pintura —digo para que no entre.

Si lo hace, verá que mi cama está hecha y que es bastante obvio que no he dormido ahí.

—Da igual, hombre, a mí me gusta el olor de la pintura. Soy una yonqui. También soy una yonqui del olor a gasolina, y a sexo, sobre todo si es con el poli. Me encanta cómo huele el sexo con el poli. —Mira abajo y sonrío—. Tú deberías buscar a alguien con quien practicarlo, si no quieres que eso de ahí abajo te acabe creando problemas por dureza extrema y...

—Ya vale, Juli —contesto riéndome.

—¡Encima de que miro por ti!

—Gracias, pero no hace falta.

—¿Por qué no? ¿Tienes a alguien a quien darle martillazos?

Joder, qué bestia es. Estoy a punto de soltar una carcajada cuando una voz me para en seco.

—Julieta, ya vale, le estás avergonzando.

Nos giramos y miramos a Amelia, que me observa con una mezcla de comprensión y molestia. Lo primero lo entiendo, lo segundo, no.

—Solo bromeo con él. Tranquila, hierbas, el vikingo y yo nos entendemos.

—No me llamo hierbas, sino Amelia, y te agradecería que dejaras de hacerlo, además. No me gusta.

Elevo las cejas con su tono porque sí, está molesta. Julieta se queda cortada un segundo, solo uno, luego su lengua viperina vuelve y lo hace por la puerta grande.

—Aquí todos nos metemos con todos, Amelia. ¿Qué pasa? ¿La resaca te está jodiendo?

—Me joden muchas cosas esta mañana, sí.

Oír a Amelia decir la palabra «joden» es, definitivamente, raro. Que lo haga mirándome mal, es directamente incomprensible. ¿Qué he hecho yo? Frunzo el ceño, pero ella pasa por nuestro lado murmurando que va a ducharse y cierra la puerta del baño de un portazo.

—Madre mía, a ver si se toma medio bote de antiácidos y se le endulza el ánimo, porque si sigue así va a ser un día muy largo, teniendo en cuenta que Marco tampoco está contento con que celebremos el cumpleaños por todo lo alto.

—Tu hermana no toma tantos antiácidos ya. —Siento, de algún modo, la necesidad de defender a Amelia.

—¡Era broma! ¿Por qué estáis tan picajosos? Madre mía, ya mismo no podré ni hablar.

—Juli...

Ella me mira sin entender, está molesta y me atrevería a decir que también está dolida. Es mi amiga, la quiero y no me gusta que se sienta así, de modo que hago lo único que se me ocurre, teniendo en cuenta que Amelia está cabreada y no sé por qué. Voy a contárselo todo, le pediré que se corte un poco y, además, podrá aconsejarme sobre qué debo hacer para combatir la más que evidente inseguridad que su hermana sufre.

—Entra en mi cuarto.

—Mmm, ¿quieres apagar ese fuego conmigo?

Me río entre dientes y la puerta del baño se abre de un tirón, mostrándome a una Amelia que centra sus ojos llenos de ira en mí. No habla, no dice ni una palabra, pero sé que ha oído la insinuación de Julieta que, obviamente, es falsa. Solo está de broma y Amelia debería saberlo, pero parece herida de verdad, así que voy hacia ella ignorando a su hermana y le pregunto qué ocurre.

—Nada, he olvidado mi ropa para vestirme después de la ducha. —Su frialdad me tiene descolocado.

Sale del baño empujándome por el costado y se mete en su dormitorio. La sigo y Julieta me sigue a mí.

—¿Estás bien? —pregunta Juli.

—Perfectamente, muchas gracias. Si no os importa, querría estar a solas un ratito.

Julieta me mira muy seria, sin entender por qué su hermana está así. Yo tampoco lo hago, la verdad. Imagino que ha oído el comentario de Julieta, pero ya debería saber que su hermana es así con todos. Aun así, como no quiero liar todo esto más, ni

hacer una montaña de un grano de arena, salgo del dormitorio y le digo a Julieta que la veré abajo, porque si entra ahora en mi cuarto vamos a provocar que Amelia estalle, me parece a mí. Me meto en mi dormitorio y, como Amelia ha ocupado el baño, decido pasar de la ducha, porque de todas formas la erección se me ha ido al traste viéndola en ese estado. Me visto con un vaquero y un jersey y bajo al salón, donde la familia al completo ya prepara las mesas para comer. Está lloviendo, así que hacer el cumpleaños en el jardín es imposible, pero este salón es grande y, si nos apretamos, cabremos todos.

Los minutos pasan, Amelia baja con un *short* negro, unas medias tupidas, unas bailarinas y un jersey de rayas marineras. Tiene las gafas puestas, está preciosa, pero creo que lo ha hecho para ampararse; es algo que he descubierto con el tiempo. Cuando quiere recluirse un poco, se pone las gafas, como si con eso consiguiera levantar un muro para los demás.

Me acerco a ella con la intención de hablar, pero quien lo hace es su padre.

—Cariño, estaba contándole a Diego que no sé dónde está tu coche desde hace un par de días.

Amelia se congela en el sitio y carraspea, mirando hacia la tele, que emite un programa de dibujos animados que le encanta a Óscar. La verdad es que no esperaba que Javier se pusiera a preguntar por el coche justo hoy, pero esta familia es imprevisible.

—¿Y? —pregunta Amelia.

—Que al final no me dijiste dónde está. Si lo has dejado aparcado lejos, esta tarde puede ir cualquiera de tus hermanos contigo para recogerlo. —Amelia no contesta y su padre frunce el ceño—. ¿Cariño?

—¿Qué te apuestas a que lo ha regalado? —dice Esmé chasqueando la lengua y cruzándose de brazos frente a su hermana—. ¿Dónde está el coche, Amelia?

Siento los nervios de mi chica, porque para mí ya lo es, y voy a su lado, intentando infundirle ánimos, pero solo consigo que se envare más, no sé por qué.

—No lo tengo —susurra.

—¿Por qué no lo tienes? ¿Lo has regalado de verdad? —pregunta Álex—. ¡Joder, Amelia! Siempre dije que lo harías, pero nunca pensé que llegarías a tanto. Tienes que controlarte un poco, en serio, regalar tu coche es...

—No lo he regalado —dice ella cortando la diatriba de su hermano.

—¿Entonces? —pregunta Javier.

—¿Podemos comer? Vikingo tiene hambre —intervengo.

—Vikingo se puede esperar dos minutos a que Amelia termine de explicar dónde está su coche —responde Javier.

Retazos aparece de la nada como llamado por la mente de Amelia y maúlla a su lado para que lo coja. Ella se agacha, lo alza en brazos y lo aprieta contra su pecho. He sido testigo de la unión que tienen gato y dueña, porque anoche mismo lo vi dormir en su armario, entre sus zapatos, la mar de a gusto y, esta mañana, mientras

nos besábamos, él seguía ahí, a su aire, pero cerca de nosotros, así que no me extraña que en este momento, pese a lo arisco que es, se esté quieto como una estatua mientras Amelia lo acaricia y lo abraza con ganas.

Ahora mismo parece indefensa y odio eso, de verdad, no soporto que se sienta así. Estoy empezando a desarrollar un sentimiento de rabia hacia toda la familia por ponerla en esta tesitura y no quiero, porque sé que lo hacen con la mejor de las intenciones y que solo se preocupan por ella, pero a veces, la preocupación, según cómo se muestre, hace daño.

—¿Por qué cojones sois tan agobiantes? —estalla Marco de pronto—. ¿No veis cómo está? ¡Le falta temblar!

—No estoy temblando —dice Amelia, pero su voz no suena firme y se aferra más a Retazos.

—Da igual, ellos me entienden. ¡Es su coche! Como si decide hacer una hoguera con él en la plaza, os debería dar igual.

—¡Pues no nos da! —exclama Julieta—. La familia está para eso, para presionar y para asegurarse de que todo está bien.

Marco resopla, Amelia se muerde el labio inferior con saña y yo aprieto los dientes, porque está pasándolo mal y no quiero que esto sea así. Va a tener que contar lo que pasó, pero puede hacerlo de otra forma, no tiene que llevarse este mal rato.

—Creo que es mejor comer —digo, esta vez en inglés.

—¿Qué has hecho, niña? Habla.

Javier se acerca a su hija y se pone a escasos centímetros de ella. Puede que Amelia tenga treinta y un años, pero su padre sigue imponiéndole como cuando tenía cuatro, estoy seguro. Lo adora y enfadarlo o decepcionarlo le duele como si le clavaran puñales en el estómago.

—Yo... —Traga saliva y esconde la cara en el cuello de Retazos—. Me lo han robado —susurra.

—¿Qué?

—Me lo han robado —vuelve a decir, esta vez un poco más alto.

Javier se queda en silencio un momento, digiriendo sus palabras, supongo. Pasados unos segundos pone una mano bajo la barbilla de su hija y la obliga a mirarlo.

—¿Qué pasó?

Y ella, que de mentir no entiende, coge aire y suelta todo lo que ocurrió desde el principio.

—Sé que no debí haber ido, pero estoy bien —dice al acabar—. Solo fue un susto.

—¿Un susto? ¡Te atracaron, Amelia, joder! —exclama Álex acercándose—. ¿Por qué has pasado por algo así sola?

—¿Quién fue? ¿Tienes un nombre? ¿Una descripción? —Diego saca el móvil de su bolsillo mientras también se acerca a ella—. Voy a llamar ahora mismo para que

empiecen a buscar al ladrón. ¿Has puesto la denuncia?

—No, yo... Bueno, yo no voy a denunciar.

El silencio se hace un momento en la estancia antes de que Julieta hable con todo el desatino del mundo.

—Está bien ser buena, Amelia, pero no denunciar el robo de tu coche, el de tu dinero y el de tu puñetero bolso es de ser un poco tonta.

—Tú no sabes mis razones, Julieta, así que no me insultes.

—No te insulto, solo digo que...

—¡Sí me insultas! Y no me refiero al «tonta». Me insultas cada vez que me infravaloras por ser buena persona y solidaria. Me insultas cuando te ríes de mí y de mis infusiones y me insultas cuando me haces sentir inferior a vosotros. ¡Que no me guste decir palabrotas o salirme de madre a diario no significa que yo sea más débil o tonta que vosotros! ¿Te enteras?

Julieta se queda, por primera vez desde que la conozco, sin palabras. Mira a su hermana con una mezcla de estupefacción, dolor y orgullo que solo Julieta es capaz de comprender. Supongo que, en el fondo, está contenta de que por fin haya sacado las garras, aunque sea con ella.

Amelia, en cambio, está muy lejos de sentirse orgullosa. Sus ojos se aguan y, antes de que nadie pueda tocarla, da un paso atrás, se disculpa y sube los escalones a toda prisa.

—¿Qué...? ¿Qué acaba de pasar? —pregunta Julieta cuando Amelia desaparece de nuestra vista—. Yo no pretendía insultarla. Solo... no sé, quería abrirle un poco los ojos.

—Creo que ese es el problema —dice Nate—. Todos queréis abrirle los ojos porque dais por hecho que actuar como ella lo hace es incorrecto. La hacéis sentir inferior y le restáis importancia a todo lo bueno que hace. Se siente como una niña la mayor parte del tiempo porque vosotros la hacéis sentir así. Le habéis dado el papel y da igual a lo que se enfrente en su trabajo, porque para vosotros siempre será la llorona y la sensible.

—No la llamamos llorona y sensible de forma insultante —se defiende Esme, mirando a su marido mal—. Es nuestra hermana y la adoramos. Debería saberlo.

—Lo sabe, no tengo dudas —interviene Eli—, pero quizá es hora de recordárselo, en vez de echarle en cara su actitud frente al robo. Nadie es culpable de que lo atraquen.

—De que la atraquen no es culpable —dice Álex—, pero debería haber denunciado.

—No sabes sus razones para hacer lo que ha hecho, Alejandro. Tu hermana es mayorcita, deja de decidir por ella lo que tiene o no tiene que hacer.

Álex mira a su chica con los dientes apretados, alza las manos y se aleja del sitio que Amelia acaba de dejar vacío. Se sienta en una silla frente a la mesa y se mete un gran trozo de pan en la boca.

—Voy a hablar con ella —digo en un tono casual, o eso pretendo.

—No, vikingo, voy yo. —Julieta da un paso al frente y la paro.

—No creo que sea buena idea.

—Ya, bueno... es evidente que tiene un problema conmigo, así que sí, es una gran idea.

—Juli...

—Es mi hermana, Einar, sé cómo tratar con ella.

—Está nerviosa, alterada y necesita tranquilidad.

—¡Puedo tratar con tranquilidad a mi hermana, joder! —exclama y, cuando la familia entera se queda en silencio, me sorprende oyendo su voz temblorosa—. Sé bien cuándo una hermana mía tiene un problema conmigo. —Mira de soslayo a Esme, que hace como si no se diera cuenta—. A Amelia le pasa algo conmigo y voy a averiguar qué es.

—No creo que sea buena idea, cariño —dice su padre interviniendo—. Iré yo.

Miro a un lateral, donde Marco ha empezado a moverse. Al principio intento detenerle, pero cuando pone un pie en la escalera y empieza a subir sin decirle nada a nadie, me lo replanteo. Quizá Amelia necesite hablar con alguien que se sienta a veces tan incomprendido como ella, aunque sea por motivos diferentes.

Miro de nuevo a Juli, que observa a Marco perderse en la planta superior y veo, estupefacto, cómo se aprieta los ojos y se gira para coger a una de sus hijas en brazos.

—Pues muy bien... ahora tampoco tenemos al jodido cumpleaños.

—Tranquila, cariño —dice su suegra, Teresa.

Ella asiente, pero se va a la cocina con Victoria en brazos mientras Emily la sigue con pasos inestables y una sonrisa y Diego va tras ellas, supongo que para intentar animarla, porque es evidente que no se siente bien.

Y yo estoy aquí, intentando entender cómo se siente Amelia y por qué las bromas que me ha gastado Julieta arriba la han desestabilizado tanto. No han sido celos, o no han sido simples celos. Hay algo más y, o averiguo pronto de qué se trata para ayudarla a solucionarlo, o arrastraremos algo que no nos permitirá ser felices al cien por cien, estoy seguro.

Me arrepiento de mi exabrupto antes de llegar a mi dormitorio. Pienso en cómo le he hablado a mi hermana Julieta y se me retuerce el estómago porque no se lo merece, pero me ha puesto enferma escucharla tontear con Einar. No porque sea en serio, sé que no lo es y que mi hermana adora a su marido, pero no he podido evitar que las imágenes de cuando estaban juntos regresaran a mi mente. No he podido evitar pensar que yo jamás podré llegar a su altura. Oírla hablar de la erección de Einar con tanta naturalidad, aun cuando solo son amigos, me hizo recordar que, segundos antes, cuando se puso de rodillas en la cama, yo me encendí como una amapola por ver esa misma erección. Como una maldita mojigata. Oír cómo mi hermana se reía de él y tonteaba de la forma en la que solo querría hacerlo yo, fue demasiado porque me llevó a la comparación; me golpeé yo solita la autoestima y cuando bajé y mi familia entera empezó a presionar con el tema del coche mi nivel de ansiedad se disparó. No debería haber hablado así, ni haberme ido corriendo como una niña de quince años. Por el amor de Dios, soy una mujer hecha y derecha, debería poder decirle a mi familia lo que pienso sin sentir un mundo de emociones luego.

Lo peor es que, esta vez, he conseguido pasarme. He visto el dolor en la cara de Julieta. No comprende por qué la he tratado así y es normal, porque no tiene ni idea de lo que se cuece en mi interior. No se lo merece, porque es una bestia, sí, y no mide sus palabras, también, pero tiene un corazón que no le cabe en el pecho y se preocupa por mí. Ese es el problema, que todos se preocupan por mí en exceso.

Cuando la puerta de mi dormitorio se abre maldigo no tener un puñetero pestillo, otra vez. Odio que mi padre los tenga prohibidos en casa. Miro de soslayo, esperando encontrarme con Einar, pero quien entra es Marco, sorprendiéndome un poco.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

Asiento y me siento en la cama con Retazos sobre mí. Mi gato ha demostrado ser un fiel compañero en solo unos días y, aunque pueda parecer mentira, estoy segura de que se da cuenta del estado de mis emociones mejor que cualquier ser humano.

—Antes de que digas nada, siento mucho lo que ha pasado y haberte estropeado el día. Luego hablaré con Julieta para disculparme.

—No has estropeado nada, Amelia. Has tenido una salida de tiesto, sí, ¿sabes cuántas he tenido yo desde que entré en esta familia? Y mucho peores. Si a mí, que soy un grano en el culo, no me han dado la patada ya, dudo mucho que te la den a ti, que eres una santa.

—No soy una...

—Lo eres, pero no solo por todo lo que haces, sino por todo lo que aguantas. —Marco se mete las manos en los bolsillos, cierra la puerta y se apoya sobre ella con ese aire distante que tan ensayado tiene—. Esta familia es la mejor familia del

mundo, de eso no tengo ninguna duda, pero también puede llegar a ser estresante y agobiante. No te sientas mal por haber estallado, tienes derecho a hacerlo, Amelia. No deberían meterse así en lo que haces o no haces con tu vida y con tus pertenencias.

—Supongo... —susurro.

—Pero... —Sonríe y asiente—. Siempre hay un pero ¿verdad? —Carraspea y se acerca a mí, sentándose en el borde del colchón, a mi lado, y mirando al frente, evitando así mi cara—. Lo hacen porque sienten tanto amor por ti que se desbordan. Se preocupan en exceso, sí, pero eso es porque te quieren en exceso, también, y no deberías olvidarlo.

—No lo hago. Intento no hacerlo.

—A veces, cuando mi tío o Julieta se ponen en plan pesado, deseo largarme del piso —susurra sorprendiéndome—. Algunos días, cuando ellos se ponen intensos y las niñas reclaman atención constantemente, pienso que antes estaba mejor, pero eso es mentira; una excusa de mierda que me pongo cuando mi mente me machaca y me recuerda que yo llegué tarde a esta familia. Que soy el último y no importo tanto.

—Eso no es cierto.

—Lo sé, igual que sé que el pensamiento que te ha llevado a estallar, sea cual sea, está basado en imaginaciones tuyas, más que en la realidad. Es un pensamiento generado por la ansiedad, el estrés y una autoestima de mierda. ¿O me equivoco? —Guardo silencio para no darle la razón y se ríe—. Soy un jodido experto en inventarme afrentas solo para tener una excusa y así estallar cuando me acojono porque me doy cuenta de que, sin ellos, ya no soy nada. —Suspira y se ríe con un poco de cinismo—. ¿Te sientes mal por haber estallado? Yo estallé anoche porque se largaron sin mí, pese a que me perdí a conciencia con una mujer a la que olvidé antes de vestirme. Estallé esta mañana otra vez, porque no quería una fiesta de cumpleaños y no descarto estallar de nuevo antes de meterme en la cama. Vivo estallando, aunque ahora las chispas no prendan en un fuego desbocado, o no muy a menudo. Créeme, Amelia, si Julieta no me ha mandado a la mierda a mí, que lo merezco como nadie, dudo mucho que lo haga contigo.

—Julieta te adora, Marco. Te quiere más de lo que tú, ni nadie, se imagina. Eres su niño para ella.

Él guarda silencio, mira al suelo y suspira, cerrando los ojos un segundo y asintiendo.

—Lo sé, y yo la adoro a ella. Ese es el problema, que los quiero tanto que vivo aterrado pensando que un día se cansarán de mí, me darán la patada y lo perderé todo. Por eso mi cabeza me juega malas pasadas y me hace comportarme como un capullo, a veces. Intento controlarlo porque sé que no es más que mi miedo, pero a veces es difícil, y no pasa nada, ¿sabes? Eso es lo que he aprendido desde que llegué a esta familia: no pasa nada por equivocarse. Lo importante es reconocerlo y seguir trabajando en ello. —Entiendo sus palabras y las hago mías, porque tiene toda la

razón del mundo—. Amelia, yo no sé qué es lo que te molesta, pero sé que, si no lo hablas, se te hará bola, porque tú no eres una persona rencorosa y en algún momento vas a estallar de nuevo. Antes de lo que piensas, además.

—Tú no eres famoso por hablar las cosas.

—Y por eso estallo tanto —dice con una sonrisa triste—. Aun así, me gusta pensar que estoy aprendiendo y que ahora mis salidas de tiesto son más por ser un borde que por tener problemas serios.

—Quizá yo también soy una borde. —Marco se ríe y yo le golpeo el hombro—. Eh, puedo serlo. A lo mejor quiero convertirme en una persona fría y distante.

—Eres tan fría y distante como una taza de chocolate con nubes de azúcar dentro.

Me río y me encojo de hombros. Pienso en ella, en el daño que le hizo su marcha y en que ella misma aún no la supera. Quizá debería decirle a Marco que me escribe cada cierto tiempo preguntando por él. Quizá deba tantear el terreno para ver cómo lo aceptaría. Además, necesito darle un respiro a mi mente, así que...

—¿Piensas en ella? —pregunto entre susurros, temiendo que me salte a la yugular, porque es un tema intocable para Marco.

—¿En quién? —pregunta él con los hombros tensos y la voz rígida.

—Erin.

—No.

Es mentira. Dios, es una mentira tan evidente que, de no ser un tema tan delicado, sonreiría. Marco apoya los antebrazos en las rodillas y mira al suelo antes de hablar de nuevo.

—Cada día —susurra—. A veces, cada hora del jodido día.

—Ha pasado mucho tiempo...

—Lo sé, créeme, lo he contado. —Recuerdo todo lo pasado con Erin y, cuando estoy a punto de hablar, él me corta—. Intenté buscarla por redes sociales, internet, guías telefónicas y todos los medios posibles, ¿sabes? —confiesa—. Lo intenté y hasta pensé en largarme a Irlanda y buscarla, rescatarla de su propia vida. Lo pensé durante tanto tiempo que creí que me volvería loco. —Su voz es tensa y, de alguna forma, triste—. No lo entiendo, fue como si se la tragara la tierra. Ella se fue a la fuerza, porque no quería, pero se olvidó de mí por voluntad propia y la odio por eso. —Su voz se vuelve acerada, pero se vislumbra mucho más dolor que odio en sus palabras—. La odio por conseguir olvidarse de mí de la forma en que yo no lo he logrado... —Carraspea y niega con la cabeza—. Da igual, todo eso da igual. Lo importante aquí es que tú arregles las cosas con Julieta, porque no pienso pasar el día aguantando caras largas.

Debería decirle lo que sé. Debería contarle que... Tomo aire con fuerza y cierro los ojos, intentando recordar que no es una buena idea. No lo es. Ella no va a volver y él tiene que vivir su vida olvidándose de ella. Si ahora le atormenta no poder hacerlo, no puedo imaginar lo que sentiría si supiera que ella, tampoco. Querría buscarla, estoy segura; lo dejaría todo por volver a verla y no es lo que ella quiere. Si se lo

contara Marco sufriría el doble, así que guardo silencio y deseo fervientemente que algún día pueda ser feliz de verdad. Que los dos puedan serlo.

El ambiente se ha vuelto tenso y sé que Marco está pasándolo mal, pero, aun así, hay algo que necesito decirle.

—Gracias —susurro.

—¿Por?

—Por confiar en mí. Por no estallar esta vez. —Él sonrío un poco, pero sus ojos no brillan. No puedo imaginar cómo se siente, pero, para no amargarle más el día, decido hacerle partícipe de algo que le dará mucha munición—. Estoy liada con Einar.

Marco me mira y abre la boca, sorprendido. Una parte de mí quiere sonreír, orgullosa de haber conseguido dejarlo sin habla momentáneamente, pero eso me dura solo hasta que recuerdo que, en realidad, con Einar solo he compartido algunos besos, porque aún no hemos hablado con claridad de nuestra situación y, después de mi comportamiento de hoy, habrá que ver cómo se toma él todo esto. Igual hasta se lo replantea y...

La carcajada de Marco me saca de mis pensamientos.

—Puto vikingo. Mira que lo sabía, ¿eh? Una cosa es que te mirara el culo alguna vez con disimulo y otra que, últimamente, lo pillara repasándote de arriba abajo en cada jodida reunión. —Se ríe con ganas mientras yo abro la boca de sorpresa—. ¿Qué? ¿No te habías dado cuenta? ¡Venga ya! En esta familia seréis muy listos para algunas cosas, pero para otras...

—Oye, no se lo puedes decir a nadie, ¿eh? Solo lo sabe Álex porque nos pilló ayer. Bueno, y en el *camping*.

—Espera, ¿en el *camping*?

Le miro mordiéndome el labio y luego, aun sabiendo que esto va a costarme más de una broma por su parte a lo largo de toda mi vida, le cuento todo lo que ocurrió en el *camping*. Bueno, todo lo que ocurrió en el *camping* y desde entonces con Nacho y con Einar.

Marco escucha con atención y, cuando acabo, se ríe y se pasa las manos por la cara.

—Por eso has estallado contra Julieta. Tienes celos de lo que ellos tuvieron.

—No —susurro—. De lo que tuvieron no tanto, porque sé que está acabado y ninguno siente nada.

—¿Entonces?

—Yo no soy como Julieta, ni por fuera ni por dentro...

—No, eso está claro. —Agacho la mirada y él chasquea la lengua—. Vale. Entiendo. Crees que, como sois distintas, una tiene que ir por debajo de la otra.

—No es eso, es que...

—Sí, es eso. Crees que Einar va a comparar y va a darse cuenta de que, al lado de Julieta, tú pierdes por mucho. —Trago saliva y Marco niega con la cabeza—. Es

mentira, Amelia, ni yo, ni nadie, pensaría algo así, pero por cómo te han dolido mis palabras, sé que he acertado.

No lo niego, es imposible, así que me encojo de hombros y me tumbo en la cama boca arriba, permitiendo a Retazos acurrucarse conmigo.

—Yo no soy tan desinhibida, ni tan sexi como ella...

—Sí, es que Julieta cuando eructa o se pintorrea la cara con sangre falsa es supersexi —dice riéndose entre dientes—. Oye, cada una es como es, ¿vale? Tú no eres como Julieta, pero es que tú eres sexi así, en tu estilo.

—¿Mi estilo?

—Sí, el de buena chica. Te voy a decir una cosa: ese estilo en pelis porno vende un montón. —Suelto una carcajada, la primera desde esta mañana, y él se anima—. ¿Qué? Es la verdad. Tienes carita de buena, un cuerpazo y unas gafas enormes que, para según qué cosas, son muy eróticas. Me pregunto cuántas pajas se habrá hecho el vikingo pensando en eso...

—¡Marco!

Él suelta una carcajada y yo pienso, con cierta ironía, que este chico, a veces, se parece demasiado a mi hermana. Estoy convencida de que estoy tan roja como las cerezas y ahí está él, riéndose a boca llena y pasando el rato de su vida. Al menos todo esto ha servido para que el ambiente se vuelva distendido.

—Ahora en serio —dice él—. Tienes que hablar con ella.

—¿Con quién? —pregunto haciéndome la tonta.

—Julieta. Tiene que saber todo lo que pasa; todo lo que sientes.

—No sé...

—Hazlo. Y luego coge a tu vikingo y haz lo mismo, cuéntaselo todo, vacíate por dentro y deja que ellos también lidien con eso.

—Son mis sentimientos, no tienen por qué lidiar con ellos.

—Sí, tienen, porque así podrán ayudarte a superarlo. Eso es lo que hace la familia: ayudarse y apoyarse en las buenas y en las malas, nos guste o no.

Trago saliva y pienso, no por primera vez, que este chico tiene un halo de sabiduría especial. Tiene ese algo que se aprende a base de vivir experiencias en la calle. Y solo tiene veinte añitos.

Al final, pasados unos minutos decidimos bajar juntos. Tengo que enfrentarme a mi familia y no puedo arruinar el día de Marco. Él, por su parte, me promete poner buena cara y no decir más que no quiere celebrar su cumpleaños solo porque le sabe mal ser el protagonista y que los demás gasten dinero en comprarle regalos.

En el salón todos están viendo la tele y guardando silencio. La mesa sigue puesta, pero nadie come. Me avergüenza en el acto darme cuenta de que he sido yo quien ha provocado este ambiente de malestar general. Einar me mira en cuanto bajo y se levanta. Sé que su primer impulso ha sido venir hacia mí y, aunque lo deseo con todas mis fuerzas, antes tengo que pedir perdón a toda la familia, así que carraspeo y lo

hago lo más rápido posible, porque me avergüenza ser el centro de atención de esta forma.

—Me robaron el coche porque confié en quien no debía, pero es un chico con problemas al que he intentado ayudar otras veces y pensé que, al final, recapacitaría. Fui al barrio desentendiendo las ordenes de mi jefe, que me dio vacaciones precisamente para que dejara de hacer estas cosas, por eso he guardado silencio, también, porque sé que actué mal, pese a que mis intenciones fueran buenas. La culpa no es vuestra y siento haberme puesto así.

—Ay, Amelia. ¿Qué vamos a hacer contigo? —pregunta mi padre mientras yo bajo la mirada. Oigo su suspiro, no de cansancio, sino de resignación—. Tienes que denunciar el robo.

—No, papá...

—Escúchame, Amelia —dice Diego interviniendo—. Si ese chico comete una locura con tu coche, ya sea un robo en un banco, un atraco a alguien o sabe Dios qué más, puedes meterte en un problema gravísimo porque el coche está a tu nombre.

La verdad es que no había pensado en esa posibilidad, pero mi cuñado tiene razón. Podría decir que Rubén no hará ninguna locura, pero después de lo que me hizo a mí, a pesar de que lo he ayudado en muchas ocasiones, no puedo poner la mano en el fuego. Suspiro y asiento resignada, dándome cuenta de que me he encerrado en no denunciar para salvar a Rubén de cualquier represalia y, en el camino, como siempre, no he pensado en lo que eso podía causarme a mí.

—Lo haré mañana con calma —susurro.

Diego asiente, igual que mi padre y el resto de la familia. Yo miro a Julieta, que evita encontrarse con mis ojos y mece a Emily para que se duerma. Por raro que suene, no se ha metido en la conversación todavía, así que sé que está dolida y enfadada conmigo.

—¿Podemos hablar, Juli?

Ella se envara mirando la tele y, por un momento, pienso que va a rechazarme, pero al final deja que Eli coja a la pequeña Emily y se va hacia las escaleras.

—Te espero en tu cuarto —dice sin más.

Yo siento un nudo de tensión en el estómago y miro a Einar. Él me observa fijamente, está serio, pero cuando pasan unos segundos asiente en mi dirección. Supongo que me quiere decir con ese gesto que apoya todo lo que le diga a Julieta, o eso espero, porque no sé si puedo guardarme este secreto más tiempo sin reventar.

Mientras subo las escaleras tengo la sensación de que todo lo hago del revés. Ni siquiera sé qué somos Einar y yo, pero aquí estoy, intentando explicárselo a mi hermana, que es, al mismo tiempo, su exnovia.

Cuando entro en mi dormitorio ella me encara sin esperar siquiera que cierre la puerta.

—¿De verdad he sido tan mala hermana contigo? —pregunta.

La boca se me seca y soy consciente, por primera vez en mi vida, del daño que le he causado con mi estallido. Ahora solo me queda soltarlo todo y desear que Julieta pueda perdonarme.

Julieta se pasea nerviosa por el cuarto y, al final, pone los brazos en jarras y me encara de nuevo.

—Di, Amelia, ¿de verdad he sido tan mala contigo? Porque si ha sido así, necesito que me lo digas ahora mismo para empezar a ver en qué he fallado tanto y cambiarlo. Si de verdad crees que me río de ti y que no te quiero casi más que a mí misma, es que tú no has entendido nada o yo llevo toda la vida haciéndolo como el culo.

Siento un nudo de dolor en el pecho y niego de inmediato, incapaz de soportar que mi hermana, una de las personas que más quiero en el mundo, se sienta tan mal por mi culpa.

—No, Julieta, claro que no pienso que seas mala conmigo.

—Pues explícame entonces qué he hecho tan horrible para que pienses que siempre te insulto o me río de ti, porque ahora mismo me siento la peor persona del mundo, ¿sabes? —Sus labios tiemblan y sus ojos se aguan, así que los míos hacen lo mismo, porque si hay algo que no soporto es que alguno de mis hermanos llore, y menos por mi culpa—. Te quiero como si fueras una extremidad de mi jodido cuerpo, Amelia, ¿cómo puedes pensar algo tan horrible? ¡Y sí! Ya sé que soy una bestia y que digo cosas que, malinterpretadas, pueden llevar a confusión, pero tú me conoces mejor que nadie. ¡Sabes cómo soy! Y si en algún momento te sentiste insultada debiste pararme los pies y decírmelo, no guardártelo dentro para acabar estallando así.

—A veces me molesta que te rías de mí, pero hoy todo se ha intensificado más, Juli —digo yo, llorando directamente y odiándome por ello—. Es que yo... yo...

—¿Qué, Amelia? ¿Te molesta que te diga que lloras mucho? ¿O te molesta que te llame «hierbas»? Pensé que entendías que lo hacía de broma, igual que a mí me llamáis loca y todo eso en el mismo tono, pero si no es así dímelo ahora mismo y corto en seco todos los apelativos.

—¡No quiero que los cortes! No es eso, es solo que esta mañana, cuando te vi bromear con Einar, me sentí... no sé, como... como...

—¿Cómo? —pregunta ella exaltada—. ¿Cómo demonios te puede hacer sentir a ti que yo bromeo con uno de mis mejores amigos?

—¡Inferior! ¿Vale? ¡Me hace sentir inferior porque llevo enamorada de él desde que lo vi, prácticamente! —Mis lágrimas suben de nivel, impidiéndome ver bien, y el sentimiento de culpa, rabia y asco hacia mí misma crece, abrasándome y consumiéndome—. La mala hermana no eres tú, sino yo. Yo, que fantaseé con el que era tu novio durante noches enteras, pese a saber que estaba mal y no debía hacerlo. Yo, que he sufrido cada día desde que lo conocí por no poder tenerlo. Yo, que le

rechacé en el *camping* cuando intentó besarme. Yo, que he lidiado contra la distancia, el desamor, el desengaño, el anhelo y un sinfín de sentimientos más. Yo, que ahora, cuando por fin puedo estar con él, cuando me convengo de que sus palabras son ciertas al decirme que quiere estar conmigo, le veo hablar contigo y me siento pequeña como nunca, porque tengo una voz aquí dentro, en mi cabeza, que me susurra constantemente que nunca, jamás, podré llegarte a la suela de los zapatos y él lo notará en cualquier momento.

Me detengo cuando me doy cuenta de que le he soltado toda nuestra historia de sopetón, sin entrar en detalles ni procurar ponérselo fácil. He vomitado cada palabra y ahora que la veo conmocionada, mirándome con ojos incrédulos y la boca abierta, vuelvo a arrepentirme de haberlo hecho así. Dios, hoy no doy una.

—Lo siento —susurro al borde del colapso, pero ella viene corriendo hacia mí y me abraza con tanta fuerza que siento que me rompo por dentro—. Dios, lo siento tanto...

—No lo hagas —dice Julieta con la voz rota, lo que me sorprende, porque es muy raro verla así—. No lo hagas, Amelia. Soy yo quien lo siente como no te imaginas. —Siento sus lágrimas, pese a no verlas porque estamos abrazadas de una forma tan estrecha que parecemos una—. Yo... yo... Dios, no sé ni qué decir. Si hubiese sabido que estabas enamorada de él le habría dejado mucho antes y...

—No, Juli. —Me separo de ella con esfuerzo y cojo aire para dejar de llorar, porque eso no me llevará a nada—. Tenía que ser así. Él fue tu novio y eso es un hecho con el que tengo que lidiar.

—Pero nosotros nunca sentimos el tipo de amor que yo siento por Diego, Amelia, te lo juro por mis tres niños. —Siento las lágrimas brotar, otra vez, cuando incluye a Marco en la ecuación, porque me parece algo precioso—. Y te puedo prometer que él tampoco me quiso a mí así. Tienes que creerme.

—Te creo.

—Y no eres inferior a mí. ¿Cómo puedes pensar eso? Joder, tú nos das tres mil patadas a todos. ¡Eres la hermana que nos hace quedar mal siempre! Bien hablada, buena, caritativa, empática hasta niveles extremos... Eres un jodido grano en el culo, ¿sabes? —Me río y ella limpia mi cara de lágrimas, así que yo hago lo mismo con ella—. Yo te adoro, Amelia. Te adoro. Sé que no soy la mejor hermana del mundo y que la situación, siendo así, se complica, pero te prometo que nunca, jamás, te he visto inferior a mí.

—Lo sé. Tú no me has visto inferior, pero yo sí. Ese es el problema, que no dejo de pensar...

—¿Qué? —Agacho los ojos y ella me reprende—. Amelia, mírame. —Lo hago—. ¿Qué es lo que no dejas de pensar?

Cojo aire y decido que, de perdidos, al río.

—No dejo de pensar en ti cuando te compraste aquel conjunto matador para Einar, la primera vez que os acostasteis. Yo jamás podría ponerme algo así. Intento no

darle vueltas, pero es que sé que no voy a excitarle o gustarle tanto como tú, porque yo soy una moñas y...

—Vale, vale, vale, para el carro. —Mi hermana se frota los ojos y la frente con brío—. Dios, no sé ni por dónde empezar a rebatirte todo eso. —Suspira con fuerza, tira de mi mano y me lleva hacia la cama, donde nos tumbamos. Retazos, que sigue en el dormitorio, se mete en el armario, en su sitio favorito, y cierra los ojos. Creo que está harto de tanto drama familiar—. Cuéntame todo lo de Einar desde el principio. Necesito conocer la historia para saber cómo echarte la bronca.

Me río y, por segunda vez en el día, cuento toda la historia. Esta vez no me dejo nada, ni un detalle, porque quiero que Julieta conozca la magnitud de mis sentimientos, así que le cuento cómo me sentí al conocerlo, cuando se marchó a Nueva York, en cada visita suya, en las vacaciones... Condensar en un relato mis sentimientos por Einar desde hace años me cuesta, por eso, al acabar, me siento mal, porque a este ritmo, en vez de comer, cenaremos.

—Jo-der.

—Ya... —murmuro comprendiendo su sorpresa.

—Yo es que, de verdad, sigo flipando con la habilidad que tienen mis hermanas para ocultar sus sentimientos. A mí me cuesta hasta callarme lo que he comido... —Resopla y me mira—. Lo primero de todo, tengo que regañarte por no habérmelo contado antes. Y al vikingo... ay, deja que lo coja.

—No, no, Juli, no puedes decirle nada a Einar.

—¡Claro que puedo! El mamoncete ha estado un montón de años haciéndose el tonto. Si hubiese confesado lo que sentía llevaríais juntos no sé ni el tiempo, porque yo me habría encargado de espantarte a todos los candidatos a novios. Hasta nos habríamos ahorrado al impresentable de Nacho.

—Ya, bueno, eso ya no tiene mucho sentido... Y, total, ahora que parece que podemos estar juntos, yo no dejo de sentirme inferior a ti, así que no dejo de compararme y, por lo tanto, no dejo de dar un paso adelante y dos atrás.

—Tú no te sientes inferior a mí, Amelia, no digas tonterías.

—Sí que lo hago.

—No lo haces.

—Que sí.

—Que no —contesta riéndose—. A ti lo que te pasa es que quieres ser más lanzada y no sabes cómo.

—No, yo no soy así.

—Lo eres. Lo serás cuando te lleve a comprarte un conjunto que deje al vikingo temblando cuando por fin te quite la ropa, porque conociéndote, fijo que no os habéis toqueteado ni con ropa.

—Te he dicho que nos besamos esta mañana por primera vez.

—Con razón iba el pobre rompiendo las paredes del pasillo con el martillo de Thor —dice riéndose a carcajadas.

Cierro los ojos y procuro no darle alas, porque mi hermana es una bestia y, si le río la gracia, voy a tener que aguantar muchas perlas de este estilo.

—No quiero disfrazarme —susurro—. No puedo ponerme un conjunto como aquel que te compraste.

—No, no puedes, porque tú no eres así, pero puedes comprarte algo que te haga sentir poderosa y, a la vez, te permita ser tú misma.

—No creo que a Einar le molen las bragas de unicornio.

Mi hermana estalla en carcajadas y yo, después de unos segundos, también. Estoy roja como un tomate, otra vez, pero aun así reconozco que es liberador hablar de esto con ella.

—Pues, ¿sabes qué? Creo que a Einar le gustarías incluso con eso, porque eres tú, Amelia. Él te quiere a ti y, lo que te pongas encima, a fin de cuentas, solo es tela.

Tiene razón. Objetivamente sé que la tiene, así que cojo aire y, después de meditarlo un poco, hablo entre susurros intentando convencerme a mí misma de lo que estoy proponiéndole.

—Podría contarles a las chicas lo que pasa y organizar una salida de compras. —Siento la emoción de mi hermana crecer al mismo tiempo que el miedo se aferra a mi garganta—. A lo mejor podéis aconsejarme algo que... bueno, que le guste.

—¡¡¡¡Ayyyyy!!!! Que me muero. O sea, me muero. ¡Convertir a Santa Amelia en un putón! Joder, qué honor, y yo que pensaba que este día estaba siendo una mierda.

Me tapo la cara con las manos, avergonzada al máximo con su emoción y un poco arrepentida de haber incluido a todas las chicas en el bote, pero Julieta está imparabile, salta de la cama y llama a gritos a Esme, Eli y a Sara. Menos mal que, al menos, no llama a su suegra, porque sería un bochorno considerable.

—¿Qué pasa? —pregunta Sara mirándome y con evidente preocupación.

—La niña, que se nos ha hecho mujer, por fin —dice Julieta como si estuviera emocionada hasta las lágrimas.

Pongo los ojos en blanco y, cuando recuerdo que ahora tengo que contarle todo otra vez, me siento un poco cansada, pero a la vez nerviosa, porque sé lo que viene después y no sé si...

—O lo cuentas tú, o lo cuento yo. —Miro a mi hermana Julieta y luego a las chicas.

Esme se ha sentado a mi lado y ha cogido mi mano, preguntándome sin palabras si estoy bien. Asiento un poco y sonrío para dejarle claro que no hay ningún problema.

Cuento, otra vez, toda la historia. Reconozco que incluso mi tono se ha vuelto un poco monótono, pero no por eso las chicas se emocionan menos. Mientras hablo, me imagino qué pensará Einar de todo esto, porque he pasado de casi no hablar con él, a besarnos esta mañana y contarle a todo el mundo que estamos liados. Ya sé que él quiere algo más que una sola noche, pero ¿y si no fuera así? ¿No estoy corriendo demasiado? Tomo aire y sigo con la historia pensando que no, no estoy corriendo.

Einar está conmigo en esto y estoy convencida de que, si supiera que estoy contando lo nuestro a todas las mujeres de nuestra familia, sonreiría y me guiñaría un ojo, animándome a seguir, porque es el hombre más perfecto que ha existido nunca.

—Bueno, Eli sabía algo porque a Álex se le escapó una noche, después de pillarnos a Einar y a mí, lo que había pasado.

—Sí —reconoce ella— pero no me correspondía a mí contar nada y mucho menos preguntarte cómo iba la cosa. Aunque cuando supe que viviría aquí, presentí que todo avanzaría en la dirección correcta.

—¿Eso piensas? ¿Que Einar y yo podemos avanzar en una misma dirección?

—Lo pensamos todas —dice Esme interviniendo—. Yo no lo había imaginado, la verdad, pero ahora que lo cuentas, creo que sois dos personas destinadas a encajar. No se me ocurre mejor pareja para ninguno de los dos.

—Ni a mí —admite Sara—. Cómo me alegra saber que has encontrado a alguien que te merece, pequeña.

—Que no soy pequeña —digo haciendo morros, pero echándome a reír después—. Además, esta semana ha sido muy bonita por las vacaciones, pero el lunes empieza la vida real. Tendré que contarle a Jorge lo sucedido con el coche, y luego está Nacho que...

—Vamos a olvidarnos de todo eso ahora mismo —dice Julieta—. Tenemos que bajar, comer la tarta, abrir los regalos y largarnos al centro comercial.

—¿Qué? No podemos hacer eso, es el cumpleaños de Marco —le digo sorprendida, porque yo esperaba que fuésemos otro día.

—Claro que podemos. Aún podemos hacer una comida en condiciones. Vale, comida-merienda, pero comida, al fin y al cabo. Comemos tarta, abrimos los regalos y, cuando empiecen a llenarse copitas o abrir cervezas, nos largamos un par de horas al centro comercial. No cierran hasta las diez.

—¿Al centro comercial? —pregunta Esme—. ¿Para qué?

—Amelia necesita algo que haga que el vikingo se parta la cabeza en dos cuando la cabeza de abajo salte como un resorte.

Cierro los ojos y me tapo la cara entera con las dos manos.

—Jesús, Julieta —dice Sara abochornada, porque mi hermana es que es demasiado bestia.

Eli se parte de risa y Esme está intentando no entrar al trapo, porque si no se vendrá arriba y no habrá forma de calmarla.

—Solo necesito un conjunto negro con algo de encaje y...

—No, espera. —Eli me interrumpe y me señala con un dedo—. Si vas a hacerlo, tienes que hacerlo bien. Buscaremos algo con lo que te sientas cómoda y, además, sea matador.

—Algo sexi pero que sea bonito y no avasallador —sigue Esme.

—Lencería rosa palo. —Sara me toca el pelo y yo frunzo el ceño—. Te quedará precioso el rosa palo. Es suave y dulce, como tú.

—Sí, no me la veo de rojo putón. —Julieta da una palmada y un saltito que me hace reír—. Bueno, pues está decidido. Vamos a bajar ahora mismo, que tenemos que comer a toda mecha.

—Yo es que no sé si...

—¿Tú quieres poner a Einar de los nervios para bien? —me pregunta Julieta.

—Sí, pero si no le gusta...

—Le gustará, nena. —Esme me sonrío y me guiña un ojo—. Pocos hombres se pueden resistir a la mujer que aman cuando ella decide regalarle su cuerpo envuelto en seda y encaje.

Me ruborizo ante la idea de mostrarme así ante Einar, pero, al mismo tiempo, me genera una curiosidad insana saber cómo reaccionará, así que acabo asintiendo y Julieta, que es experta en cargarse los momentos intensos, interviene, como no podía ser de otra forma.

—Qué buena eres convenciendo a la gente, Tempanito. «Envuelta en seda y encaje». Puede servir tanto para título de libro, como para peli porno.

Cierro los ojos, suelto una carcajada y bajo de la cama dispuesta a salir de aquí, porque si voy a aguantar a mi hermana en una tienda de lencería esta tarde, ahora mismo necesito espacio.

El problema es que cuando bajo en mi huida del dormitorio, no recuerdo que tengo a un vikingo enorme y preocupado esperando por mí en el salón.

En cuanto le veo siento cómo el corazón se me gira. Él se levanta de inmediato y me mira con los ojos cargados de preocupación y el semblante serio. No me paro a pensar en mi padre, ni en mis cuñados, ni en mi hermano, ni en nadie. Voy hacia él y me abrazo a su cuerpo, sintiendo su olor y calmándome en el acto, lamentando haberle hecho pasar un mal rato y deseando poder quedarme con él a solas.

—¿Todo bien? —Me estrecha con fuerza entre sus brazos y baja la cabeza para susurrar en mi oído.

—¿Me perdonas?

—No tengo nada que perdonar. Todo está bien, ángel. Todo está bien —murmura en inglés, y creo que intenta convencerse al mismo tiempo que me lo dice, así que asiento y me aprieto contra él con más fuerza.

Cierro los ojos y siento mi corazón llenarse de gratitud.

Lo que yo decía: el hombre más perfecto del mundo.

—Estos dos tienen un pavo más raro... —dice mi padre por millonésima vez esta semana.

—No sabes tú bien el pavo que tienen.

Marco suelta una carcajada secundada por todos los chicos, lo que me hace levantar la cabeza y mirarlos. A Marco se lo he contado yo y Álex nos ha pillado, pero ver a Nate y Diego reírse de buena gana me hace mirar a Einar de inmediato. Él se rasca la nuca y sé, de sopetón, que les ha contado lo nuestro.

—Me estaba volviendo loco —susurra encogiéndose un poco de hombros—. Lo siento.

—Tranquilo —digo riéndome.

Julieta mira a su marido con la sospecha en los ojos y, al final, estalla y le recrimina no haberle contado nada. Esme, en vez de calmar la situación, hace lo mismo con Nate, Eli y Álex se morrean y Sara y Marco se ríen mientras los padres de Diego y mi padre se preguntan qué demonios ocurre.

—Nada —dice Julieta—. Ya te enterarás tú solito...

Mi padre protesta, pero ninguno le hacemos caso y, al final, como todos tenemos un hambre voraz decidimos dejar la discusión y comer, por fin.

Einar se sienta a mi lado y, aunque casi no podemos hablar, su mano acaricia la mía con disimulo a la mínima oportunidad. Es curioso y divertido esto de seguir fingiendo que solo somos amigos, cuando todos, o casi, están al tanto de nuestra situación.

Después de la tarta, Marco abre sus regalos, agradeciendo efusivamente las dos cajas de condones que Álex le ha regalado, junto con un juego para la consola, mientras mi hermana Julieta insulta a nuestro hermano. Yo al final le cogí unas zapatillas nuevas para correr que me agradece con un guiño descarado que me hace sonreír. Le hago una foto cuando está abriendo uno de los paquetes y la adjunto en el correo de siempre.

De: Amelia León.
Para: OC.E.
Asunto: Cumpleaños.

La respuesta, como siempre, llega en cuestión de minutos.

De: OC.E.
Para: Amelia León.
Asunto: RE: Cumpleaños.
¿Es feliz?

Sonrío con tristeza. Siempre la misma pregunta. Siempre. Da igual qué tipo de foto le envíe ni cuánto tiempo pase entre una y otra, porque la pregunta nunca varía. Todo lo que ella quiere es que él sea feliz. Le respondo algo distinto, esta vez, deseando que atienda a mis palabras.

De: Amelia León.
Para: OC.E.
Asunto: RE: RE: Cumpleaños.
Te recuerda, Erin. Todavía te recuerda. Si tú quisieras hablar con él...

La respuesta no tarda en llegar y, cuando lo hace, me parte un poquito el corazón.

De: OC.E.

Para: Amelia León.

Asunto: RE: RE: RE: Cumpleaños.

Yo no puedo volver y él tiene que seguir viviendo. Tiene que ser feliz. No puedo ser una sombra para siempre. Muchas gracias por la foto.

No le contesto más. Sé que es inútil intentarlo de nuevo, así que me guardo el móvil en el bolsillo y, cuando mi hermana me avisa de que nos vamos de compras, me levanto y me despido de los chicos, que protestan y nos piden que no tardemos mucho, porque esta noche cenaremos lo que ha sobrado de la comida.

En el centro comercial Julieta se vuelve loca, Esme elige todo lo más caro de la tienda y Eli se prueba dos conjuntos por cada uno que yo rechazo. Sara es la única que parece mantener la calma y menos mal, porque estoy a nada de entrar en crisis. Me pruebo todo tipo de conjuntos, camisones y corpiños y, al final, lo único que nos convence a todas es un conjunto de sujetador y braguita brasileña en rosa palo, con encaje y seda, tal como predijo Esme. Tiene un lacito en la unión de los pechos y transparencias en los laterales de las braguitas, pero son elegantes y el precio no está mal, a pesar de no ser barato, así que me lo compro y volvemos a casa, donde las mujeres de mi familia deciden colaborar y llevarse a sus hombres y niños a sus casas lo más pronto posible.

A las once de la noche solo quedamos mi padre, Sara, Einar y yo. El vikingo no deja de mirarme y esperar que yo dé un paso en alguna dirección. Como no lo hago de inmediato, anuncia que va a ducharse y a ponerse el pijama. Yo estoy recogiendo la cocina y, cuando Sara entra, me quita una fuente de las manos y señala la planta superior.

—Cuando salga, te das una ducha, te pones la loción de vainilla que has comprado para la ocasión, el conjunto y unas gotas de tu perfume con el mismo aroma detrás de las orejas, para que cuando te bese justo ahí...

—Vale, Sara, me imagino el resto —digo encendiéndome en el acto.

Ella se ríe entre dientes, besa mi mejilla y me empuja suavemente por la cadera, dándome a entender que ya tardo mucho en subir.

Yo subo las escaleras, entro en mi dormitorio y cojo el pijama de unicornio y el conjunto nuevo, metiéndolo en el centro para que Einar no lo vea al salir del baño. Cuando lo hace, minutos después, sonrío y señalo mis brazos.

—Me voy a dar una ducha.

—Amelia, tenemos que hablar. —Su desesperación se ha hecho evidente de golpe

—. Llevo todo el día hecho un lío y...

—Hablaemos, vikingo. Espérame en mi cuarto, ¿vale?

Él asiente y yo entro en el baño conteniendo la respiración y rezando todo lo que me sé para que este intento de seducción tenga resultados positivos y no acabe muerta del bochorno después de meter la pata hasta el fondo.

Einar

Me estoy volviendo loco. Llevo todo el día intentando hacer frente a la bola de emociones que se me enreda y crece cada vez más, como las luces de Navidad cuando las sacas después de un año y piensas que es imposible que las guardaras tan mal. Solo espero que desenredar el día de hoy me cueste un poco menos.

Primero Amelia se enfadó conmigo y, aunque intuía el motivo, o eso creía, todo pasó a un segundo plano cuando estalló contra su hermana y el resto de su familia. Luego subió Marco a su habitación, más tarde Julieta y, por último, Eli, Esme y Sara. Y yo... yo me quedé en el salón mirando a las escaleras y pensando en la injusticia de ver desfilar gente en su dirección mientras yo deseaba poder ayudarla en lo que fuera que la preocupase. La cosa mejoró cuando bajó al salón y se abrazó a mí frente a toda la familia con una gran sonrisa. Supe, gracias a eso y a la mirada que me había echado anteriormente, que las chicas ya sabían de lo nuestro. Pude ver que a ella le preocupaba que me molestara, pero nada más lejos de la realidad. Si por mí fuera ya lo habría gritado, literalmente, en medio de la calle para que todo Sin Mar supiera que mis sueños empiezan a hacerse realidad, por fin.

El problema es que, después de que Marco abriese sus regalos, se fue con las chicas, pues al parecer Eli tenía que comprar algo urgentemente y necesitaba la opinión de todas. Le preguntaron a Teresa, la madre de Diego, si quería ir, pero ella declinó la invitación asegurando que estaba muy cansada y prefería quedarse tranquila.

Se fueron, estuvieron por ahí más de dos horas, volvieron y Amelia apenas habló conmigo, así que, cuando la vi recogiendo la cocina y procurando evitarme, decidí que estaba cansado de esperar y me fui arriba, a ducharme.

Y ahora estoy aquí, con un pantalón de yoga gris, mi favorito, y una camiseta básica blanca de manga corta, pensando que no estoy de humor para ponerme el disfraz de Superman. Hoy, no. Hoy solo quiero que ella salga y me explique qué pasa, por qué se enfadó tanto conmigo esta mañana y en qué punto de nuestra relación estamos, si es que tenemos una relación, que espero que sí.

Me tumbo en su cama y miro al techo atento a cualquier ruido que me indique que Amelia vuelve, pero los minutos pasan, dejo de oír el agua, después el secador y ella no sale. Al final, tras lo que me parece una eternidad, oigo la puerta del baño abrirse y, cuando entra, lo hace tan preciosa como siempre. Aún tiene el pelo algo húmedo y desprende un aroma a vainilla que me atrae tanto como el viento a las veletas.

—Hola —susurra tumbándose junto a mí—. Gracias por destapar la cama.

—De nada. —Coloco una mano en su mejilla, porque tengo la sensación de que hace un siglo que no la toco—. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien. —Guardo silencio y sonrío, gira su cara y besa la palma de mi mano—. De verdad —susurra sobre ella.

—Háblame. Cuéntame qué ha pasado —le pido en inglés, porque no me veo con valor de usar el español; no ahora, que me siento tan inseguro—. ¿Qué he hecho mal?

—Nada —contesta de inmediato, acercándose más a mí e imitando mi gesto al colocar una mano sobre mi mejilla—. No has hecho nada.

—No es verdad.

—Sí, lo es.

—No, no lo es y no quiero que me mientas. Te enfadaste porque hablaba con Julieta. —Ella guarda silencio y yo acaricio su mejilla—. No siento nada por ella, Amelia, tienes que creerme.

Ella traga saliva y sus mejillas se tiñen de un rosado que me indica que está avergonzada del pensamiento que, espero, va a compartir conmigo.

—No tengo celos como tal. Es que... —Se pinza el labio y, después de suspirar, lo suelta—. Me siento inferior...

—No lo eres —digo de inmediato—. No eres inferior a ella.

—Ya sé que no, como persona quizá no, aunque tengo la autoestima por los suelos y eso no ayuda, ya lo sabes, pero el problema es que, cuando os veo tontear...

—Bromear —la interrumpo—. Bromeamos, no tonteamos, y si te molesta, se acabó, no volveré a hacerlo.

Ella sonrío y se pega todavía más a mí, tanto que siento su calor, aunque solo su mano roce mi piel.

—Dejarías de ser tú mismo y eso no puedo permitirlo. No quiero quitarte tu personalidad y no pienso anular ningún aspecto de ti. Sería cruel e injusto.

—Entonces dime cómo lo arreglamos; dime qué puedo hacer para que me creas.

—Tú no tienes que hacer nada. Yo me sentía y me siento en desventaja con ella porque... —Carraspea y se enciende del todo. Retiro el mechón de pelo que cae sobre sus ojos y la animo con gestos a seguir—. Sé que ella era muy lanzada en el sexo —susurra con voz apenas audible—. Era sexi, atrevida, descarada y divertida. Y se ponía corpiños ajustados y... —Amelia traga saliva y yo empiezo a ver por dónde van los tiros—. Yo no soy así, y no sé si... no sé... Bueno... ¿Me entiendes?

—Creo que sí.

—Vale... —Ella suspira y esquiva mirarme a los ojos—. Si te sientes decepcionado, no pasa nada, ¿vale? Estoy acostumbrada, así que me gustaría que me lo dijeras para poder mejorar, si quieres. Solo quiero que lo sepas. Yo no soy muy buena en esto, pero quiero intentar estar a la altura y...

La beso. Me acerco y la beso porque no soporto que siga hablando así, como si ella fuera la que tiene que estar a la altura. La beso porque no sé cómo explicarle que

yo de Julieta y sus corpiños ni siquiera me acuerdo; fue una etapa de mi vida más, el sexo era divertido y bueno, sí, pero era sexo, solo sexo. No diré vacío, porque estaba el gran cariño que nos teníamos, pero estoy seguro de que no será nada parecido a lo que sienta cuando Amelia y yo hagamos el amor.

Supongo que esa es la diferencia, claro, que con Amelia pretendo hacer el amor y estoy seguro, desde antes de hacerlo, de que sentiré cómo el cielo se parte en dos con cada gemido que ella exhale por mi culpa. De los que exhalaré yo no hablo; no sé contar tanto.

Amelia se entrega a mi beso con ganas, pese a la sorpresa inicial, y yo abandono su boca solo cuando estoy seguro de que no volverá a decir nada parecido.

—Tú eres perfecta para mí en todos los sentidos. —Intenta hablar y la corto—. Lo sé, ángel, yo lo sé y, si tú no confías en ti misma, deberías hacerlo en mí.

—Confío en ti, Einar —susurra—. Lo hago, pero...

—No hay nada que ella, ni nadie, pueda ponerse para conseguir que mi corazón vibre de la forma en que lo hace cuando tú, con tus enormes gafas, tus pijamas molones y tus zapatillas de lucecitas, me miras. Nada, nunca, jamás, se acercará a lo que siento cuando te ríes a mi lado, o bailas conmigo bajo la lluvia, o me besas, o cantas en un karaoke por mi culpa, pese a no gustarte. No hay nada que ninguna mujer pueda hacer para despertar en mí ni siquiera la mitad de lo que despiertas tú solo con pestañear en mi dirección. Cree en eso, Amelia. Y, si no puedes, entonces deja que te lo demuestre día a día, minuto a minuto.

Amelia se emociona y busca mi boca; me besa con una pasión que ni siquiera sabe que tiene. Eso es lo que me vuelve loco y adicto, que ignora el poder que tiene, lo que la hace aún más irresistible y poderosa.

—Esto no es pasajero, ¿verdad? —pregunta con voz temblorosa sobre mis labios.

—Esto solo sería pasajero si esa palabra fuese sinónimo de infinito.

Ella sonrío y da el último paso, se pega por completo a mi cuerpo y yo la recibo con los brazos abiertos. Mi mano pasea por su espalda y, cuando siento las yemas de los dedos de Amelia colarse bajo mi camiseta, mi respiración da un traspie y me cuesta unos segundos reconcentrarme. Sus caricias son dulces y su toque tan ligero que, por momentos, pienso si no estaré imaginándolo, pero cuando su mano se abre en el centro de mi espalda, acercándose más a ella, me doy cuenta de que es real. Amelia por fin está aquí, conmigo y tocándome como llevo años soñando.

—Quiero hacerlo —susurra en mis labios, gimiendo cuando mi mano se aferra a su cadera—. Quiero hacerlo ahora, Einar, si tú quieres...

Noto los nervios y la tensión en su voz, así que no tardo ni medio segundo en asentir y besarla de nuevo. Hago el intento de colarme entre sus piernas y tumbarla boca arriba, pero me lo impide, empujándose por los hombros y haciendo que sea yo el que caiga de espaldas en el colchón.

—Hay algo que... Bueno, hay algo que necesito hacer.

Parpadeo un par de veces antes de asentir, dispuesto a permitirle hacer lo que sea que la ayude a disfrutar de esto.

—Vale, pero no gusta Grey —digo en español para quitarle hierro al asunto, porque está más blanca de lo que es habitual en ella—. Yo prefiero sexo sin dolor. —Ella abre los ojos como platos y yo sonrío con picardía mientras le guiño un ojo—. Pero mordisquitos molan mazo...

Amelia se tapa la boca para ahogar una carcajada, pero no le sale y le acaba brotando, derramándosele entre los dedos al mismo tiempo que yo sonrío, porque su rigidez ahora es casi casi casi inexistente y me juro, aquí y ahora, que si para que disfrute tengo que pasarme la noche hablando en español, lo haré. Aunque no tengamos sexo y ella solo se ría. Prefiero una noche haciéndola reír a carcajadas, sabiendo que es feliz, a una sesión de sexo intuyendo que no disfruta con cada poro de su piel. Sus ojos brillan, su mirada se vuelve un poco más relajada y, cuando creo que por fin vamos a ir en la misma dirección, ella se aleja de mí.

—No... —susurro, y creo que lo hago en un tono más bien suplicante.

—Necesito hacer esto —dice con la voz amortiguada y bajando de la cama—. Mírame, Einar, quiero que me mires. Necesito que me mires solo a mí.

Intuyo que no se refiere solo a este momento, así que susurro un «siempre» que se ahoga cuando Amelia se para frente a mí y suelta el lazo del pantalón de su pijama. Trago saliva cuando se agarra a la cinturilla y lo baja con lentitud. Mi respiración tropieza con algo; creo que es mi corazón, que no sabe bien dónde agarrarse para soportar una imagen así sin saltar sobre ella.

Las zapatillas de unicornio desaparecen, igual que el pantalón. Cuando se estira poniéndose de pie no puedo ver sus braguitas, porque la parte superior le queda tan grande que la tapa hasta los muslos, pero, aunque se quedara así, sería la mujer más sexi que he visto nunca. Sin embargo, sus dedos temblorosos se agarran al bajo de la parte superior del pijama, cierra los ojos y tira hacia arriba, dejando al descubierto unas braguitas rosas de transparencias y lacitos que acaba con mis recursos de supervivencia. Su ombligo, su torso y sus pechos están envueltos en la misma tela dulce y pervertida que las braguitas. Cuando la parte superior del pijama sale por su cabeza y cae a un lado no puedo evitar embobarme. La he visto mil veces en biquini, así que la porción de piel que veo es más o menos la misma, pero al mismo tiempo no lo es, porque ahora estamos los dos solos y en la intimidad, siendo conscientes de lo que viene. Ahora ella se está mostrando ante mí tal como se siente: frágil, ansiosa, dulce y con ese punto de valentía que la hace salir a la calle y jugársela cada día por gente que no conoce. Es Amelia en estado puro, un ángel por dentro y por fuera, esta noche más que nunca.

Sus ojos esperan que yo diga algo, puedo verlo, y me gustaría, pero es que se me atascan las palabras y, cuando salen, lo hacen tan atropelladas y desesperadas que Amelia baja los hombros con una exhalación, aliviada al darse cuenta de lo que provoca en mí, o eso espero.

—Ven... Ven, mi ángel. Ven conmigo.

Ella sonrío y se acerca a paso lento, lo que me da tiempo a quitarme la camiseta.

—No —susurra cuando agarro la cinturilla de mi pantalón—. Quiero hacerlo yo...

Trago saliva, porque he imaginado muchas veces que me desnudaba, pero apostaría todo lo que tengo y tendré en la vida a que va a ser infinitamente mejor.

Amelia sube en la cama y, cuando me toca, ahogo un jadeo. Me arrodillo en la cama, igual que ella, y nos encontramos en el centro. Acaricio sus mejillas y la beso, sintiendo su anhelo y haciéndolo mío.

—Preciosa, maravillosa, espectacular —susurro en su boca antes de besar su mentón y viajar con mi lengua por su cuello—. Magia.

Amelia gime, me empuja por el estómago y me hace caer en la cama. Sonrío y la miro, dándome cuenta de que acaba de ganar el último punto de confianza que necesitaba para disfrutar de esto. Uno de ellos, al menos.

—Voy a hacerlo, ¿sabes? Esta vez seré yo quien lo haga.

—¿El qué? —pregunto.

Ella se sube a horcajadas sobre mí y yo trago una saliva que no tengo, porque siento que tengo un desierto en la boca. Acaricia mi torso con sus labios, sube por mi cuello, mordisquea mi lóbulo, un poco después mi mentón y, cuando llega a mis labios, tengo serias dudas de poder aguantar este asalto sin hacer el ridículo.

—Voy a besarte mucho mucho mucho tiempo. ¿Sabes hasta cuándo voy a besarte, vikingo?

Sonrío y niego con la cabeza. Sé la respuesta, claro que la sé, no podría olvidarla porque fui yo quien se la dio la primera vez, así que apoyo la cabeza en la almohada, miro su cuerpo cubierto de seda y encaje rosa y suspiro de pura felicidad.

—¿Hasta cuándo, ángel?

Ella sonrío, su pelo negro cae hacia delante cuando se agacha sobre mi torso y, a escasos centímetros de mi boca, susurra las palabras que estoy deseando oír.

—Hasta que el mundo vuelva a creer en la magia.

El subidón de adrenalina y luego su boca sobre la mía, mis manos en su cuerpo y el sonido de una bala; el pistoletazo de salida a nuestro inicio, porque aquí sellamos un principio de verdad. Ya no hay dudas, no caben en esta habitación ni en nuestras vidas y, si quedan algunas, las echaré con educación, demostrándoles con hechos que no hay sitio para ellas en esta habitación, ni en esta casa, ni esta vida en común que empezamos, por fin.

Bajo mis manos por su cuerpo y desabrocho su sujetador, que es precioso, pero he imaginado tantas veces lo que hay debajo que me matan las ganas de averiguarlo. Amelia ralentiza sus besos cuando las tiras le caen por los brazos, pero llevo una de mis manos a su nuca, acariciando su mejilla con el pulgar, manteniéndola pegada a mi boca para que no piense que está quedándose totalmente expuesta ante mí. Ella alza primero un brazo, luego el otro y la tela cae sobre mi torso, haciéndome gemir.

Joder, cómo deseo apartarla y bajarla a ella para sentir sus pezones directamente. Amelia muerde mi labio inferior y se separa de mí, intento retenerla, pero niega con la cabeza y baja mordisqueando mi cuello y besando mi torso. Trago saliva cuando sigue bajando por mi cuerpo hasta mi ombligo y es entonces cuando puedo verla.

Preciosa, joder, preciosa.

Ella sonrío mirándome, se aferra a la cinturilla de mi pantalón y, cuando tira, alzo el trasero para que lo baje sin problemas. Amelia arrastra también del bóxer que tenía puesto y me quedo desnudo frente a sus ojos, que se centran en mi erección. Su piel se torna rosácea de nuevo y yo sonrío, porque, de manera inexplicable, su rubor me excita más.

Me siento en la cama, la cojo por la cintura y, esta vez sí, la tumbo, colándome entre sus piernas y presionando mi erección contra sus braguitas.

—Einar... —gime, echando la cabeza hacia atrás y poniéndome aún más duro.

—Haré que esto sea bueno para ti, te lo prometo —jadeo en inglés—. Será bueno para los dos.

Entierro mi cara en su cuello para calmarme un segundo mientras ella se aferra a mis hombros. La beso en los labios de manera muy breve antes de bajar por su cuerpo y buscar uno de sus pezones. Lo chupo con fuerza y siento su quejido, igual que sus uñas clavarse en mi piel.

—¿Molesta? —pregunto en susurros.

—No... me encanta. Einar, dime qué hago para complacerte.

—Disfrutar. Disfruta el máximo y obtendré mi placer de ti, de tus gemidos y de la forma en que te retuerzas con mi boca. Será bueno, joder, tan bueno...

Ella me mira interrogativa y yo no le doy tiempo a dudar más, bajo por su cuerpo, abro sus piernas, aparto su braguita y la lamo de abajo a arriba sin pensarlo, disfrutando al máximo el placer que me produce conocer, por fin, su sabor. Amelia gime y se aferra a mi pelo intentando separarme de ella, pero pasan varios segundos de lametones antes de que lo consiga.

—¡Espera! Así solo disfruto yo.

Me río entre dientes, soplo sobre su clítoris y la miro a los ojos.

—Te equivocas. Te dije que sacaría mi placer de ti.

—Pero...

—Así es como disfruto, ángel. Córrete en mi boca y te juro que me harás el hombre más feliz del mundo.

Ella se enciende, no sé si de vergüenza o, esta vez, de excitación. Puede que una mezcla de ambas, pero el caso es que me sujeta por la nuca y me lleva de vuelta a su centro. Gimo entre sus labios para que la vibración la vuelva loca y muevo la tela de sus braguitas para que se roce con su clítoris hinchado. Verla así, abierta de piernas, con la espalda arqueada y gimiendo mi nombre una y otra vez me produce tal efecto que, cuando el orgasmo la azota y se derrama en mi boca pienso que, o la penetro, o acabaré volviéndome loco.

Subo por su cuerpo, acaricio el nacimiento de su pelo y beso sus labios mientras sus ojos permanecen cerrados.

—Tengo que entrar en ti —gimo, sintiendo mi glande golpear una y otra vez la tela de sus braguitas, empapadas ya de saliva y flujos.

—Sí —exhala—. Hazlo, te quiero dentro. —Su voz es suplicante y no tiene que repetirlo. Hago amago de quitarle las bragas, pero ella sujeta mi muñeca y niega con la cabeza—. Que se roce con nosotros.

Gimo porque la idea me da un morbo tremendo, la aparto a un lado y me apoyo en su entrada. Empujo con delicadeza, siendo consciente en todo momento de que he deseado hacer esto durante años; sintiendo el peso de los sueños cumplidos sobre mi espalda. Llego al fondo de su cuerpo y exhalo un suspiro de placer que Amelia recoge de mi boca con la suya. Empiezo a moverme a un ritmo lento primero y un poco más intenso pasados unos segundos. Amelia hace lo posible por no gemir demasiado alto, muerde mis hombros, araña mi espalda y entorna sus ojos intentando resistir el deseo de cerrarlos por el placer. Y sé que lo intenta porque es lo mismo que hago yo. No quiero que esto se acabe nunca, joder, quiero quedarme aquí, dentro de su cuerpo, el resto de mi vida. Echaré raíces en su interior y la proclamaré reina de cada centímetro de piel que tengo y ya le corresponde. De lo que hay debajo de la piel ni siquiera tengo que proclamarla dueña, porque hace mucho que sembró bandera y se llevó todo lo bueno que yo pueda tener.

En un momento dado Amelia se mueve, me saca de su interior y, cuando estoy a punto de quejarme, se tumba boca abajo y me mira sobre su hombro.

—Házmelo así, quiero sentir tu peso en mi espalda, Einar.

Gimo y, aunque sé que no puedo dejarme caer del todo sobre ella, porque la aplastaría, sí hago que mi cuerpo se roce con el suyo a conciencia. Amelia aparta sus braguitas, yo vuelvo a entrar en su interior y me balanceo mientras la oigo gemir y beso sus hombros, su espalda y su nuca. Apenas pasan unos minutos antes de que tiemble y se corra, agarrando la almohada en dos puños y empujando su trasero hacia mí para que me entierre más hondo en ella.

El sudor perla mi frente, estoy a punto, lo sé, pero no quiero hacerlo así, de manera que le pido que se gire y lo hace, con cara de satisfacción y cansancio, sonriendo y pidiéndome más. Entro en ella y, esta vez, acelero buscando mi propio placer. Por un momento pienso si no estaré embistiendo su precioso cuerpo con demasiada fuerza, pero Amelia sigue pidiendo más, incansable. Los brazos me tiemblan y sé que, si no apoyo los antebrazos en el colchón, mi cuerpo caerá sobre el de ella, así que lo hago, la beso y, cuando aprieta sus músculos vaginales, embisto una vez hasta el fondo y me dejo ir, gimiendo en su boca, temblando, sudando y sintiendo un placer alejado de todo lo que he conocido hasta el momento.

Resuello sobre su pecho con los ojos cerrados y pienso que así, justo así es como debe sentirse alguien cuando logra rozar el paraíso con los dedos.

Siento el aliento caliente y rápido de Einar sobre mi pecho y tomo aire intentando calmarme y acariciando su espalda. Aún puedo sentirlo dentro de mí, todavía palpita y es tan maravilloso que no tengo palabras para intentar describirlo. Es... es... es mucho más de lo que imaginé siempre, no solo a nivel sexual. Ha sido la primera vez que no he tenido dudas de que esto nuestro es único y especial; que no tengo que temer por el pasado de Einar, porque él está aquí para mí y para nadie más. Ahora puedo verlo y, además, sentirlo. Algo tan grande como esto no se finge y no es porque sea sexo, es porque somos nosotros en nuestro estado más puro y primitivo.

Lo que siento no es físico, es un tirón por dentro, como si una mano cercara mi corazón y lo estrujara para ayudarlo a bombear por miedo a que se pare cada vez que Einar me toca, me mira o me besa. Me siento fuerte, poderosa y desinhibida, confiada y segura, todo junto, por primera vez en mi vida. Quiero repetir esto y dejar al mundo fuera; que cuando la puerta de mi habitación se cierre con él dentro no exista nada, más que él, yo y lo que somos capaces de hacer juntos.

—Lo siento —susurra.

—¿Por qué? —pregunto frunciendo el ceño y temiéndome lo peor cuando, además, rueda de mi cuerpo al colchón.

—Te aplasto. —Se tumba boca arriba, cierra los ojos un segundo y, cuando los abre, me mira y sonrío, tirando de mi mano—. Ven tú aquí, mejor.

Me guía hacia su pecho y me abrazo a él sin pensarlo. Sentir su torso caliente contra mi pecho, aún erizado, es maravilloso.

—¿Estás bien? —pregunta él acariciando mi pelo cuando le miro—. ¿Te sientes bien?

—Intento acostumbrarme a eso de ser la mujer más satisfecha del mundo. Y la más feliz, también.

Einar sonrío y me besa, acariciando mi espalda con una mano y el lateral de mi pecho con la otra.

—En cuanto descansemos repetimos. Y cuando descansemos de esa, repetimos el proceso. ¿Te parece?

Sonrío y asiento de inmediato. Sin embargo, la euforia inicial va pasando, la adrenalina baja un poco y las inseguridades, que son un veneno que no desaparece fácilmente, se aprovechan.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Estás... bien? ¿Ha sido...? Bueno, ya sabes...

Einar entrecierra los ojos, sonrío de una forma pícaro y hace con los labios un gesto, como si no supiera de qué hablo.

—La verdad es que no lo sé. ¿A qué te refieres?

—A si... —Carraspeo y noto mis mejillas calentarse—. ¿Te he hecho... disfrutar? Y antes de que contestes, quiero que sepas que he sentido una conexión alucinante, estoy segura de eso, pero si a nivel físico hay algo que crees que puedo mejorar o... Bueno, ya sabes...

—Ha sido perfecto, ángel. Tú eres perfecta —murmura, ya sin rastro de sonrisa en su cara—. Aquí el único que necesita mejorar soy yo, porque temo que nunca podré estar a tu altura.

—Venga, hablo en serio...

—Y yo. Eres increíble, Amelia, por dentro, por fuera y en la cama, aunque creas que no.

—Es que nunca fue así antes, ¿sabes? —confieso—. Nunca, jamás sentí algo así. Ahora mismo es como si fuera... invencible. ¿Me entiendes?

—Te entiendo, porque yo lo estoy viviendo igual. Es distinto a todo. Esto tuyo y mío no se parece a nada que yo haya sentido antes. —Aprieta mi costado y me abraza con fuerza—. Ha sido como...

—¿Cómo magia? —pregunto entre susurros acabando la frase por él.

Einar sonrío, me besa con dulzura y asiente sobre mi boca.

—Sí, justamente eso. Ha sido magia.

Le beso una vez más, cierro los ojos y apoyo mi mejilla en su torso, relajada y pensando en lo mucho que aún le siento, aunque ya no esté dentro de mí. Es entonces, solo entonces, cuando abro los ojos de golpe y miro arriba.

—Einar —susurro con voz sorprendida—. No hemos usado protección.

Él abre la boca para decir algo y, cuando se da cuenta de que digo la verdad, la cierra.

—Estaba tan concentrado en sentirte que no me he dado cuenta, lo siento —murmura—, pero estoy limpio, Amelia, te lo prometo.

—Te creo —digo de vuelta—. Yo también, pero mañana, antes de hacer la denuncia del coche, deberíamos ir a por la píldora del día después. Einar asiente, besa mi frente y me abraza.

—¿No tomas la píldora? —pregunta.

—No, con Nacho usaba preservativos. —Cuando se tensa beso su torso, removiendo el vello rubio que tiene—. Nunca le quise sentir al cien por cien.

—Me alegro —susurra—. Si quieres, yo también usaré protección desde ahora.

—Vale —contesto con una pequeña sonrisa, dándome cuenta de que no es lo que quiere y jugando un poco con él. Einar no parece molesto, ni triste, simplemente besa mi frente, y por eso le quiero aún más, porque de verdad acepta lo que yo deseo sin condiciones ni poner malas caras—. Al menos hasta que pueda empezar a tomar la píldora, cuando me baje el periodo.

Él me mira a los ojos y puedo ver en ellos la gratitud. No es por la píldora, es por la muestra de confianza. A Nacho nunca le quise así, pero con él no quiero barreras de ningún tipo. Me besa y me abraza con ímpetu. Con tanto ímpetu, que, cuando

queremos darnos cuenta, estamos haciéndolo de nuevo. Y sí, lo hacemos sin condón otra vez, porque ya que tengo que tomar la píldora, bien podemos aprovechar la noche. Aun así, acaba fuera de mi cuerpo y cuando le siento derramarse sobre mi estómago me muerdo el labio y sonrío, porque creo que es lo más erótico que he visto en mi vida.

Nos limpiamos, nos tumbamos en la cama, cansados y satisfechos al máximo y, después de besarnos unos minutos, apoyo la cabeza en su pecho y cierro los ojos mientras pienso que ojalá esta noche fuera eterna, porque me quedaría aquí toda una vida disfrutando de él y del «nosotros» que estamos empezando a crear, por fin.

No sé qué hora es cuando abro los ojos, pero sé que la tormenta me ha despertado. Miro hacia la ventana de mi dormitorio de inmediato con el corazón en un puño. Odio las tormentas con todas mis fuerzas y, aunque reconozco que despertar en medio de una con los brazos de Einar rodeándome desde atrás, pues está pegado a mi espalda, lo hace un poco más llevadero, sigue siendo un infierno para mí. No me gusta el sonido que hacen, es bravío, como si la naturaleza estuviera furiosa y quisiera hacernos pagar por ser tan egoístas y mezquinos con ella. Siempre que hay tormenta me imagino que mi ventana estalla en pedazos y los truenos entran en mi dormitorio, como si vinieran a por mí. Creo que mi miedo empezó con una pesadilla, según cuenta mi padre, pero era muy pequeña, apenas hablaba y él nunca supo qué había soñado y cómo podía ayudarme. Durante un tiempo incluso pensé en hacer terapia, pero la vergüenza me pudo y me convencí de que solo es miedo y no una fobia como tal. Puedo controlarlo. Puedo hacerlo.

Observo los cristales de la ventana y me arrepiento de no haber bajado la persiana antes de quedarme dormida. Estoy desnuda, helada, pese a los brazos de Einar, las sábanas y el edredón, y pensando en lo horrible que sería morir atravesada por un rayo si cayera justo en este instante y la tormenta rompiera el vidrio que me separa de la furia del cielo.

Mi respiración se agita y cierro los ojos. Antes, cuando dormía sola y mis hermanos vivían aquí, yo solía ir a sus dormitorios, me metía en sus camas y los obligaba a dormir conmigo. Mis hermanos me abrazaban y contaban conmigo el tiempo que transcurría entre un trueno y el siguiente para saber cuándo se alejaba la tormenta. Eso ha estado sucediendo hasta el final, cuando ellos se han mudado. De hecho, cuando Álex se fue pensé cómo demonios iba a arreglármelas cuando hubiese tormenta, porque a mi padre y a Sara no me gustaría molestarlos, la verdad. Y aquí estoy, rodeada por los brazos de Einar, que ronca suavemente, desnudo y satisfecho detrás de mí. Echo mi cuerpo hacia atrás, intentando meterme aún más entre sus brazos, él se remueve y me aprieta justo al mismo tiempo que un tronido sacude el

cielo y a mí se me para el corazón. Gimo de miedo y, no sé en qué momento exacto, siento sus labios en mi oído.

—Tranquila, ángel. Shhhh, estoy aquí.

—Odio las tormentas —digo en un susurro, como si el cielo pudiera oírme—. Las odio, son feas, ruidosas y dan miedo.

—Ven, date la vuelta.

Lo hago y me enfrento a sus ojos azules hinchados y su pelo despeinado. Está guapísimo y sentir su cuerpo caliente y desnudo junto al mío me haría ruborizar, si no fuera porque, ahora mismo, estoy demasiado centrada en el terror que siento.

—Tienes que contar —dice él acariciando mis mejillas—. Como hacías con tus hermanos.

Trago saliva y asiento, agradeciendo que Einar me conozca desde hace tanto y sepa estas cosas de mí. Parece que no, pero es un alivio saber que no me juzga antes de intentar ayudarme. Cierro los ojos con fuerza cuando un nuevo tronido hace temblar la ventana, gimo y Einar me aprieta en un suave abrazo.

—Cuenta —susurra—. No dejes de contar. Pronto pasará.

Lo hago. Uno, dos, tres y un beso en el mentón que me distrae un momento. Cuatro, cinco seis y su nariz recorriendo mi cuello. Siete, ocho y, antes de llegar al nueve, sus dientes arañan mi clavícula y su abrazo se afloja en la parte superior para intensificarse en la inferior de nuestros cuerpos. Diez, en el diez mi pezón encuentra su boca, o al revés, y se enredan en un baile que me hace gemir y parar. Once, ahora toca el once, doce, trece, catorce y sus manos bajan por mi espalda, quince y un nuevo tronido. Gimo de miedo. ¿Tan cerca está? ¿O es que estoy contando tan distraída que ha pasado más tiempo del que pensaba? ¿Y si nos alcanza?

—Cuenta, mi ángel. No te olvides de contar —dice Einar con voz amortiguada por las caricias que está dedicando a mi cuerpo con su boca.

Y lo hago.

Ahí voy de nuevo.

Uno, dos y sus manos se agarran a mi trasero, apretándolo y arrancándome un gemido que, esta vez, no ha sido de miedo. Tres, cuatro, cinco y en el seis su lengua encuentra mi ombligo, sus manos mis caderas y el edredón, junto con las sábanas, caen a los pies de la cama. Me tumbo boca arriba mientras intento no perder el hilo. Siete, voy por el siete cuando Einar separa mis piernas y se cuela entre ellas. En el ocho, un segundo después, sus dientes encuentran mi clítoris. Cuento el nueve en un estado de irrealidad que me hace preguntarme cuánto tiempo está pasando de verdad. Un tronido suena, meto las manos debajo de la almohada y contraigo mi estómago mientras mis hombros se quedan rígidos. Einar lame mi entrada y cuela dos dedos dentro de mí, curvándolos y haciéndome arquear la espalda.

—¿Por qué número vas? —pregunta mientras mi respiración se vuelve errática.

Le miro e intento contestarle. ¿Nueve? ¿Iba por el nueve? Él ve mi duda, sonrío con aire canalla, sabiéndose vencedor de esta batalla contra mis miedos, y cuando la

habitación se ilumina por un tronido nuevo vuelve a la tarea y me chupa, toca, lame y mordisquea hasta que se me hace imposible seguir una secuencia lógica de números. No puedo pensar, la tormenta se está alejando, o puede que no; quizá sigue detrás de mi ventana, esperando atacarme. Y tengo miedo, de verdad lo tengo, pero mi excitación es mayor y la mezcla se me antoja perturbadora y placentera de un modo caótico.

El orgasmo se desata, me arqueo en la cama, aferrándome con un puño al pelo de Einar y con el otro a mi almohada. Perdiendo de vista el mundo, mi ventana, la tormenta y anulando, por primera vez, al cien por cien mi miedo, aunque sea durante unos segundos.

—¿El nueve? —pregunta él subiendo a mis labios y besándome, cubriéndome con su cuerpo, dejándose caer poco a poco para que note su peso protegiéndome—. Es un nueve eterno, ¿no?

Me río entre jadeos y doy un manotazo en su pecho antes de abrir los ojos, mirarlo y pronunciar las únicas palabras capaces de salir de mi boca ahora mismo.

—Te quiero, vikingo.

Einar suspira y siento el movimiento de su pecho en el mío propio, debido a la presión que ejercen. Me besa y sonrío justo antes de hacerme la mujer más feliz del mundo.

—Te quiero, ángel. Te quiero más de lo que he querido ni querré nunca a nadie.

Un nuevo tronido, el más fuerte de todos, sacude el cielo justo en el momento en que él suelta esas palabras y yo siento, por primera vez, cómo mi miedo le estira la mano a mi felicidad, pretendiendo hacer un pacto, y esta la rechaza, consciente, por primera vez, de que puede con él. Sabiendo que justo ahora, en este instante, es indestructible y nada puede hacerle sombra.

Ni siquiera una gran tormenta.

Einar

El primer despertar con Amelia es extraño y perfecto. Extraño, porque me ha hecho salir de su habitación a hurtadillas, por si Javi se daba cuenta de que no he dormido en mi cuarto. Perfecto porque, bueno, porque ella ha sido lo primero que he visto al abrir los ojos y eso arregla el día de cualquiera.

Me doy una ducha pensando en su cuerpo, en lo que me gustaría tenerla aquí ahora conmigo y en la tormenta... Me muerdo el labio cuando pienso en la tormenta y en lo que dio de sí. Ojalá pudiera curar todos sus miedos así.

Me visto con un vaquero y un jersey y bajo corriendo a la cocina, donde ella ya está sentada, con la barbilla apoyada sobre una mano y una infusión enorme en la otra. Sara le habla de algo relacionado con la cena de esta noche y ella presta atención, hasta que me ve. Su sonrisa se amplía y hace brotar la mía de inmediato. Sara también sonrío y Javi, que está haciendo tostadas junto a la encimera, nos frunce el ceño.

—¿De qué os reís todos?

—No nos reímos, papá —dice Amelia—. Sonreímos, que es distinto.

—Vale, ¿de qué sonreís? Quiero saberlo para poder sonreír. Soy un hombre muy risueño. Oh, perdón, soy un hombre muy sonrisueño.

Me río entre dientes y me siento al lado de Amelia, poniendo un brazo sobre el respaldo de su silla y observando cómo se tensa. Mi sonrisa se amplía, porque empiezo a darme cuenta del poder que mis acciones tienen sobre su cuerpo. ¿Cómo he podido dudar alguna vez de que ella siente lo mismo por mí? Ah, sí, claro, por eso de que tenía novio y tal...

—Ahora iré a la ciudad para denunciar el robo del coche. —Amelia mira a su padre, que asiente, olvidando el tema de las sonrisas, y luego a Sara—. Es posible que vuelva ya de noche.

—¿Esta noche? ¿Todo el día vas a pasar fuera? Esta tarde vienen los chicos a ver una peli —dice Javier poniendo un plato de tostadas en la mesa y tomando asiento.

—Ya, pero es que había pensado dar un paseo relajante antes de volver al trabajo mañana. Quiero disfrutar de mis últimos momentos de tranquilidad.

—¿Y vas a dar un paseo de todo un día?

—Sí, quiero relajarme, papá. Quiero recordar un día tranquilo cuando me estrese en el trabajo y la presión me pueda.

Javier la mira con una ceja elevada, porque Amelia nunca, en el tiempo que la conozco, e imagino que, en toda su vida, ha insinuado que necesita tiempo de relax

para combatir su trabajo. Sí, sé que lo ha usado como excusa, pero, aun así, creo que sus palabras esconden una verdad que ella misma ha descubierto con estas vacaciones obligadas y que nos sorprende a todos, empezando por su padre.

—¿Vas sola?

—No, Einar viene conmigo.

Su padre me mira y puedo ver de inmediato la orden en sus ojos, por eso no me extraña cuando la verbaliza.

—Me la cuidas, ¿eh?

—Tranquilo, Javi —digo en español—. Vikingo molón protege.

—Puedo protegerme solita, ¿sabéis? Soy mayorcita ya.

—No te enfades, me preocupo por ti.

—Te preocupas más de lo que debes, creo. A Diego no le pides que cuide a Julieta.

Javier bufa y se retrepa en la silla dando un sorbo a su café.

—No, pero a Julieta le encargo a diario que cuide de Diego.

Se me escapa la risa, igual que a Sara y a la propia Amelia, porque Javi es mucho Javi, pero también porque es cierto que, pese a que mi amigo es policía, yo me imagino a Julieta pegándose con cualquiera que intente ofender a su hombre. De hecho, alguna vez le ha pedido que la lleve a patrullar, para bajarle los humos a los posibles delincuentes, dice. Por supuesto, Diego jamás ha aceptado la oferta, porque sabe que eso acabaría con Julieta entre rejas y con él, posiblemente, también.

—En fin, nos vamos ya. ¿Estás listo, Einar?

—Listo, ángel.

—¿Ángel? —pregunta Javier.

Lo miro dándome cuenta de la cagada, porque yo no tengo ningún problema en contarle lo nuestro, pero si Amelia ha guardado silencio será por algo. Imagino que buscará el momento adecuado y he metido la pata hasta el fondo.

—Ángel molón, sí —contesto deseando que la cosa quede ahí.

El padre de Amelia, sin embargo, se ríe entre dientes, apoya los codos sobre la mesa y da un sorbo a la taza antes de hablar.

—Pues sí que sois malos mintiendo. ¿Cuánto os ha durado la farsa? ¿Diez horas?

Amelia vuelca su infusión, carraspea y se levanta de inmediato para limpiar el líquido derramado. Sara intenta disimular una sonrisa y yo entrecierro los ojos. Lo sabe todo. Y no me extraña, porque Javier es muy intuitivo en lo que respecta a sus hijos. Amelia, sin embargo, está tan nerviosa que intenta hacerse la tonta.

—¿Farsa? —pregunta como quien no quiere la cosa—. ¿A qué te refieres, papi?

—¿Ves? —Javier mira a Sara y señala a su hija—. Cuando quiere salirse con la suya soy «papi». Lo hacen todos, como si fuera una fórmula mágica para librarse de las situaciones que no les interesan. Se creen que soy tonto, estos niños míos.

—Javi, sé bueno con ella...

—Si yo soy bueno. Soy un santo, de hecho. —Mira a su hija y suelta la taza en la mesa—. A ver, cariño, voy a darte una última oportunidad: ¿De verdad no sabes de qué hablo?

Amelia traga saliva y retuerce el trapo con el que aún no ha limpiado la infusión derramada en la mesa y el suelo.

—Verás, papá...

—¿Sí, ángel? —pregunta él con ironía.

Mi chica toma aire, me mira de soslayo y empieza a hablar, pero le sobreviene un ataque de tartamudeo y guarda silencio de nuevo.

—Coge aire, mi niña, todo está bien —susurra Sara.

Ella asiente, pero no deja de mirar a su padre. Supongo que intenta buscar algún signo de aprobación en su rostro, pero Javier está haciéndolo de maravilla manteniéndose impasible, como si habláramos del tiempo. Estoy a punto de intervenir para que no lo pase tan mal cuando ella cuadra los hombros y habla con una voz tan firme que me quedo paralizado.

—Estoy enamorada de Einar desde que era el novio de Julieta. Ya sé que está mal, que eso no se hace y créeme, me he castigado mucho por sentir esto que siento. Mi penitencia más grande fue Nacho, del que dudo haberme librado, pero el tiempo ha pasado y él... —Me mira y veo su pecho subir y bajar con rapidez. Está muy alterada, pero no quiero detenerla. No ahora que se ha lanzado—. Él me quiere —susurra sin dejar de mirarme. Sonrío, porque sus palabras no son solo para su padre. Está diciendo que cree en mí cuando le digo que la quiero más que a nada, o eso espero—. Me quiere y queremos estar juntos, papá. Julieta lo sabe y está de acuerdo, por si te lo preguntas, y...

Amelia no puede seguir hablando porque su padre se levanta y la estrecha entre sus brazos. La infusión sigue derramada, Sara sigue sonriendo y yo no puedo despegar mis ojos de la escena que se reproduce ante mí.

—Durante toda mi vida he sufrido por ti. Toda mi vida, niña. Tú dices que es porque te veo débil, pero no es por eso, es porque tu corazón es demasiado grande y confiado. No hay una pizca de maldad en él y temía que alguien se aprovechara de tu bondad; que cogiese todo lo bueno que hay en ti y no lo tratase como mereces. Estaba convencido de que no existía un hombre tan bueno como tú; jamás encontrarías a alguien que estuviera a tu altura. —Javi suspira y besa su frente—. Me equivoqué de pleno. ¿Sabes cuándo fui consciente de que existía alguien perfecto para ti? —Amelia niega con la cabeza y él sonrío—. Cuando Nacho llegó a tu vida.

—¿Nacho? —pregunta ella frunciendo el ceño.

Yo también lo hago, la verdad. Sé que no soy lo bastante bueno para Amelia, pero no pensé nunca que metería en esta ecuación a Nacho, sobre todo porque creo que ni siquiera Javi lo aguantaba. Sin embargo, él sonrío y asiente.

—El día que Nacho llegó a tu vida no me gustó. Era enrevesado, distante y estaba lleno de envidia y maldad. Era todo lo contrario a ti. Cuando me di cuenta de que ibas

en serio con él, me pasé días sin dormir. Semanas, Amelia. Meses. Que te lo diga Sara, si no.

—Me costó mucho sudor hacer que durmiera.

Yo de inmediato me imagino una escena de Sara intentando cansar a Javier a base de sexo para que durmiera y, cuando miro a Amelia hacer una mueca extraña, sé que ha pensado lo mismo que yo.

—El caso es que, al final, me convencí de que en esta vida todo pasa por algo, y acerté. Porque gracias a Nacho me di cuenta de que había un gran hombre para ti. —Agacha la mirada y ríe, moviendo la cabeza hacia un lado y el otro—. El día que Einar vino de visita y lo conoció, Nacho te besó en los labios frente a toda la familia, algo que no solía hacer, pero lo agradecí, ¿sabes? Porque aquel día, en el jardín de esta casa, yo vi lo que nunca creí posible. Aquel día vi el corazón de un vikingo sangrar de dolor. Vi el sufrimiento reflejado en su mirada, cuando no lo aguantó más y tuvo que apartarla, apretando los dientes y las manos, sin saber que alguien estaba memorizando cada gesto suyo. Aquel día yo aplaqué todos mis miedos, porque sí que había un hombre perfecto para ti, aunque no pudiera estar a tu lado. Confié en que saliera bien y... Bueno, aquí estáis.

Amelia deja caer dos lágrimas por sus mejillas. No me extraña, yo mismo estoy emocionado con las palabras de Javier, así que no sé qué decir. Al final, es ella la que habla.

—¿Por qué no me dijiste lo que pensabas?

—Porque no era mi deber, mi vida. Mi obligación era estar allí para ti, sostenerte y desear en silencio que un día abrieras los ojos y te dieras cuenta de todo lo bueno que la vida te tenía reservado. Solo necesitabas un poquito de valentía. Cuando Einar volvió a España para vivir aquí me sentí feliz, pero no tanto como cuando tú dejaste a Nacho y yo pude meterte la tentación en casa. —Javier se sienta al lado de su mujer y suspira—. Quise hacerlo antes, la verdad, pero Sara me convenció de que era muy arriesgado.

—Se hubiesen notado tus intenciones. La verdad es que fue una suerte que echaran a Einar de su piso —dice su mujer interviniendo.

Yo estoy atónito, la verdad. Pienso en todo lo pasado estos años, sobre todo en los últimos, y en Javier, siempre al margen de nuestra situación, sin percatarse, en apariencia, de lo que ocurría. Pienso en todo ello y me insulto mentalmente, porque no entiendo cómo he sido tan tonto de creer que de verdad este hombre, que ha criado solo a cuatro niños, no se estaba enterando de nada.

La risa brota de mi pecho antes de tener tiempo de pararla y Amelia me mira con los ojos de par en par. Tiene el pelo medio recogido con un pasador y va sin gafas, así que puedo ver su rostro boquiabierto sin problemas.

—Eh... Yo... Eh... —Niega con la cabeza, frunce el ceño y suelta una risa medio divertida, medio histérica—. ¿Has hecho de casamentero?

—Dios me libre. Yo solo di un empujoncito a esta historia porque si no, a vuestro ritmo, igual me jubilo y todavía no os habéis besado.

—La parte buena es que ya sabemos que se han besado —dice Sara sonriendo.

—Es una desgracia que todos los somieres de esta casa suenen —sigue Javi—. Empiezo a entender a Álex y su trauma cuando escuchaba el nuestro.

—Es cierto. El de Julieta no sonaba tanto.

—Creo que lo reforzó una vez que se lo cargó saltando. Ella sola, se entiende.

—Se entiende, claro.

El rostro de Amelia muda en un segundo para encenderse al siguiente y a mí el ataque de risa se me intensifica tanto que tengo que agarrarme a la mesa para no perder el equilibrio. Pensar en Javier y Sara escuchándonos anoche ya es vergonzoso, pero que hablen del ruido de los somieres frente a nosotros es, directamente, surrealista.

—De acuerdo, creo que es hora de irnos —murmura Amelia viniendo hacia mí y tirando de mi mano.

—Pero, ¡espera! —exclama Javier—. Todavía no te he dicho lo mejor.

—Papá, por favor, creo que ya vale.

—Tranquila, esto no te dará vergüenza. Lo mejor es que habéis pintado la habitación de Álex y, si Einar va a dormir desde ahora contigo, ya tenemos Sara y yo un vestidor limpiito y a estrenar. ¿Has visto, vida? —pregunta a su mujer—. Te dije que todo era cuestión de esperar.

Yo me río más alto, Amelia se indigna un montón, porque dice que esa es mi habitación y Javier me pregunta dónde pienso dormir desde ahora.

—Si Amelia me deja, con ella —contesto en español con total seguridad—. ¿Qué dices, Amelia? ¿Haces huequito a vikingo molón todas noches?

Ella boquea un poco, mira a su padre entre indignada y avergonzada, a Sara molesta por saber todo el plan de su marido y a mí con un ligero rubor que me vuelve loco.

—Por supuesto. —Carraspea y acaricia mi mano, que aún está sujeta por la suya—. Pero tu ropa se queda en el cuarto de Álex por lo menos un mes.

—¡Es nuestro vestidor, Amelia! —exclama Javi.

—No haber confesado esa parte del plan. Ha estado feísimo.

Javi frunce el ceño y asiente tan rápido que sé, en el acto, que lo ha hecho porque sabe que Amelia no podrá sostener esa pequeña revancha más de un par de días. Puede que más, mientras me hace hueco en su dormitorio, pero luego olvidará todo eso del vestidor y hará lo que le dicte su corazón, como siempre.

Al final pasa un rato antes de que salgamos de casa y, como está lloviendo, nos llevamos el coche de Javier, porque no es día de ir en moto. Vamos al centro de la ciudad, compramos la píldora para Amelia en la farmacia de guardia y luego nos dirigimos a comisaría, donde ponemos la denuncia pertinente por robo.

Comemos en un restaurante vegano que le encanta a Amelia y en el que me pongo las botas a base de probar cosas nuevas del menú mientras ella me insiste en que no sabe dónde lo guardo todo.

—Músculos fuertes —digo doblando el brazo y marcando bíceps, incluso con el jersey.

—Mmmm, sí, ¿sabes que alguna vez he fantaseado con morder tus bíceps? —Lo suelta casi como si fuese un pensamiento dicho en voz alta y, cuando veo cómo se ruboriza, confirmo que así es. Me río y ella agacha la cabeza y juguetea su berenjena rellena—. Olvídalo.

Muevo mi silla de sitio y paso de estar frente a ella a ponerme a su lado. Bajo una mano y acaricio su pierna, cubierta por unas medias de pequeños unicornios que me encantan, porque las ha contrastado con un vestido bastante corto y el conjunto, aunque un poco extravagante, me parece perfecto. O será que la perfecta es ella y da igual lo que se ponga, que siempre acierta.

—¿Mientras empujo dentro de ti? —pregunto en inglés cerca de su oreja, disimulando frente al resto de comensales—. ¿Has imaginado eso, ángel? ¿Qué mordías mis músculos mientras se tensaban por el esfuerzo de hacerte el amor? —Ella asiente y yo aguanto un gemido a duras penas—. Esta noche...

—¿No te dolerá? —pregunta con sus grandes ojos azules clavados en mí, esta vez.

—Cariño, me duele más imaginarlo y no poder hacerlo ahora mismo.

Ella inclina su cabeza y me besa con una pasión que me pilla de sorpresa porque no lo esperaba, no porque no sepa que es capaz de volverme loco con sus labios; ya lo demostró anoche de sobra.

Nos despegamos después de unos segundos, conscientes de que, de seguir así, acabaremos dando un espectáculo. Terminamos de comer y nos marchamos para dar un paseo por el centro, abrazados, besándonos y disfrutando del frío y de nuestro amor, tal como imaginé que haría durante mucho tiempo.

—¿Te imaginas que nieva? —pregunta Amelia—. Me encantaría pasear contigo mientras nos nieva encima. Nunca he visto la nieve caer.

—Yo me cansaba de verla —susurro, en inglés, pensando en mi país—. Siempre me pareció molesta, hasta que salí de Islandia y me di cuenta, un día, de que la echaba de menos.

—¿Te acuerdas mucho de aquello? —pregunta ella—. Apenas hablas de tu familia o de tu casa.

—Los echo de menos, pero ellos son muy distintos a mí. Son fríos, no del mismo modo que Esme, sino fríos de verdad. Apenas dan abrazos o tocan... Supongo que el clima tiene que ver, pero también es una cuestión de mi propia familia, ¿sabes? Son... distantes.

—¿No te duele eso?

—No mucho. Ellos son así, no lo hacen porque quieran hacer daño o a conciencia; simplemente no les nace. Mi padre jamás soltaría un discurso parecido a los que suelta el tuyo. Si algo le parecía mal nos lo hacía saber de manera educada y comedida. Creo que nunca los he visto estallar por nada, y eso, aunque parezca bueno, no lo es. No para mí, que, por rarezas de la vida, fui distinto. Estando aquí los echo de menos, pero estando allí sentía que no podía ser yo mismo. No era mi sitio en el mundo y me agarré a un clavo ardiendo cuando tuve la oportunidad de venirme aquí.

—Nunca hablas de ella... —susurra, refiriéndose a la chica con la que vine a España.

—Me hizo daño. La quise, ¿sabes? No como a ti, pero sí la quise, supongo que tuvo que ver que gracias a ella encontré la excusa para dejarlo todo. Cuando se marchó con otro y me dejó prácticamente en la calle me sentí mal, pero más por la confianza rota y la deslealtad que por el desamor.

—¿Y ahora? ¿Piensas en ella?

—No —contesto riéndome—. No, y si lo hago en algún momento porque salga el tema, como ahora, solo siento gratitud. Gracias a ella tuve valor para dar el primer paso hacia la vida que quería, así que guardarle rencor, por muy mal que se portara, no tiene sentido, porque, al final, mírame. —Aprieto su mano y sonrío—. Yo salí ganando.

Amelia sonrío, se alza sobre sus puntillas y yo bajo mi cabeza para que pueda besarme.

—Algún día iremos a Islandia. Quiero que me enseñes las auroras boreales y la nieve. Una de mis fantasías consiste en hacer el amor contigo en una cabaña rodeada de nieve. ¡Enterrados en nieve! —Se para en seco y me mira, poniéndose roja—. Debí guardarme eso para mí, ¿verdad?

—Nunca te guardes eso para ti —contesto riéndome de buena gana y parándome para abrazarla, alzándola y poniéndola a mi altura—. Jamás te niegues contarme una fantasía, porque entonces los dos estaremos perdiéndonos la oportunidad de realizarla. —Ella sonrío y asiente, avergonzada. Yo beso su nariz—. Iremos a Islandia, ángel, te lo prometo. Pasearemos, te presentaré a mi familia, iremos al Círculo de Oro, veremos el parque nacional de Thingvellir, la catarata de Öxarárfoss, entre otras muchas, y el geiser de Strokkur, que expulsa agua hirviendo a más de veinticinco metros de altura. —Amelia sonrío, ilusionada, y yo me vengo arriba, entusiasmado de pronto con la idea de llevarla a mi país—. Playas negras, icebergs, glaciares, el parque natural de Jökulsárgljúfur y las ballenas de Husavik. Cogeremos una cabaña en plena montaña y nos pasaremos las horas viendo las auroras boreales, besándonos y haciendo el amor sin mirar el reloj. —Cojo aire y apoyo mi frente en la suya—. Dios, ahora que lo imagino, no sabes cómo deseo llevarte. Quiero perderme contigo allí, mirar el que es mi país y la que es mi gente de sangre y presentarles al

amor de mi vida para que todos, hasta la nieve, entiendan por qué ha merecido tanto la pena dejarlos atrás.

Amelia se emociona, asiente con energía y me besa mientras me abraza por el cuello y la lluvia empieza a caer de nuevo sobre nosotros. No nos movemos, nos quedamos justo aquí, en una acera cualquiera del centro de la ciudad, soñando con un futuro juntos mientras deseo que esto no se acabe nunca. Que nuestra promesa de besarnos y hacernos el amor hasta que el mundo vuelva a creer en la magia se aplique también a la forma de amarnos. Que esto solo sea el principio de una larga vida a su lado.

Los días empiezan a transcurrir rápidos, algo confusos y caóticos, para bien, eso sí. El domingo, cuando llegamos a casa, toda la familia estaba reunida y esperándonos. Todavía no sé si me pareció tierno o, directamente, de psiquiátrico, porque consintieron que los niños se durmieran en sofás y carros con tal de vernos llegar y reírse de nosotros. Julieta le echó en cara a Einar no habérselo contado antes y él se encogió de hombros y dijo que lo importante era el resultado. Mi hermana pareció conformarse, pero empezó a gastarnos bromas pesadas hasta que mi cuñado, bostezando y recordándole que al día siguiente tenían que madrugar mucho, consiguió llevársela a su piso.

Esme y Nate también se fueron; mi hermana no es cotilla, pero me dijo que estaba esperando para ver mi cara de felicidad y, aunque me avergoncé un poco, entendí que para ella era importante verme contenta. Álex nos informó de lo aliviado que estaba de no tener que guardar más el secreto, Eli le recriminó que, en realidad, no lo guardó tan bien, porque ella se enteró. Él cogió a Óscar en brazos, pues estaba dormido, y salió de casa en plan indignado mientras mi cuñada se mordía una sonrisa.

Al final nos quedamos mi padre, Sara, Einar y yo. Nosotros dos subimos al dormitorio, cerramos la puerta y nos metimos en la cama, no para dormir. Al principio intenté no moverme mucho para que el somier no sonara, pero cuando Einar se dio cuenta encontró sumamente divertido provocarme para hacer justo lo contrario, así que la cama acabó chirriando mientras yo me moría de vergüenza y placer al mismo tiempo. Por suerte, los orgasmos que me dio lo compensaron todo.

El lunes, mi vuelta al trabajo fue rutinaria... hasta las dos de la tarde, cuando tuve que lidiar con Nacho esperándome a la salida. Quería pedirme perdón y que hablásemos, pero cuadré los hombros y le dije que no tenía nada que hablar con él. En parte por Einar, sí, pero sobre todo por mí, porque lo de ir a mi trabajo y contarle a Jorge lo que yo había hecho solo para hacerme daño había sido ruin y una demostración más de lo mala persona que puede llegar a ser. Aquella misma tarde me llamó varias veces y acabé contándoselo todo a Einar, que de primeras se puso muy serio y luego me aconsejó bloquear su número, para hacerle saber que no quería nada de él. Seguí su consejo y, de momento, estoy tranquila. Solo espero que entienda que lo nuestro está del todo acabado y se olvide de mí para siempre.

Por otro lado, tuve que lidiar con Jorge cuando le conté que había ido al barrio para intentar ayudar a Rubén y que me había robado el coche, del que aún no sé nada, el dinero y el bolso. Al principio se enfadó muchísimo y me dijo que me había dado vacaciones precisamente para que dejara de hacer esas cosas, pero luego se calmó y, aunque siguió estando enfadado conmigo, no me echó. Eso sí, cada vez me limita más las salidas y me ha advertido que, como siga haciendo de las mías, acabaré

encerrada en la asociación encargándome solo de los asuntos burocráticos. Esta vez va en serio, lo noto en el tono de su voz, así que ahora, cuando me apetece salir corriendo si me entero de que algo va mal con alguno de nuestros casos, pienso en sus amenazas laborales y me quedo quietecita, esperando órdenes. Confieso que eso ha hecho que mi trabajo haya empezado a resultarme algo tedioso, pero sigo ayudando a la gente y eso es lo que de verdad importa.

Mi relación con Einar va viento en popa. El sexo es lo más maravilloso que he sentido nunca y vivir con él es increíble. Lo único que echo en falta es tener más intimidad. Mi padre y Sara no se meten en nada, al contrario, intentan facilitarnos la estancia todo lo que pueden y lo agradecemos, pero yo, al menos, estoy soñando por primera vez con tener algo más con el hombre de mi vida. Por supuesto, a él no le digo nada, porque no quiero que piense que voy muy rápido. Es cierto que llevamos años enamorados, pero como pareja aún llevamos poco tiempo y es normal que vayamos paso a paso, así que me centro en tener sexo con él, intentar reforzar mi autoestima con cada experiencia que nos regalamos juntos y aprender a ser un poquito egoísta cuando toca. Esto último me está costando más, pero con el paso de los días me descubro a mí misma pensando en lo mucho que me gustaría tener vacaciones de nuevo para poder estar con Einar y me siento, por primera vez en mucho tiempo, normal.

Sigo tomando muchos antiácidos, pero confío en poder dejarlos poco a poco a medida que voy relajándome y tomándome la vida con más calma. No digo que todo eso sea porque estoy con Einar, pero sí es cierto que tener la oportunidad de estar con el hombre del que llevo enamorada tanto tiempo me ha hecho ver que, el hecho de que este mundo esté cada día peor, no es motivo para vivir mi propia vida triste o sintiéndome mal. No puedo hacer cada batalla que libro personal, porque entonces no llegaré a los cuarenta, tal como dicen mis hermanos.

—¿Qué piensas? —pregunta Einar a mi lado.

Estamos tumbados en la cama en la misma postura en la que, hace algo más de un mes, empezó todo.

—En nosotros y en el bien que me haces —susurro.

—Me gusta verte pensar en nosotros. Pensar en nosotros mola mazo.

Me río entre dientes y asiento, tirando del vello de su pecho y besando su pezón derecho antes de mirar arriba, a sus ojos azules y risueños, la mayor parte del tiempo.

—Pensaba en el sexo contigo...

—¿Sí? Cuenta.

Apoyo mi mejilla en él de nuevo y cierro los ojos, encontrando así el valor de decir ciertas cosas que aún me cuestan.

—Nunca pensé que pudiese disfrutar tanto de algo carnal. Me haces sentir sexi y poderosa, vikingo. Es increíble.

—No, ángel. Tú eres sexi y poderosa desde siempre, pero llevas toda la vida obligándote a pensar lo contrario —dice Einar pasándose al inglés—. Te resultaba

más fácil convencerte de que eras un fracaso en la cama y en otros aspectos de tu vida, que creerte que eres increíble a muchos niveles. Tu humildad es tanta, que pasa por pisotearte a ti misma. —Acaricia mis mejillas con una mano y el final de mi espalda con otra—. Mi precioso ángel...

—Tú es que me ves con buenos ojos.

—Los mejores, pero, además, tengo razón. —Guardo silencio, porque sé que discutir este tema con él es imposible—. Por cierto, tengo un regalo para ti.

—Uy, quiero verlo.

—No. —Se ríe y me tumba en la cama, besándome y haciéndome gemir después de solo unos segundos—. No, todavía no puedo decirte nada, pero pronto, muy pronto, voy a cumplir una de las promesas que te he hecho.

Sonrío y pienso en ello. Einar me ha prometido tantas cosas que así, de pronto, no se me ocurre a qué se puede referir. Nos hemos pasado nuestro primer mes juntos como pareja haciendo millones de planes de futuro. Tantos, que mi padre, cuando nos oía, nos advertía de que a este ritmo nos va a faltar vida. Y tiene razón, estamos siendo un poco infantiles, la verdad, porque soy consciente de que tenemos responsabilidades que no podemos dejar de lado. Mis hermanos dicen que es normal, que los inicios en las relaciones son así y que yo lo estoy descubriendo ahora porque mi única relación seria fue con Nacho y nada fue normal. Tienen razón, estoy segura, pero, al mismo tiempo, me pregunto si nuestro futuro consiste en esto; en soñar con cosas que no podemos tener.

Es decir, tenemos más de treinta años, vivimos en casa de mi padre y, aunque yo tengo ahorrado el dinero que gané junto a mi familia en una yincana que se hizo en Sin Mar, y Einar tiene grandes ahorros de su vida en Nueva York, donde le pagaban muy bien, además de lo que va ahorrando aquí como profesor, no hablamos de ello.

Nuestros planes de futuro siempre consisten en viajar, hacer el amor, besarnos, recorrer juntos la ciudad y mil cosas más, pero nunca hablamos de mudarnos de aquí. Y está bien, solo llevamos un mes y sería una locura pensar ya en ello, ¿no? Pero lo pienso, Dios, lo pienso cada día más y me da miedo llegar a obsesionarme porque me conozco y sé que, de seguir así, haré de este tema una bola inmensa que no podré parar.

No le cuento nada a Einar porque no quiero que piense que le presiono, necesitamos adaptarnos a nosotros, primero. Además, no hemos hablado en serio de vivir juntos, pero él sí que me ha dicho que se ve toda la vida conmigo, incluso me ha hablado de tener un montón de bebés vikingos, como él dice. Simplemente va paso a paso, que es como debería ir yo.

Más lento. Tengo que obligarme a vivir más lento, porque si no acabaré con mis nervios mucho antes de lo que todos piensan.

Tenemos una buena vida por delante. Solo es cuestión de darle tiempo al tiempo, disfrutar del presente e intentar que esa parte intensa, demasiado emocional y exigente de mí misma no acabe fastidiando algo tan bueno como lo nuestro.

Algún día Einar y yo tendremos lo mismo que tienen mis hermanos: una casa, bebés y a Retazos subiendo en todos los muebles y mirándonos con un solo ojo con toda la seriedad y crítica del mundo, porque hemos descubierto que es un gato serio y arisco la mayor parte del tiempo, pero aun así le adoramos. Puede que también tengamos un perro, ¿quién sabe? Para eso necesitaríamos un jardín, claro, y...

—Oh, Dios —murmuro cerrando los ojos y exhalando un suspiro cansado.

—¿Qué? —pregunta Einar.

—Nada, que me canso de mí misma.

Einar se ríe entre dientes, me abraza y mete la mano por debajo de mi pijama, susurrándome que él, por el contrario, siempre quiere más de mí. Yo me río, le dejo hacer y me concentro en esto. En él. En el presente, que es lo que de verdad importa.

Y lo que tenga que ser, será.

Siento la venda apretándome la parte superior de las orejas y me pinzo el labio, nerviosa, ilusionada y expectante.

—¿Puedo mirar ya?

—No, aún no. Un poco más.

Oigo la risa de Einar a mi lado y la de mi hermano Álex justo delante, pues es quien va conduciendo el coche. Esta mañana apareció en casa diciendo que iba a ser el chofer de una gran sorpresa. Yo de primeras no le entendí, pero aquí estoy, subida en su coche, con los ojos vendados y rumbo a... Pues no lo sé, la verdad. No tengo ni idea de a dónde vamos, pero sé que va a encantarme. Además, siendo el primer día de las vacaciones de Semana Santa intuyo que la sorpresa consiste en viajar a alguna parte. Bueno, lo intuyo por eso y porque Einar insistió hasta el cansancio en que pidiera la primera mitad de la semana y así la juntaba con los días de fiesta. Él, como es profesor, ya tenía toda la semana y yo, al principio, me negué, porque no quería pedirle más días a Jorge, pero también es cierto que estoy acostumbrada a que me obliguen a coger el mes de vacaciones que me corresponde por derecho. Pedirlo yo es algo que no había hecho nunca y cuando Jorge recibió mi solicitud se alegró tanto de que por fin piense en algo más que en la asociación, que me las concedió de inmediato.

Einar me decía que usaríamos la semana para hacer mil cosas por la ciudad y en el mismo Sin Mar, pero no sé por qué, yo intuía que tenía algo más preparado, y lo he confirmado esta mañana, cuando he escuchado a mi hermano preguntarle si había hecho mi maleta. Álex es que los secretos los guarda a duras penas, ya se sabe.

Así que aquí estoy, sabiendo que vamos a alguna parte pero sin tener ni idea del destino.

Y es que, si hace unos meses llegan a decirme que un día me dejaría llevar por las sorpresas, pediría vacaciones o estaría deseando salir de trabajar para ver a mi chico, no me lo habría creído. De hecho, hace unos meses me habría sentido mal; habría experimentado un sentimiento de culpa tremendo por dejar de lado mis obligaciones. Hoy puedo decir que sí, me siento mal, pero soy capaz de entender que todo esto es necesario. Tengo que tener una vida en paralelo a mi trabajo si no quiero volverme loca y creo que por fin lo estoy comprendiendo.

Einar y yo llevamos juntos casi tres meses y es increíble lo mucho que he aprendido de él, de nosotros como pareja y, sobre todo, de mí. He aprendido a decir que no a mis hermanos cuando algo no me apetece. Al principio lo hacía con pequeñas cosas, como cuando Julieta me pedía en cada momento libre que yo tenía que fuese a la tienda a entretenerla y yo aceptaba, aunque prefiriese quedarme en casa leyendo o haciendo cualquier otra cosa. La primera vez que me negué colgué el

teléfono y, en vez de sentirme bien, pensé que era la peor hermana del mundo, así que me vestí y fui de todas formas. La segunda me sentí mal, pero me obligué a quedarme donde estaba y, aunque no disfruté, porque el sentimiento de culpa no me dejó, aprendí que esto de decir que no es una cuestión de tiempo y experiencia. Siguiéron muchos días en los que mis hermanos, mi padre o alguien de la asociación me pedían cosas que yo no tenía por qué hacer, si no quería. Y lo conseguí, me negué y disfruté de permanecer firme en mi decisión. De hecho, alguna vez le he dicho que no incluso a Einar, pero él se ríe y me abraza, felicitándome por conseguirlo, olvidando lo que me había pedido, incluso.

—¿Lista? —pregunta en mi oído, poniendo una mano sobre mi muslo y sobresaltándome.

—¿Hemos llegado?

—Casi.

—Mi parte ya está hecha —dice Álex unos minutos después parando el coche.

Einar abre la puerta y sale del vehículo, lo sé porque voy agarrada a él y me ha soltado para hacerlo. Un segundo después siento la puerta de mi lado abrirse y su mano sujeta la mía, ayudándome a bajar. Me hace dar unos pasos, se pone detrás de mí, abrazándome, y acerca sus labios a mi oreja.

—Quítate la venda, ángel —susurra en inglés.

Lo hago un poco temerosa y con los nervios a flor de piel, deseando saber cuál es la sorpresa. Parpadeo un par de veces y fijo mis ojos en el nombre del aeropuerto. Miro atrás de inmediato, a Einar, que sonrío y asiente, como si supiera que necesito esta confirmación.

—¿Vamos a volar? —pregunto alucinada.

—Vamos a volar —repite él sin rastro de interrogación.

No sé si grito antes de emocionarme, o al revés, pero hago las dos cosas y Einar ríe a carcajadas mientras Álex saca nuestras maletas del coche y se ríe entre dientes.

—¿Y a dónde vamos?

—Eso no puedo decírtelo aún —dice en inglés.

—¿Cómo que no? ¡Pero si lo voy a saber en cuanto tengamos que embarcar!

—Pues te enterarás entonces.

Bufo y Álex, que lo ha escuchado todo, me coge por los hombros y me despega de Einar para mirarme con una sonrisa cariñosa que me recuerda que mi hermano puede ser un poco tonto a veces, y muy gruñón, sí, pero también es dulce y atento cuando toca serlo.

—Disfruta de esto y no pienses en nada, ¿me oyes? Estos días son para ti; para vosotros. —Asiento emocionada y él me señala con un dedo—. No llores.

Me río, cojo aire y asiento otra vez. No voy a llorar. Este es un momento alegre y tengo que controlar mis lágrimas. Al menos eso pienso hasta que Einar habla.

—Deja que lllore, si le apetece. Llorar no es malo, Álex, son emociones y ella las expresa así.

Me muerdo el labio emocionada otra vez mientras mi hermano pone los ojos en blanco, pero se ríe y besa mi frente.

—Aunque no lo creas, me hace muy feliz que tu vikingo te defienda de todos, incluso de mí. Y tiene razón, ¿sabes? Estamos tan acostumbrados a pedirte que no llores, que hemos olvidado que es tu forma de expresar tus sentimientos y no tiene nada de malo, así que siento haberlo dicho. Lloro, si lo necesitas, pero disfruta al máximo de tu regalo.

Cojo aire, intentando no dejar caer las lágrimas, pese a sus palabras. Yo odio ser así, no me gusta saber que mis ojos se aguarán en cualquier momento, sin avisar, haciendo que la gente se pregunte si es que vivo amargada por todo o soy una llorona, o demasiado sensible o... Bueno, todo eso que la gente suele pensar cuando ven a una persona emocionarse por algo que ellos consideran una tontería.

Me he avergonzado de eso mucho tiempo, he intentado miles de métodos, incluido el de clavarme las uñas en las palmas de las manos cada vez que sentía ganas de llorar, pero nada funciona.

Einar, en cambio, siempre me ha asegurado que no pasa nada, que llorar es sano, que limpia el alma y eso no puede hacer daño a nadie. Es lo mismo que me ha dicho mi padre toda mi vida y ahora, por fin, estoy empezando a entenderlo.

Y no es que él me esté abriendo los ojos, porque me dice cosas que objetivamente ya sabía, o debería saber, pero ignoraba por miedo a revelarme. Un miedo que, poco a poco, se está evaporando. No es que gracias a él sepa que no pasa nada por llorar, eso ya lo sabía, pero dejaba que todo me afectara, así que Einar no me ha descubierto nada nuevo, pero me ha afectado de una forma aún mejor; él me ha hecho valiente. Me ha dado el apoyo incondicional que necesitaba para ser yo misma sin pensar en lo que pensarán los demás.

Que sí, que mi padre también, o mis hermanos, incluso, pese a meterse conmigo, pero no es lo mismo. Ellos son mi sangre, me quieren porque me conocen desde que nací. Einar me conoció siendo ya adulta y pienso que, si él se ha enamorado tan intensamente de mí, no debo tener tantos defectos como pensaba, ¿no?

Me despido de Álex y cojo mi maleta para tirar de ella mientras Einar tira de mi mano suavemente hacia el interior del aeropuerto. No facturamos, así que no tengo posibilidad de saber a dónde vamos hasta que cruzamos la zona de seguridad y nos toca buscar nuestra puerta de embarque. A medida que las puertas nacionales van pasando, mi corazón se aprieta en un puño. ¿Vamos a salir del país? Le pregunto a Einar, pero solo se ríe y se encoge de hombros.

Caminamos casi hasta el final de la zona en la que estamos y, cuando veo el cartel de nuestra puerta de embarque, ahogo una exclamación y miro a mi chico con los ojos abiertos de par en par.

—¿Reikiavik? —pregunto con un grito estridente—. ¿Nos vamos a Islandia?

—Te prometí que te llevaría —dice sonriendo—. Yo siempre intentaré cumplir mis promesas, Amelia. Siempre.

Suelto la maleta y salto sobre él mientras oigo su risa ronca y satisfecha. ¡Islandia! Dios mío, es tan alucinante que no sé ni qué decir. No hay palabras que expresen lo que siento, así que lo abrazo con ímpetu, lo beso y, cuando soy consciente de que todo el mundo nos mira, me bajo de su cuerpo, pero Einar me mantiene pegada a él sujetándome por el trasero, lo que hace que tome consciencia del numerito que estamos montando y me ponga roja como un tomate.

—Cinco días para visitar mi país y llevarte a todos los sitios que te prometí y dos para encerrarnos en una cabaña que estará rodeada de un montón de nieve y donde, con suerte, veremos las auroras boreales. —Einar aparta un mechón de pelo que cae sobre mi ojo y lo mete detrás de mi oreja—. Una semana para enseñarte de dónde vengo, presentarte a mi familia y tenerte para mí solo, sin compartirme con tu trabajo o tu familia. Un sueño para mí.

Sonrío y beso su pecho, que es lo que me pilla a mano, teniendo en cuenta su altura. Einar me abraza y yo suspiro, cerrando los ojos y sonriendo como una tonta, porque, ¿tengo o no tengo el mejor novio del mundo?

Cinco días después estamos, por fin, en una cabaña perdidos en una montaña, con grandes ventanales que dan a un cielo que, espero, me regale algunas auroras boreales esta noche. Nuestro viaje ha sido alucinante, tal como imaginaba, pero agotador hasta niveles extremos.

Lo primero que hicimos fue conocer a la familia de Einar y, aunque yo tenía la esperanza de que él se equivocara y, en realidad, no fuesen tan fríos, me equivoqué. No me trataron mal, ni mucho menos. Fueron educadísimos conmigo y con su hijo. Ese es el problema, que trataron a Einar con la misma cordialidad con la que me trataron a mí y no como lo que era y es: un hijo que ha estado fuera un montón de tiempo. No vi muestras de cariño más allá del abrazo inicial, cuando se vieron, y el último, cuando nos despedimos. Podría haber pensado que tenían algún problema con él, de no ser porque vi que, ni siquiera entre ellos, se tocan mucho. La verdad es que me impactó estar con una familia así, acostumbrada a la mía. Si yo me fuera del país para siempre es posible que mi familia entera se viniera conmigo. La diferencia es tanta que, al salir, comprendo por qué Einar dice que él tiene una familia de sangre a la que quiere y una familia que eligió con conocimiento de causa, a la que adora, que es la mía.

Desde ahí empezamos a recorrer cada rincón del país mientras él me contaba su historia o alguna anécdota vivida y relacionada con ellos. Nos besamos, nos abrazamos, corrimos por sus calles huyendo del frío, la nieve y el agua, nos enredamos en las sábanas de distintos hostales y, por último, acabamos aquí, después de dar muchas vueltas por culpa de las carreteras cerradas a causa del mal tiempo. Pero lo importante es que llegamos a esta preciosa cabaña y, nada más entrar, hicimos

el amor a plena luz del día sobre la encimera de la cocina, porque se me ocurrió decir que era tan bonita y me gustaba tanto que incluso haría el amor en ella, y Einar, que tiene muy en cuenta mis comentarios acerca del sexo, no dejó pasar la oportunidad de comprobar mi teoría.

Ahora estamos fuera, pese a que ya es de noche. Estamos esperando las auroras boreales y podríamos hacerlo dentro, dado que estamos muertos de frío, pero es que estamos muy entretenidos corriendo, o intentando correr de un lado al otro mientras hacemos una guerra de bolas de nieve. No puedo dejar de reír, pese a estar congelada y que mis piernas estén enterradas en nieve casi hasta las rodillas. Estoy segura de que mañana tendré agujetas, pero también lo estoy de que habrá valido la pena.

En un momento dado Einar avanza hacia mí y no puedo evitar fijarme en su enorme cuerpo, su pelo rubio está tapado con un gorro, pero aun así se intuye un poco, porque lo tiene más largo de lo que suele ser habitual en él, su barba, su paso firme y decidido...

—Mi vikingo —susurro cuando llega a mí.

Y él, que tenía intención de tirarme una bola de nieve, se lo piensa, tira de mi abrigo y me pega a su cuerpo para besarme. Lo hace brevemente, luego me insta a mirar a su mano, donde la bola aún aguarda.

—Mira esto. —Aplasta la bola entre sus palmas enguantadas y, al despegarlas, queda una plancha de nieve que moldea en cuestión de segundos, haciéndola parecer un corazón—. ¿Ves, ángel? Magia.

Una risa cálida brota de mi pecho y, cuando Einar me da el corazón y lo sostengo sobre mis propias manos, protegidas por las manoplas, pienso que nunca, nadie, ha hecho algo tan bonito por mí. Sí, ya lo sé, solo es nieve, pero conozco a mi vikingo, sé lo que está diciéndome con esto. Lo que lleva susurrándome meses, siempre variando el inicio, pero nunca el final. Jamás el final.

«Hasta que el mundo vuelva a creer en la magia».

Miro arriba, a sus ojos dulces y seguros y me emociono pensando que soy una tonta, pero sin ocultarme.

—Ojalá pudiera llevármelo a casa y guardarlo para siempre como recuerdo de este momento.

—Haremos algo mejor —susurra él en inglés—. Volveremos aquí cada vez que podamos y, cuando no nos resulte posible, nos abrazaremos y pensaremos en este momento y en que lo más importante de todo es que estamos juntos. Da igual si hacemos un corazón con nieve islandesa, con el hielo del congelador de tu padre, con barro, madera o piedra. Da igual. Lo importante no es hacerlo con el mejor material; lo importante, ángel, es hacerlo juntos.

Asiento, convencida de que tiene razón y me alzo de puntillas para besarlo. Él me coge en brazos y yo estampo el corazón contra su hombro, provocando que nos riamos sobre la boca del otro. Einar tiene toda la razón del mundo: lo importante es todo lo que hacemos juntos.

Entramos en casa, nos desnudamos entre tiritones y sonrisas que se pierden cuando nos acariciamos, siendo sustituidas por suspiros, y nos dejamos caer en el suelo, gimiendo y deseosos de entregarnos aún más que la primera vez que lo hicimos. Él mordisquea mi cuello, mis hombros y mi clavícula, y yo gimo en su oído y le hago rodar por la alfombra del suelo hasta tenerlo tumbado y subirme a horcajadas sobre su cuerpo. Empiezo besando sus labios y, cuando Einar intenta profundizar el beso, abandono su boca y paso a su mandíbula. Su cuello, su torso, sus abdominales, su ombligo y una de sus caderas, porque me encanta cómo se le marcan los oblicuos cuando se tensa. Acaricio su erección con mimo y sonrío cuando gime; adora que haga esto. Beso su glande, abro la boca y dejo que mi lengua le acaricie hasta el fondo mientras Einar susurra y gime en islandés, que es algo que hemos descubierto que me pone hasta límites infinitos. Acaricio sus muslos con mis uñas y dejo que su erección se deslice una y otra vez por mi boca antes de subir por su cuerpo, volver a sentarme a horcajadas sobre él y, esta vez, meterlo en mi interior poco a poco. Mis dedos aprietan su torso, mi cabeza se echa hacia atrás, intentando aceptar el placer de tenerlo dentro de mí y siento las manos de Einar apretar mis muslos con firmeza. Cuando pasan unos segundos él se sienta y me abraza por la espalda, ralentizando mis movimientos, pero haciendo la fricción más potente. Siento su respiración estrellarse contra mi boca, mi cuello y mis pechos, justo antes de que baje la cabeza y los lama a conciencia, haciendo casi insoportable el placer. Mis brazos se enredan detrás de su cuello y busco su oreja para susurrarle cómo me siento y cuánto le quiero. Dios, le quiero tanto que siempre me pregunto si podré superar el sentimiento con el paso de los días, y siempre me sorprendo cuando descubro que sí, con cada caricia, cada beso y cada día que pasa, lo quiero un poquito más.

El clímax me llega antes a mí, me retuerzo, gimo y me aprieto contra su cuerpo tanto que, desde fuera, podríamos parecer uno solo. Einar acaricia mi espalda y deja que me mueva a placer, pero en cuanto acabo se agarra a mis caderas y mueve mi cuerpo al ritmo que necesita para alcanzar el orgasmo. Apenas tarda unos segundos y, cuando llega al clímax, muerde mi cuello, haciendo que los estertores de mi propio orgasmo se alarguen.

Él cae de nuevo sobre la alfombra y yo me tumbo sobre él intentando recuperar el resuello. Es entonces cuando Einar enmarca mi rostro entre sus manos, me besa y me señala con los ojos el enorme ventanal del salón.

—Magia...

Giro la cara y observo los halos verdes que cambian de color al tiempo que se retuercen sobre el cielo. Apoyo la mejilla en el pecho de Einar mientras él tira de la manta que tenemos en el suelo y la echa sobre nosotros. Aún estamos unidos, aunque es probable que pronto se resbale y salga de mí, pero mientras tanto, observo el cielo maravillada y siento cómo este momento se convierte en uno de mis favoritos desde que tengo memoria.

Olvido, de pronto, las preocupaciones que pueda tener con respecto a Einar y nuestro futuro. No pienso en la casa que no tenemos, ni en la estabilidad e independencia que imagino que deberíamos tener. No pienso en que es un tema que, aun sin quererlo, me preocupa. No pienso en nada. Solo me concentro en sentir su cuerpo bajo el mío y tomar conciencia de lo increíble que es vivir algo así a su lado.

—Te quiero —susurro.

Einar aprieta su abrazo y besa mi cuello, susurrando un «te quiero» de vuelta que pone el broche final a un viaje absolutamente perfecto.

Einar

Nuestra vuelta de Islandia a casa no es fácil. Hemos comprado tantas cosas en nuestras excursiones que nos hemos visto obligados a facturar a última hora, pese a ir justos de tiempo. Amelia, por otro lado, no lleva bien lo de abandonar la cabaña. Yo tampoco, conste, pero tengo ganas de volver a casa y hacer que se meta en la cama hasta mañana, porque hoy ha amanecido con fiebre y quiero que descanse todo lo posible. Al final tanto frío le ha jugado una mala pasada, pero ella jura y perjura que ha merecido la pena, así que me doy por satisfecho.

El vuelo se hace largo, ella se toma un ibuprofeno al inicio, pero, aun así, a medida que pasa el tiempo, le duele más y más el cuerpo. Supongo que, cuando la adrenalina de las vacaciones ha empezado a bajar, sus defensas también lo han hecho.

—En cuanto lleguemos nos tomamos una infusión calentita y nos metemos en la cama —le digo en inglés, que es el idioma en el que he hablado prácticamente todo el viaje.

Ella murmura que eso le encantaría y, cuando por fin aterrizamos, sé que, en realidad, no hay nada que le apetezca más.

El problema es que al llegar a Sin Mar, y más concretamente a casa de su padre, toda la familia está reunida y esperándonos para que les contemos qué tal nos fue. Me encanta esta familia, de verdad que sí, los adoro, pero Amelia necesita descansar. Aun así, ella sonrío, feliz de la vida y se lanza a contar todo lo que hemos visitado.

Yo sonrío, me siento junto a ella en el sofá y dejo que les cuente nuestro viaje, porque me encanta vivirlo a través de sus ojos.

Miro a Álex de soslayo y sonrío, porque lleva toda la tarde nervioso y sé que hay algo que está carcomiéndole, así que, cuando por fin habla, tengo que reprimir el deseo de reírme, pero es que le conozco ya como a la palma de mi mano.

—Bueno —dice él cuando Amelia y yo ya llevamos un buen rato hablando de nuestro viaje—. Nosotros también tenemos que contar algo.

Mira a Eli, que sonrío con tanta dulzura que no puedo evitar imitar su gesto, porque es una mujer que contagia su buen humor a todo el que la rodea. Ella carraspea y habla con tranquilidad y un brillo especial en los ojos.

—Se nos ha resistido un poquito, pero por fin podemos decir que, si todo va bien, en unos meses Óscar tendrá un hermanito o hermanita.

La familia entera se deshace en felicitaciones, aplausos, abrazos y buenos deseos mientras Óscar nos asegura que cuidará genial de su hermano o hermana y que ya estudia recetas para hacerle de comer cuando tenga dientes. Nosotros reímos y yo,

por mi parte, pienso que un día ese niño será un chef increíble, porque ya posee el primer requisito importante: pasión por la cocina.

Por otro lado, me alegro sobremanera por la noticia del bebé, porque sé que Álex estaba empezando a preocuparse, puesto que llevan desde enero intentando quedarse embarazados. De hecho, mi cuñado me confesó un día que tenía miedo de tener algún tipo de problema que le impidiera ser padre, porque Eli ya tiene a Óscar, así que su fertilidad quedaba clara. Intenté calmarlo y decirle que no todos los bebés vienen a la primera, aunque yo, en realidad, no tenga mucha idea, pero ahí está Esme, sin ir más lejos, que las primeras veces que intentó quedarse embarazada por inseminación no lo consiguió. Él me daba la razón, pero yo sabía que estaba preocupado, así que espero que ahora pueda relajarse y disfrutar del embarazo de su chica con la ilusión que ambos merecen.

Después de un rato la familia entera se pone de acuerdo para pedir *pizza* y cenar todos juntos. Yo miro a Amelia, que cada vez tiene los ojos más cansados. Su congestión es evidente y, cuando toco su frente, me doy cuenta de que está ardiendo de fiebre.

—A la cama —le digo mientras tiro de su mano.

—¿Qué pasa? —pregunta Javier.

—Tiene fiebre. Está enferma desde avión —digo en español.

—Pero bueno, ¡cariño! ¿Cómo no has dicho nada? —pregunta Sara mientras tiente su frente y frunce el ceño—. Venga, sube arriba, voy a prepararte un poco de caldo de verduras que tengo en el congelador.

—No hace falta, Sara...

—Claro que hace falta. Date una ducha calentita, ponte el pijama y metete en la cama. En seguida voy.

—Ya decía yo que tenías más mala cara que Marco el día de la madre. —Julietta se ríe y señala a su sobrino—. Pero no mi Marco, que el día de la madre me regaló un collar precioso, aunque no lo cuente porque le avergüenza ser agradable y esas cosas.

Marco pone los ojos en blanco y sonrío un poco sin despegar los labios. Yo me río y, cuando hago amago de acompañar a Amelia al piso superior, ella me frena y me dice que no hace falta, que se va a dar una ducha y cuando se meta en la cama me avisa, pero me ordena cenar antes, así que asiento y veo cómo se pierde por las escaleras.

—Eh, vikingo, ven conmigo.

Álex se levanta y sale de casa mientras yo frunzo el ceño, pero toda la familia me anima a seguirle y, de hecho, Diego y Nate también salen, así que me pongo el abrigo y les sigo. Fuera el tiempo es cálido, se nota que ya es mediados de abril y pienso, de manera inevitable, que hace muy poco Amelia y yo hacíamos el amor en una cabaña rodeados de nieve... No han pasado ni dos días y ya lo echo de menos.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando comienzo a caminar junto a los chicos.

—Quiero enseñarte algo que hemos visto esta semana —dice Álex.

—¿Qué es?

—Ahora verás. —Sonríe Diego.

Caminamos un poco, no demasiado, en realidad. Apenas cruzamos dos calles antes de llegar a una en la que Álex se para y me sonrío.

—¿Listo?

—Sí, claro. Dime.

—Mira allí.

Me señala un punto al que nos acercamos caminando lentamente. Hay una casa medio en ruinas que ya conozco de vista, porque creo que es la más grande de Sin mar. Me pregunto qué quiere decir esto. No entiendo bien su actitud, así que decido ser sincero y preguntar.

—¿Te gusta casa grande puta madre vieja?

Diego y Nate se carcajean y Álex chasquea la lengua antes de contestar.

—Tu capacidad para describir las cosas sin necesidad de artículos ni nexos me deja alucinado, de verdad. —Me encojo de hombros sonriendo, él resopla y se ríe entre dientes—. Sí, me gusta casa grande puta madre vieja. Ven, quiero enseñártela.

—¿Vas a comprar? —pregunto.

—Algo así —murmura sin entrar en detalles.

Frunzo el ceño y le sigo junto con los chicos. No puedo negar que estoy sorprendido y también siento un poco de envidia. No soy un santo y ya le comenté a Álex una vez que me encantaría poder comprar algo en Sin Mar algún día. La urbanización no tiene demasiadas casas disponibles, excepto las que se venden porque la gente se muda o porque las personas mayores se van y sus hijos se deshacen de las propiedades. No se construyen más porque el espacio es limitado, pero también porque quieren mantener el concepto de urbanización residencial tranquila, donde todos se conocen. Yo tengo dinero ahorrado, sobre todo del tiempo que estuve en Nueva York; podría dar una entrada dependiendo del precio, pero las pocas que he visto en venta son inaccesibles para mí. Ahora Álex me está enseñando una casa que es probable que quiera comprar y no puedo evitar que un poco de envidia me corra, pese a que me alegro sobremanera por él. Una cosa no quita la otra. Además, esta casa es enorme y necesita reformas. ¿De dónde va a sacar el dinero? Como bombero no gana tanto y dudo que Eli tenga una fortuna guardada. Lo sabríamos. La familia le habría sacado ese secreto el primer día que llegó a nuestras vidas. Como mucho, el segundo.

—¿Qué te parece? —me pregunta Álex cuando abre la puerta.

Entramos en un salón inmenso. Inmenso de verdad, de un modo exagerado. Si Álex va a quedarse con una casa tan grande como esta va a necesitar hipotecar hasta su alma para hacerlo y, además, llenarla de muebles. Sin contar que está medio en ruinas y es evidente que necesita reformas. Le doy un puntapié a un rodapié que veo suelto y, no solo se cae ese, sino toda la fila, haciéndome elevar una ceja.

—Buenos materiales —comento con ironía.

Los chicos se ríen a carcajadas y Álex me empuja con camaradería.

—Vale, sí, tiene muchos arreglos pendientes, pero fíjate en este salón, tío. ¡Es enorme! Aquí podrían criarse un montón de niños. Ya los veo corriendo por todas partes.

—Sí, eso sí.

—Y ven, fíjate en el resto. Hay doscientos cincuenta metros cuadrados por planta. Necesita reformas, eso está claro, pero, aun así, tiene un buen número de baños, por lo que en ese sentido solo tendría que sanear las tuberías, imagino. Hay un montón de habitaciones, algunas tan grandes que pueden hacerse dos, sin contar la buhardilla que, siendo restaurada, también podría usarse, aunque fuera de trastero.

—¿Vas a tener cuatrillizos también? —pregunto elevando las cejas, porque todo eso está muy bien, pero me parece una bestialidad—. ¿Y cuánto cuesta esto? ¿Eres rico? ¿Te tocado lotería? ¡Felicidades! —Le abrazo dejándome llevar momentáneamente por la emoción, pero Álex me aparta de su cuerpo riéndose, junto con los chicos, y negando con la cabeza.

—No, idiota. Eli y yo tenemos dinero ahorrado para dar una entrada e hipotecar el resto, pero no para una entrada como esta, desde luego.

—¿Entonces?

—¿Has visto el jardín? Podría construir una jodida piscina en el jardín trasero. ¡Tiene hasta un árbol! No sé de qué tipo es, porque los arboles no son lo mío, pero da sombra y es bonito.

Me lleva hacia el jardín y compruebo que, en efecto, tiene un árbol enorme en una esquina y un montón de espacio. Podría hacer una piscina, sí, y una barbacoa en un extremo y un porche como el que tiene Javier, pero si no tiene el dinero para la entrada, poco puede hacer.

—Es un sauce llorón —dice Diego, refiriéndose al árbol.

—¿Sauce llorón? Joder, qué nombre tan alegre —contesta Álex haciéndome reír.

—Pues son bastante buenos dando sombra —interviene Nate—. Bien cuidado, podrías incluso poner una mesa y unas sillas debajo en verano. Así vigilarías a los niños mientras juegan.

—Es tontería poner mesas y sillas allí, si tienes porche aquí —digo. Me pongo las manos en la cintura y miro a Álex muy serio. Esta vez le hablo en inglés—. Todo esto está muy bien, pero esta casa costará un ojo de la cara, sin contar las obras. ¿De dónde vas a sacar el dinero?

—Espera, deja que te la enseñe entera y ahora te cuento. No has visto la planta superior con los balcones dando a lado y lado de los jardines.

—¡Chicos! ¡Eh, chicos! —Oímos la voz de Javier y entramos en casa para encontrarlo en medio del salón—. ¿Cómo vais?

—Aquí, enseñándole a Einar el palacio —dice Diego riéndose entre dientes.

—¿Te gusta, vikingo?

—Si fuera gratis y no necesitara obras, ni me lo pensaría.

Todos se ríen y yo elevo las cejas, risueño también. Me llevan a la planta superior y me enseñan las incontables habitaciones, los baños y, más arriba, la buhardilla. Todo es enorme y desmedido, y yo también haría dos habitaciones de cada una. La vivienda está genial, es increíble, pero para una sola familia la veo exagerada. Supongo que eso es lo que la ha llevado a estar tanto tiempo cerrada y en venta. No mucha gente puede comprar algo así. Se lo repito a Álex y, cuando bajamos a la planta inferior, sonrío, mira a Diego, a Nate y a su padre, y habla despejando algunas dudas.

—Es que no pensaba comprarla para mí. O sí, espera, sí que pensaba. Lo que quiero decir es que no puedo hacerlo solo.

—Claro, lo harás con Eli, imagino, si es que ella es una princesa destronada y tiene una herencia que desconozco.

Ellos se ríen y es Diego, mi amigo y hermano, el que habla esta vez.

—No, Einar, no tiene una herencia. Y Álex tampoco tiene el dinero de la entrada. Ni yo, en realidad. Y tú, por descontado, tampoco. Sin embargo, los tres tenemos ahorros, los tres queremos vivir en Sin Mar y los tres estaríamos encantados con un jardín como ese, ¿no?

Entrecierro los ojos mirando a mi amigo e intentando llegar al punto que me está indicando. Creo que sé por dónde van los tiros, pero no quiero venirme arriba y pensar precipitadamente.

—¿Puedes explicarme más, por favor?

—Hay que ver, vikingo, con lo listo que eres para unas cosas... —dice Javier interviniendo—. A ver, esta casa es cara, eso lo sabemos, y necesita reformas, eso también lo sabemos. Inaccesible para cualquiera de vosotros por separado, pero no juntos. Lo que mi hijo y Diego intentan decirte, sin éxito, es que quizá no es mala idea plantearos comprar esta casa entre los tres, con hipoteca, obviamente. Tendríais el dinero de la entrada, haríais las reformas y dividiríais el conjunto en tres partes iguales. ¿Lo entiendes?

Lo entiendo. ¡Claro que lo entiendo! Es una locura. Es... es... es, joder, es una locura, pero también una posible solución a mis problemas, y no quiero emocionarme muy a lo bestia, pero es que, de pronto, este sitio tiene un nuevo valor para mí. Diego, que debe estar asustado por mi cara, interviene y me agarra por los hombros.

—Es una inversión grande, lo sabemos, y no te obligaremos a meterte con nosotros en esto, pero Álex tuvo la idea de hacerlo juntos y, si lo piensas bien, dividiendo verticalmente los doscientos cincuenta metros, cabemos a algo más de ochenta por planta. Cada uno tendríamos dos plantas y buhardilla, así que no sería una casa pequeña para nada. —Diego sonrío y se relame los labios, nervioso—. Tiene bastante trabajo, hay que invertir mucho dinero y seguramente tengamos ganas de matarnos vivos más de una vez, pero somos familia, todos queremos vivir en Sin Mar y, a no ser que salga una casa que esté bien de precio, como le pasó a Nate, dudo mucho que alguna vez podamos tener algo así.

—Piscina, Einar, visualiza una piscina, una barbacoa y la casa llena de niños — sigue Álex—. Tú mismo me has repetido hasta el cansancio que si encontraras al amor de tu vida no dudarías en ponerle un anillo en el dedo y formar tu propia familia.

—Sí, lo sé, pero... ¿No tendremos problemas legales para hacer esto?

—A ver, nos hemos informado —dice Diego—. Problemas habría en caso de hacer una segregación legal. Tendremos que dar los pasos llegado el momento y las condiciones son muchísimas, pero por ahora, para no complicarnos de más, creo que lo mejor es que pongamos la vivienda a nombre de los tres y el día de mañana intentar solucionar el resto. Tendríamos una misma dirección, todos nos empadronaríamos en ella y todos los gastos irían a medias. Algo así como cuando te queda una casa en herencia.

—Exacto. —Nate interviene por primera vez—. Es arriesgado en el sentido de que, si os peleáis o tenéis desavenencias, sería muy complicado partir la casa. Tendríais que vender y repartir el dinero, porque sería lo más fácil, pero creo que podéis empezar por comprarla a medias, hipotecaros a medias y vivir a medias. Si en un futuro podéis segregar, bien. Si no, pues ya intentaréis no pelearos.

—Es un compromiso —dice Diego—. Esa parte da miedo, lo sé, pero es un compromiso y una declaración de intenciones en toda regla —me asegura—. Le prometes a Amelia, y a nosotros, que quieres formar parte de nuestras vidas para siempre.

—Claro —Álex sonrío emocionado al máximo—. Y ten presente que nada es definitivo. Si el día de mañana es muy insoportable, podemos vender y estoy seguro de que, después de la reforma, sacaremos mucho más de lo que nos costará comprarla.

—Además —vuelve a decir Diego—. Trabajé de joven en la construcción en mis ratos libres y Álex tiene alguna idea, también. Tendremos que contratar a un albañil para cosas concretas y especializadas, pero Álex tiene un amigo que le ha prometido un presupuesto decente. Lo más básico podemos ir haciéndolo nosotros mismos para ahorrar dinero. Será un proyecto en el que trabajar juntos, como la familia que ya somos.

—Es un buen plan, hijo. —Javi palmea mi espalda con suavidad—. Podríais comprar cada uno un piso por separado, eso está claro, pero de esta forma tendréis una casa con jardín en una zona residencial muy buena. Además, estaréis cerca de la familia, vuestros hijos crecerán como hermanos, junto a los hijos de Nate, y yo os tendré cerquita. Confieso que esa parte me encanta.

Me río entre dientes, nervioso, porque esto es una locura. El tema de tener un día una vivienda me ha agobiado desde hace tiempo y, de hecho, cada vez que Amelia ha intentado hablarme de ello la he esquivado, porque estaba convencido de que, con mis ahorros, no tenía para una casa, y menos en Sin Mar. Ella nunca me ha dicho nada de vivir aquí, pero sé que le haría ilusión, igual que me la haría a mí. Para

Amelia su familia lo es todo. Está muy apegada a sus hermanos y sé que, aunque parezca una tontería, le dolería que todos acabasen viviendo en Sin Mar y ella no.

Por mi parte, ahora que sé los planes que tienen no puedo dejar de mirar a todas partes e imaginar una vida en común con Amelia. Bueno, con Amelia, Diego, Julieta, las gemelas, Marco, Álex, Eli, Óscar y el bebé que viene en camino.

Una cosa es segura, y es que no nos aburriríamos lo más mínimo. La ilusión que siento es tanta que empiezo a reírme a carcajadas mientras Javi, Diego, Nate y Álex me miran con sonrisas complacientes, porque saben que acabo de aceptar este plan. Lo saben porque mi cara lo dice todo. Aun así, cuando consigo dejar de reírme, les digo lo que pienso.

—Quiero hacerlo. —Ellos gritan y Diego alza el puño en un gesto de victoria que me hace reír—. Pero tengo una condición.

—Tú dirás —contesta Álex.

—Quiero que sea una sorpresa para Amelia, al menos de momento. Tenemos muchísimo trabajo por delante y quiero enseñarle este sitio cuando sea muy evidente que puede ser un hogar para nosotros. Necesito que visualice nuestra vida en común cuando la traiga, así que, de momento, prefiero no decirle nada.

—Será complicado inventarnos una excusa cuando nos vea dividir la casa en tres —dice Álex.

—Sin contar con que mi hija tiene unos ahorros para comprar su propia casa con los que deberías contar, Einar. Es lo justo. Tú no eres rico.

—Ya... —Suspiro y hago una mueca, porque me hacía mucha ilusión darle la sorpresa Amelia.

—¿Sabes qué? Puedo dejarte su parte —dice Javi entonces.

—¿Qué?

—Tengo unos buenos ahorros, sobre todo lo de la yincana, que no he tocado porque no me ha hecho falta. Puedo prestártelo y, cuando le des la sorpresa a Amelia, me lo devolvéis.

—¿En serio?

—¡Claro! Me hace tanta ilusión saber que voy a tener a todos mis hijos cerca, que haría cualquier cosa. Además, es un préstamo, no un regalo.

—Sí, por supuesto. Te devolveré hasta el último euro —le aseguro.

—Entonces solo tenéis que buscar la manera de ocultarle a Amelia que esto también es vuestro.

—Mmmm. ¿Y si decís que la casa la habéis comprado entre Diego y Álex? —pregunta Nate.

—Cuando vea la casa dividida en tres, sospechará —responde Diego.

—Si la convencéis de que no queráis tantos metros y habéis decidido hacer una casa para alquilar, no. —Javier se frota la barbilla y frunce los labios—. Es un plan cogido con alfileres, sí, pero Amelia es muy inocente. Basta con que le digáis que así sacáis dinero para recuperar la inversión en la obra y actuar con credibilidad.

Suelto el aire de golpe y me restriego los ojos. Todo esto está superándome un poco. Para bien, sí, pero superándome. Las horas de vuelo, el cansancio y las emociones no ayudan a que me centre, pero Diego viene hacia mí, pasa un brazo por mis hombros y me sonrío.

—Una promesa de futuro como amigos y como hermanos. Me va encantar tenerte a una pared de distancia, vikingo.

Me río abrazándolo, y luego abrazo a Nate, y más tarde a Álex, y por último a Javi, que se queja de lo mucho que me gusta dar abrazos, pero se ríe, haciéndome ver que no le molesta.

Salgo de nuevo al jardín seguido por los chicos, miro al sauce llorón y casi puedo ver a Amelia sentada en el césped, con un libro en su regazo y sonriendo mientras lee.

Visualizo toda nuestra vida en esta casa, junto a su familia de sangre y la mía por elección, y me pregunto si es normal ser tan feliz. A veces tengo momentos de pánico, porque me cuesta creer que todo esté yendo tan bien, pero luego me convenzo, usando esa positividad innata que tengo, de que ya lo he pasado muy mal en la vida. He dado tumbos por diferentes ciudades y países hasta encontrar el sitio en el que quería estar y, aun así, tuve que marcharme unos años llevado por la necesidad de trabajar. Sufrí la distancia, la morriña y el desamor, cuando supe que Amelia estaba con otro, así que, ahora que por fin va todo bien, no voy a estropearlo pensando en lo que puede o no pasar, porque hoy, ahora mismo, en este momento, acabo de dar un paso hacia la vida que siempre he querido y es algo demasiado bonito para estropearlo con malos pensamientos.

Veo a Álex retar a Diego a subir al sauce llorón para asegurar su resistencia y pronto los dos están gateando por su tronco mientras se pelean y Nate, Javi y yo reímos, porque sabemos que esta escena también será recurrente en nuestro futuro.

Desde luego, una cosa está clara: aburrirse será imposible.

Llego a casa de trabajar y me encuentro con que Einar no está. Otra vez. El día ha sido asquerosamente largo, Jorge cada vez me asigna más trabajo burocrático alegando que, en cuanto salgo, me salto sus normas. ¡Pero si no deja de poner normas! La culpa es suya, que a este ritmo no podremos tocar a la gente que ayudamos ni con un palo.

Respiro e intento calmarme, busco en mi bolso los antiácidos y me tomo un par de ellos. También me pongo un poco de colonia de coco detrás de las orejas porque normalmente me relaja, pero esta vez es distinto. Yo hoy lo único que quería era llegar, abrazar a mi novio y, a poder ser, hacer el amor con él, porque últimamente está tan cansado que se duerme de inmediato. Practicamos sexo, sí, pero no con la frecuencia del inicio.

Está agotado y yo no puedo enfadarme, ni criticarle, eso es lo peor, porque sé que es probable que esté en casa de los chicos echando una mano con alguna cosa de la obra. Desde que Diego, Julieta, Álex y Eli compraron ese caserón, hace ya casi dos meses, Einar no sale de allí y yo me debato entre alegrarme, porque mi chico es feliz ayudando a mi familia, a la que también considera suya, o sentir un poco de resentimiento, porque a mí sigue sin tocarme el tema de independizarnos.

¿Es que piensa quedarse en casa de mi padre de por vida? No lo entiendo, de verdad que, por más vueltas que le doy, no entiendo qué le pasa. Cuando habla de nosotros y nuestro futuro me asegura que está deseando pasar la vida conmigo, tener hijos, mascotas y, en definitiva, formar nuestra propia familia, pero luego, cuando le insinúo que podríamos buscar algo de alquiler ya, me dice que es mejor que nos quedemos en casa de mi padre y así ahorramos para el día de mañana.

¿Y cuándo es el día de mañana? No lo sé, nadie lo sabe, porque él no pone fechas y yo soy tan tonta que no pregunto por miedo a que acabe pensando que soy una pesada. Después de todo solo llevamos juntos unos meses, aunque nos conozcamos desde hace años y yo lleve enamorada de él lo que me parecen siglos. Me sabe fatal pensar que no soy capaz de relajarme, pero me sabe igual de mal pensar que él no tiene las mismas ansias que yo por empezar una vida en común y, sobre todo, con intimidad.

—¿Cómo estás, cariño? —pregunta Sara entrando en el salón.

—Oh, hola. Bien, acabo de llegar, aún no he tenido tiempo de saludar. ¿Qué tal?

—Todo bien. Einar está en la casa nueva con los chicos.

—Lo supuse —contesto un poco seca.

—¿Todo bien?

—Sí, claro. —Miento, porque pensar mal o molestarme por el hecho de que mi novio esté con ellos ya me hace ser bastante mala persona. No necesito abrir la boca y

confirmarlo—. Voy a darme una ducha calentita y a meterme en la cama.

—He hecho hamburguesas vegetarianas para cenar.

—No tengo hambre.

—Amelia, tienes que cenar.

—Pero es que no tengo hambre.

—Me he pasado un buen rato en la cocina haciendo esas hamburguesas para que las pudieras comer. ¿No quieres una, al menos?

Sonrío, porque me parece curioso que hable de comer «solo una» como si fuese poca cantidad. Sara ha descubierto un placer insano en cebarnos y, como soy vegetariana, se pasa la vida en internet buscando recetas que, la verdad, le salen riquísimas, pero yo cuando estoy nerviosa apenas como, así que a veces me encuentro en la tesitura de hacerlo forzada, por el sentimiento de culpa. Ella, que no es tonta, se aprovecha. Odia que me vaya a la cama sin cenar, así que, si se pasa un rato en la cocina, yo no puedo decirle que no, me como su comida y todos contentos. Supongo que es parte de su labor como madre.

—Una hamburguesa vegetariana suena bien —murmuro.

Ella sonrío feliz con mi aceptación, como siempre, y vuelve a la cocina mientras yo subo las escaleras para darme esa ducha que tanto necesito.

Al acabar bajo, entro en la cocina y me doy cuenta de que Sara aún está liada. Además, los chicos, incluido mi padre, no han llegado y no cogen el teléfono, así que le digo que no se preocupe y voy personalmente a avisarlos. Me pongo un pantalón de deporte encima del pijama, una chaquetilla para cubrir los ositos de la parte superior y salgo, pensando que esta es una de las partes buenas de que todos mis hermanos se hayan quedado en Sin Mar. No tengo ni que arreglarme para ir a verlos porque estoy a menos de diez minutos andando de todos mis sobrinos, lo que me hace sumamente feliz.

Llego a la enorme casa que han comprado mis hermanos con sus parejas y me quedo observando la estructura. Es inmensa y preciosa, o lo será cuando esté acabada. Tres casas en una...

Hago una mueca y pienso, con un poquito de rabia, que es un asco que hayan comprado entre los cuatro esta casa sin preguntarnos a Einar y a mí si queríamos entrar, porque han hecho una tercera que van a dejar para alquilar. Lo entiendo, sé que así le sacan rendimiento a esa parte y consiguen un dinero cada mes para ayudar a pagar la hipoteca, pero me duele un poco que se hayan unido y a mí no me hayan dicho nada. En cierto modo, me siento excluida. Supongo que también tiene que ver el hecho de que, a veces, me imagino viviendo en la casa que queda libre, junto a mis hermanos, en la urbanización en la que he crecido y sin la que ya no me veo, y eso que soy yo quien pasaría por el aro en vivir incluso en la ciudad, si con eso nos mudáramos solo Einar y yo.

Observo el césped y me imagino a mis sobrinos corriendo por él. Aunque, bueno, creo que Eli ya habla de plantar flores. Julieta dice que ella quiere poner un

espantapájaros y que en la cara va a ponerle una foto de LerdiSusi. Yo no puedo evitar reírme solo de imaginar eso en la entrada, a la vista de todo el mundo. Menos mal que ya la conocen... Además, Eli no se lo va a permitir, porque dice que la entrada tiene que ser algo bonito, que para sus locas ideas ya tienen el jardín trasero. Y es cierto. El jardín trasero es una pasada, mucho más grande que el de mi padre, que ya es decir. Dicen que en un futuro harán una piscina, pero el verano que viene creo que van a conformarse con una de plástico, que, oye, para refrescarse ya va bien. Hablan de una gran fiesta de inauguración cuando esté lista, dentro de unos meses, y yo no puedo evitar sentir cierto agujero en el pecho y pensar que, como siempre, voy a la cola.

Que sí, que ellos ya llevan lo suyo pasado, lo sé, pero los sentimientos, por lo general, son muy egoístas, y quien diga que los suyos no lo son, miente. El primer impulso de una persona cuando ve que otra tiene lo que quiere para sí, es desearlo y enfurruñarse. Luego está en el poder de cada uno tener la capacidad de olvidar esa parte y alegrarnos por nuestros seres queridos, pero de primeras duele. Ay, cómo duele...

—¿Vas a quedarte ahí de por vida? —pregunta Álex desde un balcón de la planta superior—. Te lo digo porque necesito que alguien baje un par de cubos de escombros y estaría bien que ayudaras.

Sonrío y asiento, pero por dentro pienso que, en realidad, no tengo ninguna obligación de ayudar. ¡Debería estar agradecido de que mi novio esté aquí a diario!

Dios, qué mala persona me estoy volviendo con el paso de los días. Creo que parte de culpa la tiene Jorge por cohibirme tanto en el trabajo. A veces pienso que, para estar así, mejor que me eche. Luego recapacito y me doy cuenta de que el pobre no tiene la culpa de mis frustraciones, y desde la oficina de la asociación también ayudo mucho, aunque no sea algo tan directo y visible.

—¡Amelia! ¿Subes o no? Si se lo tengo que pedir a Einar me va a tocar aguantar su perorata de que no soy su jefe y bla, bla, bla.

Suspiro con cansancio, asiento y entro en la casa. Eli está de pie lijando la madera de una de las ventanas y, cuando me ve, sonrío y viene hacia mí para abrazarme. Siempre ha sido cariñosa, pero desde que está embarazada se pasa los días dando besos y abrazos. Álex está encantadísimo y yo más, porque se la ve radiante. Yo en su lugar estaría leyendo libros de todo tipo para asegurarme de ser una buena madre, pero bueno, ella ya es madre y, además, matrona, así que supongo que está cubierta de información laboral y experiencia propia.

—Estás preciosa, pero tienes los ojos tristes, ¿qué te pasa?

—Nada —le aseguro—. Voy a subir a coger un par de cubos de escombros antes de que tu chico estalle. ¿Dónde está el resto?

—Tu padre en el jardín comprobando la valla con Óscar y Einar en la buhardilla. El resto viene cuando puede, sobre todo los fines de semana, ya sabes. —Sonrío asintiendo y ella me devuelve el gesto—. No vienes mucho por aquí, Amelia.

Tiene razón. Tiene toda la razón del mundo, pero no puedo decirle que, cuando vengo, sufro. No tengo derecho a sentirme así, ni siquiera a pensarlo, así que solo me encojo un poco de hombros y miento. Otra vez.

Yo, que he intentado toda la vida ser fiel a mí misma, empiezo a no reconocerme. No sé qué me está pasando, solo sé que estoy entrando en un bucle y, por más que lo intento, no puedo parar. Es que no puedo.

—Estoy liada, ya sabes...

—Ajá.

—¿Cómo estás? ¿Sigues teniendo vómitos? Ayer hablé con Álex por WhatsApp y me contó que estás peor.

—No estoy peor —contesta riéndose—. Tu hermano está alarmadísimo porque si por él fuera pariría mañana mismo, pero me temo que, hasta pasado el primer trimestre, esto será así.

—Lo bueno es que ya es cuestión de días.

—Sí. Es increíble cómo pasa el tiempo. —Suspira y se frota su tripa casi inexistente, aún—. Ojalá para cuando nazca el bebé podamos estar aquí. ¿Crees que es mucho pedir?

Miro las ventanas faltas de barniz, las paredes descascarilladas haciendo contraste con las nuevas que marcan las divisiones de la casa y las estancias, que ya se intuyen a la perfección. Mi hermano y Eli han colocado ya incluso los baños. Diego y Julieta, por lo que sé, van un poco más lentos porque no tienen apenas tiempo, pero también están avanzados. Lo bueno es que todos están arrojando el hombro y, con suerte, para cuando el bebé de Eli nazca estará lista, o eso creo. No soy experta.

—Estará lista —digo convencida, porque quiero que sea positiva—. En unos meses formarás parte de Sin Mar de manera oficial. ¿Cómo te sientes con respecto a eso?

—Genial —contesta riendo—. Mis hijos van a crecer rodeados de primos, tíos y abuelos. Yo estuve completamente sola hasta que Esme apareció en mi vida, así que no puedo soñar con algo mejor que esto. —Se acerca a mí y me da un abrazo haciéndome sonreír—. Soy tan feliz de tener una familia de nuevo. Y una mejor que la mía de sangre, dicho sea de paso.

No me río de ella porque sé que las hormonas la tienen sensible, pero también porque es cierto lo que dice. Eli ha pasado por mucho sola. Ha luchado como una valiente para sacar a su hijo adelante y lo ha hecho sin ayuda de nadie, algo que es de admirar. Está orgullosa de sus logros, lo sé, pero está aún más contenta al ver que Óscar y el futuro bebé van a tener una familia que los apoyará pase lo que pase, incluso cuando se equivoquen. Les daremos un rapapolvo, nos decepcionaremos y luego los abrazaremos, porque forman parte de nosotros. Son nuestra familia y eso está por encima de todo.

—¡Ángel!

Me separo de Eli para ver a Einar en la puerta del salón. Lleva un vaquero roto y está sin camiseta. Y sí, vale, ya estamos en junio, pero no hace calor como para quitarse la camiseta. Sin embargo, teniendo en cuenta que la primera vez que vi a Einar desnudo no hacía ni veinticuatro horas que lo conocía oficialmente, no debería extrañarme. Mi chico odia la ropa. Duerme desnudo, se pasea por el dormitorio desnudo y no deja de decirme que, cuando vivamos juntos y solos, se pasará el día desnudo. A veces me tienta contestarle que, para eso, antes tenemos que tener una casa, pero me arrepentiría en cuanto pronunciara la última letra, así que soy prudente y me callo. Por otro lado, me encanta verlo sin ropa, sea donde sea.

—Vikingo, ¿hace calor?

—Ahora que te veo, mogollón —dice en español, arrancándome una carcajada.

—Uy, ese es mi tono para quitarme del medio. —Eli se ríe entre dientes y sube las escaleras para calmar a un Álex que no deja de pedirme a gritos que me lleve los malditos cubos de escombros.

—Está enfadado porque vikingo está más fuerte. Mira. —Dobla el brazo marcando bíceps y me guiña un ojo—. Acero para barcos.

Me río de nuevo y pienso que, en ese plan, es muy complicado estar molesta con él. Además, que no tengo derecho, así que apoyo mis manos en su bendito vientre y me alzo sobre mis puntillas para besarlo.

—¿Hoy estás muy cansado?

Einar me abraza de inmediato y me lleva hacia una de las paredes, apoyándome en ella y apretándose contra mí.

—No, ángel —susurra con voz ronca y en inglés, dejando claro que el tema acaba de ponerse serio—. No estoy siendo el semental que necesitas últimamente, ¿no? —Me río, pero él permanece serio—. No te hago feliz al cien por cien —susurra sin un ápice de interrogación, como si fuese una verdad absoluta.

Niego con la cabeza, porque eso no es cierto. No es él quien me resta felicidad, sino yo misma con mis pensamientos nocivos, y cuando me acaricia el rostro con dulzura intento dejárselo claro.

—Soy muy complicada, Einar. Tú lo sabías... —Él asiente de inmediato—. No es una excusa, es solo que...

—¿Es solo que...? —pregunta él, visiblemente tenso.

Miro al techo y pienso de nuevo en esta casa, en el futuro que todos empiezan y en que yo siempre parezco ir a la cola. Por un momento estoy tentada de contárselo, pero no quiero que se sienta mal, ni obligado a hacer algo para lo que aún no está listo, así que me trago el nudo de incertidumbre y sonrío como puedo.

—Nada —susurro—. Nada, es solo que estoy sensible. Más de lo normal, quiero decir. —Sonrío un poco avergonzada y me encojo de hombros—. Han sido días raros, pero está todo bien.

—Deja que me despida de Álex y nos vamos. Necesito demostrarte que, aunque en los últimos meses haya estado cansado todo el tiempo, te deseo con la misma

fuerza del primer día.

—No hace falta...

—Hace falta. No quiero que dudes jamás de lo que siento por ti. No quiero que dudes de mí, y veo que lo haces.

—No, no es cierto.

—Sí, Amelia, lo es. Dudas constantemente. —Suspira y acaricia la punta de mi nariz—. Prometí a tus hermanos ayudar aquí cada día un rato, pero eso no significa que no pueda acabar antes.

—Al contrario —susurro sintiéndome mal, porque sé que Einar reducirá su ayuda para poder estar más tiempo conmigo y eso no es justo para mis hermanos—. Soy yo la que debería arrimar más el hombro en este proyecto. Desde mañana, intentaré ayudar todo lo posible.

—¡Desde mañana, no! —exclama Álex desde la parte alta de las escaleras—. ¡Desde ahora mismo! Ve a la tercera casa y ponte a lijar ventanas, porque los malditos escombros ya los voy a bajar yo.

—Oye, no te pases, que yo no tengo por qué hacer esto. Es un acto altruista.

—Ya, claro. —Álex mira a Einar y me señala—. Ponla a currar, vikingo. Aquí no hay sitio para vagos.

Frunzo el ceño de inmediato y miro mal a mi novio.

—No le permitas que te hable así, ¿eh? Que está muy subido últimamente. Esta es su casa, tú solo le estás haciendo un favor y debería darte las gracias.

Einar sonrío y besa mis labios con suavidad antes de arrastrarme y llevarme hacia la tercera casa, en la que está trabajando.

Cuando entramos me encuentro con el salón, enorme y con una chimenea que, según Álex y Diego, revalorizará la casa para alquilarla, ya que es original y la única que hay en la construcción. Lo atravesamos y llegamos a la cocina, donde Einar me señala la cristalera que han puesto dando al jardín trasero.

—¿Te gusta?

Observo la tierra, necesitada de que el césped crezca, el sauce llorón del fondo del jardín y sonrío, porque imagino a mis sobrinos aquí sin ningún tipo de problemas.

De pronto, una idea cruza mi mente y me giro, dedicando una sonrisa cautelosa a Einar.

—¿No te parece una pena que este sitio sea alquilado por desconocidos? —pregunto dominada por la emoción de la idea que se está abriendo paso en mi mente—. No sé, me imagino a mis sobrinos jugando en el jardín y a alguien desconocido mirándolos desde aquí y me resulta un poco siniestro.

—Hombre, imagino que tus hermanos le alquilarán esto a alguien que tenga buenas referencias en la inmobiliaria en la que se inscriban.

—Ya, bueno, aun así, no me acaba de hacer gracia la idea. A la obra le quedan unos meses, ¿no? —pregunto, esta vez, con fingida inocencia. Él asiente y yo continúo, nerviosa e ilusionada, porque Einar tiene que darse cuenta de que esta idea

que tengo es genial—. Quizá podríamos plantearnos alquilarla nosotros... juntos. Si es que quieres, claro.

Se me sube el corazón a la garganta y de inmediato empiezo a rezar todo lo que me sé para que Einar diga que sí, porque si dice que no, voy a sentirme como si me diese un puñetazo en el centro del estómago.

—No estaría mal —dice él removiendo mis esperanzas—, pero, ángel alquilar una casa es tirar el dinero. Esta, en concreto, tendrá un precio elevado.

—Mis hermanos nos lo dejarían más barato, supongo —susurro con voz apenas audible.

—Pero eso no sería justo para ellos. Quiero decir, el propósito de hacer esta casa y alquilarla es justamente sacar dinero para poder contribuir a pagar la hipoteca. Si la alquilamos nosotros y hacemos que nos rebajen el precio estaremos haciéndoles perder dinero, ¿no?

Trago saliva pensando en ello y asiento, porque supongo que tiene razón. Einar me agarra por las manos, pero las retiro y las pongo rápidamente en mi cintura, porque mis dedos tiemblan un poco y no quiero que se dé cuenta.

—Tienes razón, ha sido una tontería.

—No, Amelia, yo no he dicho eso. Eh, mírame. —Lo hago, intentando por todos los medios no ponerme a llorar—. Algún día tendremos nuestro hogar, ¿de acuerdo? Solo tenemos que ser pacientes.

—Claro. —Me fuerzo a sonreír y asiento—. Por supuesto, no hay problema.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. —Carraspeo y me cruzo de brazos poniendo distancia entre nosotros—. En realidad, deberías dejar de trabajar, porque Sara tiene la cena hecha y está esperando que vayamos. Al final, con tanta cháchara, no he podido ni vaciar un par de cubos de esos que Álex tenía listos para mí.

Einar sonrío, besa mi frente y se aleja de mí, cogiendo la camiseta de la encimera y poniéndosela con rapidez.

—¿Ves? Esa es otra cosa buena de vivir en casa de tu padre. El alquiler es barato, significativo, porque solo es una habitación, y tenemos comida deliciosa y casera gratis a diario. —Frunce el ceño y me mira con cara de payaso—. ¿Ha sonado muy mal?

—No. —Hago un enorme esfuerzo por reírme y niego con la cabeza—. No, qué va. Venga, vamos.

Nos marchamos a casa mientras yo siento que mi incertidumbre y mi inseguridad echan raíces. ¿Por qué me siento tan mal? Todo lo que mi novio ha dicho es lógico, no me ha hablado mal, no me ha tratado jamás como solía hacerlo Nacho y estoy loca de amor por él, igual que él por mí. No debería sentir que se aleja de mí o que lo estoy perdiendo. No debería, pero lo siento, y no sé qué hacer para retenerlo, porque mi parte nociva está empezando a convencerse de que es normal, porque yo no soy buena para él, ni para ningún hombre. Quizá se está cansando y no sabe cómo

decírmelo. A lo mejor solo me aguanta porque, si me deja, se distanciará de mi familia y los adora. Tal vez...

—Eh, Amelia, ¿qué ocurre?

Miro a mi novio en la entrada de la casa de mi padre y me doy cuenta de que mi respiración es acelerada y, con toda probabilidad, mi cara debe reflejar lo mal que me siento.

—Tengo una jaqueca terrible —miento—. Voy a cenar cuanto antes para poder meterme en la cama y dormir.

Einar me mira fijamente unos segundos, siendo consciente de que estoy rechazando el sexo que me ha prometido hace un rato. Sé que sospecha algo, igual que sé que no tiene mucha idea de qué es exactamente lo que me duele o molesta, así que aprovecho su incertidumbre para entrar en casa y unirme a Sara hasta que aparece mi padre, que ha venido más tarde porque estaba cuidando a Óscar mientras Eli y Álex terminaban de hacer cosas en la casa.

Me obligo a cenar una hamburguesa y me escabullo a mi dormitorio. Einar aparece poco después, pero me hago la dormida. Oigo cómo se mete en el baño y se da una ducha. Pocos minutos después vuelve al cuarto, se mete en la cama y noto su piel, caliente y tensa, junto a mi espalda. Mis ojos siguen cerrados y él, en principio, no hace ningún movimiento, pero pasados unos instantes me abraza y besa mi nuca con cuidado.

—*Engillinn minn... Ég elska þig*^[1].

Noto cómo una lágrima traicionera sale de mi ojo izquierdo y sé, de pronto, que él es consciente de que estoy despierta, pero, aun así, no hace nada. Es probable que no quiera perturbarme más y eso me hace sentir aún peor, porque si en esta historia hay un ángel, ese es él, no yo.

Einar

La estoy perdiendo.

Lo sé, lo noto con cada mirada decepcionada que me dedica desde hace tiempo.

Estamos en septiembre y llevamos así meses. ¡Meses! Años de estar enamorado de ella, vivir el sueño de estar a su lado y, ahora que todo podría ser perfecto, siento cómo se aleja de mí cada día.

No exagero, lo sé; lo veo en la forma en que sufre cuando le niego avanzar y dar un paso más en nuestra relación, y lo peor es que, ahora que quiero acabar con esto, no sé cómo hacerlo, porque temo que se enfade por haberle ocultado tanto tiempo algo tan importante como el hecho de haber comprado una casa para los dos. Al principio todo era muy bonito, pero cuando la vida real se impuso resultó que a mí me faltaban horas al día para trabajar en la reparación de la casa y ella iba sintiendo cómo me alejaba poco a poco, aunque no fuera cierto, o no del todo. No es que me alejara, es que trabajaba a destajo para acabar cuanto antes, pensando, iluso de mí, que era cuestión de ponerle ganas para acortar el tiempo de espera. El verano llegó, cogí vacaciones y trabajé todo el día en la casa. Tuve la ayuda de toda la familia, incluso la suya, pero venía poco, la verdad, y cuando lo hacía su mirada era tan triste que me sentía como un miserable. A punto estuve de contarle la verdad más de una vez, pero Álex y Diego me convencieron de que no, que lo mejor, llegados a este punto, era seguir aguantando. Amelia estaba bien, decían. No había ningún problema, solo que era muy sensible, insistían. Nate fue el único que me dijo que me estaba pasando, me aconsejó que hablara con ella y hasta me recriminó mi comportamiento porque yo no soy así. No me gusta guardar secretos y este, en concreto, ha pasado de ser una bonita sorpresa, a convertirse en una bomba entre mis manos. ¿Cómo va a perdonarme después de saber que la he dejado sufrir más de cuatro meses?

Lo he hecho todo mal y no sé cómo arreglarlo, porque intuyo que no va a bastar con decirle la verdad. Debí contar con su carácter sensible y su inseguridad. Está pasándolo mal, no duerme bien, no sonrío tanto como solía. O sí, lo hace, pero la mitad de sus sonrisas son falsas. Y el sexo... Bueno, sigue siendo lo mejor del mundo, cuando lo hacemos, que no es muy a menudo. Al principio era porque yo estaba agotado y me dormía, mal que me pese. Me despertaba por las mañanas con una erección tremenda y maldiciéndome por haberme dormido, pero después... algo empezó a cambiar. Las migrañas de Amelia se intensificaron y, aunque hemos hecho el amor mínimo una vez a la semana, a veces no ha pasado de eso. Sigue siendo

genial cuando lo hacemos, sí, pero no nos hemos quedado toda la noche en vela intentando recuperarnos para repetir.

El problema no es la pasión, que me sigue consumiendo solo con mirarla. El problema es la distancia por su parte y los secretos por la mía, que están empezando a pesar como una losa de toneladas sobre nuestros cimientos. He pasado de sentir emoción a sentir miedo por su reacción cuando vea la casa. Nate no hace más que pedirme que se lo diga, Javier, en este punto, también nota rara a su hija; alicaída, porque además el trabajo no le está yendo como le gustaría. Cada día está más agobiada y hastiada de todo y yo vivo temiendo que un día atravesase la puerta y me diga que, para esto, prefiere estar sola.

Diego y Álex me aseguran que no, que Amelia nunca me dejará, pero yo no estoy tan seguro. Se cansó de Nacho, ¿no?

Que sí, que era un capullo y no la supo querer, pero quizá yo tampoco esté haciéndolo como se merece. Esto ha llegado tan lejos...

—Hola.

Me giro hacia la entrada del salón, donde Amelia me mira sorprendida, lo que es un indicativo más de lo distanciados que hemos estado. Son las seis de la tarde y estoy en casa, porque sabía por Sara y Javi que ella hoy llegaría antes. Cualquiera otro día de los últimos meses yo habría estado en las obras. Hoy, sin embargo, tengo algo para ella y espero que pueda ver más allá del simple gesto.

—Ángel —susurro con voz ronca—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? ¿Ha habido algún problema en casa de mis hermanos?

—No, todo está bien, pero quería descansar y estar contigo.

No me cree. Sonríe, pero no me cree. Lo sé, lo veo en sus ojos azules, tan leíbles para mí ya.

—Vale. ¿Me acompañas a tomar una infusión? La necesito.

—¿Tienes jaqueca? —pregunto, consciente de que últimamente las sufre en exceso. Alguna vez incluso ha vomitado por el dolor.

—Sí, un poco. Tengo muy mal cuerpo, en realidad. No sé, estaré incubando algo.

—Deja que haga yo las infusiones —digo mientras me levanto y voy hacia ella para besarla en los labios—. Te eché de menos hoy —susurro.

Amelia asiente y sonrío apoyando un momento la frente en mi pecho.

—Y yo a ti, vikingo.

—Te quiero, Amelia. Lo sabes, ¿verdad? ¿Eres consciente de cuánto te quiero? —Su silencio me duele tanto como tener un tiburón rasgándome las entrañas—. Ángel...

—Yo también te quiero —murmura apoyando la mejilla en mi torso y dejándose abrazar por mí—. No dejaré de quererte nunca, lo sé, estoy segura, para bien o para mal.

—¿Para mal? —pregunto algo temeroso.

—Es un decir —contesta ella antes de coger aire, separarse de mí y sonreírme por inercia—. Dios, necesito esa infusión de verdad.

—Ven, vamos, te la preparo.

Entramos en la cocina, hago las infusiones y le doy su taza. Ella me pide que vayamos al sofá y yo asiento, porque así puedo darle lo que tengo guardado. Me cuenta su día y sonrío cuando me informa de que hoy Jorge la ha dejado hacer algunas intervenciones en domicilio, que ya es un gran paso. Me cuenta que alguien ha visto a Rubén por el barrio en el que la atracaron; su barrio, y me tenso.

—¿Te ha buscado?

—No. He dado por hecho que ha destrozado mi coche. O lo ha vendido, o vete a saber. La policía nunca pudo encontrarlo.

Asiento, dándole la razón. Es posible que ese coche ya sea chatarra. Acaricio su mejilla y la abrazo por el costado, pegándola a mí.

—¿Estás bien?

—Sí. He pensado que quizá debería comprar otro. Ya es hora de abrir los ojos y aceptar que no me lo va a devolver.

Su tono es cansado, frío, casi desganado.

—Tengo algo para ti.

Acaricio su cabeza con mi nariz y meto la mano en el respaldo del sofá, y saco las manoplas blancas que llevó a nuestro viaje a Islandia.

—¿Y esto? —pregunta ella incorporándose.

—Póntelas. —Amelia me mira escéptica y yo sonrío, intentando infundirle ilusión y, de paso, infundirme ánimos—. Venga, porfa, póntelas. Vikingo molón tiene regalo mazo guay —digo en español. Sonríe y siento que mis nervios se aflojan un poco, así que sigo—. Cierra ojos.

Ella me hace caso y yo saco el corazón de mimbre rojo que he trenzado con ayuda de un manual de internet. El material lo saqué de una cesta que encontré tirada en la que será nuestra casa y pensé que, si ha aguantado tanto tiempo abandonada entre paredes llenas de humedades, esperando que alguien volviera a darle vida a la casa y convertirla en un hogar, se merecía ser reciclada de alguna forma. Lo pongo en las manos de Amelia y acaricio sus pulgares, indicándole que ya puede abrir los ojos.

Ella lo hace, mira abajo y puedo ver la sorpresa reflejada en su precioso rostro.

—¿Te acuerdas de lo que te dije allí, rodeados de nieve, muertos de frío y deseando no marcharnos nunca? —pregunto volviendo al inglés. Ella asiente, mordiéndose el labio con saña para no llorar—. Da igual el material con el que hagamos corazones, lo importante es hacerlo juntos.

—Este no lo he hecho yo —susurra temblorosa.

—No, lo he hecho yo solo, pero me sirve para prometerte que nunca más haré algo solo, Amelia. Nunca más.

Sé que ella no comprende mis palabras, pero yo sí. No volveré a guardarle un secreto en mi vida. Las sorpresas se limitarán a regalos que yo le haga a ella, no a

planes de futuro que yo haga por ella, porque esa es otra. ¿Le ha preguntado alguien a Amelia si quiere gastar sus ahorros en la casa? Que sí, que ya sé que ha insistido varias veces, pero aun así he tomado la decisión por ella y eso me hace pensar que soy un capullo egoísta.

—¿Me sigues queriendo, Einar? —pregunta ella entonces con lágrimas contenidas.

Me retuerzo, cierro sus manos sobre el corazón y la beso con suavidad antes de murmurar en sus labios.

—Más que a mi vida.

—¿De verdad?

—De verdad. No hay fuerza humana capaz de hacer que yo deje de quererte, Amelia, te lo prometo.

Ella suelta el aire a trompicones y me abraza con fuerza; con la misma fuerza que yo la recibo y la enredo en mi cuerpo, porque no puedo creerme que de verdad esté dudando de mi amor. Tiene que acabar. Esto tiene que acabarse. Pienso en contárselo ahora mismo, pero está muy nerviosa y no sé si le haría bien hacerlo de sopetón, así que me concentraré en elegir las palabras adecuadas y mañana por la tarde, cuando llegue de trabajar, la llevaré a la casa y se acabarán las dudas. De mañana no pasa y esta vez voy en serio. Ya me da igual lo que digan mis amigos, la familia y el barrio entero. Ya me da igual el mundo, no le debo nada, pero a ella sí. A ella me debo entero y eso es todo lo que importa.

Mañana todo esto acabará, yo le pediré perdón por haber sido tan idiota, ella me entenderá, pese a todo, porque tiene un corazón de oro, y nuestra vida volverá a ser lo que siempre soñamos.

Se acabaron las sorpresas.

Embarazada.

Dios mío. Estoy embarazada.

O sea, Einar y yo jugamos con fuego en nuestros inicios, tuve que tomar la píldora del día después y, más tarde, aunque esté mal decirlo, jugamos con fuego alguna vez mientras a mí me llegaba la hora de tomar los anticonceptivos. Hicimos el tonto varias veces y no tuvimos ni un solo problema, y ahora, que lo hacemos menos y estamos como estamos, me quedo embarazada.

El karma tiene algo contra mí y, teniendo en cuenta que intento ser una buena persona en esta vida, he llegado a la conclusión de que soy la reencarnación de un ser maligno y despiadado. Tuve que ser mala, malísima en otra vida, si no, no comprendo que las cosas siempre me pasen en los momentos menos oportunos.

Miro al lavabo, al test con el positivo y, a un lado, el corazón de mimbre que me regaló ayer Einar. Es tan perfecto y precioso... tan Einar.

Cierro los ojos e intento calmarme. Él y yo no estamos en nuestro mejor momento, pero anoche mismo me susurró millones de veces que me amaba mientras me hacía el amor y yo intentaba no pensar en el test que aguardaba en mi bolso, esperando que la mañana se abriese paso.

Mis sospechas comenzaron hace una semana, cuando el periodo empezó a retrasarse. Al principio no quise creerlo, lo achaqué a mi estado de ánimo o a mis nervios, pero entonces empecé a encontrar sentido a tantas migrañas, las náuseas y algún que otro vómito que he tenido. Ayer, cuando salí de trabajar, me armé de valor y pasé por una farmacia para comprar un test de embarazo. Me marché a casa intentando convencerme de que aquello era un mero trámite. Tenía que descartar el embarazo para empezar a calmarme. Llegué a casa, me encontré con Einar esperándome y sentí que algo cálido y enorme se expandía dentro de mí cuando me estrechó entre sus brazos, como siempre. Subimos a la habitación y nos demostramos uno al otro todo lo que nos queremos, porque nos adoramos. También es cierto que la cosa se nos ha complicado un poco, porque él no deja de trabajar en casa de mis hermanos y yo... Bueno, yo no dejo de pensar, aunque no deba, que, en realidad, no quiere algo a largo plazo conmigo. No le quiero dar vueltas porque sé que objetivamente no es así, pero ese es el problema de mi mente; que le da igual lo que yo quiera o no, porque hace su santa voluntad y a mí solo me resta intentar seguirle el juego sin parecer una completa loca la mitad del tiempo.

—Ángel, tengo que irme a trabajar, ¿me das un beso?

Oigo a Einar a través de la puerta del baño y, por un momento, el pánico me cierra la garganta, porque juraría que he echado el pestillo, pero ahora que el peligro

de que abra de sopetón y me encuentre con el test de embarazo aquí es real, empiezo a dudar.

—¡Sí! Sí, voy. —Guardo el test bajo una toalla de mano y abro la puerta lo justo para verle—. Voy a darme una ducha, ¿tienes que entrar? —pregunto con una sonrisa que, espero, sea creíble.

—Si tuviera más tiempo te diría que sí, que necesito entrar para frotarte a conciencia —comenta, en inglés, con una sonrisa torcida antes de suspirar—. Por desgracia, el deber me llama. ¿Beso?

Me pongo de puntillas y le beso con prisas primero, pero cuando mis labios entran en contacto con los suyos siento cómo a mi necesidad le brotan alas, así que intensifico el roce, me pego más a él y, en cuestión de segundos, los dos jadeamos en la boca del otro.

—Necesitamos hablar —susurro.

—Esas palabras nunca traen nada bueno.

Sonrío y le beso de nuevo, negando con la cabeza para restarle importancia, pero pensando que existe alguna posibilidad, por mínima que sea, de que Einar no se muestre entusiasmado con la idea de tener un bebé. Si ni siquiera está listo para hablar de alquilar o intentar comprar una casa, ¿cómo voy a decirle que va a ser padre?

Por mi mente pasan todo tipo de situaciones en tropel. Incluso me imagino a Einar acusándome de haberme quedado embarazada a conciencia para obligarle a estar conmigo.

Dios, no, él no es de esos, no me acusaría de algo así en la vida. Me conoce de sobra y sabe que no lo obligaría a quedarse a mi lado si no es lo que desea, así que intento quitarme la idea de la cabeza, pero los miedos están diseñados para hacer daño y, además, ser rápidos y efectivos en su propósito. Puede que intente quitarme la idea de la cabeza, pero por cada voccecita que me dice que Einar nunca me haría algo así, hay una asegurando que sí, que lo haría, porque algo le pasa, está claro, y ese algo tiene que ver conmigo, eso también está claro, por mucho que se lo achaque todo al cansancio.

—¿Ángel? ¿Debería preocuparme? —pregunta con los hombros tensos.

Me percato de que llevo varios segundos callada y sonrío, pero estoy segura de que nota que no es una sonrisa sincera.

—Todo bien, es solo que quiero que hablemos, si es que estás en casa cuando vuelva.

—Estaré en casa —me asegura—. Yo también quiero hablar contigo.

—Oh.

—Nada malo.

Asiento, intentando creerle, pero lo cierto es que su semblante es serio, así que mi inseguridad no hace sino crecer. Einar vuelve a besarme y se despide porque si se entretiene un poco más llegará tarde a la universidad. Yo, por mi lado, vuelvo al

lavabo, rescato el test de embarazo y compruebo que una de las dos rayitas que indican mi estado no ha desaparecido.

Sigue ahí.

Claro, ¿a dónde iba a ir? Cierro los ojos, cojo aire con fuerza y me concentro en expulsarlo poco a poco. Repito la operación diez veces, obligándome a ir lenta, y cuando los abro, lo primero que veo es el corazón que me regaló Einar anoche. Lo cojo con una mano, lo acaricio con suavidad y pienso que es el corazón más bonito del mundo.

Mi mano libre se posa por instinto sobre mi tripa, miro abajo y me alzo la camiseta del pijama para observar detenidamente mi vientre, prácticamente plano.

—¿De verdad estás ahí dentro? —pregunto entre susurros—. ¿En serio has venido para quedarte?

Obviamente, no ocurre nada y no obtengo respuesta, pero supongo que los test no mienten. Compruebo de nuevo las rayitas y ahí siguen, rojas y marcadas a fuego en mis retinas. Esto es lo que habla por mi bebé ahora, hasta que él o ella crezca y pueda sentirlo dentro de mí, y puede parecer una tontería, pero así, de pronto, creo que un test de embarazo es el artilugio más bonito y dulce del mundo para algunas y el más temido y amargo para otras. Increíble.

En mi caso es más de lo primero, aunque el *shock* sea grande. He tenido el sueño de ser madre desde siempre. Creo que en parte se debe a haber crecido en una familia tan grande y caótica como la mía. Alguna vez pensé, también, que me encantaría adoptar un niño o una niña, aparte de tener alguno biológico, para darle la oportunidad de tener una vida digna y, sobre todo, para amarlo o amarla de forma desmedida, hasta que se sintiera el ser más especial del universo. Esta última parte es complicada, supongo que tendrá que esperar, aunque algún día me gustaría hacerlo, pero de momento es mi cuerpo el que se está preparando y está acogiendo una vida.

Una vida...

Dios, es tan surrealista que decido no pensar más en ello. Me desnudo del todo, me doy una ducha rápida, me visto y me marcho a trabajar. Hoy Jorge me vuelve a dejar en la oficina y es la primera vez que, aunque en silencio, lo agradezco. Necesito un poco de tranquilidad para aclararme las ideas.

El día se hace largo, estoy deseando ver a Einar y no dejo de preguntarme qué es eso que tiene que comentarme, porque lo mío es gordo, pero lo suyo, ¿lo será también? Embarazado no está, esa primicia ya me la he agenciado yo... Y cuando pienso en esta soberana tontería me da un ataque de risa absurda en medio del trabajo, porque todo esto es un despropósito y yo no sé qué demonios vamos a hacer con nuestras vidas.

Igual Einar me propone quedarnos en casa de mi padre y así nos ahorramos tener que llevar al bebé a diario a que él y Sara me lo cuiden. Todo ventajas, que diría mi novio.

Ay, Dios, espero que no me diga eso.

—Por favor por favor, Dios, no permitas que me diga eso y, además, a ser posible, hazle sonreír un poquito cuando sepa la noticia.

—¿Estás bien, Amelia? —pregunta Jorge a mi lado.

—¿Eh? Sí, sí, genial.

Él me mira dudando unos instantes entre creerme o no y al final, como suele ocurrir con Jorge, lo deja correr.

—Es hora de salir.

—Oh, se me ha pasado el tiempo volando.

—¿En serio? ¿Se te ha pasado el tiempo volando estando entre papeles? —pregunta él alzando las cejas, incrédulo.

—Eh... sí. He descubierto que, si se hace bien, es algo entretenido.

No me cree, es muy evidente, pero tampoco va a discutir conmigo, porque le conozco. En cambio, se apoya en el borde de mi mesa y me sonrío con amabilidad.

—¿Sabes a quién me encontré ayer?

—¿A quién?

—A Nacho.

Trago saliva y siento mi estómago revuelto. Si fuese tan cínica como Julieta, pensaría que mi bebé es como su padre, que se revuelve de asco cada vez que oye el nombre de mi exnovio.

—Oh, ¿y está bien? —pregunto en tono educado.

Hace muchísimo tiempo que no sé nada de él. Después de bloquear su número de móvil se dio por enterado y dejó de darme la lata, aunque sé de buena tinta que vertió cotilleos falsos sobre mí en la asociación alguna que otra vez que se pasó para colaborar. No presté atención, o lo intenté, porque sé que lo único que buscaba era que yo saltase y así recargar sus municiones. Le ignoré y, pasado un tiempo, simplemente desapareció de mi vida. Como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Tiene novia. —Jorge resopla y niega con la cabeza—. La pobre chica se piensa que tiene al mejor novio del mundo, ¿sabes? Por lo que vi, ella le idolatra y él la luce como si fuese un trofeo. Lo que intentó hacer contigo sin éxito, vaya.

—¿Y cómo es ella? —pregunto por curiosidad.

—Rubia, muy joven; mucho más que él, en realidad, o lo parece. Nos encontramos en el barrio, me la presentó y charlamos un poco de la asociación. Pude ver la cara de admiración de la chica, así que supongo que Nacho la ha convencido de que es lo más parecido al Dalai Lama que hay en España. —Bufo y Jorge se ríe—. Eso mismo tuve ganas de hacer yo.

—Bueno, pues me alegro por él, así deja de dar la lata al resto, aunque me da pena la chica.

—Igual es la horma de su zapato y lo pone en su sitio.

Me río y lo dudo mucho, porque creo que Nacho es tan prepotente y egocéntrico que, haga lo que haga cualquier mujer para contentarlo, siempre va a hacerla sentir por debajo. Es su forma de ser, te absorbe la energía, te quita la autoestima y te deja

abrumada y confundida la mayor parte del tiempo. Así es como se aprovecha de las mujeres, yo lo sé de primera mano.

—En fin —dice Jorge—. Hablando de parejas... deberías irte a casa y pedirle a tu vikingo que te dé un masaje. Tienes mala cara, a pesar de haber estado sentada todo el día.

Asiento y le digo que sí, que estoy incubando algo. Él me cree, claro, no tendría por qué mentirle. Yo no miento nunca.

Ja.

No mentía nunca, más bien, porque últimamente me cubro de gloria a diario.

Me despido de Jorge, cojo el coche de mi padre, con el que vengo casi todos los días a trabajar, y me marchó a casa. Al llegar me fijo que la moto de Einar está en la entrada, pero eso no es señal de que él esté dentro, porque donde más tiempo pasa es en casa de mis hermanos y está a dos calles caminando.

Abro la puerta y, cuando le veo en el sofá, suspiro de alivio. Está aquí. Ya sé que puede parecer una tontería, pero que no haya faltado a su palabra y esté aquí conmigo me alivia como nadie se imagina.

Sonrío, voy hacia él y le beso antes de sentarme en su regazo y acariciar su nariz con la mía. Einar sonrío aparentemente encantado de que haya llegado tan mimosa y me abraza mientras besa mi barbilla, mi mentón y mis labios, de nuevo.

—¿Cómo ha ido trabajo? —pregunta en español.

—Bien, muy bien. ¿Y tu día? ¿Cómo están siendo los alumnos del nuevo curso?

—Putra madre. Alumnos molan casi todos, menos uno que es cabrón cabrón.

Me río y Einar sonrío, pero sé que lo dice en serio y es probable que ya haya uno de esos chicos difíciles que disfrutan poniendo trabas en su clase. Aun así, sé que su paciencia infinita hará que incluso él acabe disfrutando y atendiendo a las lecciones de mi chico.

—¿Y bien? ¿Qué tenías que decirme? —pregunto.

Él sonrío pero sus ojos se apagan, así que mi corazón se encoge de mala manera. Es algo malo. Lo sabía, sabía que iba a decirme algo malo. Anoche acercamos posturas, pero eso no quiere decir nada.

—Hay algo que te he ocultado —dice entre susurros, erizándose el vello de todo el cuerpo.

—¿Qué es? —pregunto de inmediato, intentando que lo suelte cuanto antes.

Él carraspea, me baja de su regazo y yo me siento más pequeñita que nunca. No quiero estar en el sofá, quiero estar sobre él, porque si va a decirme algo como que se ha dado cuenta de que no me quiere, necesito que me tenga encima y se dé cuenta de que da igual, que yo tengo amor de sobra para los dos.

¿Y cómo voy a decirle que estoy embarazada el mismo día que me deja? La pregunta ronda por mi cabeza, pero intento aplacarla. De momento no me ha dejado, está aquí, conmigo, así que tengo que intentar pensar en positivo.

—Verás, ángel, hace unos meses yo... —Su teléfono suena y Einar frunce el ceño, sacándolo de su bolsillo—. Es tu hermano —murmura.

—Da igual, olvídalo y dime qué pasó hace unos meses.

Él asiente, coge mi mano y, cuando va a empezar a hablar de nuevo, el teléfono vuelve a sonar. Mi tensión está en un pico muy por encima al pico más alto de tensión que se pueda tener y Einar lo nota, así que corta la llamada, pero no ha tenido tiempo de empezar a hablar cuando Álex vuelve a la carga.

—Igual es importante —susurra.

Le doy la razón, porque mi hermano no es de los que suelen insistir.

—Cógelo.

Einar lo hace, descuelga el teléfono y apenas tiene tiempo de saludar, cuando mi hermano grita algo sobre una cañería de la casa nueva.

—¿No está Diego contigo? —pregunta mi novio en inglés—. De acuerdo, vale. Sí, está bien, ahora voy. —Álex vocifera algo más que no entiendo y Einar cuelga y me mira como un cachorro apaleado—. Una cañería ha reventado en el salón de la casa para alquilar y se está armando un buen estropicio. Eli está intentando cortar el agua, pero tu hermano teme por el parqué y...

—Vete —le digo en tono serio, pero seguro.

—Ángel...

—Vete, Einar. Ellos te necesitan. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—No, supongo que no. Quédate aquí, date una ducha, ponte un pijama de esos que tanto me gustan y espérame despierta, ¿vale? Hablaremos en cuanto llegue.

—Ya...

—Lo siento mucho, cariño.

—Tranquilo —contesto con una sonrisa falsa—. Lo de ellos es más importante.

—No, no es así. Nada es más importante que tú. —Guardo silencio y él chasquea la lengua—. ¿Sabes qué? No voy a ir. Lo llamo ahora mismo y que avise a tu padre, que estará en el parque con los niños, o...

El remordimiento me invade de pronto y me levanto, sujetando sus manos para que no desbloquee el móvil, porque me molesta mucho, muchísimo, que Einar se vaya otra vez a esa casa a la que estoy empezando a coger tirria, pero me molesta más comportarme de forma egoísta y caprichosa, así que hago de tripas corazón y opto por lo correcto, como siempre.

—Ve allí y ayuda a mi hermano, ¿de acuerdo? Yo voy a darme esa ducha, porque la necesito. Nos vemos en un rato.

Einar intenta quejarse, pero yo me doy la vuelta y subo las escaleras porque sé que, de seguir así, acabaremos discutiendo por algo que no tiene sentido. Una de las cosas que me enamoraron de él fue su capacidad para ayudar a los demás y quererlos de forma desmedida, sobre todo a mi familia. Mi hermano cuenta con él como si se tratara de un hermano más y me alegra saber que Einar se siente tan importante. Por otro lado, mis nervios se tensan más, porque ahora no dejo de darle vueltas a nuestro

pasado, buscando algo que haya podido desencadenar una conversación pendiente con Einar. Quiere hablarme de algo que empezó hace meses, pero... ¿qué? Sí, es verdad que hemos estado más distanciados, pero no pensé que fuese tan reseñable o, al menos, tan malo, porque está claro que lo que Einar tiene que contarme no es una buena noticia.

Lo mío, visto lo visto, tampoco sé si lo es.

Entro en el dormitorio, cojo el pijama y pongo el móvil a cargar justo en el momento en que recibo un mensaje de alguien que me deja a cuadros.

Rubén: Estoy en el barrio y tengo tu coche. Te lo devolveré cuando quieras.

Mi corazón se acelera, porque ya sabía que estaba en el barrio, pero pensé que mi coche, a estas alturas, sería historia.

Yo: ¿Es una mentira para robarme de nuevo?

Rubén: No. ¿Puedes venir ahora?

No le contesto, porque sigo dudando que esto sea buena idea, pero él insiste.

Rubén: Puedes traer a alguien, si quieres, Amelia. Puedes traerte a toda tu familia, si quieres.

Yo: ¿Por qué no me lo traes tú a Sin Mar?

Rubén: ¿Y cómo me vuelvo?

Yo: Te pagaré un taxi.

Rubén: No, no voy a meterme allí para que me hagas una encerrona. Estoy en el barrio, en el parque de la otra vez. Si quieres nos vemos aquí y si no, me quedo con tu coche. Tú decides.

Aprieto los dientes porque yo no decido nada. Él me ha puesto contra las cuerdas y ha impuesto sus normas, como siempre. Entiendo que está acostumbrado a ir por la vida exigiendo, sin ponerse demasiado en la piel del otro, pero eso no significa que no me moleste sobremanera su actitud.

Dejo el teléfono en la mesita de noche y bajo las escaleras buscando a mi padre o a Sara para que me acompañen, pero ninguno de los dos ha vuelto de donde sea que estén, Einar está en la casa nueva con mi hermano Álex y Julieta estará en la tienda. Me asomo a mi calle para ver si los coches de Nate o Esme están, pues me indicarían que ya han vuelto a casa, pero el aparcamiento está vacío.

Suspiro frustrada y, cuando veo a Antonio Sanz, uno de mis vecinos, salir de casa y abrir el coche, no me lo pienso.

—¿Vas a la ciudad? —le grito desde el otro lado de la calle.

—Sí, voy a recoger a mi hija de sus clases de *ballet*. ¿Por?

—¿Me puedo ir contigo?

—¡Claro!

Sonrío agradecida, entro en casa, cojo mi bolso del sofá y salgo a toda prisa. Subo en el coche de Antonio, que me deja cerca del centro, y cojo un bus que me lleva

hasta el barrio en el que, la última vez que quedé con Rubén, acabé sin coche, sin dinero y sin bolso. Observo este último y frunzo el ceño al darme cuenta de que me he dejado mi móvil cargando en la mesita de noche. Si pasa algo...

—No pasará nada —murmuro para mí misma—. Todo irá bien. Relájate.

Repito esa frase como un mantra hasta que bajo del bus, casi de noche ya, y me enfrento a una calle en la que escasea la luz y sabiendo que lo peor no es esta calle, sino lo que me espera una vez me adentre en el barrio.

Llevo una mano a mi vientre y me concentro en dar un paso detrás del otro. En un par de horas estaré en casa con mi coche de vuelta, le contaré a Einar lo del embarazo y él me dirá que, lo que sea que pasó hace meses, en realidad no es tan importante como para interponerse entre nosotros.

El karma se restaurará y tendré, por fin, la vida maravillosa con la que llevo soñando siglos. Y con ese pensamiento voy en busca de Rubén, intentando recordar que un día yo confíe en que ese chico se reinsertara y viviera una vida digna. Pude ver, en ciertos actos que realizó, bondad y ansias por vivir algo mejor, y puede que no sea una experta en prácticamente ningún tema, pero si hay algo que se me da bien es mantener la fe en las personas, así que voy a sonreír todo el tiempo y voy a cederle a Rubén, una vez más, la confianza que hoy por hoy no se merece, para que vea que hay gente que todavía apuesta por él, pese a haber sido una de sus víctimas.

Para que entienda que todavía está a tiempo de cambiar su vida.

Einar

—Solo digo que estaba a punto de decirle a tu hermana lo de la casa, Álex —le digo de mal humor.

—Lo siento, ¿vale? Pero es tu parqué el que está inundado, no el mío, y me he visto solo.

—Eli estaba contigo.

—¡Está embarazada de casi siete meses! ¿De verdad crees que está en condiciones de subirse en una escalera para romper la pared conmigo y buscar la rotura de la cañería?

—En realidad podría hacerlo, pero no quiero escucharte después darme la tabarra —dice ella interviniendo en nuestra discusión.

La miro y le sonrío. Claro que podría, es una campeona. A pesar de los meses de embarazo está fuerte y enérgica como pocas veces. Ella asegura que con Óscar ya le sucedió que, en vez de sentirse más cansada, se sentía más nerviosa e inquieta, pero Álex está llevando regular que se meta en la reforma de la casa constantemente y estoy seguro de que, si por él fuera, ella no cogería ni una brocha para pintar. Si no se pone aún más gruñón es porque ella ya le ha dicho que como siga con esa actitud de troglodita empezará a dormir en el sofá.

Yo le entiendo, en realidad, no es que quiera ser un troglodita, es que se preocupa muchísimo por ella. Que sí, que aun así no debería atosigarla para que descansa todo el tiempo, pero es que Álex es así, se preocupa tanto por ella que estoy seguro de que, si pudiera, la metería en una bola de cristal lo que resta de embarazo para que no la tocara ni el aire.

—¿Sabéis qué? He llamado para pedir ayuda porque estoy comiéndome las obras más tiempo que ninguno de vosotros, así que siento mucho haber interrumpido tu charla con mi hermana, pero esta es tu casa, tío.

—No, lo siento yo —le digo suspirando y frotándome los ojos—. No tienes la culpa de que yo esté frustrado, pero sí la tienes de estar tan estresado.

—Mi hija nacerá en muy pocos meses y no tenemos ni muebles —replica.

Palmeo su hombro, entendiendo su frustración. Yo no tengo ningún bebé en camino, pero estoy desesperado por poder descubrirle el secreto a Amelia y conseguir que ella vuelva a ser tan feliz como antes. Álex, por su lado, no hace más que calcular cuánto le queda de obra para poder mudarse antes de que la pequeña Valentina nazca. Desde que supo que lo que va a tener Eli es una niña está como los locos. No ayuda que Nate y Javier se pasen la vida repitiéndole que es posible que, de mayor,

Valentina tope con alguien tan mujeriego como él, por eso del karma y tal. Álex se pone frenético, en serio, nunca le he visto tan alterado. Creo que va a tener pesadillas con esa posibilidad hasta el fin de sus días y alguna vez ha dejado caer, incluso, que ojalá sea lesbiana, porque no está seguro de poder tolerar que algún imbécil toque a su hija. Eli se enfada cuando le oye hablar así y le recrimina su actitud, pero yo, mal que me pese, le entiendo. A Diego también le pasa y no creo que sea machismo, al revés, es miedo a tener una hija y que tenga que sufrir lo que tantas mujeres sufren hoy día. Está claro que Álex no hizo daño a ninguna mujer a conciencia, siempre fue claro y nunca mintió a sus compañeras de juegos, pero eso no quiere decir que haya muchos otros hombres que sí lo hagan. Las mujeres hoy día siguen sometidas al machismo, aunque algunos quieran tapar el sol con un dedo, y pensar que una hija mía puede sufrir algún día cualquier tipo de acoso solo por ser mujer hace que se me revuelvan las tripas tanto como a Álex. Lo bueno es que yo lo imagino y, cuando tomo conciencia de la realidad, respiro aliviado, porque no me ha llegado el momento de angustiarme por eso. Lo de Álex es otro cantar y tendrá que aprender a vivir con eso y educar a su hija de forma que no se deje intimidar por un hombre. Eso, y rezar para que la sociedad abra los ojos y en veinte años ningún padre tenga que preocuparse por su hija cuando sale sola a la calle o se eche un novio que crea tener algún derecho sobre su persona.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Julieta entrando en el salón y mirando el agujero que hemos tenido que hacer en la pared para dar con la cañería rota.

—Hemos tenido un pequeño problema con el agua —contesto—, pero ya está solucionado y yo me voy, porque Amelia está esperándome en casa.

—Qué va —dice Diego.

—¿Perdón?

—Que me he cruzado con ella cuando entraba en Sin Mar. Iba en el coche de Antonio Sanz, saliendo de la urbanización.

—Eso es imposible —contesto.

—Eso es muy posible, vikingo —dice Julieta—. Basta que algún necesitado de este mundo, ya sea humano, animal o planta, le haya pedido ayuda, para que haya salido corriendo.

—¿Cómo iba a pedirle ayuda una planta, Julieta? —pregunta Eli.

—No sé. ¿Marchitándose?

—¿Y cómo sabe Amelia si se ha marchitado?

—Por el humano, que todo lo ve y todo lo sabe. ¡O a lo mejor han pasado las tres cosas! Un perro se ha comido una planta venenosa, dejándola amputada y causándose un envenenamiento al mismo tiempo, y el humano, que estará el pobre con los nervios de punta porque claro, a nadie le gusta tener una planta menos y un perro moribundo, habrá llamado a Amelia llorando a lágrima viva y suplicando ayuda. ¿Ves como tiene sentido?

Eli suelta una carcajada, porque Julieta es única y tiene salidas para todo, aunque sean salidas con la misma lógica que una casa con las ventanas en el suelo.

—Bueno —dice Diego—. Entonces, ¿no hay nada que hacer aquí?

—¿A ti te parece que no hay nada que hacer, Diego? ¿De verdad? —pregunta Álex en tono asesino.

Él alza las manos en un gesto que indica que viene en son de paz y yo recojo mi chaqueta de la barandilla de la escalera y me la pongo mientras ellos discuten por algo que falta por hacer en casa de Álex y Eli.

—Yo me voy —digo en tono neutro, intentando disimular la tensión que crece en mi estómago.

—Vale. Avísanos cuando Amelia aparezca —dice Julieta—. Y cuéntanos qué ha ido a salvar para que mi cuñada se tenga que coser la boquita antes de dormir.

Eli suelta una carcajada, pero a mí solo me sale sonreír forzosamente, porque no entiendo a dónde ha podido ir Amelia sin avisarme, porque no tengo llamadas suyas, ni mensajes, ni nada. Ya es de noche y no tenía planes de salir. Además, me preocupa el dolor que vi en sus ojos antes, cuando me fui. Pensaba que la anteponía a la casa, otra vez. Una casa que, a sus ojos, ni siquiera es para la familia, sino para ganar dinero. Y estuve a punto de cogerla de la mano, traerla y explicárselo todo, pero no era el mejor momento. O quizá sí. ¡Yo qué sé! A lo mejor ese era justo el momento, para no tener que soportar su mirada de decepción cuando sepa que me he creído con el derecho de decidir dónde vamos a vivir el resto de nuestras vidas.

Llego a casa y me encuentro con Javier bajando las escaleras de casa con el semblante más serio que le he visto en meses.

—¿Dónde está Amelia? —pregunto temeroso de que su expresión tenga que ver con ella.

—Mira. —Me estira una mano con su móvil y, por un momento, me pienso si cogerlo o no, porque eso es violar su intimidad, pero Javier resopla y se envara aún más—. Einar, ¡mira!

Lo hago, porque si él está tan alterado, es que es algo importante. Reviso las llamadas, pero la última es de un contacto registrado, así que entro en Whatsapp y es ahí cuando se me hiela la sangre. Amelia solo conoce a un Rubén, que es el primer nombre que hay en la lista. Entro en la conversación y, cuando leo todo lo que han hablado, siento que el aire empieza a faltarme.

—¿Cómo se habrá ido?

—Con Antonio Sanz —murmuro—. Diego se la cruzó en la entrada de la urbanización. —Me paso una mano por el pelo y siento, por primera vez en mi vida, cómo el pánico intenta cerrarme la garganta y la razón—. Voy a por ella —murmuro mirando a Javier—. Me monto en la moto y voy a por ella.

—Vamos en mi coche.

—No, tú quédate aquí por si vuelve antes de que yo la encuentre.

Javier asiente de mala gana y, cuando Sara llega al salón y nos pregunta qué ocurre, dejo que sea él quien se lo cuente. Yo cojo mi casco y el que Amelia suele utilizar, salgo de casa, subo en la moto y acelero, como nunca en mi vida, para llegar a donde está mientras rezo a todos los dioses que conozco para que esté bien. No quiero imaginarla en ese barrio, en el que ya tuve que recogerla una vez, porque si lo hago recordaré que aquel día, al menos, tenía móvil para avisar a alguien. Si yo hubiese pasado de la jodida casa, y me hubiese quedado con ella, esto no estaría pasando. Aprieto la mandíbula y me siento tentado de abrir la visera del casco, porque estoy empezando a asfixiarme con mis pensamientos.

Tomo aire, me concentro en la carretera y suplico al cielo en silencio, repitiendo como un mantra las cinco palabras más angustiantes de toda mi vida.

Por favor, que esté bien. Por favor, que esté bien. Por favor, que esté bien.

Veo a Rubén apoyado en el capó de mi coche y suspiro un poco aliviada, porque al menos es cierto que aún lo tiene. No sé qué esperaba, la verdad. Quizá que no tuviese mi coche y solo pretendiese robarme más dinero. Desde que bajé del bus no he hecho más que arrepentirme de no haber dejado en casa la tarjeta de crédito.

—Hola —digo cuando llego a donde está.

—Hola. —Rubén sonríe y parece avergonzado, lo que me hace sospechar, porque no sé si es un truco o realmente se siente así—. Estás guapa.

—Gracias. ¿Vas a darme el coche de verdad?

—De verdad.

—¿Sin condiciones?

—Sin condiciones. Te prometí que te lo daría en cuanto me desliara un poco y aquí estoy.

—¿Dónde has estado? —pregunto llevada por la curiosidad.

Rubén se encoge de hombros y da una patada a una piedra imaginaria. Se mete las manos en los bolsillos y sonríe con chulería.

—Poniendo solución a mis problemas.

—Rubén...

—Esto es tuyo. —Estira una mano con las llaves de mi coche. Las miro, pero no me muevo—. Sin trucos, Amelia. Lo creas o no, me siento mal por lo que te hice.

—Pero eso no te impidió hacerlo.

—Supervivencia, lo llaman. Tú has visto nuestro mundo, sabes cómo es. A veces, o te conviertes en el pez grande y te comes a todos los demás sin pararte a pensar, o te acaban comiendo a ti. Eras un pez fácil de comer, sin muchas espinas, seguro y dulce. —Sonríe con cierto remordimiento, o eso quiero pensar—. El caso es que aquí está tu coche, y aquí tu dinero. —Se saca un sobre del bolsillo y lo estira en mi dirección, junto a las llaves—. Adelante, cuéntalo.

Me lo pienso unos segundos, pero finalmente acepto, cojo el sobre y lo abro frente a él. Lo cuento y me percató de que hay más de lo que me robó.

—Por las molestias —susurra.

—No necesito el extra. Me vale con que me pagues lo que me robaste.

—Quédatelo, por favor. Es mi manera de agradecértelo y limpiar mi conciencia.

—¿De dónde lo has sacado?

—Eso es lo de menos.

—No lo es. Necesito saber de dónde viene este dinero y que nadie ha sufrido para que tú lo consigas.

Rubén se ríe entre dientes y niega con la cabeza, como si ya intuyera que iba a ponerme así.

—Siempre tan buena y preocupada... —Suspira con resignación—. Póker, y eso es todo lo que pienso decir.

Sonrío frunciendo un poco los labios, entendiendo su postura. Seguramente ha estado jugando y perdiendo, o ganando, hasta dar con una noche buena y recuperar, no solo mi dinero, sino el que debía a la gente que lo andaba buscando.

—Eh, ojazos, tienes que irte.

Sí, tiene razón, ya no pinto nada aquí. Frunzo el ceño y sonrío, incrédula.

—No imaginé que sería tan fácil, ¿sabes? Pensé que esta noche sería un desastre, porque últimamente todo me sale un poco del revés.

Rubén no contesta de inmediato. Me mira con un puntito canalla, como si le interesara un comino mi perorata, seguramente porque así es. Al final, sin embargo, se acerca a mí y me sujeta por los hombros.

—A veces las cosas son más fáciles de lo que creemos. Nos complicamos la vida nosotros mismos más de las que estamos dispuestos a admitir. La vida es una mierda, pero dentro de esa mierda hay días muy buenos, como cuando tienes un hermano, o te enamoras, o consigues follar con la chica más guapa del barrio. —Me guiña un ojo y me río negando con la cabeza, porque iba genial hasta soltar eso último—. Lo que quiero decir es que, a veces, las cosas que nos preocupan no necesitan un gran giro y no se escapan de nuestros manos. Todo lo que necesitamos es pararnos y ponernos unas gafas distintas o cambiar la perspectiva. A menudo somos nosotros los únicos que lo complicamos todo.

Pienso de inmediato en Einar, en todo lo que hemos pasado estos meses y en que, en realidad, todo es cuestión de sentarnos y ser capaces de comunicarnos. Esta noche hemos estado a punto de hacerlo, pero él ha tenido que irse y yo me he callado lo que de verdad pensaba. Puede que, después de todo, sea tan fácil como decirle que me siento menos importante que la casa de mis hermanos, o que a veces tengo la sensación de que a él no le interesa que vivamos juntos y solos. Le dolerá oírme decir algo así, estoy segura, pero creo que es el primer paso para que volvamos a ser los que fuimos. No creo que aún tengamos una crisis como tal, porque sé que él también tiene ganas de arreglar lo que sea que nos pasa, así que todo es cuestión de ponerle ganas.

Además, está lo del bebé... Vamos a tener un bebé y, cada vez más, imagino a Einar cogiendo en brazos a nuestro pequeño o pequeña. Besando su cabecita y cantándole las mismas nanas islandesas que canta a Noah o a las gemelas. Será un gran padre, independientemente de que nosotros podamos solventar nuestros problemas, que quiero pensar que sí.

Necesito ganar confianza y seguridad en mí misma y, cuando él me cuente lo que sea que le pasa por la cabeza desde hace meses, según sus propias palabras, pondremos una solución y todo mejorará. No puede ser de otra forma. Como bien ha dicho Rubén, esta es la perspectiva que he elegido para ver las cosas ahora y pienso mantenerla, aun cuando mis inseguridades aparezcan y me toque luchar contra ellas.

—Voy a tener un hijo —le digo a Rubén así, por la cara.

Él mira mi vientre, sonrío con sinceridad y asiente, palmeando mi hombro con suavidad y dándome a entender que este es todo el contacto que vamos a tener.

—Felicidades, y felicita al padre de mi parte, aunque no me caiga bien.

—¿Qué?

—Tu novio es un estirado y un gilipollas, bajo mi punto de vista, pero si a ti te gusta...

—Einar no es así —le digo poniéndome a la defensiva de inmediato—. Es un hombre bueno, decente y prácticamente perfecto.

—¿Einar? ¿No estás con Nacho?

—¿Qué? ¡No!

—Oye, no te sorprendas tanto. Era tu novio, ¿no?

—Eso fue hace mucho.

—He estado ocupado haciendo cosas ilegales y tal, perdona por no estar al día de tu vida privada como es debido.

Suelto una carcajada, porque Rubén es un sinvergüenza, pero me ha demostrado que mi teoría es cierta y nunca deberíamos perder la fe en las personas que de verdad quieren luchar por salir adelante.

—Muchas gracias, Rubén, de verdad.

—A ti. Siento el susto que te di con el robo.

—Queda olvidado.

—Conociéndote, sé que sí, que vas a olvidarlo. Eres una tía legal, Amelia. Nos vemos, ¿vale?

Asiento y le veo marchar con las manos en los bolsillos y arrastrando los pies. Pienso, por un momento, que anda de un modo muy parecido a Marco; como si llevase gran parte del peso del mundo sobre los hombros, pero se resistiera a admitirlo por orgullo, de ahí las manos en los bolsillos y la cara de indiferencia.

Observo mi coche y sonrío, sin creermelo del todo que sea mío de nuevo. Mañana tendré que ir a retirar la denuncia y...

—¡Eh! —le grito a Rubén, cuando está a punto de perderse de mi vista—. Prométeme que no voy a encontrar ninguna sorpresa en forma de droga o cadáver dentro, por favor.

Su carcajada se pierde en la noche y yo trago saliva, porque no lo he preguntado en broma. De hecho, decido abrir el maletero y comprobar que no hay rastro de huesos humanos, animales o algo parecido. No huele a marihuana, ni hay manchas de sangre, así que abro la puerta del conductor y, al sentarme y ver el ambientador de coco que Rubén ha comprado, sonrío.

—Muy bien, es hora de volver a casa y contarle a papi la noche tan surrealista que hemos tenido —le digo a mi vientre—. Y si de paso le hablamos de tu existencia no estaría mal, ¿verdad?

Palmeo con suavidad la zona en la que supongo que está, arranco y salgo rumbo a Sin Mar llena de positivismo. Llegaré, le contaré a Einar todo lo que pienso y siento, le daré la noticia del bebé, él me jurará que me quiere más que a su vida y nos besaremos hasta perder al mundo de vista.

Tardo casi una hora en hacer el trayecto porque hay atasco debido a un accidente, lo que hace que mi paciencia se agote a pasos agigantados, pero cuando por fin llego a casa me olvido de todo, salvo de Einar. Aparco y salto del coche con una sonrisa inmensa que se congela en mi rostro cuando entro en casa y veo a Eli llorando y a Álex intentando consolarla.

—¡Por fin! —exclama Sara acercándose a mí.

Tiene los ojos hinchados y frunzo el ceño de inmediato. Ella me abraza y solloza junto a mi oreja algo ininteligible. Miro mi teléfono sobre la mesa y mi gesto se contrae, porque supongo que han visto mis mensajes y han estado muertas de preocupación por mí.

—Estoy bien, Sara, tranquila. Estoy genial, de hecho. ¿Dónde está Einar? Tengo que contarle lo que ha pasado con Rubén. ¡Me ha devuelto mi coche! Y no solo eso, sino que me ha pagado lo que me robó con intereses y...

—Amelia.

La voz de Álex suena rota cuando se acerca a mí y me doy cuenta, en algún punto, de que sus rostros no muestran alivio por verme, así que esto no es por mí.

—¿Qué? —pregunto con un susurro cargado de temor.

—Papá encontró tu móvil y leyó los mensajes de Rubén cuando se iluminó la pantalla por accidente, se lo enseñó a Einar y él cogió la moto y fue a buscarte.

—¿A mí? Pero yo estoy bien, estoy aquí y...

—Amelia...

Sus lágrimas asoman y me encojo, porque Álex no llora nunca. Él solo lloró cuando perdió a Sandro, su mejor amigo, en un incendio, y cuando perdió a Eli por no saber manejar ese dolor, así que no entiendo por qué llora ahora.

—¿Por qué lloras? ¿Qué pasa? —pregunto abrumada y asustada como pocas veces en mi vida.

—Escúchame, tienes que intentar mantenerte calmada, ¿de acuerdo? —Álex enmarca mi rostro entre sus manos y se asegura de que le miro a los ojos antes de hablar—. Einar fue a buscarte y corrió muchísimo con la moto. Corrió tanto que... — Su voz falla y a mí el corazón me late raro, a destiempo, amenazando con pararse—. Se salió en una curva.

—No...

—Está en el hospital, nos avisaron hace un rato, así que vamos a irnos para allá con tranquilidad, ¿de acuerdo?

—¿Cómo está? —pregunto abrumada.

—Cuando lleguemos al hospital nos lo dirán. Eli se va a quedar aquí con los niños.

Miro a mi cuñada que asiente y Sara me agarra de un brazo.

—Vamos, cariño, estábamos esperándote.

—Pero... ¿por qué lloráis? ¿Es grave? No puede ser grave, Einar conduce su moto de maravilla.

—Se ha salido en una curva muy cerrada. —Álex habla con cautela y midiendo las palabras, lo conozco muy bien así que me doy cuenta en el acto.

—Pero eso no significa nada. ¡Mucha gente se sale en las curvas y no por eso tienen accidentes graves! Vamos al hospital, seguro que son unos rasguños.

Ellos no dicen nada, pero Eli ahoga un sollozo y yo me suelto del agarre de mi hermano y de Sara y salgo de casa para arrancar mi propio coche. O se suben en dos segundos, o me voy sola, aunque no sepa en qué hospital está. Me da igual, los recorreré todos hasta dar con él. Seguro que está sentado en alguna cama de hospital, con las rodillas raspadas y gastándole bromas a la enfermera que esté curándolo.

Seguro. Porque sí, porque no hay más opciones. Porque él no puede... él no puede... No, es que no voy a pensarlo siquiera.

Llegamos al hospital en el silencio más tenso y abrumador que he vivido nunca, porque creo que Álex y Sara temen que estalle de un momento a otro, pero eso no pasará. No hasta que alguien me diga cómo está mi novio.

Voy detrás de Álex hacia la zona en la que, según mi hermana Julieta, están esperando. Sara aprieta mi mano, pero yo apenas la siento. Estoy entumecida y me temo que no voy a reaccionar hasta que alguien me diga algo más.

Llego a la sala de espera y me encuentro a Julieta envuelta en llanto, a Diego con los ojos rojos y a Esme apartándome la mirada.

Y así, de la nada, sé que esto va a doler como si me arrancaran el corazón. Así, de la nada, quiero desaparecer del mundo y volver a aparecer cuando lo que sea que esté ocurriendo se haya solucionado. Quiero correr hacia donde sea que esté Einar y, al mismo tiempo, quiero hacerlo en dirección contraria a este hospital para poder negar la realidad que, me temo, va a imponerse de un momento a otro.

—¿Cómo está? —pregunto al vacío, esperando que alguien responda.

Mi padre se acerca, me abraza y me obliga a mantener la mejilla pegada a su torso, lo que no es buena idea, porque su corazón late desbocado y eso no ayudará a calmarme.

—Gracias a Dios que estás aquí.

—¿Cómo está Einar, papá? Dímelo ya, por favor, dime cómo está.

Él besa mi cabeza, me despega de su cuerpo y me mira a los ojos, intentando que mantengamos una conexión visual. Lo hago a duras penas, porque mis sentidos están demasiado embotados, pero, aun así, sus palabras llegan a mí a través de un túnel de dolor que difícilmente olvidaré nunca.

—Tiene varias fracturas, se ha quemado un costado y parte de la pierna por culpa del asfalto. Se ha golpeado con fuerza la cabeza y... —Su voz se rompe un poco y carraspea—. Y...

—¿Y qué? No puede haber mucho más —digo enfadada—. ¿Qué puede haber peor que todo eso?

—Cariño, Einar está en coma —dice con rapidez y fuerza, como si, por soltarlo así, fuese a doler menos.

Mis ojos se quedan clavados en los de mi padre, tan iguales a los míos y, a la vez, tan distintos.

¿Qué es esto que siento? Duele, Dios, cómo duele y arde por dentro. Me va a reventar algo, estoy segura. La garganta se me está cerrando, no puedo respirar bien y lo único que reacciona es mi cabeza, pasados unos segundos, para negar una y otra vez mientras las lágrimas se agolpan con tanta fuerza en mis ojos que me queman.

No, él no. Él no puede estar en coma.

No. No. No. No. No.

Diego se levanta y me abraza con fuerza mientras mi padre habla sin que yo le oiga y me doy cuenta, tarde, de que estoy gritando a pleno pulmón las únicas palabras que se repiten en mi cabeza una y otra vez.

No.

No.

No.

Él, no.

¡Él, no!

Julietta

Yo, que de todo me río. Yo, que siempre tengo un chiste en la boca, aun cuando es inoportuno. Yo, que aprendí hace mucho a ponerle al mal tiempo buena cara, no soy capaz de pensar en nada más que en lo injusto y doloroso que es esto. Miro a mi hermana, que se abraza a mi marido con la misma fuerza que él la abraza a ella; llora, grita y centra su ira en mi padre, que es quien le ha dado la noticia del estado de Einar. Está completamente fuera de sí, jamás la he visto comportarse de esta forma. Le grita a mi padre que eso no puede ser, que Einar no puede estar en coma, y él, que no sabe qué hacer para calmarla, guarda silencio y la mira de una forma que me parte el alma, porque estoy segura de que se cambiaría por ella ahora mismo sin pensarlo.

Una enfermera llega a llamarnos la atención por el escándalo y, al darse cuenta del estado en el que está Amelia, decide inyectarle un calmante.

Sin embargo, mi hermana se revuelve y grita que no puede pincharse nada. Esme va hacia ella e intenta calmarla, pero es inútil, Amelia se resiste, grita, llora y hasta insulta a quien intente controlarla, algo impensable en ella.

Cuando la enfermera está a punto de conseguir inyectárselo, por fin, mi grita las palabras que detienen la sala de espera en el tiempo, convirtiendo un segundo en eterno.

—¡Estoy embarazada! —Llora y se retuerce mientras se deja caer al suelo y Diego intenta sujetarla—. Estoy embarazada —solloza con más pena que enfado, esta vez.

Supongo que se está dando cuenta de la magnitud de todo esto, porque yo, al menos, lo hago. Miro su vientre plano y siento el dolor patearme el estómago.

Está esperando un bebé de Einar y él está en coma.

Es entonces cuando me doy cuenta de que es cierto eso que dicen: la realidad siempre supera a la ficción.

Es extraño, también, porque creo que las personas nunca pensamos en este tema. Las desgracias ocurren constantemente. Cada día, en alguna parte del mundo, alguien pierde a un ser querido en circunstancias trágicas o se enfrenta a situaciones que jamás pensó que tendría que vivir. No creemos que eso vaya a pasarnos a nosotros. Accidentes, enfermedades, desgracias que nos resultan ajenas solo porque no nos han tocado de cerca... hasta que llegan, y entonces nos acordamos de todas las noticias a las que parecemos inmunes y de todas las películas vistas y pensamos, con sarcasmo, que sí, que la realidad, definitivamente, siempre supera a la ficción.

Voy hacia mi hermana cuando Diego la ayuda a sentarse en una de las sillas, me agacho frente a ella y retiro los mechones que le caen sobre una de sus mejillas para limpiar su rostro de lágrimas.

—Escúchame —le digo con suavidad, intentando mantener un tono tranquilo, aunque me esté costando la vida—. Einar está bien, ¿de acuerdo? Está en coma, sí, pero él es fuerte. Saldrá de esta, Amelia. Es un vikingo, joder, que no se te olvide.

Ella centra sus enormes ojos en mí, deseosa de agarrarse a cualquier esperanza que yo, sin mucha idea, pueda darle, pero está destrozada y embarazada; no puede caer en una crisis nerviosa ahora, por duro que parezca.

—Está en coma —susurra como si no pudiese creer aún la noticia, y me acuerdo, no sé por qué, de todas las veces que tuve que convencerla de que no había nadie en el cole más fuerte que ella, y que podía defenderse de los abusones cuando la llamaran llorica o la insultaban, porque ella era casi invencible.

Y lo consiguió, con buen talante y sin perder su dulzura aprendió a manejarse con todo el mundo, incluso con personas conflictivas o de carácter complicado. Sobre todo con estas personas, de hecho. Amelia sería capaz de conseguir calmar a un caimán justo antes de que atacara, por eso ahora me duele tanto verla así; perdida, aterrorizada y sumida en un dolor que la está atravesando una y otra vez.

—Sí, está en coma, y sí, suena grave, lo sé, suena fatal, pero es un coma inducido. Los médicos lo mantienen así para que no sufra. No es tan peligroso como caer en coma a causa del golpe.

—¿Coma inducido? —pregunta ella con un hilo de voz.

—Sí, cariño. —Esme interviene, acuclillándose a mi lado—. Se ha fracturado varios huesos de una pierna, un brazo y las costillas, tiene quemaduras graves y... — Mi hermana frunce el ceño y carraspea, seguramente dándose cuenta de que no es buena idea enumerar todo lo que se ha hecho Einar—. Es mejor que esté dormido y no sufra tantos dolores.

—No está dormido. ¡Está en coma! —vuelve a repetir ella.

—Inducido. Es un coma inducido —repite Diego, que apenas puede contener sus propios nervios—. Es distinto, es mejor, aunque no lo parezca.

—Exacto —dice mi padre—. Estará despierto antes de lo que piensas, ya verás, tienes que ser positiva. Ahora, cuando salgan los médicos, o Nate, que está dentro, preguntaremos cuánto tiempo piensan tenerlo así, ¿de acuerdo? Pero tienes que intentar mantenerte tranquila, Amelia. Einar te necesita más fuerte que nunca. Tu bebé te necesita más fuerte que nunca, también.

Ella asiente de inmediato ante la mención del bebé y del propio Einar y soy consciente, una vez más, de la fuerza que es capaz de tener cuando se trata de conseguir que otros no sufran más. Por ellos sería capaz de hacer cualquier cosa.

Es grandiosa.

Ninguno de nosotros le dice lo que es obvio, y es que, cuando despierte del coma, los médicos tendrán que evaluar las posibles secuelas que le queden. No sabremos la

magnitud de todo esto hasta ese momento, pero creo que Amelia ya tiene suficiente y, de todas formas, no puede hacer nada para cambiar la situación, así que, en un acuerdo sin palabras, a base de miradas, decidimos entre todos darle la información poco a poco, para que vaya asimilándola a su ritmo y no entre en crisis.

Quizá nos equivocamos, puede ser, pero en momentos así lo único que nos queda es intentar hacer lo correcto y estar al pie del cañón, apoyándonos unos a otros y no permitiéndole a mi hermana encerrarse en sí misma, porque si no acabará enferma y vamos a tener dos personas de las que preocuparnos seriamente, y no sé si estamos capacitados para soportar tanto dolor así, de golpe.

Cuando Amelia se calma un poco me alejo para coger de la máquina expendedora una Coca-Cola y veo a Diego acercarse a mí. Tiene los ojos rojos, pero no ha llorado frente a mí, así que intuyo que esos paseos al baño, que cada vez duran más, son aprovechados para desahogarse.

—¿Estás bien? —pregunto, acariciando sus ojeras.

Él asiente y me abraza con fuerza. Entierro la cara en su jersey y aspiro su olor, intentando calmarme a mí misma.

—Es un vikingo —dice él sobre mi pelo—. Podrá con esto, pequeña. Podrá con esto... ¿Verdad?

Me parte por dentro notar la incertidumbre en su voz, así que me separo de él, lo miro a los ojos y hago, por primera vez en mi vida, una promesa que no estoy segura de poder cumplir.

—Te prometo que podrá con esto. Te lo prometo por él, que está dormido y no puede hacerlo. Einar saldrá airoso de este sitio y antes de lo que todos pensamos estaremos haciendo una enorme fiesta de inauguración en nuestro jardín. Celebraremos la casa, el embarazo de Amelia, el nacimiento de Valentina... —Mis ojos se aguan, pero no me permito derramar ni una sola lágrima—. Celebraremos la vida, poli, y lo haremos todos juntos, incluido el vikingo, así que más le vale ponerse las pilas y recuperarse pronto.

Él sonrío y asiente con vigor, desesperado por creerme. Yo le abrazo, miro a Amelia, al fondo de la sala de espera, que observa un punto fijo que, seguramente, ni siquiera ve como tal, y rezo, por primera vez en muchísimos años, para que esto no sea más que una pesadilla y no tengamos que lamentar nada más.

Que el tiempo pase rápido y pronto todo esto sea solo una anécdota más en la familia León.

Ese es mi deseo más ferviente ahora.

He mirado tanto tiempo al fondo del pasillo, que empiezo a pensar que voy a quedarme en esta postura hasta... pues no sé. Hasta que asimile la información que Nate acaba de darme.

No me ha dicho nada nuevo, en realidad, pero me ha explicado cuál es el estado exacto de mi chico y para qué sirve el coma inducido. Al parecer, de estar despierto los dolores serían tan insoportables que no habría calmantes suficientes para ayudarlo, así que lo mejor ha sido darle medicación para sedarlo. De este modo pueden hacerle pruebas para valorar las posibles lesiones internas, aunque ya las hayan visto con el TAC y también para comprobar que no tiene hemorragias cerebrales, hematomas y demás.

Al principio he entrado en pánico, pero él me ha explicado que no está al borde de la muerte. Solo lo tienen «dormido» para que no sienta el dolor, pero eso también implica que no ve, ni oye, ni se percata de lo que ocurre a su alrededor. A todos los efectos, su cuerpo está aquí y su esencia, gracias a los fármacos, no.

Es tan surrealista...

Hace unas horas mi mayor preocupación era contarle que estoy embarazada y que él trabajaba demasiadas horas en casa de mis hermanos, y ahora está tumbado en una cama con no sé cuántos huesos rotos y en un estado de semiinconsciencia que, por más que me digan, me da un pánico tremendo, porque, ¿y si empeora? ¿Y si hay algo que no han visto en las pruebas, sale a relucir y él no se da cuenta porque está dormido? ¿Y si se muere?

Dios, no, no voy a pensar en eso último como una posibilidad. Puede que tenga un montón de huesos rotos, quemaduras y un sinfín de cosas más, pero no va a morir. Se lo prohíbo ahora mismo y lo haré aún con más fuerza cuando esté frente a él.

Nate me ha explicado que, si todo va bien y las pruebas son favorables, empezarán a retirarle poco a poco los fármacos que lo mantienen así hasta despertarlo. También le quitarán la respiración asistida que, al parecer, necesita.

No será fácil, me ha advertido, porque necesitará mucha ayuda y recuperación, pero para eso tiene a la familia. Yo, por mi parte, le he agradecido en el alma que se haya preocupado de hablar con el equipo médico, porque estoy segura de que mi mente es incapaz de procesar una explicación médica ahora mismo. Nate no trabaja en este hospital, pero conoce a mucha gente y eso ha sido de gran ayuda.

—Deberíamos marcharnos a casa y descansar un poco antes de volver mañana en el horario de visitas —dice mi hermano Álex apoyando una mano en mi rodilla.

—Yo me quedo.

—Amelia, cariño, Einar está dormido y...

—Está en coma, no dormido —contesto con sequedad—. Yo me quedo y, además, quiero verlo.

—No puedes.

—Quiero verlo. ¡Soy su novia! Tengo que verlo.

Álex toma aire y se frota la frente. Sé que le cuesta mucho negarme las cosas y que lo está pasando mal, pero es que no comprende que yo necesito ver a Einar para cerciorarme de que, aun en coma, está vivo. Necesito verlo para saber a qué nos enfrentamos.

—Está en la UCI —dice con suavidad—. Tienen horarios establecidos y no puedes pasar. Solo se le puede ver media hora por la mañana y media por la tarde, pero mañana, en cuanto nos lo permitan, serás la primera en pasar y verle.

—No.

—Amelia, por favor, no lo pongas difícil —susurra él en tono suplicante—. Te entiendo, imagino el dolor que estás pasando, pero piensa que Einar también es parte de nuestra familia. Todos estamos un poco rotos y todos queremos lo mejor para él, para ti y para tu bebé, y lo mejor no es encerrarte en ti misma. Ahora, no. Ahora te toca ser fuerte y echarle los ovarios que sé de sobra que tienes, ¿me oyes? —Aprieto la mandíbula, impactada por sus palabras, y él chasquea la lengua—. Lo siento, yo...

—No —susurro—. Tienes razón. —Cierro los ojos e intento soportar el dolor que me provoca decir esto—. No puedo hacer nada por él, porque ni siquiera sabrá que estoy aquí, así que supongo que ir a casa no es tan mala idea.

Álex guarda silencio, igual que el resto de mi familia y, cuando los miro, me doy cuenta de que todos tienen caras de estar agotados y tristes. No soy la única que está pasando uno de los peores días de su vida y debería ser consciente de eso. El egoísmo nunca se ha contado entre mis defectos y no empezará a hacerlo hoy, así que me levanto, cojo mi bolso y, cuando empiezo a caminar, Esme se agarra a mi mano de inmediato.

—Estará bien, cariño. Es un vikingo.

Entramos en el ascensor y mis ojos se llenan de lágrimas, porque no puedo soportar la idea de pensar que lo estoy abandonando en este hospital frío y de olor aséptico. No puedo dejar de imaginarlo postrado en una cama, lleno de golpes y heridas. Solo. Da igual que no se entere de nada, está solo y no dejo de pensar que, si se despierta, igual piensa que no me importa lo suficiente como para estar a su lado.

Que ya, que ya sé que es imposible, que está sedado, pero mi imaginación, desbordada de por sí, no deja de ofrecerme imágenes desgarradoras.

El camino a casa es eterno y, cuando llego y entro en mi habitación, siento que el oxígeno se reduce hasta consumirme; que su ausencia me golpea como nunca antes lo ha hecho nada.

Sara entra y me guía con dulzura y paciencia hacia el baño.

—Date una ducha bien caliente. Te sentirás mejor, te lo prometo.

Asiento, pero estoy como ida. El dolor, la ansiedad y el pesimismo están luchando por salir y yo siento que, ahora que estoy aquí, sin él, no tengo tantas fuerzas para frenar cada sentimiento negativo que intenta abrasarme.

Me doy la ducha, salgo y, cuando veo sobre el lavabo el pijama que Sara me ha puesto ahí mientras permanecía bajo el chorro de agua caliente, niego con la cabeza. Me coloco solo las braguitas, me envuelvo en una toalla y voy a mi dormitorio. Abro el armario y cojo una de las camisetas de Einar. Me la acerco a la cara de inmediato y aspiro con fuerza. Huele a suavizante, así que gimo de impotencia, de dolor y de odio, porque no soporto que no huela a él. ¿Por qué no puede oler a él? ¡Necesito olerle!

Es entonces cuando Julieta aparece en el marco de la puerta y me mira con una mezcla de dolor y compasión que no soporto.

—Ven —susurra entrando y abrazándome. Mi respiración es agitada y, cuando intenta coger la camiseta de mis manos, me pongo rígida y niego con la cabeza. Soy consciente de que tiemblo entera, pero no puedo detenerme—. Shhhh, vamos a hacer una cosa, ven.

Me lleva hacia la cama, me sienta y va hacia el escritorio, donde coge el bote de perfume de Einar, lo abre y rocía su camiseta con él. Cuando vuelve tira de mi toalla, me mete la camiseta por la cabeza para ponérmela y rompo a llorar, porque a mí no se me habría ocurrido y porque, puede parecer una tontería, pero me alivia un poquito que entienda mi dolor. Que sepa que necesito tenerle conmigo de alguna forma, por mínima que sea.

—Duele. Dios, cómo duele no tenerle aquí.

—Lo sé —dice ella con la voz quebrada—. Lo sé, cielo.

Mi hermana Esme aparece en el dormitorio y, cuando nos ve, sale. Por un momento pienso que se ha alejado de la escena porque es bastante triste y ya sabemos que ella intenta mantener la compostura siempre, pero aparece a los pocos segundos con un cepillo para el pelo y, sin decir una sola palabra, se sienta a mi lado y comienza a pasarlo por mi cabeza, lo que hace que me sienta agradecida, reconfortada y más sensible, aún.

Álex entra casi seguido con una enorme taza entre las manos y, cuando se acuclilla frente a mí, hago todo el esfuerzo del mundo por dejar de llorar, pero no me sale, porque soy hipersensible, aunque me odie por ello, y porque esta vez tengo derecho y creo que ni siquiera ellos van a meterse conmigo por hacerlo.

—Eli dice que puedes tomar tila aunque estés embarazada —susurra mi hermano con dulzura, ignorando mis lágrimas—. Ella la toma a veces, cuando Óscar y yo la ponemos de los nervios.

Consigo sonreír un poco, porque sé que sus últimas palabras tenían como única finalidad conseguirlo, y cojo la taza con manos temblorosas.

Él se queda de cuclillas frente a mí, con sus manos en mis rodillas, masajeándolas suavemente.

—¿De cuánto estás? —pregunta Esme después de unos minutos en los que ninguno habla.

—No lo sé exactamente. Me hice el test esta mañana y... —La voz se me quiebra, carraspeo y cojo aire con fuerza para seguir—. Iba a decírselo a Einar esta noche. Tengo un retraso, así que imagino que de muy poquito.

—No sabía que estabais buscando. —Julieta sonrío, pero sus ojos no brillan—. Seguro que el vikingo se pondrá loco de contento cuando sepa que habéis dado en el clavo.

—No ha sido buscado —contesto—. No entraba en nuestros planes.

No cuento que, de hecho, estábamos atravesando un momento delicado por mis inseguridades, en gran parte. No les hablo de nada de eso porque no quiero que piensen que teníamos problemas. No los teníamos. No como tal. Íbamos a solucionarlo todo hoy mismo hablando y aclarando los puntos que nos hacían estar más distantes, pero luego él se fue a casa de mis hermanos y yo me marché en busca de Rubén y... Y después esto. El caos absoluto.

—Bueno, aun así, cuando Einar se despierte y sepa que va a tener un bebé se va a poner tan contento que seguro que hasta se recupera antes, solo para volver a casa contigo —dice Álex.

Asiento, imaginando su cara cuando reciba la noticia, pero, debido al día tan pésimo que llevo, de inmediato mi imaginación transforma su preciosa cara en una llena de golpes, sangre y heridas que me revuelven el estómago. Cierro los ojos y procuro calmarme y quitarme esa imagen de la cabeza, así que hago multiplicaciones sin sentido, como siempre, hasta que consigo despejarme. En ese tiempo mis hermanos se quedan cerca de mí, acariciándome o, simplemente, mirándome y permaneciendo a mi lado, demostrándome que este vínculo que tenemos entre los cuatro siempre es fuerte, pero en los momentos malos, más.

Cuando me acabo la infusión me meto en la cama y Retazos, que ha permanecido en un discreto segundo plano, como siempre, salta sobre el colchón y se tumba sobre mis pies. Mi precioso gatito imperfecto... Sonrío, le acaricio y me tumbo, sorprendida por su actitud, porque él prefiere dormir en el armario. Mi sorpresa aumenta cuando mis hermanos se descalzan y se meten en la cama, también. Deberían irse a sus casas y así se lo hago saber, pero ellos niegan con la cabeza y se aprietan para caber mejor.

—No vamos a dejarte a solas con tu cabecita —dice Julieta sonriendo—. Vamos a quedarnos aquí, velaremos tus sueños y nos aseguraremos de que descanses lo suficiente para que mañana estés algo más repuesta antes de ir al hospital.

Asiento, entendiendo lo que quieren decir. No se fían, por si me paso la noche entera llorando, empeorando así mi estado de ánimo. Y no puedo culparlos, porque en otro momento, habría sido justo así, no voy a negarlo, pero en este instante tengo que ser fuerte por Einar y, sobre todo, por nuestro bebé, porque tanto estrés no es bueno

para él, o ella, así que más me vale cuadrar los hombros y afrontar cada piedra en el camino con valentía y positivismo.

Hoy, de esto último, no tengo ni una gota, lo reconozco, pero me prometo a mí misma levantarme mañana con la energía suficiente para hacer frente a la imagen de Einar postrado en una cama, cuando consiga entrar a verle. Cierro los ojos, me tapo con la colcha, entrelazo mis manos en mi estómago y, cuando siento los brazos de mis tres hermanos rodearme de una u otra forma, consigo sonreír un poco y conciliar el sueño.

Qué suerte tuve el día que nací y llegué al mundo junto a tres compañeros de vida tan impresionantes como ellos.

Solo espero que algún día mi bebé pueda mirar a sus propios hermanos y primos a la cara y sentir que da igual cómo de fea se ponga la vida, porque con un abrazo de este calibre, todo consigue verse un poquito mejor.

Por la mañana Julieta se da una ducha y me coge un vestido con cerezas estampadas. Tiene ropa de repuesto en su antiguo dormitorio, pero dice que lo menos que puedo hacer después de pasarme la noche dándole patadas a los tres es dejarle un vestido mono. Yo sonrío y se lo dejo, porque tiene razón en que he estado muy inquieta toda la noche. Recuerdo, de manera inevitable, cuando daba vueltas en la cama y Einar acababa por tocarme y besarme hasta conseguir que me estuviera quieta. A veces los besos llevaban a más y acabábamos haciendo el amor en plena madrugada, a oscuras y sintiéndonos tan de cerca que podíamos confundir la piel del otro con la nuestra propia.

Suspiro con pesar y alejo el pensamiento. Prometí amanecer con energía y positivismo y lo voy a intentar.

Julieta se da una ducha rápida, se viste y se va a la tienda, porque abre los sábados medio día. Esme va a su casa a ducharse y Álex elige usar ropa de la que también tiene por aquí para cambiarse.

—Dúchate tú —me dice—. Te veo abajo, tomamos café y vamos al hospital.

Asiento y agradezco que, al menos, sea sábado, porque así todos estamos más libres.

En un principio mi padre, Sara, Álex, Esme y Nate quieren venir al hospital, pero tenemos a los niños, Eli está en casa con Óscar, pero Noah, Emily y Victoria necesitan quedarse con alguien y, aunque ella se ha ofrecido a venir, Álex se ha negado, porque anoche ya se llevó un mal rato y en su estado es mejor que descanse.

—Yo me quedo con ellos —asegura—. Id vosotros.

—Será poco tiempo, en realidad —dice mi padre—. Solo permiten visitarlo media hora.

Yo guardo silencio, porque, a pesar de entender objetivamente que no dejen entrar más tiempo a familiares, me fastidia y me duele saber que yo tendré que estar aquí y él allí, solo.

Nos marchamos al hospital todos en un coche y, cuando llegamos, siento el estómago del revés por culpa de los nervios. Pregunto por Einar y, cuando me guían hacia donde está, siento que el mundo, tal como lo percibo normalmente, deja de tener sentido. Me muevo a través de una nebulosa, como si de un laberinto se tratara, deseando llegar al final y encontrarme con el amor de mi vida.

—No te asustes cuando lo veas —me dice el doctor—. Está muy magullado, pero sus fracturas son limpias y, pese a la gravedad, no hay que lamentar algo peor. Si todo va bien mañana empezaremos a despertarlo.

Asiento mientras juego con el borde de mi jersey, arrugándolo dentro de mis puños una y otra vez. Que sus huesos no hayan atravesado su piel, ni ningún órgano,

es una buena noticia y me alegro, pero ahora mismo tengo tantas ganas de verlo y comprobar por mí misma que está bien, que no me sale decir ni una palabra.

Le veo a lo lejos y me paro en seco, abriendo los ojos de la impresión y ahogando un jadeo de dolor. La enfermera que nos acompaña, que seguramente entiende mi estado, sujeta mi mano y me guía hacia él susurrándome palabras de ánimo a las que me aferro con toda la voluntad del mundo.

Cuando nos acercamos soy consciente del estado de Einar. Consciente de verdad. En mi mente ya no existen las palabras de familiares, médicos o enfermeras. Ahora puedo ver su imagen postrada, su preciosa cara llena de tubos, su brazo y su pierna escayolados, el brazo libre magullado y... Tomo aire con fuerza, intentando calmarme, pero cuando miro la sábana que lo cubre, pienso en su costado completamente abrasado por la carretera. Las curaciones van a ser dolorosas, estoy segura, y solo de imaginarlo siento que me duelen a mí.

—Puedes acercarte más —dice la enfermera, siendo consciente de que me he quedado a unos pasos de la cama.

Lo intento, de verdad intento acercarme de inmediato, pero es que ver a Einar en este estado me ha golpeado con toda la fuerza del universo. Una cosa era imaginar cómo estaría y otra verlo. Su vitalidad, sus carcajadas, sus carreras detrás de mis sobrinos, su forma de cantar en un karaoke o recordar cuánto le gustó bailar conmigo bajo la lluvia son cosas que ahora arden más que nunca, porque soy consciente de que podría haberlo perdido. Podría haberlo perdido para siempre y todo por mi culpa, por irme a ver a Rubén sin pensar, como siempre; por exponerme y exponer a todo el que me quiere a causa de mi confianza excesiva en las personas.

Cierro los ojos y me obligo a parar este tren de pensamientos. Me prometí no hacer esto; no puedo venirme abajo y pensar en las razones por las que Einar está aquí, eso no va a llevarme a nada bueno y, además, no es lo que mi novio necesita, así que me acerco con paso lento y estiro una mano para tocar la suya, pero antes miro a la enfermera.

—¿Puedo?

—Sí —murmura ella con una sonrisa—, pero no te oye, ni te siente, así que no esperes que responda a tu gesto.

Asiento de inmediato y hago el esfuerzo de sonreír. Cuando lo consigo, pienso que mi vikingo estaría orgulloso de mí.

—El cine ha hecho mucho daño con estas escenas, ¿no?

—No imaginas cuánto —susurra el doctor sonriendo—. Bueno, os dejamos a solas. Ya sabes que, pasada media hora, tienes que salir. —Asiento y ellos se marchan, dejándome a solas con Einar.

—Hola, vikingo... —susurro.

Él no responde, tal y como me ha advertido la enfermera. Lo sabía, sabía que no iba a responder y que es lo lógico, pero cómo duele, llegado el momento, ver hasta qué punto su cuerpo está aquí y el resto, de momento, no.

En un principio tenía pensado hablarle, supongo que, en efecto, las películas han tenido un gran impacto a la hora de reproducir este tipo de escenas, pero, pasados unos segundos, me doy cuenta de que no puedo hacerlo sin ponerme a llorar, porque lo único que me sale es pedirle que se despierte o, mejor aún, que encuentre la forma de volver atrás en el tiempo. Yo me quedaré en casa ignorando a Rubén y él volverá pronto, hablaremos, le diré que en unos meses será papá y haremos el amor hasta que el alba nos sorprenda.

Eso, por desgracia, es solo un deseo intenso e imposible, así que, sin soltar su mano, me siento en el sillón que hay al lado y procuro respirar y calmarme.

Lo consigo, más o menos, y pasados unos minutos, pese a las palabras de la enfermera, me acerco más a él y, al mismo tiempo que acaricio su mano, canto la canción que él me ha cantado a mí infinidad de veces, empezando por el día que bailamos bajo la lluvia. La letra de *You are my sunshine* brota suave y dubitativa de mi garganta. Intento hacerlo con más firmeza, pero me siento un poco tonta y perdida. Me concentro en sus hematomas y en el largo camino de recuperación que nos queda por delante y agradezco, después de todo, estar en este punto, porque ayer, cuando me dijeron que estaba en coma, pensé que moriría en vida ante la mera idea de poder perderlo.

Le canto varias canciones empalagosas y, cuando quiero darme cuenta, es hora de acabar la visita, así que me levanto, me acerco con cuidado a su cara y beso su frente, odiando no poder besarlo en los labios por la respiración asistida y preguntándome cómo de fuerte debió ser el golpe de la caída para tener un moratón cerca del ojo, pese a llevar casco.

—Te veo esta tarde —susurro sobre su piel.

Me separo de su cama y me alejo con paso rápido, intentando no mirar al resto de pacientes de esta unidad, porque no quiero ser consciente de que Einar está rodeado de gente que se encuentra en un estado gravísimo; muchos de ellos próximos a la muerte. No quiero ser consciente, porque entonces tendré que pensar en lo cerca que ha estado él también. En lo que hubiese pasado si, al salirse de la curva, hubiese venido un coche en sentido contrario, por ejemplo...

Mi respiración trastabilla y aparto el pensamiento de inmediato.

No.puedo.hacer.eso.

Llego a la sala de espera, donde está mi familia y me doy cuenta de una cosa: ellos no están aquí por Einar. O sí, están aquí porque quieren saber de él, claro, pero para eso les hubiese bastado con que yo les diese la información al llegar a casa, porque sabían que no iban a poder entrar a verlo. Ellos han venido por mí, para animarme y sostenerme en el proceso de verlo en ese estado. Han venido para dejarme claro que no estoy sola, y él tampoco. Han venido porque eso es lo que hacen las familias; apoyarse y no dejarse caer nunca, por muy alto que sea el precipicio.

—Dicen que, si todo va bien, lo despiertan mañana —me comenta Esme en cuanto me ve, abrazándome por un costado.

—Sí. —Mi voz suena en tono bajo, supongo que es parte de intentar no llorar más. La contención en estado puro—. Mañana podré ver sus preciosos ojos azules de nuevo.

—Claro que sí. Estoy pensando que, cuando le den el alta, vamos a hacer una fiesta por todo lo alto. ¡Invitaremos a Sin Mar al completo! ¿Qué te parece? —pregunta mi padre—. Cocinaremos su comida favorita, escucharemos su música y beberemos su marca favorita de cerveza. Será genial, ya verás. Bueno, tú no podrás beber cerveza —dice él guiñándome un ojo—, pero te prepararé zumitos y limonadas, como hacía con tus hermanas y hago con Eli. ¿Quieres?

—Estaría genial —confieso sonriendo un poco.

—Yo me comprometo a controlarlo un poquito para que no acabemos saliendo en los periódicos por organizar una fiesta de dos semanas —dice Sara, haciendo que mi sonrisa se convierta en una risa entrecortada y agradecida.

Me froto los ojos, que ni siquiera me he maquillado hoy, y pienso en la cara que va a poner Einar cuando le cuenten todo lo que están preparando.

Volvemos a casa con mi padre cotorreando acerca de la fiesta mientras yo sonrío y pienso, de pasada, que debería organizar el tema de la baja laboral de Einar y, de paso, hablar con Jorge para ver si hay alguna posibilidad de coger unos días. He estado siempre tan obsesionada con el trabajo que ni siquiera sé qué dice nuestro convenio al respecto de un posible permiso por familiar hospitalizado. Se lo comento a Esme, que me deja claro que, no siendo ni siquiera pareja de hecho de Einar, es difícil que pueda cogerlo.

Suspiro y pienso entonces en las tres semanas de vacaciones que he cogido este año. Me queda una que pensaba coger en Navidad, para aprovechar la llegada de Valentina, que nacerá a final de año, si todo va bien, pero siendo así igual me conviene cogerla ahora para estar con Einar.

Llego a casa, llamo a Jorge, pese a ser fin de semana y, después de contarle lo sucedido y pedirle la semana de vacaciones, me la da sin problemas, ofreciéndome incluso los días de asuntos propios que aún no he cogido. Se lo agradezco en el alma, porque cualquier día que saque para estar con Einar es bienvenido.

Cuelgo el teléfono, me siento en el borde de mi cama y miro al vacío, pensando en qué hacer lo que resta de día hasta que llegue la hora de volver al hospital para verlo de nuevo.

Al final no hago nada. Me tumbo en la cama y procuro dormir un rato, luego leo un poco, como, me echo una siesta en el sofá, aprovechando que mi padre, Sara y los peques han salido a dar un paseo, y solo me levanto cuando Julieta aparece para decirme que me lleva al hospital.

Por el camino me recuerda que pida cita con el ginecólogo para que me confirme que mi embarazo va bien y el bebé no corre ningún peligro. Me asusto de inmediato,

pero ella me calma.

—Es una visita rutinaria. Dependiendo del tiempo que tengas de embarazada podrás oír el corazón del bebé, y siendo hijo o hija del vikingo, yo apostaría a que va a latir con la fuerza de un guerrero.

—O guerrera.

—Eso —contesta ella riendo—. Puedes pedirla en el hospital donde trabajan Nate y Eli. Esme y yo fuimos ahí y es bastante bueno.

—Sí, ya lo haré...

—Puedes llamar el lunes por la mañana.

—Ajá.

—¿Ajá? ¿Qué te pasa? Conociéndote, nunca imaginé que tendría que presionarte para ir al médico a asegurarte de que tu bebé está bien. Sin ofender, pero es raro.

Tiene razón, es raro y llevo una mano de inmediato a mi vientre, sintiéndome culpable por no tener prisa para ir al médico. Suspiro y le cuento a Julieta qué pienso, en realidad.

—No quiero ir sin Einar —confieso—. No quiero hacer esto sola, aunque sea una tontería. Necesito que me digan que nuestro bebé está bien, y necesito que lo hagan mientras él me coge la mano.

Mis lágrimas se saltan y me callo, porque sigo con mi promesa de no llorar. Me está costando la vida y confieso que tengo ganas de que la noche llegue para meterme en mi cama y aliviar mi estrés un poco a base de lágrimas. Mucha gente no comprende que, para mí, es una forma de desahogarme y dejar ir todo lo que me preocupa. Llorar no es malo; limpia el alma. Sin embargo, sé que no debo hacerlo con mucha frecuencia o acabaré más cansada de lo que ya me siento.

Además, prefiero estar serena para ver a Einar.

—Haremos una cosa —dice Julieta de nuevo—. Iré contigo a una primera visita, nos aseguraremos de que todo está bien y, cuando el vikingo tenga el alta, organizaremos otra.

—No será lo mismo. No será la primera.

—Lo será. Le diremos al ginecólogo que se asegure de que todo esté bien pero que no quieres oír su corazón; solo saber que no hay ningún problema. Así nos quedaremos tranquilas y tú lo oirás cuando Einar esté contigo. ¿De acuerdo?

Pienso en ello y admito que es un buen plan. Sabré que todo está dónde debe y podré relajarme. Sin embargo, no tendré que oír su corazón latir, como si estuviese saludándome por primera vez, mientras estoy sola. Sé que es una tontería, en realidad, pero no para mí. Necesito que nuestro bebé nos inunde de felicidad con el latido de su corazón a los dos al mismo tiempo. Necesito que Einar esté a mi lado, sujetando mi mano y sonriendo cuando eso pase, así que acepto el plan de Julieta y, cuando llegamos al hospital, estoy aliviada porque, al menos, estoy consiguiendo organizar mi vida en base a esta nueva situación sin entrar en una crisis nerviosa, que ya es mucho más de lo que hubiese esperado yo misma de mí hace unos meses.

Supongo que eso siempre ha sido parte del problema; no ser capaz de creerme lo fuerte que soy, por mucho que mi familia me lo repitiera. Ellos me trataban como si fuese más débil a veces porque yo misma me ponía en esa posición. Me enfrentaba a cosas horribles en el trabajo, pero llegaba a casa y me convertía, automáticamente, en la hermana pequeña a la que había que sobreproteger. Nunca me negué, siempre me pareció bien adoptar ese papel, pero ya es hora de salir de la zona de confort. Si de algo me está sirviendo esta experiencia, es para entender, de una vez por todas, que ser sensible no es sinónimo de ser débil, solo significa que soy capaz de sentir las cosas con una intensidad desmedida y, por esa misma regla de tres, soy capaz de aplicar soluciones igual de intensas.

Porque no todos sacamos nuestra fortaleza cuadrando la mandíbula y los hombros. Algunas personas lloramos y, en esas lágrimas, encontramos el impulso necesario para acabar con cada piedra del camino.

Einar

Intento abrir los ojos para ver de dónde procede ese pitido tan molesto, pero siento que la cabeza me pesa el triple de lo normal, mis sentidos están embotados y mis párpados se niegan a abrirse de golpe, como harían cualquier mañana.

La garganta se me está rajando en trozos, debo haberme tragado media docena de cuchillas, porque la sensación es la misma. Aprieto los ojos y tomo aire con fuerza, pero entonces el ardor se concentra en mis costillas.

Joder, cómo duele.

—Tranquilo —dice una voz acercándose a mí cuando intento girarme—. Espera, no te muevas.

Abro los ojos, por fin, y veo a una enfermera rodeada de un halo de luz blanca. ¿Una enfermera? ¿Estoy en un hospital? Me fijo de nuevo en la chica y en su halo blanco y, de no ser porque tengo la boca seca, tragaría saliva. ¿Y si no es una enfermera? ¿Y si me he muerto y es un ángel disfrazado?

Mierda, espero no estar muerto.

Miro al otro lado, pero lo hago con demasiada rapidez y se me nubla la vista un poco. Hay máquinas, cables, sonidos y un sinfín de cosas conectadas a mi cuerpo, al parecer, así que sumando eso al dolor generalizado que estoy empezando a sentir, supongo que no estoy muerto, pero me ha faltado poco.

La enfermera me cuenta todo lo que me está haciendo mientras maneja la vía que hay inyectada en mi mano y yo cierro los ojos y me concentro en recordar qué me ha traído a esta situación.

No me cuesta demasiado, en realidad; recuerdo a Javier enseñándome el móvil de Amelia, me veo a mí mismo leyendo los mensajes y saliendo disparado en la moto para buscarla. Iba a verse con Rubén y quería impedirlo, pero en una curva derrapé, perdí el control y me salí de la carretera. Después de eso todo se volvió borroso. Recuerdo el dolor que sentí, no al caer, sino después. La caída fue rápida, apenas un segundo que cambió mi vida, viendo dónde estoy.

Podría haber muerto. No necesito que me lo diga un médico, lo noto en mi cuerpo machacado y dolorido, pese a toda la medicación calmante que seguramente tengo. Podría haberme quedado en esa carretera y el conocimiento me perturba, no porque tenga miedo a morir, sino porque, de haber otra vida después de la muerte, me la pasaría castigándome por hacer sufrir a Amelia con mi marcha.

—Amelia —murmuro con la voz cuarteada.

—Es tu novia, ¿no? —pregunta la chica con una sonrisa—. Está fuera, esperando que la deje pasar.

—¿Está bien? —pregunto con tintes de desesperación.

—Sí, supongo. Blanca y ojerosa, pero tener a alguien querido en la UCI hace que los parientes cercanos se demacren.

—UCI... —susurro.

—Sí, pero no te preocupes, mañana, si todo va bien, te subiremos a planta. Ahora intenta relajarte, voy a buscarte un poco de agua para que te mojes los labios y puedas refrescarte la boca. Irás bebiendo poco a poco, ¿de acuerdo?

Hago el amago de asentir, pero mi cabeza vuelve a temblar por dentro, así que frunzo el ceño y noto dolor al lado del ojo.

—¿Cuánto he dormido? —pregunto con una voz pastosa que casi no reconozco.

—Algo más de dos días. Te inducimos al coma para comprobar tu estado y ahorrarte un poco de sufrimiento, pero ya estás despierto, así que no te preocupes.

—Pero...

—Te lo explicaremos todo, pero, por ahora, intenta mantenerte tranquilo.

Sé que no va a darme mucha más información, así que cierro los ojos y me concentro en respirar.

Amelia está bien, eso es todo lo que importa.

Supongo que podré verla pronto, porque me ha dicho que está fuera. Abro los ojos de golpe y vuelvo a fijarme en las máquinas que me rodean. Por un momento me planteo si quiero que ella me vea así, porque sé que sufriría, pero luego pienso que es probable que estos dos días haya estado por aquí, así que ya no puedo ahorrarle el sufrimiento.

Intento mantenerme despierto y espero a que alguien venga a verme, pero en algún momento noto cómo los ojos se me cierran y, cuando los abro de nuevo, ha pasado un rato. Lo sé porque me lo dice la enfermera, que me asegura que es normal estar tan cansado.

—¿Agua? —pregunto.

Tengo un sueño inmenso, pero siento que, si no me dan agua, no voy a ser capaz de dormir, porque la boca me duele, de tan seca como la siento.

—La traerá ahora alguien a quien se lo agradecerás más que a mí —me contesta con una sonrisa.

—Amelia.

—Está como loca por verte. —Su voz suena risueña, pero se mueve por la habitación y a mí me duele tanto girar la cabeza que no hago el intento de ubicarla—. Desde que le dijimos que ya estás despierto está pegada a la puerta esperando que llegue la hora de poder entrar.

Sonríó un poco porque eso suena muy a Amelia. Puede que sea una mujer dulce y paciente, pero también es tenaz cuando algo le importa lo suficiente como para

preocuparse. Claro que a Amelia prácticamente todo le importa lo suficiente como para preocuparse...

—Bueno, creo que ya está —dice la enfermera—. Voy a salir a decirle que ya puede pasar.

Asiento y, en cuanto sale, intento erguirme en la cama para que Amelia me vea mejor de lo que he estado hasta ahora. Es entonces cuando me doy cuenta de lo complicado que voy a tenerlo de ahora en adelante. Miro abajo y veo mi pierna escayolada, igual que un brazo, sin contar con el dolor que siento en el costado, y todo el cuerpo me arde tanto que suspiro, pero eso también duele. ¿Y se supone que estoy drogado para no sentir dolor? Pues, o esa droga está goteando por alguna parte, o esto va a ser lo más parecido al infierno que he vivido nunca.

—Einar.

Miro a un lado y sonrío, porque nunca mi nombre había sonado tan bien en un suspiro. Tiene mala cara, lo que hace que me sienta aún más culpable por haberla preocupado tanto. Está vestida con un vaquero y un jersey, y lleva sus enormes gafas puestas, pero ni así puede ocultar sus ojeras.

—Hola, ángel.

Ella se ríe, pero al mismo tiempo las lágrimas caen de sus ojos y me odio por no poder alzar mis manos para abrazarla y limpiar sus mejillas. Amelia se acerca con un vaso en la mano; un vaso que tiembla mucho, por cierto.

—Ten, mójate un poco los labios —susurra cuando está a mi lado.

—¿No vas a darme beso? ¿Estoy feo?

Ella se ríe y niega con la cabeza.

—Quiero que te refresques la boca antes, porque la enfermera dice que tienes mucha sed y no sé si, cuando te bese, voy a ser capaz de separarme de tu boca.

Me río un poco y siento el dolor reflejado en mi cuerpo. Estar aquí es una mierda, pero tenerla a ella a mi lado, definitivamente, es lo más similar que hay a que me toque la lotería. No, en realidad, es mejor que la lotería, porque dudo mucho que el dinero alguna vez sea capaz de llenarme por dentro de la forma en que lo hace Amelia.

Ella es consciente de mi gesto de dolor y se pone un poco más seria, pero no hace ningún comentario. Acerca el vaso a mis labios y, cuando apenas he dado un sorbo, me lo quita.

—Más —jadeo.

—La enfermera ha dicho que poco a poco.

—Más —repito, porque ahora que he probado un poco siento que, no tener más, será aún peor.

Ella me da de nuevo, pero me quita el vaso mucho antes de que me haya saciado. Lo entiendo, pero ese vaso, ahora mismo, se ha convertido en uno de los anhelos más grandes de mi vida.

—Ahora, beso —digo con firmeza.

Amelia se ríe, se agacha y, acariciando mi cara con cuidado, me besa en los labios con esa dulzura que solo tiene ella. Cuando se separa me quejo y sonrío.

—Más —repito, esta vez en referencia a su boca.

Amelia me besa de nuevo con más profundidad y, aunque me encantaría decir que me olvido de todo, no lo consigo, porque cada vez que quiero acercarme a ella algo me duele o me tira. Intento no quejarme, pero ella se da cuenta de que no estoy pasándolo precisamente bien y, después de besar mi mentón y la punta de mi nariz, sonrío y se separa, dejándome claro que ahora vamos a hablar.

—Dicen que mañana, si estás bien, van a subirme a planta —susurra—. Cuando lo hagan podré estar contigo todo el día, porque aquí solo me dejan estar media hora por las mañanas y media por las tardes.

—¿Cuántos huesos he roto? —pregunto.

Amelia me cuenta que mi pierna está partida en dos, mi brazo también está fracturado, tengo algunas costillas rotas, los golpes me han provocado cardenales y las quemaduras del costado con el que derrapé sobre la carretera van a necesitar curaciones. En resumidas cuentas: estoy hecho un guiñapo. Ella intenta adornarlo diciendo que podré irme a casa pronto y que todo irá bien, pero yo no dejo de pensar en la baja a la que voy a tener que hacer frente, la consecuente bajada de ingresos, la hipoteca, la casa sin terminar y que soy, a efectos prácticos, un inútil.

—Eh —dice Amelia en un momento dado mientras miro al techo—. Mírame, vikingo. —Lo hago solo para encontrarme sus ojos azules y llenos de amor puestos en mí—. Todo irá bien. Confía en mí.

—Amelia...

Cierro los ojos y me muerdo la lengua. No es buen momento para contarle lo de la casa. No así, postrado en una cama y con la garganta ardiendo. Necesito, al menos, unas horas para saber cómo decírselo, porque está claro que el plan de llevarla allí con los ojos vendados, descubrirle la sorpresa y acabar haciendo el amor en el suelo para inaugurar nuestra vivienda se fue al garete hace mucho.

Se fue al garete en el momento en que decidí convertir una sorpresa en un sucio secreto.

—Todo va a estar bien —dice ella con voz suave y dubitativa—. Todavía me quieres, ¿verdad?

La miro de inmediato, sorprendido y extrañado.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —pregunto, en inglés, dejando constancia de mi sorpresa.

—Bueno, estás aquí por mi culpa. —Sus ojos bajan un momento y se centran en la cama—. Si yo no hubiese ido a encontrarme con Rubén, nunca habrías salido corriendo con la moto. —Su voz tiembla y se muerde el labio inferior con saña—. Siento mucho haberte hecho esto, Einar.

Alzo la mano buena agradeciendo que el brazo roto sea el izquierdo, y acaricio su costado, haciendo un puño con su jersey y atrayéndola a la cama.

—Mírame —susurro. Lo hace, dejándome ver la culpabilidad que siente—. Estoy aquí porque corrí con la moto, derrapé y caí al suelo. En ninguna de esas tres acciones tuviste nada que ver, así que no digas que es tu culpa.

—Ibas a buscarme.

—También podría haber ido a comprar el pan.

—No, ibas rápido porque querías dar conmigo antes de que me encontrara con Rubén.

Eso es cierto, pero, aun así, ella no tiene la culpa y estoy convencido al cien por cien. El problema es que, para dejárselo claro, tengo que contarle todo lo que aconteció ese día, el cúmulo de sentimientos y pensamientos que llevaba encima y por qué no fue una buena idea coger la moto aquella noche.

Quería esperar, pensaba que era lo mejor, pero, por retrasarlo, hoy estoy aquí, postrado en una cama, lleno de golpes, huesos rotos y con la mujer que más he querido en mi vida mirándome como si ella me hubiese tirado a empujones de la moto. Esperar ya no es una opción. A veces, las cosas hay que hablarlas sin esperar el momento perfecto. Ese ha sido mi error, pensar que el momento perfecto iba a llegar, sin darme cuenta que era cualquiera en el que estuviéramos solos y juntos.

Ya no tiene sentido retrasarlo más. Parece el lugar y el momento más inoportuno del mundo para contárselo todo, pero si algo he aprendido de todo esto es que la vida puede cambiar en un instante y, si un día me toca irme de este mundo, por lo que sea, quiero hacerlo sabiendo que no le guardé a Amelia ni un solo secreto. Que a ella jamás le quede la duda de que hacerla feliz siempre ha sido, es y será mi prioridad en la vida, aunque para ello cometa errores. Que, si un día, en vez de salvarme por los pelos, me toca cerrar los ojos para siempre, Amelia tenga claro que hubo un hombre que la quiso más que a su vida.

Si consigo que ella deje de dudar de eso, me iré en calma y con una sonrisa en los labios cuando me toque, que espero que sea dentro de muchísimo tiempo. A poder ser cuando sea un anciano que mire a su preciosa mujer cada día y tenga la convicción de haber vivido una vida larga, plena y feliz.

El alivio que siento al ver a Einar despierto y hablando es tal que me noto las piernas flojas. Han sido los dos días más intensos de toda mi vida, y mira que he vivido situaciones estresantes, pero verlo postrado, dormido e inmovilizado ha podido con mis nervios, y eso que solo lo he visto por un espacio corto de tiempo. Ahora entiendo que, de haber estado pegada a él todo el día, habría acabado desquiciada. No soporto verlo completamente quieto, sin mover el gesto de su cara, porque habría acabado pensando que, más que dormido, parecía muerto. Ahora que por fin está despierto puedo verlo con claridad.

El sentimiento de culpa que arrastro también se ve con claridad, porque Einar está muy serio, intenta animarme, pero, al mismo tiempo, se muestra pensativo, lo que me hace dudar si no estará buscando algo creíble para decirme cuando, en realidad, cree que la culpa fue mía, como creo yo firmemente.

—Tengo que contarte algo —dice finalmente.

—Ya lo harás mañana —contesto cortándolo—. Ahora tienes que descansar.

—No, tengo que contarle ahora.

—No, mañana.

No sé por qué estoy tan cerrada. Supongo que, en el fondo, sospecho que tiene que ver con lo que sea que tuviera pensado contarme antes de que todo esto pasara, y el miedo a que sea algo que nos haga entrar en crisis me puede. Me puede mucho.

—Amelia, escúchame.

—Einar...

—He comprado una casa. —Mis ojos se abren de golpe y él sonríe un poco, pero es una sonrisa insegura, nerviosa—. He comprado una casa para nosotros, ángel.

—Eh... Perdona, ¿qué?

Einar abre la boca para hablar de inmediato y, al ver mi gesto, que no sé bien cuál es, pero debe andar entre la incredulidad y la sorpresa, se toma unos segundos para pensar en sus palabras.

—¿Sabes la casa de tus hermanos? La que he estado ayudando a restaurar tanto tiempo.

—Ajá.

—La casa para alquilar, no es para alquilar. Es nuestra. La compré con ellos y... bueno, quería que fuera una sorpresa. Quería restaurarla y mostrártela solo para poner los muebles. —Hace una pausa, supongo que espera que hable, pero las palabras están lejos de llegar a mi boca, así que sigue—. La idea, al principio, era bonita. Pensé que nos llevaría muy poco tiempo restaurarla, es evidente que no tenía ni idea del infierno en el que puede convertirse una obra tan grande. —Coge aire con fuerza y hace una mueca de dolor. Su voz sigue siendo pastosa, su mirada se descentra a

ratos, debido a la anestesia, y me pregunto si todo lo que me está contando no será más que un delirio causado por el coma, pero él sigue hablando y, pese a su estado, parece seguro de lo que dice—. La idea no era mala, pero se fue torciendo a medida que tú me ibas insinuando que compráramos o alquiláramos algo. Yo quería decirte lo que pasaba, pero preferí esperar y, en algún momento, aquello pasó de ser una sorpresa a un secreto. Ya no sabía cómo decírtelo porque pensaba que te enfadarías y...

—Shhhh.

Pongo una mano en su pecho para que se tranquilice, porque su respiración es agitada y es evidente que las costillas, la pierna, el brazo o algo de todo lo que tiene mal le está doliendo por culpa de su tensión corporal.

—Lo hice todo mal, pero no quería hacerte daño del modo en que lo hice. No debí ocultártelo, nunca debí tomar esa decisión por ti y tienes todo el derecho del mundo a enfadarte, pero yo solo quería demostrarte mediante esa casa que era capaz de hacerte feliz. Quería demostrártelo a ti y a mí mismo. Y... —Sus ojos se ponen en blanco y su frente se perla de sudor—. Y...

—Einar, para —le digo, acariciando sus mejillas y haciendo que me mire—. Tienes que callarte un poco. Respira, vikingo, todavía estás bajo los efectos de los sedantes y seguro que no es bueno que te alteres tanto.

—Pero es que...

—Todo está bien —susurro—. Todo está bien, ¿de acuerdo? Hablaremos de ello cuando te recuperes un poco.

Él cierra los ojos y me fijo en lo blanco que está; más todavía, quiero decir. Su rostro está demacrado, más delgado, diría, aunque seguro que él dice que no, pero es el rostro de un hombre enfermo y lo último que necesita es que yo reaccione de forma desmedida o pasional, así que acaricio sus mejillas, me agacho y beso sus labios, olvidando todo lo que ha dicho, o intentándolo, al menos.

—Amelia...

—Descansa, Einar.

—No me odies.

Me río en un jadeo y niego con la cabeza, pese a que él no me ve.

—No podría ni aunque quisiera —susurro.

Él sonrío un poco, pero no abre los ojos, muestra de lo cansado que está. Yo me quedo unos segundos a su lado, pensando en lo que me ha dicho y en lo molesta que me siento. Es inevitable, lo he pasado muy mal pensando que él no quería algo a largo plazo conmigo. O no, eso no es cierto, pensaba que no quería algo a largo plazo e íntimo conmigo. Incluso le insinué alquilar la casa que está reformando... El pensamiento me avergüenza, porque no imagino qué pudo pensar él en ese momento, sabiendo que la casa ya era nuestra. Siento una mezcla de sorpresa, emoción y molestia que no sé gestionar. Y cuando creo que no puedo cargar con más sentimientos, me acuerdo del bebé que llevo dentro; bebé del que Einar no tiene

conocimiento. ¿Acaso no he ocultado yo también información? No sería justo acusarle de no decirme la verdad de inmediato, cuando yo me callé primero las sospechas de embarazo y luego la confirmación. Sí, pensaba decírselo la noche del accidente, pero no lo hice, y eso es lo importante.

Quizá debería hacerlo ahora, pero Einar parece agotado y, además, mi media hora ha expirado. Tengo que salir de aquí si no quiero que me llamen la atención, así que beso sus labios y, cuando no me responde el gesto, sé que está agotado y dormido profundamente. Lo miro una última vez y salgo de la UCI pensando que mañana tendremos que hablar largo y tendido de esto. De todo.

La casa, nuestro futuro, el bebé... Hay tantas cosas que tenemos que tratar que, si lo pienso todo junto, me agobio, así que no lo hago. Me encuentro con Julieta y Diego en la sala de espera y les sonrío para hacerles saber que todo está bien.

—¿Se acuerda de todo? —pregunta Diego nada más tenerme enfrente.

—Eso creo. —Sonrío—. No hemos hablado del accidente. Está un poco ido y, después de contarme que, al parecer, vamos a ser vecinos de por vida, se ha quedado agotado.

—Uy. —Mi hermana hace una mueca graciosa con la boca y Diego se rasca la nuca—. Conste que yo dije que ocultártelo era mala idea, pero nadie me hizo caso. ¡A mí nadie me hace caso nunca!

—Pero no nos dejes con el culo al aire, joder... —susurra su marido.

—Os jodéis, haber sido sinceros —le contesta antes de mirarme—. Además, que os habéis perdido echar un polvete en una casa en ruinas, que tiene su aquel. Díselo, poli.

Diego no dice ni media palabra, pero la sonrisita que no puede disimular me hace poner los ojos en blanco.

—En fin, vamos a casa, estoy muy cansada.

—¿No quieres venir al restaurante a cenar? —pregunta mi cuñado—. Nate y Esme estarán allí con los peques.

—¿Y Álex y Eli? —pregunto.

—No, Óscar está resfriado y prefieren quedarse en casa y que repose para ir mañana al cole.

—Oh... bueno, vale, así luego vuelvo a casa con Esme y Nate.

Ellos asienten y salimos del hospital. El trayecto es silencioso, estoy en una especie de *shock* emocional que no me deja concentrarme en nada que no sea la revelación que me ha hecho Einar. La cena es distendida y alegre, celebran que mi vikingo está despierto, pero yo no dejo de imaginarlo en la cama, solo, aburrido y pensando en cómo estaré yo, porque le conozco y sé que es muy probable que la preocupación no le deje dormir. Luego recuerdo el montón de calmantes que tiene en el cuerpo y me tranquilizo. Dormirá, claro que lo hará, y mañana hablaremos y dejaremos, de una vez por todas, de lado los secretos.

Mientras ellos conversan acerca de cosas triviales, yo no dejo de pensar en la casa nueva. ¿De verdad es nuestra? Dios, es todo tan surrealista...

Cuando mis hermanas y mis cuñados por fin deciden marcharse, me alegro tanto que no puedo disimular una sonrisa, porque estoy agotada. Me meto en la parte trasera del coche de Nate junto a mi precioso sobrino y acaricio sus pies mientras él duerme plácidamente. Noah Morgan León. Sonríe pensando en su nombre y recuerdo el de mis sobrinas Emily y Victoria Corleone León. Desde luego, los apellidos de los niños de mi familia van a ser de lo más variopintos, exceptuando los niños de Álex y Eli, porque el bebé que Einar y yo tendremos se apellidará, si todo va bien, Böðvarsson León así que, bien mirado, voy a pensarme eso de ponerle un nombre español, porque no me imagino teniendo un bebé que se llame Antonio Böðvarsson, o Carmen Böðvarsson, por ejemplo. Definitivamente, es mejor que nos decantemos por un nombre islandés y solo espero que mis hijos y sobrinos sepan asimilar sus nombres y apellidos con buen humor, porque les espera una larga vida de tener que verlos en documentos oficiales, colegios y demás.

—Estás muy callada —dice Esme desde la parte delantera del coche—. ¿Te encuentras bien?

—Cansada —contesto sonriendo—. Mañana tengo un montón de cosas que hacer antes de ir al hospital, así que quiero meterme en la cama cuanto antes.

Esme y Nate asienten entendiéndome y dejan de darme conversación para no estresarme, supongo, pero solo consiguen que apoye la cabeza en el cuco de mi sobrino y me quede dormida lo que resta de trayecto. Al llegar a nuestra calle, por fin, mi hermana me despierta con suavidad y, cuando bajo del coche, les doy las buenas noches y me voy a casa.

Tardo cinco minutos o menos en desnudarme, ponerme un pijama y meterme en la cama, pero son los cinco minutos más eternos del mundo. Cuando por fin estoy tapada con las sábanas echo de menos a Einar, pero estoy tan cansada y aliviada de que el coma sea historia que me duermo enseguida. Sueño con nuestra casa y, al despertar, me sorprende encontrarme más ilusionada que enfadada. Sí, me sigue molestando que Einar me ocultara la compra, pero, de pronto, mientras salgo de mi dormitorio y voy al baño, pienso en cómo será nuestra vida en un futuro y no puedo evitar que una sonrisa dibuje mi cara. Viviré en el mismo barrio que toda mi familia, nuestro hijo o hija se criará rodeado de primos, primas, tíos, tías, abuelos y vecinos que lo adorarán y le reñirán con la misma intensidad. Tendremos una buena vida e imaginarlo sabiendo, además, que hoy podré estar prácticamente todo el día con Einar, hace que mi sonrisa parezca fijada con silicona a mi rostro.

El problema es que, al parecer, el karma está empeñado en compensar algo conmigo, porque cuando me desnudo para darme una ducha me doy cuenta de que mis braguitas están manchadas de sangre y siento cómo se me paraliza el corazón. No es mucha, apenas tiene el tamaño de una uva, pero es sangre, al fin y al cabo.

Intento mantener la calma, pero acordarme de cómo Esme se levantó en plena madrugada en su primer embarazo, sangrando y perdiendo a su bebé a marchas forzadas, hace que el terror me cierre la garganta. Por un momento estoy tentada de volver a vestirme, pero al final me meto en la bañera, me doy una ducha rápida y, cuando salgo, muerta de frío y miedo, voy a mi dormitorio para coger mi móvil y llamar a la única persona que puede gestionar esto sin tratarme como si fuera de cristal.

—Hola, Santa Teresa, ¿llamas para decirme que me quieres y necesitas que vuelva a vivir en la casa porque mi ausencia se hace insoportable?

—Julieta, estoy sangrando. —Su risa se corta al otro lado y, cuando no contesta, imagino que estará intentando digerir esto—. No es mucho —aclaro enseguida—. No es mucho, pero estoy sangrando y... —Mi voz tiembla y ella lo nota, así que me silencia y yo, que no sé cómo explicarme del todo, lo agradezco.

—Vístete, nos vamos al ginecólogo.

—Pero no tenemos cita, y tu tienda...

—A la mierda la cita. La tienda que la abra Marco, que tiene turno de tarde en el restaurante. Voy a despertarlo y en cuanto se vista vamos para allá.

Cuelga el teléfono sin despedirse, porque mi hermana es así, y yo me siento en el borde de la cama, envuelta en una toalla y entrelazando los dedos sobre mi estómago.

—Por favor, bebé, mantente con vida, ¿vale? —suplico—. Sé que no me oyes todavía, porque es muy pronto y apenas nos estamos conociendo, pero es que tú ya eres lo que yo más quiero en el mundo y sé que, cuando tu papá sepa de tu existencia, también serás lo que más quiera él, así que intenta aguantar ahí dentro todo lo posible y por favor por favor te lo suplico, no salgas de mi cuerpo.

Las lágrimas me sobrevienen, pero me las trago todas. No es momento de llorar ni ponerme más tensa de lo que ya estoy. Por un momento, pienso que tengo emociones para parar un tren, que no es normal que estos días de pesadilla no toquen su fin, de una vez, pero también intento parar esos pensamientos. Por el contrario, visualizo a mi futuro bebé y la cara que pondrá Einar cuando sepa que va a ser padre. En esas dos cosas encontraré la fuerza necesaria para no alterarme y ser un cuerpo tranquilo.

Conseguiré, como sea, que mi vientre sea la cuna que mi bebé necesita.

—¿Le has dicho algo a alguien? —pregunta Julieta.

—Le he contado a papá que iba a quitar la denuncia de mi coche, porque todavía no lo he hecho.

—Vale, lo haremos a la vuelta.

—¿Crees que estará bien?

—Claro que sí, muchas mujeres sangran un poquito al principio, ¿sabes? Lo leí cuando me quedé embarazada de las gemelas. —Julieta chasquea la lengua—. Bueno, lo leyó Diego, yo pasé de todos los libros de embarazo. Al principio estaba deprimida por todo lo de Tempanito y luego... luego me daba pereza.

Me río un poco y pienso que Julieta es genial. Cría a sus hijas a base de instinto, sin dejar que nadie le haga pensar que no hace lo correcto, y Emily y Victoria son unas niñas la mar de felices, la verdad, así que mal no le está yendo el método de «haz lo que te dé la gana y pasa de todo el mundo».

Llegamos al hospital en el que trabajan Nate y Eli y agradezco que mi cuñada hoy tenga el día libre, porque no quiero encontrármela por aquí y que más gente se entere de esto. Se preocuparía, se lo contaría a mi hermano, que se lo contaría a mi hermana, que se lo contaría a mi padre, y él a Sara y todo sería un bucle en el que acabarían volviéndome loca, estoy segura.

Nate, por otra parte, sí que estará en su consulta, pero, por suerte, los pasillos que llevan a ginecología no son los mismos que van a pediatría, así que solo rezo por no encontrármelo una vez, cuando estoy en la sala de espera y me da por pensar que igual mi cuñado viene a saludar a algún colega o vete tú a saber.

Eso no ocurre, por suerte, y cuando la enfermera sale para llamar a la siguiente paciente, mi hermana se levanta y la intercepta. Le explica lo que me ocurre, la enfermera le dice que tendría que preguntar eso en recepción, pero mi cuñada insiste en que el ginecólogo tiene que verme porque si no nadie de mi familia vendrá más a este hospital, lo que es absurdo, porque dos personas de nuestra familia trabajan aquí, pero Julieta no es de razonar mucho. Tanto le calienta la cabeza a la enfermera con que conoce al ginecólogo, que esta le hace salir para hablar con ella y, cuando la ve, para mi absoluta perplejidad, sonrío y le aseguro que, en cuanto tenga un hueco, me revisará.

—¿Cómo lo haces? —pregunto cuando nos sentamos de nuevo.

—Tengo un útero precioso. Y unas tetas preciosas, también. Enamoradito lo tengo.

—Venga ya, Julieta.

Ella se ríe y se encoge de hombros, admitiendo que es mentira, o eso espero. Al final, me confiesa la verdad.

—Es amigo de Nate. Queda con él para jugar al golf de vez en cuando y hacer mierdas pijas de esas que le gustan a nuestro cuñado. El embarazo de Emily y Victoria fue delicado al principio, por mi estado de ánimo y eso, y él nos trató con una dulzura exquisita, así que tranquila. Todo estará bien.

Asiento, intentando empaparme de sus palabras y apoyo la cabeza en su hombro.

—No debió de ser fácil enterarte de que estabas embarazada mientras Esme pasaba por todo aquello —susurro, recordando el aborto de mi hermana y cómo todos ocultamos que Julieta se había quedado embarazada sin pretenderlo. Fue una época muy dura para mi familia—. ¿Te sentiste sola?

—No —contesta de inmediato—. No, al contrario, me sentí arropada todo el tiempo y lo único que quería era que Tempanito no se sintiera sola. Es un poco frígida, pero la quiero mucho, ya sabes.

Me río y asiento, entendiendo que, en realidad, Julieta adora a Esme, por eso sufrió tanto cuando ella se distanció de todos nosotros, pero sobre todo de ella y su embarazo. Por suerte, ahora mi hermana se deshace de amor por sus sobrinas y la normalidad es absoluta.

Bueno, a ver, la normalidad en la familia León nunca será absoluta, pero ya me entiendes.

Esperamos casi una hora hasta que la enfermera nos da paso. Julieta me presenta al ginecólogo, que me trata con dulzura y paciencia desde el principio, calmándome y asegurándome que hay un montón de razones para sangrar un poquito en el primer trimestre y eso no significa que algo vaya mal. Me deriva hacia la sala de revisiones, me quito la ropa, me pongo la bata de papel que hay tras un biombo y me subo en el potro en el que van a revisarme.

El ginecólogo aparece junto con mi hermana, que le explica que quiero comprobar que todo vaya bien, pero sin oír su corazón.

—Queremos saber que late, pero los primeros en oírlo serán su padre y su madre. El padre es el vikingo, seguro que Nate te ha hablado de él. —El doctor asiente y ella sigue parlotando—. Está ingresado en el hospital con una pata chula, y un brazo chulo, y unas costillas chulas. Está chulo al completo porque se dio la hostia del siglo contra la carretera. Lo que no sé es cómo conserva todos los dientes.

—Julieta, por favor —susurro, porque no creo que sea necesario contárselo todo a este hombre.

Él se ríe y no le sigue la corriente, cosa que agradezco. Coge una especie de vibrador, le pone un preservativo, le restriega una cosa pegajosa, me separa las rodillas y me lo mete hasta el fondo haciéndome abrir los ojos de golpe porque, a ver, está muy frío.

—Duele el cipote, ¿eh? A mí me dolía cuando apretaba.

—Está bien —susurro, pero entonces el médico aprieta y, en efecto, siento una leve molestia.

Sin embargo, mis nervios son tantos que no me quejo. Miro a la pantalla en la que bailan imágenes inconexas en blanco y negro, esperando ver algo más que líneas y círculos que no sé bien qué son.

—De acuerdo, veamos —susurra él mientras toquetea unos botones y mide algo, no sé el qué—. Vale, está bien colocado, Amelia, así que no te preocupes. Por su tamaño y tu última regla, diría que estás de seis semanas, puede que siete. Iremos concretando la fecha cuando el embarazo se desarrolle más. —Yo me muerdo el labio y hago las cuentas rápidamente, pensando en la fecha de parto, pero entonces él habla y mis nervios vuelven con más fuerza que nunca—. Su corazón late, no te lo pongo para que lo oigas, pero el latido es constante. No obstante...

—¿No obstante? —pregunta Julieta en un tono serio que no acostumbro a oírle.

—Tienes un hematoma intrauterino. Fíjate, aquí mismo. —Me señala una mancha negra y me asusto de inmediato, pero él se apresura a tranquilizarme—. No te preocupes, es más normal de lo que piensas.

—¿Afecta al bebé o...? —pregunto con un hilo de voz.

—No, tranquila. Por lo general, mientras haya latido cardíaco, el bebé no corre peligro. Eso sí, tengo que recomendarte reposo relativo desde hoy mismo y, dado el tamaño del hematoma, voy a considerar tu embarazo de riesgo. No te asustes, no significa que realmente corras peligro, solo que tienes que cuidarte un poco más.

El médico sigue hablando y explicándome cosas, como que puedo moverme, pero me aconseja pasar la mayor parte del tiempo descansando, al menos hasta que el hematoma se reabsorba. Por lo visto, es una bolsita de sangre en el interior de la cavidad endometrial, que, al parecer, es algo que roza con el útero, o no sé, porque a mí me está costando la vida entender algo aparte de que tengo que guardar reposo y no llevarme malos ratos.

Claro, muy lógico todo, teniendo en cuenta que mi novio está ingresado en un hospital, lo despertaron ayer de un coma, ha comprado una casa sin consultarme, no sabe de la existencia de este bebé y mi trabajo consiste en salir a la calle y meterme en barrios conflictivos o, en su defecto, pasarme horas sentada en una incómoda silla arreglando temas burocráticos. Claro que, en esto último, supongo que no hay peligro. De todas formas, tengo una semana de vacaciones y los días de asuntos propios, pero no puedo evitar pensar en lo que pasará si todos esos días pasan y el hematoma no se ha reabsorbido.

—Eh, pon ese cerebro tuyo en pausa —me dice Julieta—. ¿Estás oyendo al doctor? Nada de malos ratos, eso incluye las putadas que esa cabecita tuya te hace a diario.

—No es una broma, Amelia, si el hematoma crece puede derivar en peligro de desprendimiento de placenta o rotura prematura de la bolsa. Tomarte la vida con calma ahora es una obligación, ¿de acuerdo? Tampoco podrás tener relaciones sexuales, por el momento.

—No está el vikingo para mucho mambo, tranquilo —dice mi hermana Julieta.

Pongo los ojos en blanco y la ignoro, porque estoy muy ocupada pensando en cómo demonios voy a hacer todo esto y, cuando la consulta acaba y vuelvo al despacho, vestida y asimilando la noticia, le hago la pregunta del millón al doctor.

—¿Puedo quedarme con mi novio en el hospital? No haré esfuerzos, estaré sentada todo el rato.

Él me dice que no ve por qué no, siempre que no me altere. Yo asiento, cojo la receta de las pastillas de ácido fólico que me manda y, cuando salimos de allí, miro a mi hermana a los ojos y la obligo a prometerme algo de vital importancia.

—Einar no puede saber nada, ni del embarazo, ni del hematoma hasta que esté fuera del hospital.

—No me jodas —replica ella—. Amelia, ¿no puedo guardarme eso!

—Puedes y lo harás —le digo más seria de lo que me he puesto en toda mi vida con ella—. Acaba de salir de un coma y lo último que necesita es preocuparse por mi estado.

—Teniendo en cuenta lo mucho que te preocupas tú por el suyo, sería lo justo.

—Lo justo es que vayamos saliendo de una vez por todas de esta pesadilla —le digo al borde de las lágrimas—. Yo soy la primera que se ha levantado con la firme intención de decirle lo del bebé, pero si Einar se entera de que me han mandado reposo, se pasará los días preguntándose cómo estoy, culpándose por haberme causado un mal rato de este calibre y pensando que el hematoma es culpa suya por haber tenido un accidente.

Ella guarda silencio y, al cabo de unos segundos, resopla.

—No me extrañaría. Estáis tan colgados los dos que os hacéis culpables hasta del aire que roza al otro. —Chasquea la lengua y se cruza de brazos—. ¿Quieres mentirme? ¡Bien! Te ayudaré, pero no estoy de acuerdo, que lo sepas.

—Bien.

—Y harás reposo. No dormirás en el hospital.

—Lo haré.

—No, no lo harás —dice en tono serio—. He pasado por un aro bastante estrecho, Amelia, no me obligues a usar el chantaje. —Frunzo el ceño y ella resopla—. Puedes enfadarte, poner cara de pena y llorar, pero no voy a cambiar de idea. Dormirás en casa, en tu cama y no en el sillón de un hospital.

—No quiero que Einar se quede solo.

—Nos turnaremos para estar con él. No va a estar solo así que no digas tonterías.

—Solo una cosa más, voy a decirle a la familia que no quiero preocupar más a Einar, pero no diré nada del hematoma.

—Julieta, joder, por ahí sí que no paso.

—Sí, lo haremos así. Si saben lo del hematoma no van a dejarme ni respirar. No querrán que vaya al hospital, ni que haga prácticamente nada. Ya sabes cómo son.

Ella niega con la cabeza, en claro desacuerdo, pero después de unos segundos resopla y alza las manos.

—De acuerdo, pero a cambio quiero sinceridad absoluta. Si un día te encuentras más cansada de lo normal, dolorida o cualquier cosa, me lo dirás y buscaré la manera de sustituirte en el hospital. No harás tonterías, Amelia. —Asiento de inmediato, porque pienso cuidarme de verdad—. Entonces tenemos un trato, supongo.

La miro con una pequeña sonrisa y pienso en Einar, en la casa, en el embarazo, en este nuevo contratiempo y en que, a veces, todo parece venir a contraviento. Me prometí no tener más secretos para él, pero esto lo hago por un bien; sabrá que estoy embarazada en unos días, cuando salga del hospital, volvamos a casa y la normalidad empiece a implantarse en nuestras vidas.

Conociéndole, Einar ya estará cargando con la preocupación de su estado, su baja laboral, la casa, sus dolores, la rehabilitación que le espera y mi estado de ánimo, sin saber que estoy embarazada. Si se enterase de esto último... No, no puedo hacerle eso porque, de todas formas, no hay nada que él pueda hacer para que el hematoma se reabsorba antes, así que lo primero y lo único que importa es que se centre en su recuperación y en volver a casa lo antes posible.

Necesito que vuelva y retomemos nuestras vidas donde lo dejamos; que hagamos nuestros planes de futuro y las líneas rectas que nos marcamos para llegar a una meta común dejen de torcerse de una vez por todas.

Unos días.

En unos días, todo habrá pasado y la vida volverá a ser maravillosa.

Solo unos días más.

Einar

Miro a Amelia, que está concentrada en un programa de televisión, y me concentro en su mirada cansada. Llegó esta mañana justo cuando a mí me estaban subiendo a planta. Yo estaba tan contento de salir de la UCI que no me fijé, de primeras, en que ella no hablaba del tema de la casa, ni de nada que pudiera llevarnos a discutir o mostrarme que está molesta, porque lo está, aunque sea un poco, lo sé, la conozco de sobra.

Son las seis de la tarde y ahí sigue, viendo la tele sin sacar el tema. Y aquí sigo yo, postrado y sin querer mencionarlo, tampoco, por si se altera y se enfada más. El problema es que creo que deberíamos hablar de ello, pero no sé cómo decírselo sin hacerle más daño del que, seguramente, ya le he hecho.

—¿Necesitas algo? —pregunta mirándome de pronto.

—No, ¿por?

—No dejas de mirarme.

—Me encanta mirarte —susurro.

Ella sonrío y se ruboriza. Dios, cómo me gusta que todavía sea capaz de ruborizarse cuando le digo cosas como esta. Cualquier otra mujer pasaría, se reiría con un comentario así, pero ella no; ella enciende sus mejillas y un faro en sus ojos, haciéndome desear que toda la vida sea así entre nosotros; que siempre pueda causar ese efecto en ella, porque el suyo en mí será devastador hasta el día en que me vaya de este mundo.

—Deberíamos hablar.

—¿De qué? —pregunta.

Yo me lo pienso unos segundos más, pero es que sé que, si no saco el tema, acabará por hacerse una bola gigante entre nosotros y no estoy dispuesto a fastidiarla de nuevo.

—La casa.

—Ya...

—Sé que estás molesta y tienes razones de sobra, pero necesito que sepas que lo último que quería era hacerte daño.

—Einar...

—No, escucha, ángel, cuando compré esa casa me cegué por todo lo que imaginaba que podíamos hacer en ella. Nos vi juntos en un futuro, bailando en el jardín, cantando en nuestro salón, haciendo el amor en la cocina... Nos vi de tantas

formas que excusé cada día que no te contaba lo que ocurría con un futuro inexistente. No pensé en las consecuencias hasta que todo se me fue de las manos y...

—Einar, no estoy enfadada —dice ella con una sonrisa.

La miro boquiabierto, sin poder creerme lo que dice. ¿Cómo no va a estar enfadada? ¡He comprado una casa sin consultarle! Amelia es compasiva, pero esto es exagerado, creo.

—¿Estás segura? —pregunto.

Ella se ríe y asiente, cogiendo mi mano y besándola con suavidad.

—Segura. No estoy enfadada. Al principio me molestó un poco, sobre todo porque hemos perdido mucho tiempo en el que yo podía haber colaborado en la obra, pero ya ha pasado. Lo importante es que hiciste algo para nosotros, para nuestro futuro, y no puedo enfadarme por eso, aunque crea que no fue el modo correcto.

—¿Y vas a olvidarlo? ¿Así? ¿Sin más? —pregunto con cautela.

—Bueno, puede decirse que, en este caso, el fin justifica los medios. Tenemos una casa preciosa y, ahora sí, un proyecto de futuro juntos, ¿no? —Asiento de inmediato y ella sonrío—. Eso es todo lo que me importa.

—Eres un ángel —susurro sin poder creerme la suerte que tengo—. Un verdadero y perfecto ángel.

—No, Einar, solo soy una mujer enamorada. Estoy muy lejos de ser perfecta.

—Para mí lo eres.

Ella me sonrío, pero no lo hace con alegría. Es una sonrisa comedida, diría que un poco triste, pero no tiene sentido, si acabamos de arreglar lo que sea que ocurre.

Entonces, sin venir a cuento, como si de un *flash* se tratase, me acuerdo de que el día del accidente ella también tenía que contarme algo. Le pregunto y me cuenta que Nacho tiene novia. A mí eso no me importa, pero supongo que ella lo ve importante.

—¿Te duele o algo parecido...? —pregunto entonces con cautela.

—No. —Se ríe y niega con la cabeza—. No, qué va, pero me pareció algo digno de contar. —Se encoge de hombros y sonrío.

Le sonrío de vuelta y, cuando vuelve a mirar a la pantalla del televisor, pienso, de manera irremediable, que tengo la sensación de que en todo esto se me escapa algo.

Cuatro días después mi recelo, en vez de evaporarse, se ha incrementado. A Amelia le pasa algo. No sé el qué, pero lo que sea está relacionado conmigo y no poder moverme, indagar ni confirmar mis sospechas me está volviendo loco, porque en este hospital los días son eternos y, si de algo tengo tiempo, es de darle vueltas a la cabeza hasta aburrirme de mí mismo.

—¿Has dormido bien? Tienes mala cara —le digo.

—Gracias por el piropo —contesta ella con ironía.

Amelia no es de tener esas salidas ni usar ese tono sarcástico a menudo, lo que me hace fruncir el ceño.

—¿Estás bien?

Ella suspira y asiente, cerrando los ojos un momento, como si tuviera que recordarse ser amable, lo que me hace sentir aún peor.

—Cansada, este sillón es superincómodo —dice mientras intenta retrepase y adoptar una postura más cómoda.

La culpabilidad cae sobre mí como una losa. Lleva cuatro días quedándose todo el día conmigo y, si he conseguido que por las noches se vaya, solo ha sido a cambio de que alguien de la familia se quede en su lugar. He jurado a todos que me encuentro bien y no necesito a nadie, pero ¿a quién quiero engañar? Tengo un sinfín de huesos rotos y soy, a todos los efectos, un inválido hasta que me quiten, al menos, la escayola del brazo y pueda usar muletas. Mientras eso pasa tendré que usar silla de ruedas, y nadie se imagina la gracia que me hace subirme en una de esas con las costillas partidas. Javier me dijo ayer que Conchi tiene una de cuando su marido se partió la cadera y, aunque agradecí el gesto, me sentí como un... como un... como un inútil, no sé, como si no pudiera hacer nada por mí mismo, porque no puedo, básicamente.

Es insoportable estar aquí tumbado y saber que, si me sientan, me duelen las costillas; tumbado, me duelen los riñones; del lado de las escayolas se me acaba cansando el cuerpo y del otro imposible, porque las escayolas pesan demasiado. Reconozco que, de pensamiento, estoy siendo un gruñón en toda regla. Intento no exteriorizarlo, pero cada día que pasa me cuesta más concentrarme en lo bueno, sobre todo si Amelia está de un humor tan extraño.

—Dios, ¿por qué huele tan mal la comida de este hospital? —pregunta ella de pronto.

Miro en derredor, aspiro por la nariz y me doy cuenta de que se refiere al olor que proviene del pasillo, donde ya están repartiendo la comida.

—Parece pescado —digo con suavidad—. ¿No te gusta?

Ella se encoge de hombros y sonrío con esa mezcla de dulzura y falsa alegría que tan nervioso está empezando a ponerme.

—No mucho. Creo que estoy incubando algo, porque tengo muy mal cuerpo.

—Deberías irte a casa.

—¿No me quieres aquí?

—Claro que sí —contesto de inmediato, temiendo herirla—, pero si estás incubando algo quizá es mejor que vayas a casa y te tumbes en la cama.

—Podría tumbarme contigo —susurra.

Miro hacia la puerta por la que entrarán a dejarme la comida en breve y agradezco, una vez más, que hayan conseguido ponerme en una de las poquísimas habitaciones que tiene solo una cama. Es enana, eso sí, descuadrada y sin vistas, pero

no tengo que cargar con un compañero o compañera, sus visitas y todo lo que supone una convivencia entre dos enfermos desconocidos. Le sonrío y le guiño un ojo.

—En cuanto dejen la comida y se vayan, cerramos la puerta y te hago un hueco.

—¿De verdad? —pregunta—. ¿Vas a apañarte para hacerme un ladito?

—Me tirarías de la cama con tal de que tú puedas tumbarte.

Amelia sonrío, se levanta y me besa en los labios con tal dulzura que me hace pensar que quizá todo esté bien, después de todo. Igual eso de que está rara son imaginaciones mías, que no estoy acostumbrado a tener tanto tiempo libre para pensar.

Alguien toca en la puerta con los nudillos y, cuando nos separamos, vemos a una chica vestida con el uniforme del hospital, con una bandeja de comida en la mano.

—Hora de comer.

Amelia se separa de mí y se sienta de nuevo en el sillón, la chica entra, me sirve una sopa de pescado, en efecto, y cuando se va, miro a mi novia con una sonrisa, pensando en nuestro próximo plan. Ella, sin embargo, está pajiza y, antes de poder preguntarle qué le pasa, se va corriendo hacia el baño y la oigo vomitar con fuerza.

Hago amago de incorporarme, pero estoy postrado en esta maldita cama, así que me toca conformarme con preguntarle desde aquí si va todo bien.

—¡Sí, perfecto! —exclama, aun cuando los dos sabemos que eso no es cierto, porque sus arcadas no cesan y yo lo único que puedo hacer es mirar a la puerta del baño.

Sale poco después con la cara aún más blanca y goteando agua. Sus gafas están un poco empañadas y sus labios temblorosos.

—Lo siento —susurra cogiendo el bolso del quicio de la ventana—. Algo debe tener esa sopa que me repele. Voy a salir para tomar el aire y así comes tranquilo. ¿Podrás apañarte?

Asiento, como he hecho todos estos días, asegurándole que puedo comer con mi mano libre. Por fortuna el brazo roto es el izquierdo, así que me manejo medianamente bien.

Amelia sale con paso ligero y yo le doy vueltas a la sopa mientras pienso que hay algo que se me escapa. Cuando vuelve apenas me he comido la mitad del plato, porque no tengo mucho apetito.

—Tienes que comer, vikingo —susurra.

—Vete a casa, Amelia —le digo de sopetón. Ella clava sus inmensos y dulces ojos en mí y yo me siento un imbécil por ser tan directo, pero es que es evidente que no está en condiciones de quedarse aquí—. Tienes que descansar, ángel, no me mires así. Ve a casa, métete en la cama y recupérate de lo que sea que hayas incubado.

—Pero yo quiero estar contigo.

Aprieto los labios, porque yo también quiero que esté conmigo, pero no a costa de que acabe enferma. Se lo digo y, aunque asiente y recoge sus cosas, está triste y dolida, lo sé, lo intuía y me odio por ello.

—Nos veremos mañana —susurro—. Piensa que ya mismo estaré en casa y podremos descansar los dos juntos.

—Sí, supongo que lo de hacerme un ladito en esa cama ya no es una opción, ¿no?

Siento su dolor a kilómetros y pienso, repentinamente, que estoy haciendo lo mismo que han hecho siempre sus hermanos; dar por hecho lo que ella necesita y ordenárselo, como si fuese una niña y tuviera que hacerme caso. He hecho lo que juré que no haría nunca, así que intento deshacer mi error ahora mismo, tirando de la sabana que me cubre y sonriéndole.

—Para ti siempre hay sitio a mi lado, ya sea en la cama de casa, en la de un hospital, en un césped o en el mismísimo infierno.

Ella se ríe un poco y se encoge de hombros.

—Da igual, quizá debería ir a casa.

—¿Quieres ir a casa, Amelia? —pregunto directamente. Ella niega con la cabeza, haciendo una mueca avergonzada—. Entonces, no te vayas. Es fácil, ángel. Haz solo lo que te apetezca.

—Quiero abrazarte y poner mi mejilla en tu torso. —Sus ojos brillan, emocionados, y su sonrisa, pese a ser tímida, está llena de amor y dulzura—. Cuando pongo mi mejilla en tu torso todo mejora, y hace muchos días que no puedo hacerlo.

Soy consciente del dolor que baña sus palabras, así que estiro la mano y le pido, sin palabras, que se acerque a mí de una vez. Ella lo hace, se descalza y sube en la cama, poniéndose de lado mientras yo paso un brazo por debajo de su cuerpo y la abrazo, reteniéndola pegada a mí. Cuando apoya su mejilla en mi torso huelo la pasta de dientes que se ha puesto en el baño y sonrío, porque en ella, hasta el olor de mi pasta de dientes queda mejor.

—Pronto iremos a casa y todo irá a mejor —susurro sobre su frente—. Pronto todo esto será una anécdota más en la familia.

Amelia asiente, cierra los ojos y se duerme mientras yo beso su piel fría y demacrada. Sigo pensando que le pasa algo, no sé si es conmigo, una gripe o simple cansancio, pero algo es y en algún momento tendrá que olvidar esa contención y confesarme de qué se trata para que podamos solucionarlo juntos, porque si algo he aprendido después de callarme lo de la casa, es que hay cosas que, al final, de tanto guardarlas, se hacen bola y queman por dentro como si alguien les hubiese prendido fuego.

Cuando Eli abre la puerta de su piso se queda a cuadros y no me extraña. Tengo los ojos llorosos, la nariz roja y los labios cuarteados. Llevo puesto un pantalón vaquero y un jersey enorme de Einar que cogí esta mañana de casa, antes de salir hacia el hospital. Ha sido una semana tan intensa... No, una semana no, ¡está siendo un mes intenso y caótico y doloroso en muchos aspectos! Pensé que podría fingir mejor mi estado de salud, que no pasaría nada, mi familia estuvo en contra de no contárselo a Einar y no me entienden, porque no saben lo del hematoma, así que están presionándome día y noche para que lo suelte de una vez, y yo estoy sintiéndome como si fuese una burbuja de jabón que todos tocan con el dedo, obligándola a mantenerse en el aire, cuando lo único que quiere es reventarse contra el suelo y descansar de una vez.

Igual no es la metáfora más bonita del mundo, pero sirve para explicar cómo me siento. Necesito estar sola, relajarme y alejarme del mundo, pero eso es imposible, así que he optado por acudir a la única persona que, profesionalmente, puede entenderme.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta Álex detrás de mi cuñada, con cara de preocupación—. ¿Por qué lloras? ¿Está Einar bien? ¿Qué pasa?

—Está bien, le acabo de dejar en el hospital viendo una serie. Necesito hablar con ella —digo sin dejar de mirar a mi cuñada, que asiente y me agarra del brazo, metiéndome en el piso y guiándome por el pasillo hacia su dormitorio.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Es el bebé? ¿Le pasa algo? —Sollozo y Álex se tensa—. ¿Qué pasa, Amelia? ¿Quieres ir al médico? Voy a por el coche.

—¡Alejandro! —Eli se gira y lo enfrenta mientras yo contengo mi llanto a duras penas—. Ve a la cocina y encárgate de que Óscar se acabe toda la cena.

—Pero...

—Ve.

Él me mira preocupado y con todas las alertas de hermano sobreprotector saltando por los aires y yo intento no llorar más, porque no quiero preocuparle, pero es que ya no puedo más. Estamos a lunes, hace exactamente diez días que Einar tuvo el accidente y, en los últimos tres, yo he acabado vomitando cada vez que le han traído la comida en el hospital. El pobre ya no sabe cómo preguntarme si me encuentro bien y está supermosqueado con eso de que no quiera ir al médico. Las excusas se me agotan y las náuseas aumentan, así que estar junto a él en el hospital se ha convertido en tal suplicio que estoy deseando volver a trabajar, lo que me hace sentir una pésima persona, porque el que está allí es el amor de mi vida y no debería sentir esto ni pensar como pienso.

—Tengo un hematoma intrauterino —le digo a mi cuñada en cuanto la puerta se cierra.

Y el alivio se expande por mí de una forma tan desmedida que lloro más, porque estoy harta de aguantarme las lágrimas, las noticias, los nervios, las preocupaciones y todo. Estoy harta de tragarme cada sentimiento que tengo. No lo he hecho nunca, intenté convencerme de que viviría asumiendo mi manera de ser, sin dejar que nadie me dijera si estaba bien o mal y, mira por donde, al final la que más se ha impuesto una etiqueta he sido yo.

—Lo sé —dice mi cuñada, sentándome a los pies de la cama y sonriéndome con dulzura—. Alfredo, el ginecólogo, no sabía que era un secreto, así que me preguntó por ti hace unos días.

—Oh, mierda.

—Sí, mierda —dice ella riendo—. La parte buena es que ya lo sabe y no le ha dicho nada a Nate, así que tranquila. Yo tampoco le he dicho nada a Álex, por si te lo preguntas.

—Eli... —Mis lágrimas caen cada vez más pesadas e intensas, y me agarro el vientre con las dos manos—. Tengo miedo de hacerle daño al bebé con tanta tensión como sufro. He intentado relajarme, pero me está resultando cada vez más difícil. He empezado a vomitar por todo, ¿sabes? Y en el hospital no soporto que le traigan la comida a Einar, que está preocupado por mí. He perdido peso, me siento enferma, y preocupada, y ansiosa, y...

—Shhhh. —Eli se sienta a mi lado y me abraza mientras yo cierro los ojos y procuro respirar—. No sé cómo no has estallado antes, con todo lo que estás obligándote a soportar tú sola —susurra con delicadeza—. Tienes una familia que te adora y te apoyaría en cualquier cosa, ¿de verdad crees que no te habrían entendido si lo hubieses explicado?

—Julieta es la única que lo sabe y no está de acuerdo con que se lo oculte mientras esté en el hospital. —Eli guarda silencio y yo me atrevo a mirarla. Su sonrisa es comprensiva, pero sé que no está de mi parte—. Tú tampoco estás de acuerdo, ¿no?

—No puedo estarlo —admite—. Sé que no quieres que él se sienta culpable por lo que te ha pasado, pero es que Einar ya se siente mal, Amelia. Anoche se quedó Álex con él en el hospital y le ha contado lo preocupado que está por ti. Intentó sonsacarle algo, lo que fuera, porque no entiende que estés tan débil últimamente.

—Solo es por los vómitos, pero cuando todo pase...

—Amelia, Einar cree que estás enferma de algo más que un resfriado y no se lo quieres decir para que no sufra. —La miro atónita y ella se muerde el labio con remordimiento—. Le insinuó a tu hermano que quizá tenías algo más que una simple gripe y por eso no haces más que decirle que ya irás al médico. Cree, incluso, que has ido, te ha dado una mala noticia y no quieres decírselo para que no sufra estando impedido.

—Pero ¿qué...? ¡Eso es una barbaridad!

—No, eso es lo que pasa cuando se lanzan las redes de las mentiras y no recoges nunca la cosecha.

—Ay, Eli... ¿qué voy a hacer? —sollozo y ella me abraza.

—Ya, cariño, no me llores... Tienes que calmarte, ¿vale? Voy a salir a hacerte una tila, para empezar. Túmbate en la cama.

En un principio me niego, pero ella me quita los zapatos y me insiste tanto que, al final, lo hago. Gateo por el colchón y me tumbo en el centro. Me resulta un poco raro oler el perfume de mi hermano en una cama ajena a la de casa, pero también es reconfortante, porque lo imagino aquí cada noche, abrazado a Eli, sonriendo y haciendo planes para Óscar y Valentina, y no puedo evitar sonreír, aunque yo esté lejos de sentirme bien ahora mismo.

—¿Puedo pasar? —Me tenso cuando oigo a Álex y miro al frente, evitando el quicio de la puerta, donde él se apoya—. Si quieres que me vaya, me voy, no pasa nada.

Niego con la cabeza y estiro una mano sin mirarlo. Álex sube en la cama y me abraza tan rápido que, de tener otro estado de ánimo, me reiría.

—Todo va a estar bien —susurra mientras me hago un ovillo entre sus brazos—. Solo tienes que ser tú misma y todo irá de maravilla.

—Yo solo quería evitarle más preocupaciones a Einar, ¿sabes? Solo eso.

—Pero que estés embarazada no es una preocupación, sino una buena noticia. — Me muerdo el labio con saña y él se tensa un poco—. ¿Amelia?

Suspiro y le cuento lo que de verdad ocurre. Álex se despega de mí para mirarme a los ojos y, al acabar, puedo ver en los suyos justo lo que no quería: la preocupación, la firme intención de sobreprotegerme incluso en esto.

—Tienes que contárselo y, desde mañana, solo irás un par de horas al hospital.

—No, imposible. Tengo que estar con él.

—No, tienes que estar en casa, en cama.

—El doctor dijo que guardara reposo relativo.

—¿Eso te lo dijo antes o después de que empezaras a vomitar hasta el agua que te bebes? —Guardo silencio y él me mira con tozudez—. Tienes que cambiar de actitud, Amelia, esto no consiste solo en hacer lo que tú creas que es mejor para Einar; también hay un bebé que necesita lo mejor para crecer dentro de ti. Y lo mejor es que descanses.

Sus palabras me azotan con fuerza y me siento, de pronto, la peor madre del mundo. Álex, que debe intuir mis pensamientos, me deja claro que no pasa nada, que no soy mala madre y que solo necesito relajarme y estar más tiempo en casa.

—No quiero dejarlo solo.

—No lo harás, nosotros estaremos con él. En eso consiste tener una familia, Amelia, en dejar que te arropemos y ayudemos cuando lo necesitas, igual que haremos con Einar. —Mis lágrimas brotan de nuevo y él las aparta con sus pulgares

—. Tienes que hablar con él. No puedes, simplemente, desaparecer. Puede que no hiciera las cosas bien ocultándote lo de la casa, pero tú, ahora, tampoco estás actuando de la forma correcta.

Asiento, porque tiene razón. Ese es, de hecho, el motivo por el que evito el tema de la casa. Pensar en el distanciamiento que sufrimos a raíz de que Einar la compró me hace sentir mal, enfadada, pero luego pienso en lo que yo estoy haciendo y me doy cuenta de lo hipócrita que soy, porque lo mío es, si no igual, mucho peor.

Dicen que el sol no se puede tapar con un dedo, y hoy, más que nunca, creo que no hay palabras más verdaderas ni que se ajusten mejor a mi sentir. Ya no puedo ocultar más mi estado, el olor a hospital me pone enferma, el de la comida, sea de donde sea, también, así que, si esto va a ser así tres meses, como dicen los libros, más me vale sincerarme e intentar que Einar no se sienta culpable.

—¿Me puedes llevar a casa? —pregunto a Álex.

—Puedes dormir aquí, en la cama nido de Óscar. Sabe que estás aquí y está esperando que le cuentes un cuento, así que más te vale limpiarte la cara de churretes y prefabricar una sonrisa inmensa.

Asiento de inmediato, porque no quiero que mi sobrino me vea así. Miro a la puerta, donde Eli se apoya y masajea su barriga con una sonrisa. Sé que me ha dejado a solas con Álex a conciencia porque, de no haber querido, mi hermano no se habría acercado ni a dos metros de la puerta.

—Voy a preparar la cama con sábanas limpias.

—Deja, voy yo —digo levantándome—. Tú descansa, que esa barriga ya tiene que pesar lo suyo.

Ella se ríe y niega con la cabeza, palmeándola con cariño.

—Este embarazo, en comparación con el primero, está siendo tan maravilloso que ni los dolores pesan.

Álex y yo sonreímos y me alejo de la habitación cuando veo a mi hermano acercarse a su chica con la firme intención de besarla de ese modo capaz de ruborizar a un burdel entero. No me extraña que lo haga, en realidad. Mi cuñada se vio completamente sola en el embarazo de Óscar. Tuvo que salir adelante sin la ayuda de nadie y el modo en que lo ha conseguido hace que la admire cada día más.

Voy al baño, me lavo la cara con brío y espero que los signos evidentes del llanto se bajen un poco antes de ir hacia el dormitorio de Óscar. Cuando entro, le veo estirando una sábana bajera sobre el colchón de la camita nido.

—Papá dice que te quedas a pasar la noche —comenta con una sonrisa mellada—. Te voy a hacer la cama para que puedas dormir, tita.

—Yo puedo hacerla, cariño.

—Pero quiero hacerla yo para cuidarte, como cuido a mamá.

Me emociono y asiento, pensando que Einar debería dejar de llamarme ángel, porque aquí el único que de verdad lo parece es mi sobrino Óscar. Yo no he visto ni

veré niño más dulce, educado y bueno que él, de verdad. Hace él solito la cama mientras yo le miro y, cuando acaba, palmea el colchón, para que me tumbe.

—Ponte cómoda, ¿quieres otro cojín? —Niego con la cabeza, riéndome, y él va hacia su estantería de libros y se pone un dedo en la barbilla—. ¿Qué te gustaría que te leyera?

—Ah, ¿pero vas a leerme tú a mí? Pensé que aprovecharías para pedirme alguno de tus cuentos favoritos.

—Esta noche me apetece leer.

Me río y miro al cielo negando con la cabeza. ¿De dónde demonios saca la habilidad de hacerme sentir mejor sin mencionar siquiera el tema que me tiene así? Hay hombres adultos que no tienen esa empatía, y él, sin embargo...

—¡Ajá! Aquí lo tengo. —Me señala un libro azul y enorme sonriendo—. El Emocionario. Me gusta este libro porque explica las emociones, ¿sabes, tita? Te dice, por ejemplo, que llorar no es algo malo, solo es una emoción, así que, si quieres, puedes llorar, yo no voy a reírme de ti ni decírselo a nadie.

Me muerdo el labio con fuerza y asiento mientras él viene hacia mí. Se sienta en el borde del colchón y con voz pausada, atascándose a veces, me lee su cuento mientras yo rezo para tener un bebé que sea, al menos, la mitad de perfecto que Óscar.

Por raro que suene, el cuento consigue hacerme dormir y, cuando abro los ojos, es de día y mi cuñada toca la puerta con suavidad para que vayamos despertándonos, pues es hora de ir al cole.

Es martes y, si todo va bien, este sábado o el lunes a más tardar darán el alta a Einar. Pensaba esperar hasta entonces para contarle lo del embarazo, pero después de mi charla de anoche con Eli y Álex creo que tienen razón. Ya no hay forma de ocultar que me siento como un guiñapo la mayor parte del tiempo y no puedo consentir que Einar piense que estoy enferma, porque al final esto está convirtiéndose en una mentira rebote y, a pesar de que intenté que no se preocupara, solo estoy consiguiendo que lo haga mucho más de lo que lo haría si supiera la verdad.

—Anoche avisé a papá de que estabas aquí —me dice Álex cuando salgo, ofreciéndome una taza de manzanilla—. Eli puede dejarte algo de ropa si quieres ir directa al hospital.

Asiento porque sé que, como vaya a casa, voy a encontrar excusas para acobardarme, y no puedo hacer eso.

Me pongo un pantalón de chándal y una camiseta, porque arriba vuelvo a ponerme la sudadera de Einar. Conduzco hacia el hospital, aparco y, cuando llego a su habitación, lo encuentro dormido, lo que me hace fruncir el ceño.

Me acerco con paso lento y compruebo su pecho, parece que sube y baja, pero, aun así, acerco dos dedos a la base de su cuello y le tomo el pulso.

—Estoy bien —susurra él sobresaltándose y sonriendo al darse cuenta—. Buenos días, ángel. No hueles a fruta hoy. —La pregunta está implícita en su voz,

pero no contesto.

Einar abre los ojos y me encuentro con una mirada cargada de preocupación, ahora más evidente que nunca.

—Dormí en casa de Álex y Eli. No tengo perfumes allí. —Sus preguntas se multiplican, pese a que no las haga en voz alta—. Tenemos que hablar, vikingo, hay algo que necesito contarte.

Él asiente y su tensión es tanta que bajo a sus labios y le beso, deseando que tome esto como algo positivo, porque solo quiero insuflarle ánimos para contarle lo del bebé. Me da pena, porque no pensé nunca que tendría que dar la noticia de mi embarazo así, en un hospital con olor a todo lo que me da náuseas, pero supongo que la vida no siempre viene como uno quiere. A veces, las mejores noticias y acontecimientos nos llegan entre lágrimas, tensión y preocupación.

A veces los inicios no son fáciles, pero eso no significa que no merezcan la pena.

Einar

Lo sabía. Yo sabía que había algo. Esta mañana cuando Diego se ha ido de aquí después de pasar la noche en el sillón, pese a prometerle que no hacía falta, se lo he dicho otra vez; que a Amelia le pasa algo, que ella no es así, que son muchos días vomitando y empeorando su estado físico, que está más delgada y demacrada, que por favor me dijera qué es, pero él solo me instó a calmarme y me prometió que Amelia no tiene nada grave. No le creí y aquí está la prueba de por qué no lo hice, porque le conozco demasiado bien y sabía que mentía. Todos lo han hecho estos días y estoy en un punto en que ya no soporto más mentiras. Ni una más. Ya no me conformo con menos que con la verdad, por dura y cruda que sea.

—¿Estás enferma? —pregunto en un susurro, en inglés, acojonado, por si me dice que sí, mis sospechas se confirman y se me hunde la vida aquí mismo.

Ella se ríe y niega con la cabeza.

—No, vikingo, no estoy enferma. O sí, pero no es una enfermedad mala.

Frunzo el ceño sin entenderla y, cuando se aleja de mí, hago amago de incorporarme y agarrarla de su sudadera, que es mía.

—No —jadeo—. No te alejes.

—Shhh, tranquilo. Espera un momento.

Va hacia el sillón, donde ha dejado su bolso, lo coge y vuelve a acercarse a la cama. Lo apoya en el colchón y saca su cartera. Yo la miro en silencio, intrigado y asustado, por si me saca un diagnóstico donde le dicen que le queda un mes de vida. Sí, muy dramático, pero llevo tanto tiempo aquí mirando al techo y dejando a mi imaginación volar libre y para mal, que ya voy de extremo a extremo.

Ella saca un papel que pone boca abajo sobre mi torso, a la altura de mi corazón. La miro a la cara y luego a su mano, que acaricia mi torso y el papel, hasta que la separa y lo deja ahí, esperando que yo lo coja.

—¿Qué...?

—Míralo —dice con voz baja y grave.

Me fijo en que es papel fotográfico, lo cojo por una esquina y le doy la vuelta, colocándolo frente a mí.

Me lleva uno segundos entender de qué se trata. Una ecografía. No veo nada, está todo negro y blanco, pero es una ecografía, estoy seguro porque Esme y Julieta me mandaban copias de las suyas cuando yo estaba en Nueva York, y he visto las de Eli cuando las ha enseñado cada vez que ha ido a revisión. Es una ecografía, pero...

Mi corazón late desbocado, miro a Amelia, que sonrío y asiente con lágrimas contenidas y dejo ir el aire que hay en mis pulmones con tanta fuerza que mis costillas arden.

—¿Tú...? —Ella asiente de nuevo, miro su vientre plano y abro la boca, intentado decir algo más—. ¿Estás...?

—Estoy embarazada. Vamos a tener un bebé, vikingo. —Cambio mi mirada de su vientre a sus ojos y, de ahí, a la ecografía de nuevo—. ¿No vas a decir nada...?

Su voz vuelve a ser dubitativa y a mí me brota una carcajada tan ronca que es un milagro que no me haya roto otra costilla.

—¿Vamos a tener un bebé? —Tiro de su sudadera y la hago caer con cuidado sobre la cama y, por lo tanto, sobre mí—. ¿Un bebé, ángel?

—Algo debió de fallar con la píldora anticonceptiva. —Sonrío y acaricia mi barba con dulzura—. Un bebé. Un precioso niño o una preciosa niña, lo sabremos en unos meses.

Las imágenes de Amelia vomitando, con mal cuerpo y decaída vuelven a mi cabeza, pero esta vez no están rodeadas de un halo de preocupación por mi parte. Esta vez los síntomas son tan claros que me siento estúpido por no haberlo deducido antes.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunto con curiosidad.

Y es justo en ese instante cuando veo el cambio que sufre su semblante. No se aleja de mí, sigue acariciando mi barba y mis ojeras, pero pasan unos segundos antes de que hable.

—Lo supe la mañana de tu accidente, pero ya lo sospechaba días antes. Era eso lo que quería decirte, no lo de Nacho y su novia —confiesa—. Al principio tuve miedo por si creías que lo había hecho a conciencia, luego pensé que tú jamás pensarías mal de mí, más tarde te pasó esto y luego... bueno, el resto.

Pienso en lo que pasó antes del accidente, en sus insinuaciones para que buscásemos un hogar, en su decepción cada vez que yo le decía que estábamos bien en casa de su padre. En la casa nueva, en lo que sentí cuando ella me dijo que podíamos alquilarla, creyendo que era de sus hermanos. En lo que me dolió negarme y en lo que me detesto ahora, sabiendo que estaba embarazada y buscaba algún tipo de seguridad para nuestro futuro; para el futuro de nuestro bebé.

—He sido un completo cabrón... —susurro.

—No —dice ella sonriendo—. No, qué va. ¿Por qué dices eso? No es cierto.

—Lo es. Tenía que haberte dicho lo de la casa el primer día. Habríamos vuelto de Islandia, habríamos visto la casa y habríamos colaborado los dos en la reforma. Probablemente por eso no dejan de romperse cosas. Karma, lo llaman.

—No digas eso —contesta ella riendo un poco—. Tenía que ser así. Yo debí decírtelo antes y no esperar hasta ahora, pero es que... tenía miedo.

—¿De qué?

Ella se endereza de nuevo, coge aire y me mira con seriedad, pero sin dejar de hablar.

—De que pensaras que lo había hecho a conciencia, de que no estuvieras listo para un bebé, de no tener un hogar para los tres, de si iba a ser una buena madre, de... de todo, ya sabes cómo soy. Es una cruz que cargaré siempre.

—No has hecho esto a conciencia, ha sido cosa de los dos y estoy feliz con el resultado —digo estirando una mano dubitativa hacia su estómago—. ¿Puedo? —Ella sonrío y se emociona cuando la palma de mi mano ocupa su vientre. Ahí dentro está mi bebé... nuestro bebé. Es tan alucinante que, durante unos instantes, no me salen las palabras, pero luego me encargo de dejarle claro a Amelia lo que pienso—. Estoy listo para un bebé, para una casa y para lo que venga. Ángel, si es contigo, estoy listo para todo, sea bueno o malo. Y respecto a lo de ser una buena madre, ¿de verdad tienes dudas? —Ella se encoge un poco y yo abandono su vientre para coger su mano—. La mejor de todas, Amelia, estoy tan seguro que me dejaría romper el resto de costillas en una apuesta.

—No he sido la mejor madre del mundo estos días, ¿sabes? —murmura con las lágrimas saltadas—. Igual te arrepentirías de apostar algo así.

Me cuenta, entonces, lo que ocurre con su embarazo y el hematoma intrauterino que tiene. Al principio me asusto bastante, pero Amelia me asegura que, guardando reposo, no es algo de lo que debamos preocuparnos en exceso, según el doctor. Yo pienso que el doctor no nos conoce a nosotros, que somos expertos en preocuparnos por todo. Aun así, entiendo de golpe y porrazo que no se haya quedado por las noches, su miedo, su estado de ánimo, incluso, cuando se debatía entre estar aquí o irse a casa y descansar.

—Desde hoy vendrás solo un ratito a verme. —Ella hace amago de protestar y la corto—. Me quedan unos días, solo unos días y luego seré libre. Iré a casa y nos pasaremos el tiempo que haga falta en la cama, dándonos arrumacos y pensando en lo tontos que hemos sido los dos por ocultarle al otro nuestras preocupaciones.

Amelia asiente y vuelve a echarse sobre la cama, esta vez, subiéndose y tumbándose de costado a mi lado.

—¿De verdad te hace ilusión?

—¿Lo preguntas en serio? —Suelto una carcajada y hablo en español, para que no tenga dudas—. Vikingo molón está deseando ser papá molón.

Amelia se ríe y, pese a sus ojeras, su tez blanquecina, su cansancio y sus miedos, la veo más preciosa que nunca.

—Vikingo molón va a ser el mejor papá del mundo, no tengo dudas.

—¿Y mejor marido, también? —pregunto en un impulso.

Amelia se queda mirándome muy de cerca, nariz con nariz, pero aun así puedo ver sus ojos abiertos de par en par.

—Einar...

—Vikingo quiere ser papá molón, marido molón y hombre molón. —Beso su nariz y apoyo mi frente en la suya—. Vikingo, sin su ángel, no mola nada.

Amelia llora y asiente, contestando, sin palabras, la pregunta que tampoco he pronunciado como tal; demostrándome, hasta con el gesto más nimio, que es perfecta para mí.

—Te quiero —susurra pasados unos segundos.

—Te he querido desde hace mucho, te quiero y te voy a querer siempre, Amelia, siempre —murmuro cerrando los ojos.

Ella se ríe, entierra la cara en mi cuello, lo besa y se baja de la cama, despertando mis quejas inmediatas. Vuelve a coger el bolso, que se ha caído al suelo, y saca de él el corazón de mimbre que le di la misma noche que tuve el accidente.

—Me dijiste que era una promesa: nunca más harías las cosas solo. Era por la casa, ¿verdad?

—Sí, encontré una cesta tirada en el suelo. De ahí saqué el mimbre —susurro—. Me sentía mal por mentirte. Fue lo último que hice solo, te lo prometo.

Ella sonrío, asiente y vuelve a tumbarse a mi lado, poniéndolo sobre la ecografía de nuestro bebé, que ha vuelto a descansar sobre mi corazón. Deja una mano sobre él y yo hago lo mismo con la mía, poniéndola encima del todo con cuidado, porque es la escayolada, ya que la buena está ocupada sujetándola bien pegada a mí.

—Ahora te lo prometo yo a ti, vikingo; nunca más haré las cosas sola. Desde hoy, somos dos, para lo bueno y para lo malo.

—Hasta que la muerte nos separe —susurro, a sabiendas de que estos son, a todos los efectos, nuestros votos.

—Mejor aún: Hasta que el mundo vuelva a creer en la magia.

La dicha inunda cada poro de mi ser y la beso repitiendo las palabras que pronunciamos la primera vez, hace mucho tiempo, entre besos y sonrisas que ya dejaban ver que esta historia nuestra sería especial, porque da igual lo que la vida me depare, siempre que sea con ella a mi lado.

Y es que, con Amelia, la magia se siente real y más viva que nunca.

Epílogo

Un año después...

Entro en casa riéndome todavía debido a la actuación que acaban de regalarnos Emily y Victoria, que a sus dos años y medio saben cómo ganarse a la familia casi tan bien como Noah, que hizo los dos hace un par de meses y les ha seguido el ritmo bailando con un desparpajo que ya quisiera yo para mí.

Miro por el gran ventanal que da al jardín y veo a la familia al completo disfrutar de la barbacoa oficial de inauguración de nuestras casas y nuestro enorme jardín. En realidad, llevamos haciendo barbacoas y fiestas especiales aquí desde que nos mudamos, prácticamente, parando solo cuando se celebran en casa de mi padre, pero Julieta y Eli pensaron que era buena idea hacer una inauguración oficial el primer fin de semana de agosto, porque sí, aunque ya llevemos meses aquí, y yo no me quejo porque cualquier excusa para juntar a la familia me parece buena. Por eso y porque es la mar de divertido ver a los chicos apostar sobre quién hace la bomba en la piscina con más ganas. Es la segunda que compramos, porque vale que son de plástico, pero es que ellos son unos cafres del primero al último. La primera la reventaron por un lateral hace un mes y era para ver a Eli cabreada porque las flores se estaban inundando mientras los niños reían a carcajadas y Einar, que fue el culpable, se miraba el culo con disimulo, porque se había hecho daño, aunque jurase que no. Por la noche, cuando le vi desnudarse en nuestra habitación y descubrí el enorme hematoma que se había hecho ya no me reí tanto, ni él tampoco, cuando tuvo que dormir boca abajo porque le dolía solo con rozarse.

El caso es que, en vez de aprender la lección, ahí están de nuevo, apostando sobre quién salta más alto desde el borde, poniendo a prueba la estabilidad de los hierros de la piscina.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta Eli entrando en casa.

Lleva a mi sobrina en brazos y sonrío en cuanto la veo.

—Puedes repartir la fruta para los peques en cuencos mientras yo cojo a esta preciosidad.

—Me haces un favor —dice riéndose—. Me tiene la espalda molida.

Valentina patalea y gorjea de felicidad cuando ve a su madre pelar una manzana. Ella se ríe y le da un gajo para que lo chupetee y la niña suelta una carcajada feliz que nos hace imitarla. Tiene casi ocho meses, muy poco pelo y los ojos azules de mi hermano. Eli también los tiene azules, pero se nota que los de la niña son iguales que los de su padre, dicho por su propia madre, no porque yo quiera que por narices se parezca a mi hermano. Aparte de eso, tiene un apetito voraz y unos mofletes que me provocan la tentación de mordisquearlos constantemente.

—¿Quién crees que se cargará antes la piscina? —pregunta mi cuñada mirando por el ventanal.

Observo a Álex asegurar a gritos que puede hacer el pino sobre el borde por lo menos dos minutos y, cuando veo al resto animarlo con palmas y risas, intuyo que esto acabará mal.

—No sé si se la cargará, pero creo que tu chico está a punto de abrirse una brecha.

—Es posible —murmura ella—. Solo espero que no se dañe partes del cuerpo que puedan servirme a mí esta noche.

Me río a carcajadas hasta que entra Julieta, seguida por Esme y Sara, y preguntan de qué hablamos.

—Apostamos acerca de quién romperá antes la piscina o se herirá con ella.

—Mi hermano —dice Esme sin pensarlo.

—Pobrecito, es que es tonto —sigue Julieta.

—No lo lloques tonto, que al final le crearás trauma —insiste Sara.

Yo me río y pienso que, si mi hermano Álex no se ha traumatizado en todos estos años, no va a hacerlo a estas alturas de la vida.

—¿Preparo zumo natural? —pregunta Esme.

Eli dice que no, que con el agua está bien, así que básicamente la rodeamos mientras cotilleamos y ella prepara la merienda de los pequeños.

—¿Cómo lo llevas, Tempanito? —pregunta Julieta entonces, acariciando el vientre de mi hermana, aún plano, aunque por poco tiempo, porque está muy delgada y ya está de casi tres meses, así que en nada se le empezará a notar el embarazo.

—Estoy agotada, todo me da asco y tengo un calor tremendo, más del normal.

—Es que estamos en agosto —le digo con suavidad.

—No, es que me noto como si estuviera en el infierno. —Suspira y sonrío—. Pero, aparte de eso, bien, deseando acabar el primer trimestre.

Recuerdo entonces su primer embarazo, la pérdida que tuvo del primer bebé y lo mal que lo pasó. El segundo fue distinto, lo vivió con temor, pero todo salió bien. Y este, pese a notarla preocupada, también creo que está más relajada, así que intuyo que va a ser el que más disfrute, sin lugar a dudas. Eso sí, asegura que después de este se planta, porque ella ansiaba ser madre, pero con dos tiene más que suficiente para sentirse plena.

Mi padre dice que menos mal, porque en menos de seis años ya tiene seis nietos, sin contar el embarazo de Esme ni a Marco, que se podría considerar uno, también. Es un buen número, sí, pero es que somos cuatro mujeres y todas queremos tener los hijos seguidos, supongo que para criarlos juntos e ir superando etapas sin mucha diferencia de años. De esta forma, ahora tendremos un montón de bebés, luego un montón de niños corriendo, más tarde un montón de adolescentes, tema que aterroriza a gran parte de la familia, y finalmente un montón de adultos responsables, si es que no la fastidiamos mucho como padres.

En realidad, si pienso en lo que era mi familia hace solo seis años no puedo evitar sorprenderme. Mi padre estaba solo, lidiando con nosotros cada día, mis hermanos y yo apenas nos veíamos, inmersos como estábamos en nuestras vidas, y nuestros planes de futuro más inmediatos consistían en pelearnos por la esquina del sofá el fin de semana.

Ahora nuestra vida es mucho más caótica, intensa y, a ratos, desproporcionada, en comparación con otras familias, pero no cambiaría ni una sola cosa. Ni una sola.

La puerta vuelve a abrirse y aparece Einar, sonriéndome y haciendo que mi corazón se salte un par de latidos, porque está guapísimo siempre, pero cuando tiene en brazos a nuestro bebé, más.

—Pequeño Björn molón quiere comer, mami.

Julieta me quita a Valentina de los brazos y yo voy hacia mi marido y le beso antes de coger a nuestro hijo, que llora desconsolado mientras él lo mece.

Nos casamos en el jardín de nuestra casa en febrero, cuando él ya no tenía escayolas, ni rasguños, ni quemaduras y dejó atrás una recuperación que fue dura, aunque estuvo cargada de positivismo e ilusión por la llegada del bebé. Creo que eso fue lo que hizo que pusiera todo su empeño en recuperarse cuanto antes. El día de nuestra boda yo lucía una barriguita de embarazo mona, sin ser excesiva aún para disfrutar de la fiesta que montamos luego. Llovió a mares, la familia entera se resguardó en casa y nosotros... nosotros bailamos bajo la lluvia rodeados por los unicornios, hadas, duendes y demás seres en forma de estatuas que mis hermanos me regalaron y adornaron la ceremonia, mientras mi padre nos gritaba que dejáramos de hacer el tonto.

Fue uno de los días más felices de mi vida, pese al resfriado que cogí y en el que no pude tomar medicación por mi embarazo.

Björn nació en mayo, llenándonos de felicidad con su llegada. Es un niño rubio, de ojos azules, clavado a su padre, aunque él diga que no, que los ojos son míos. La mayor parte del tiempo es tranquilo y bueno, pero cuando tiene hambre, como ahora, es capaz de poner a prueba la resistencia de los tímpanos de cualquier adulto.

—Voy a darle un poco de pecho. —Einar asiente de inmediato y me sigue.

—No vale echar uno rapidito después de la toma, ¿eh? —nos advierte Julieta—. Las barbacoas familiares son para estar con la familia. Si no habéis vuelto en quince minutos voy a mandar a Marco en plan mosca porculera a vuestro cuarto.

Einar y yo nos reímos, la ignoramos y salimos de la cocina en dirección al salón, donde nos sentamos. Podríamos haber ido al dormitorio para estar más tranquilos, pero es que Julieta tiene razón en una cosa, y es que habríamos aprovechado para hacernos arrumacos que nos habrían llevado al sexo, o no, pero nos habrían entretenido un rato, seguro.

—Ven —susurra mi vikingo poniéndose de lado y acercándose a él, colocando mi espalda sobre su torso.

Le encanta hacer esto; abrazarme mientras alimento a Björn. Asegura que así forma parte del proceso, se siente más ligado a nosotros y yo no puedo estar más feliz cuando le siento detrás, besando mi cuello o acariciándome con mimo. La familia entera nos ha catalogado como los moñas oficiales, pero no nos importa. Tampoco nos importa que se ríen de los cuadros de unicornio del salón, o de las flores que Einar arranca cada día del jardín para colocarlas en nuestra cocina. Bueno, aquí se ríen todos menos Eli, que está obsesionada con las flores y nos ha advertido que el día menos pensado acabaremos todos en el telediario si seguimos arrancándolas sin su permiso.

Un día vino a casa, entró sin avisar para reñir a Einar y salió en cuanto se dio cuenta de que él estaba fregando los platos desnudo. He hablado con mi marido muchas veces de que entiendo su odio natural a la ropa, pero en las zonas comunes debería usarla, teniendo en cuenta que compartimos jardín con gran parte de la familia y son unos metomentodo de categoría todos. Él solo se encoge de hombros y dice que cuerpo vikingo mola, y como estoy totalmente de acuerdo, no puedo rebatírselo.

—Mira —susurra Einar—. El que faltaba.

Fijo mi vista en Retazos, que viene cojeando hacia nosotros y, cuando llega a nuestra altura, araña la pierna de Einar para que lo coja. Él se ríe, lo alza en brazos y lo suelta en el sofá, justo delante de mí, donde se acurruca y se duerme.

Pienso, no por primera vez, que cualquiera que diga que los gatos son ariscos no conoce a Retazos y su amor incondicional por esta familia, pero, sobre todo, por Björn. Ha dejado de esconderse en los armarios para dormir, ahora lo hace donde esté el bebé siempre. Si es en el salón, en la mini cuna, se mete debajo. Si es en nuestro dormitorio, lo hace a los pies de la cuna, en la camita que le hemos puesto para que esté más cómodo. Si el bebé está en el carro, él se mete en la cesta de abajo. Einar suele bromear con que, el día que Björn pierda su virginidad, tendrá que explicarle a la chica en cuestión que su gato tiene que estar presente, no sea que Retazos entre en depresión.

Yo me río a carcajadas cuando lo dice, pero también pienso, de manera irremediable, que espero que mi pequeño tarde mucho en llegar a ese momento; espero que el tiempo no corra tanto como dicen, porque quiero disfrutar de esta sensación de plenitud durante muchos muchos años.

—¿Crees que con el próximo será igual? —pregunta Einar, en inglés, junto a mi oreja—. ¿O tendremos que tener un gato por cada hijo?

Me río y me giro un poco mientras Björn come con glotonería, elevo una ceja y beso su barbilla.

—¿Eso es una propuesta, vikingo?

—Puede. Reconoce que nuestra vida sería más divertida con más niños, y con más gatos.

—Y algún perro, por variar —contesto en tono de broma.

—Un perro mola, también —dice en español—. Vale, próximo niño, compramos perro molón.

—¡No he dicho que vayamos a tener un perro! Solo era una broma.

—Vamos a tener perro, claro que sí.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque vamos a tener otro hijo. —Elevo una ceja y sonrío—. O hija. Una vikinga molona. Podemos comprar perra molona, entonces.

Me río con su lógica aplastante y niego con la cabeza mientras vuelvo a mirar a mi pecho, a Björn.

—Creo que, antes de pensar en otro, deberíamos dejar que este muñeco cumpla, al menos, un año.

—Vale, un año de Björn, busquemos otro bebé.

—No, Einar, no he dicho eso, he dicho que...

—Has dicho que vamos a esperar un año.

—No, he dicho que deberíamos esperar mínimo un año.

—¿Un año y medio? —Me río y él mordisquea mi oreja—. ¿Dos años? Más de dos años no, que me hago viejo.

—Perdona, pero, que yo sepa, no eres tú el que pare.

—Eso es cierto —reconoce, de nuevo, en inglés—. Es la única parte mala, que odio verte sufrir en el parto.

Recuerdo mis gemidos de dolor, su cara de preocupación y cómo me acariciaba la cara y la frente mientras traía al mundo a Björn. Recuerdo todo eso tan bien como nuestra perplejidad cuando conocimos a nuestro hijo y nos dimos cuenta de que era real; habíamos creado vida juntos. No olvidaré nunca las lágrimas de emoción de Einar, ni las mías, que fueron muchas, mientras abrazaba a nuestro bebé y sentía el amor más primitivo del mundo recorrerme las entrañas.

—Mereció la pena —susurro mirando a nuestro hijo—. Cada contracción, cada empujón y cada desgarré mereció la pena por él, y la merecerá por los que vengan.

Noto la sonrisa de Einar en mi cuello y me apoyo en su torso contagiándome de su tranquilidad mientras Björn, medio dormido, sigue comiendo de mi pecho.

—¿Sabes qué será lo mejor? —pregunta Einar—. Que, cuando nuestros hijos crezcan, podremos sacarlos al jardín, junto a sus primos, y pasarnos las horas buscando a las hadas, duendes, elfos y unicornios que ahí se escondan. Lo mejor es que la magia, lejos de abandonarnos, cada vez nos encuentra más, ángel.

Sonríe emocionada y asiento, girando mi cara y besándolo con dulzura.

—Vamos a tener una gran vida, vikingo. Una vida larga y cargada de momentos especiales.

—Vamos a creer en la magia con la misma intensidad con la que el resto del mundo reniega de ella, para que este amor no se acabe nunca —susurra él.

—Hasta que el mundo vuelva a creer en la magia —contesto, sabiendo a lo que se refiere.

Lo beso, me deleito en las emociones que siento a flor de piel y pienso que la felicidad es justamente esto. No se basa en cosas materiales, ni en ahorrar el dinero suficiente para comprar cuantos caprichos anhelemos. La felicidad, para mí, reside en sentir a nuestro hijo enganchado a mi pecho, el torso de Einar en mi espalda, sus brazos rodeándonos y a Retazos sobre mi pierna.

La felicidad está en sentir, sea lo que sea, con quien sea, cuando sea y donde sea. Lo importante es no dejar de sentir las cosas y no permitir nunca que nos digan que lo hacemos con demasiada intensidad.

Me he pasado toda la vida pensando que tenía algún tipo de tara por poseer tanta sensibilidad. Catalogué mis emociones como malas durante mucho tiempo y permití que me ridiculizaran fuera de casa, en el colegio primero, en el trabajo después. Incluso tiré piedras sobre mi propio tejado frente a mi familia que, por suerte, jamás me permitió venirme abajo. Adoptaron el papel de la sobreprotección porque yo dejé claro que me consideraba inferior, y no pudieron soltarlo hasta que los liberé de esa obligación con mi actitud. Aprendí, después de muchos años, muchos golpes y mucho dolor, que lo único que yo hacía mal era tratar de reprimir mis emociones, por intensas que fueran; intentar ser como los demás, sin darme cuenta de que no lo necesito, porque yo sola soy lo suficientemente especial como para que las personas me quieran sin medias tintas.

Cuando comprendí que en mi sensibilidad estaba mi fuerza, fui capaz de empezar a poner en orden mi vida, y eso es algo que, en parte, siempre le deberé al vikingo molón.

Ahora solo espero que la vida nos depare un montón de momentos de esos que te hacen sentir hasta casi explotar de felicidad; de esos que te dejan con el corazón temblando y una sonrisa en los labios.

Momentos de esos que me hacen seguir creyendo en la magia.

Contenido extra

Como viene siendo costumbre al final de cada libro, os traigo una pequeña escena de Alex y Eli, un trocito de sus vidas un día cualquiera. Espero que la disfrutéis =).

—¡No, papá! ¡No es ese! —Óscar suelta una carcajada mientras yo siento el agobio extremo mordisqueándome la nuca—. Tienes que ponerle primero la cremita para el culo.

—¡Ya lo sé, hijo, lo sé! No me estreses.

—Te estresas tú solo —dice él riéndose de buena gana—. ¡Ahí va otra vez!

Valentina se hace pis a lo bestia justo antes de que yo haya podido ponerle el pañal. Es la segunda vez, así que me toca coger la toalla, poner las manos y agradecer al cielo que no sea un niño, porque he visto a mis sobrinos hacer lo mismo, pero con más potencia. Óscar se parte de risa, Valentina se muerde las manos y gorjea de felicidad mirando a su hermano y pataleando, y yo solo intento que el pipí, y lo que no es pipí, no llegue a todas partes.

—Eh, hombretón, ¿necesitas ayuda? —pregunta Eli desde la puerta.

No me giro a mirarla porque puedo imaginarla apoyada en el quicio, con los brazos cruzados y esa cara de «Madre mía, la que estás liando» que tanta rabia me da. ¡Siempre me pasan estas cosas a mí! Creo que mi hija tiene fijación con mearse cada vez que yo la cambio, y lo que no es mearse, también. Con eso sí que tiene fijación.

—Puedes llenar la bañera, rubia, porque estamos en un punto crítico y esto ya solo se arregla con agua y jabón.

La risa de Eli resuena en la casa, Óscar sigue soltando carcajadas y yo acabo por bufar y reírme, porque reconozco que estas escenas, vistas desde fuera, son muy cómicas. Vistas desde dentro, en primera persona, el asco no me deja disfrutar tanto, pero a cambio de ver a mis chicas y a mi chico reír así, me merece la pena.

Eli me avisa cuando el agua de la bañera está lista, yo limpio a Valentina con algunas toallitas, la cojo en brazos tapándola con una toalla y la llevo al baño. No he acabado aún de meterla cuando Óscar se quita la ropa y entra dentro.

—Dámela, papá, yo la cojo.

—Tiene su adaptador, campeón, siéntate tú y disfruta del baño.

—Pero me gusta cogerla, y lo hago genial. —Me hace un puchero y sonrío, consciente de que va a ganar en esto, como siempre—. Porfi...

—Está bien, ten, pero que no se te resbale, ¿eh?

Él asiente y coge a su hermana con todo el amor del mundo, sin importarle que hace unos minutos estuviera llena de pis y lo que no es pis. Besa su cabecita y

Valentina patatea y se retuerce de felicidad en sus brazos.

—Papi —dice la voz de Eli detrás de mí—. Ve a darte una ducha en el otro baño, yo me quedo vigilándolos.

Asiento, pero no me muevo, porque la estampa es demasiado bonita para hacerlo de inmediato. Un hijo, una hija y una mujer que me completa en todos los sentidos; he conseguido tanto en la vida que, a veces, en momentos así, siento pánico, por si un día empiezo a perderlo todo, máxime teniendo en cuenta mi habilidad para cagarla. Por suerte, ella aún no ha descubierto que soy un patán a su lado, pero a veces tengo miedo de que una mañana despierte y se pregunte qué hace en esta casa, atada a mí de por vida.

Sí, lo sé, me he puesto muy dramático, suelo hacerlo cuando me pongo a pensar en mi familia, pero eso es porque les quiero tanto que no soporto la idea de llegar a perderlos de alguna forma algún día.

—¿Ya estás pensando cosas bonitas y feas al mismo tiempo? —pregunta ella.

Me encojo de hombros sin mirarla y noto cómo tira de mi camiseta, obligándome a girar.

—Limpia el dormitorio y date esa ducha, pero que sea rápida, porque esta noche tú y yo vamos a meternos en esta bañera por un largo tiempo. Hace mucho que no froto a mi hombre con una esponja.

Mi cuerpo reacciona al instante y, aunque siento el impulso de pegarla a mí y besarla hasta que no sepamos qué día es, me controlo, porque no quiero que acabe sucia.

—Espero que cumplas tu promesa.

Ella sonrío por respuesta y yo me deshago, porque su sonrisa... joder, su sonrisa sigue siendo la cosa más maravillosa del mundo.

Limpio el estropicio del dormitorio, me ducho y, cuando salgo, Eli está en la cocina con Óscar y Valentina juega en la alfombra del salón con unos bloques de madera. En cuanto me ve grita y se arrastra hacia donde estoy, porque a sus ocho meses no ha aprendido a gatear muy bien, yo creo que es que preferirá andar, directamente, y Eli dice que es normal, que hay niños que gatean, otros que no, y otros que se arrastran como culebras, como nuestra hija, que, si le pusiéramos una mopa en la barriga, nos ahorraría barrer a diario.

—Ven aquí, pequeña. ¿Tienes hambre? —Ella se ríe y yo le hago cosquillas en el cuello—. ¿Quieres pan, Valentina? ¿Quieres un poco de pan?

La niña grita loca de contenta porque adora comer. En serio, adora comer con toda su alma y se le nota. Me acerco a la cocina con ella y me río cuando se abalanza hacia su madre, no por nada, sino porque está cocinando y claro, ella tiene un objetivo...

—Quiere pan, mami —le digo.

Eli sonrío y asiento, dándole un poco para que lo mordisqueee, o chupetee más bien, porque solo tiene cuatro dientes, mientras Óscar, a un lado, corta unos

pimientos en tiras.

—¿Qué es eso, campeón?

—Vamos a cenar revuelto de verduras y pescado al horno. Ya sé que no te gusta mucho la cebolla, pero voy a picarla muy pequeñita para que ni siquiera la notes, tranquilo.

Me río y beso su cabeza, porque este niño será un gran chef antes de lo que todos piensan. Pongo la mesa, teniendo en cuenta que es lo único que falta por hacer y, poco después, todos estamos sentados alrededor, comiendo y charlando. Óscar nos cuenta que ha decidido escribir un diario de verano para acordarse de todo cuando pase el tiempo.

—Algunos niños dicen que escribir un diario es de niñas, pero el tío Marco me dijo que no, que escribir es algo que solo hacen los que tienen grandes cosas que contar. Yo no creo que tenga grandes cosas que contar; hoy, por ejemplo, solo he estado en el jardín buscando escarabajos hasta que el tío Diego me ha dicho que mejor no le cuente a la tía Amelia lo que estaba haciendo, o me pondría a hacer otra cosa. No parece muy interesante para escribirlo, pero a lo mejor de mayor lo leo y me parece que sí lo es.

—Seguro que sí —contesto—. Además, el tío Marco tiene razón, no dejes que los niños se rían de ti por escribir.

—No me importa mucho. Me da igual que se rían porque cocino. Cuando sea un gran chef y quieran entrar en mi restaurante, los dejaré, pero tendrán que pagar, porque no pienso invitarlos.

Me río y pienso que cualquier niño en su situación habría dicho que no iba a dejarlos entrar, pero Óscar es demasiado bueno para eso.

—Di que sí, que mantener un restaurante no es barato —dice Eli.

—Lo sé, el tío Marco me lo ha advertido, pero me da igual. O a lo mejor me hago escritor. Las libretas salen más baratitas que los restaurantes.

Suelto una carcajada y le digo que sí, que tiene toda la razón del mundo, mientras pienso que da igual lo que quiera ser, porque alcanzará cada meta que se proponga. Es un crío que, a veces, no lo pasa bien en el cole, algo que hace que su madre yo suframos mucho, pero lo lleva con elegancia, hablamos a menudo con él del tema y no lo vemos hundido. Triste, algunos días, pero no hundido. Tiene asumido que los niños de su edad, a veces, son crueles y, aunque es muy triste, también sabe que su familia no va a fallarle jamás. Es un niño seguro de sí mismo, alegre, positivo y muy feliz, o eso espero. Además, sigue manteniendo contacto con los niños Lendbeck, aunque sea en la distancia, y eso ayuda a que su seguridad no mengüe.

Cuando terminamos de cenar le leo a Óscar un recetario nuevo y, al acabar, me dice que a lo mejor deberíamos empezar a leer cosas de escritores, por si le gusta. Me río y le prometo que mañana iremos a la librería a comprar algo «de escritores». A saber con qué me sale, pero estoy deseando descubrirlo.

Cuando llego al dormitorio me encuentro con Eli dándole a Valentina la toma que la dejará seca, o eso espero. La niña tiene por costumbre dormirse mamando y no puedo criticarla, porque esos pechos son gloria bendita, aunque yo no me alimente de ellos. Cuando se lo digo a Eli se ríe y pone los ojos en blanco.

Pasados unos minutos, cuando Valentina cae y Eli la lleva a su dormitorio yo me voy al baño, lleno la bañera y me quito la ropa a la velocidad de la luz.

Eli aparece poco después, oigo sus pasos y, cuando me giro para decirle que ya tarda en quitarse la ropa, me doy cuenta de que se me ha adelantado y viene completamente desnuda.

—A veces pienso que estás dentro de mi cabeza —susurro con una sonrisa—. Ven aquí, preciosa.

Ella sonrío y se acerca a mí, besándome y gimiendo cuando la aprieto contra mi cuerpo y siento mi erección.

—En el lavabo —gime en mi boca—. En el lavabo, Álex.

Me separo de sus labios y frunzo el ceño.

—¿En el lavabo? ¿Y el baño? —pregunto mirando la bañera llena.

—Después, ya lo hemos hecho así. Quiero hacerlo en el lavabo, mirando al espejo... contigo detrás.

Y así, de la nada, consigue que mi cuerpo alcance el límite de la tensión y expectación.

—Eres un puto regalo del cielo —susurro antes de besarla, cogerla en brazos y llevarla hacia el lavabo.

Ella se baja intentando darse la vuelta, pero la subo, sentándola en el borde y abro sus piernas.

—Quiero verme cuando entres en mí.

—Y yo quiero que estés atenta a esto, rubia.

Ella gime cuando me agacho y muerdo su clítoris sin contemplaciones. Abro sus labios y lamo, chupo y muerdo todo lo que encuentro a mi paso mientras dos dedos se cuelan en su interior y ella arquea la espalda, cerrando los ojos, agarrándose a mi pelo y gimiendo mi nombre de una forma que podría hacerme llegar al orgasmo así, sin manos ni nada.

Eli alcanza el orgasmo en cuestión de minutos y yo no le doy mucho tiempo a reponerse. La bajo del lavabo, le doy la vuelta y la enfrento al espejo así, sudada, ruborizada, con la respiración agitada y los ojos medio entornados aún, debido al clímax.

—Mírate, ¿cómo no iba a perder la cabeza por ti? No sonrías ahora, si no quieres acabar de matarme. —Ella lo hace y yo gimo y entro en su cuerpo de una vez, alargando su gemido y haciendo brotar el mío—. Te quiero, rubia, te quiero más de lo que nunca pensé que podría querer a alguien.

—Y yo a ti, Álex —jadea cuando me muevo—. Te quiero, Dios, te quiero...

Y así, oyendo nuestros cuerpos chocar, con sus senos erguidos, sus ojos entornados y su sonrisa perezosa y lasciva a través del espejo, viajo al paraíso y me sorprende, una vez más, al notar la felicidad máxima expandirse dentro de mí como algo grande, inmenso, infinito y poderoso; algo que no se acabará nunca, estoy convencido.

Cuando acabamos miro nuestros cuerpos sudados y jadeantes en el espejo, y me asombra estar impresionado, porque ya debería tener claro lo que su sonrisa, su maldita sonrisa, puede hacer conmigo.

Nota autora

Aquí debería ir el punto y final de la serie Sin Mar. Esa era la idea hasta el final del libro de Julieta y Diego. Al escribir ese conflicto y conocer a Marco me enamoré de él de manera irremediable. No fui la única, porque muchas me habéis pedido su historia a lo largo de este tiempo. No quise confirmarlo nunca porque, pese a estar enamorada del personaje, no sabía si al final lo haría. Ahora puedo deciros que aquí debería ir el punto y final de Sin Mar, pero no puedo hacerlo. No sin antes hablaros de un chico que entró en la vida de los cuatrillizos arrasando con todo y consiguió, de alguna forma, hacerse un hueco entre ellos, entre vosotras y en mi vida, así que, si todavía no estáis cansadas de Sin Mar, nos vemos por sus calles en unos meses.

Cherry Chic

Agradecimientos

Por fortuna, en todos mis libros tengo muchísimo que agradecer a un montón de gente. Y digo por fortuna, porque es una inmensa suerte contar con tantas personas dispuestas a ayudarme para que mi trabajo se luzca más y mejor. Amelia no es la excepción, así que necesito dar las gracias y espero no olvidarme a nadie, porque si hoy estoy escribiendo estas últimas letras en su historia es gracias a vosotr@s.

A mis padres, mi hermana, mi marido y mi hija por ser el motor de mi vida y mi día a día.

A mis abuelas, que no pueden leerme, pero cuentan a todo el mundo que soy escritora con un orgullo que me emociona.

Al resto de mi familia, por apoyarme comprando mis libros y dándome ánimos para que siga.

A Red Lips, que ya es fija en mis agradecimientos, pero, sobre todo, en mi vida. Love you, pequeña!

A Nuria, por aguantar mis dudas, crisis, nervios y bajones como una campeona, sin quejarse y poniendo siempre positivismo a mis días.

A Olga, su hermana, por ayudarme con la documentación de este libro en un momento clave.

A Sara y Fanny, por su ayuda inestimable a la hora de describir un poquito el trabajo de Amelia. ¡Cuántas cosas he aprendido!

A las chicas Cherry, por las risas, los audios, las bromas compartidas y los ánimos.

A Saray García, por las conversaciones, las risas, los ánimos compartidos y, sobre todo, por la amistad que nació a raíz de una coincidencia en nuestros libros. ¡Bendita coincidencia!

A Andrea Longarela (Neïra) por empezar siendo una gran compañera y acabar siendo una buena amiga. Por los consejos, las opiniones y los audios que lo arreglan todo.

A las compañeras nuevas que han llegado y, en poquitos días, han hecho que piense que en este mundillo todavía hay gente que vale mucho la pena. ¡Gracias por todo! Intuyo una gran amistad =)

A los blogs literarios, cuentas de Instagram, Facebook, Twitter y demás redes sociales, por ayudarme de forma desinteresada día a día hablando de mis libros, abriendo ventanas al mundo para ellos y para mí.

A todas las Amelias del mundo, porque sí, porque sois especiales =)

A vosotras, lectoras —y algún lector—. Seguíis siendo el motor de toda esta locura. Ver vuestras ansias, vuestro cariño, vuestra emoción cada vez que doy una noticia es lo que me impulsa a seguir día a día.

A todas las trabajadoras sociales, porque hacéis que este mundo sea un poco más bonito con vuestra inestimable labor.

Y a ti, Sin Mar, porque jamás imaginé todo lo que ibas a darme.



Me llamo Lorena, aunque en los mundos de internet ya todos me conocen como CHERRY CHIC. Estoy en la treintena y no recuerdo cuándo fue la primera vez que soñé con escribir un libro, pero sé que todo empezó cuando mis padres me compraron una Olivetti y me apuntaron a mecanografía siendo una niña.

Mi vida es sencilla, vivo en el sur rodeada de familia, amigos y tranquilidad la mayor parte del tiempo. Tengo la inmensa suerte de poder dedicarme a lo que más me gusta, que es dar vida a personajes que solo existen en mi cabeza y contar sus idas y venidas mientras yo río, lloro, disfruto y sufro con ellos, como si fueran mis niños, porque así los siento.

Cuando no estoy escribiendo, me encanta pasear con mi marido y mi hija, pasar tiempo con mi familia, leer, viajar, comer, la música, las zapatillas, las series, los vikingos, la tecnología —*friki* en potencia—, comprarle ropa a Minicherry y los tatuajes. Soy adicta a *Pinterest*, entre otras cosas, y suelo pasar horas y horas en los mundos de yupi, imaginando la vida de personas que solo existen en mi cabeza.

Notas

[1] *Engillinn minn... Ég elska þig.:* Mi ángel... Te quiero. <<